

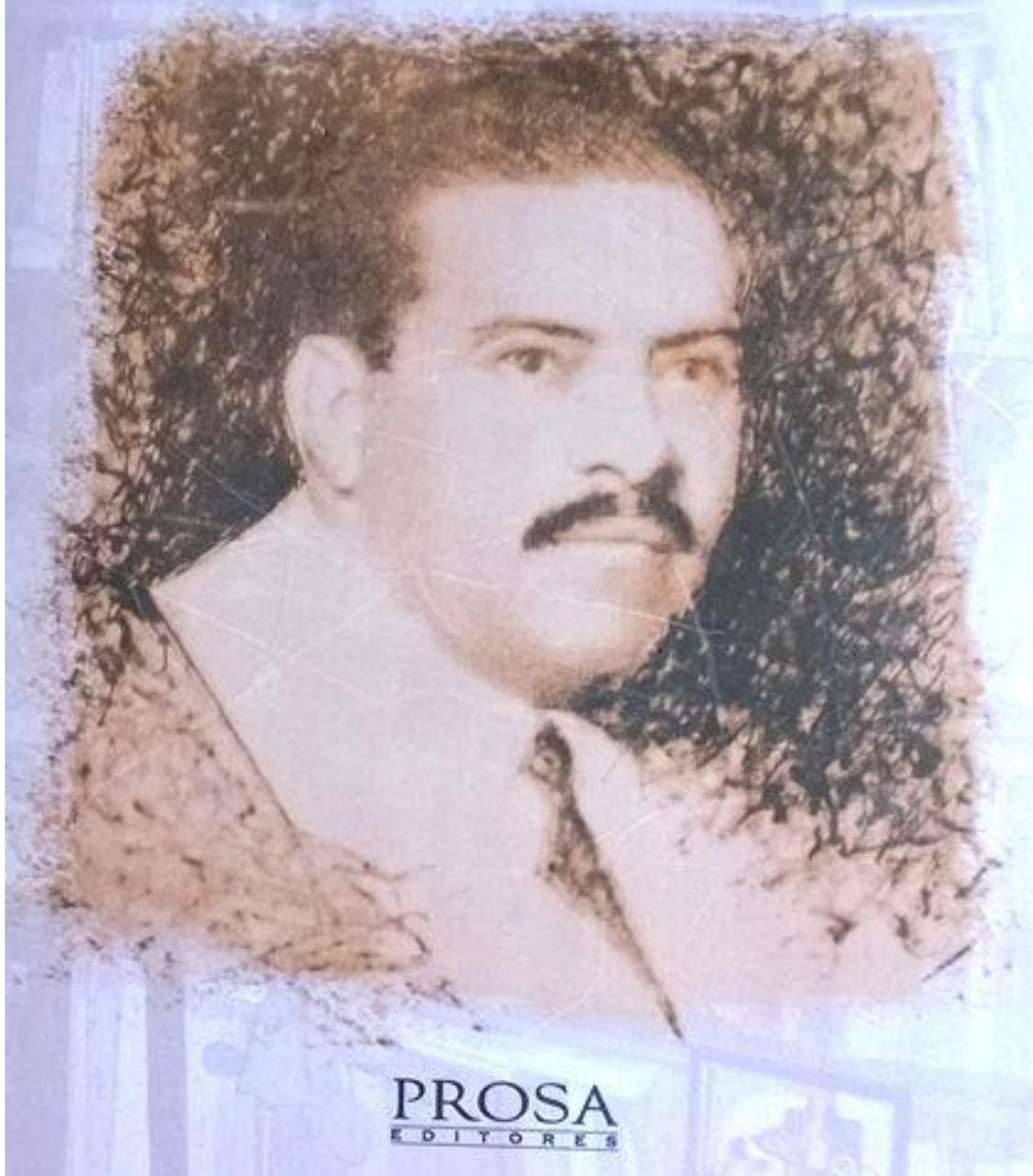


---

*Papeles con mi padre*

---

Carlos María Romero Sosa



PROSA  
EDITORES

Tapa: Composición fotográfica del artista canario Dimas Coello, 2009.

PROSA Editores, 2016

Uruguay 1371 - C.A.Bs.As.

Tel: 4815-6031 / 0448

ventas@prosaeditores.com.ar

Impreso en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina,

enero de 2016, en Amerian S.R.L.

(011) 4815 6031 / 0448

info@ameriangraf.com.ar

ISBN Nro: 978-987-729-155-1

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Reservados todos los derechos. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito del autor.

# *Papeles con mi padre*

Carlos María Romero Sosa

PROSA

EDITORES

Tabla de contenido

<b>PRÓLOGO</b> .....	9
<b>ARCHIVO PATERNO</b> .....	16
<b>EL ESTÍMULO DE RICARDO JAIMES FREYRE A UN JOVEN POETA</b> .....	17
<b>JUAN CARLOS DÁVALOS: UN PROYECTO DE LEY DE POLICARPO ROMERO Y UNA PRESENTACIÓN DE DEODORO ROCA</b> .....	23
<b>PEDRO HENRIQUEZ UREÑA: INGENIO LITERARIO Y COMPROMISO MORAL</b> .....	29
<b>MUJICA LÁINEZ, SUS BIOGRAFÍAS DE LOS POETAS GAUCHESCOS Y LAS CONTRIBUCIONES DE CARLOS G. ROMERO SOSA</b> .....	37
<b>UN SONETO INÉDITO DE JUAN CARLOS DÁVALOS</b> .....	44
<b>UNA DEDICATORIA DE MONSEÑOR RAMÓN ÁNGEL JARA</b> .....	48
<b>“SENDAS”, ALFREDO PALACIOS, UN ARTÍCULO Y UNA ACLARACIÓN DE BORGES</b> .....	53
<b>DIEGO ABAD DE SANTILLÁN Y UN COLABORADOR SALTEÑO DE SU “GRAN ENCICLOPEDIA ARGENTINA”</b> .....	60
<b>CARLOS VEGA Y LAS TRADICIONES SALTEÑAS SOBRE “LA CONDICIÓN”, QUE HABRÍA BAILADO MANUEL BELGRANO</b> .....	67
<b>Maestro de musicólogos</b> .....	69
<b>El baile “La Condición”</b> .....	71
<b>UN IR Y VENIR EPISTOLAR CON MANUEL GÁLVEZ</b> .....	78
<b>JOSÉ MARTÍ Y EL POLÍTICO SALTEÑO MIGUEL TEDÍN</b> .....	91
<b>SALVADOR MAZZA Y OTRO DE SUS PADECIMIENTOS A MANOS DE LA BUROCRACIA</b> .....	97
<b>EL POETA ISLANDÉS GUOLAUGSSON Y SHAKESPEARE TRADUCIDOS EN SALTA</b> .....	106

<b>ALFONSO REYES, MIEMBRO DE LA JUNTA DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA “UNIÓN SALTEÑA”</b> .....	117
<b>AUGUSTO RAÚL CORTAZAR, EN ALGUNA CORRESPONDENCIA</b> .....	124
<b>SOBRE UNA PLACA ENVIADA DESDE LA ARGENTINA CON DESTINO A LA CATEDRAL DE SANTO DOMINGO (Aspectos de la labor diplomática del Embajador Enrique Loudet)</b> .....	131
<b>EL AMERICANISTA Y EL COLABORADOR DE JOSÉ LEON SUÁREZ</b> .....	133
<b>UNA PLACA DESDE LA ARGENTINA PARA LA CATEDRAL DE SANTO DOMINGO</b> .....	135
<b>ENTRE LOS PAPELES DE CELINA SOSA DÁVALOS</b> .....	141
<b>AQUELLAS HORAS DEL TÉ</b> .....	146
<b>MIGUEL HERERA FIGUEROA, FILÓSOFO DEL DERECHO Y HOMBRE DE CORAZÓN</b> .....	150
<b>EL JUICIO POLÍTICO A ANTONIO SAGARNA</b> .....	160
<b>ÍNDICE DEL AUTOR</b> .....	164
<b>ÍNDICE ALFABÉTICO</b> .....	169

Me complazco en pronosticarle el más grande éxito en su empresa de organizar el Museo Histórico de Salta, al servicio del cual ha de poner usted sus probados conocimientos y, sobre todo, su hondo amor a las cosas del terruño nativo.

(Fragmento de una carta enviada por Álvaro Melián Lafinur a Carlos Gregorio Romero Sosa, fechada el 10 de marzo de 1946)

Carlos Gregorio Romero Sosa fue un periodista prolífico, un especialista en las ciencias genealógicas y un historiador versado en la cultura salteña y en la trayectoria de figuras de la Iglesia. Era una autoridad reconocida en la biografía de Martín Miguel de Güemes, sobre cuya lucha heroica disertó en el Jockey Club de Buenos Aires y en múltiples instituciones (...) En Buenos Aires se transformó en una figura representativa de la cultura salteña.

(Fragmentos de la nota necrológica de C.G.R.S. publicada por *La Nación* el 24 de diciembre de 2001)

MUSEO ARGENTINO  
DE  
CIENCIAS NATURALES  
"BERNARDINO RIVADAVIA"  
CHUBUT 450  
Casilla de Correo 470  
BUENOS AIRES

Buenos Aires, 2 de febrero de 1938

Sr. CARLOS GREGORIO ROMERO

Salta

Estimado Sr. ROMERO:

Después de un breve receso encuentro en mi despacho del Museo su carta la que respondo.

Su engaño al propósito de los Calchaquí deriva de una falsa interpretación de la palabra "primitivo", que corresponde sólo a las culturas pigmeo-pigmoides, las que forman el ciclo Ia de mi escala, publicada en mi "*Epítome de Culturología*". No puedo enviarle en regalo este libro, pues he agotado los ejemplares a mi disposición, pero me permito indicarle que Ud. necesita la lectura de esa obra.

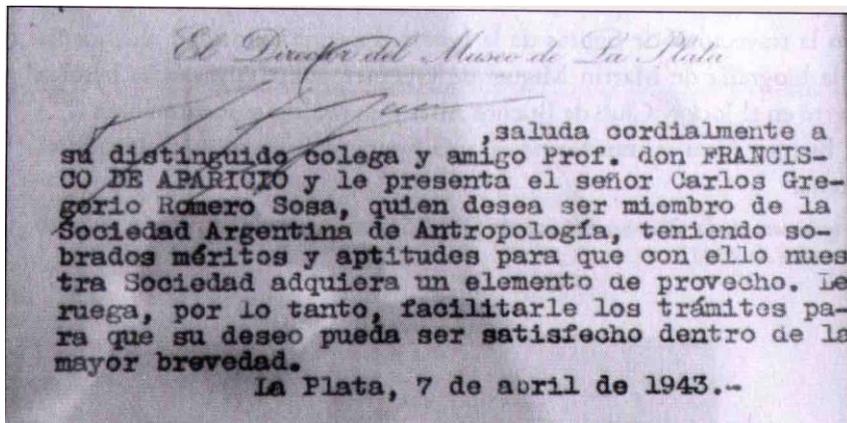
En lo que concierne a su propósito de excursión al Departamento de Molinos, la fecha por Ud. indicada me encontraría ya en plena tarea de enseñanza universitaria y secundaria; si Ud. me hubiese avisado antes habríamos convenido una época mis propicia y con mucho gusto lo habría acompañado.

Lo saludo con toda mi consideración y alto aprecio



J. Imbelloni

Carta del sabio antropólogo José Imbelloni a Carlos G. Romero Sosa



Del Director del Museo de La Plata, Joaquín Frengüelli.



## PRÓLOGO

Don Carlos Gregorio Romero Sosa

Por Gregorio A. Caro Figueroa

“Contra lo que se cree, Salta tiene frágil memoria que le hace olvidar a muchos de los que construyeron y la sirvieron. Siendo niño comencé a advertir esta amnesia. Allí nació mi interés por conocer mis ancestros y, a través de ellos, nuestro pasado. La de Salta es una historia plagada de olvidos. A Güemes se lo olvidó hasta 1880. También es más rica y diversa que la de un puñado de familias”, me dijo el historiador Carlos Romero Sosa, en Buenos Aires en agosto de 1987.

Quien esto dijo tenía raíces familiares y autoridad intelectual para afirmarlo. El interés de Romero Sosa por la historia se manifestó en su adolescencia, se afirmó en su juventud, desplegó, maduró y comenzó a dar frutos cuando fue uno de los fundadores de la sociedad “*Amigos de la Historia*” junto a monseñor Campero, Vicente Arias, Alberto Álvarez Tamayo y Carlos Reyes Gajardo.

Ya entonces, Romero Sosa tuvo en claro que era necesario remozar los estudios históricos en Salta y que para lograrlo no era suficiente enunciar ese propósito: hacía falta trazar las líneas generales de esa empresa que excedía una época y sobrepasada los esfuerzos aislados y personales.

En los años '30, Romero Sosa señaló la necesidad de encarar un “estudio total” de la historia de Salta, con una visión que trascendiera estrechos marcos localistas, cuestionara prejuicios, ampliara el horizonte más allá de la historia heroica y de sus protagonistas e incorporara la historia social, de la cultura, la educación, la economía, la salud y de la vida cotidiana. El joven Romero Sosa es el que produce en Salta un verdadero cambio “en la forma de encarar los estudios históricos de Salta”, señaló Juan Canter en 1945.

Ese programa era ambicioso y realista. Lo era porque Romero Sosa advirtió que, para su cumplimiento, no podía soslayarse una condición previa y necesaria: encarar un amplio relevamiento de la información documental -en repositorios públicos y privados-, tradición oral, bibliográfica, iconográfica referida a Salta, con vistas a confeccionar un inventario del patrimonio material e inmaterial de la provincia. Tal programa permanece como una tarea incumplida.

En esos años, en una Salta pequeña, sin universidades y semiaislada, el joven Romero Sosa delineó el programa para una historia integral, crítica, abierta, rigurosa y comprometida con la búsqueda de la verdad, “aunque ella fuese amarga e hiriese intereses familiares”. Mucho antes de que la historia de la vida cotidiana se pusiera de moda, Romero Sosa señaló que el historiador debía estudiar “a los hombres con sus pasiones y aún sus defectos físicos y morales” y, sin renegar de figuras como Sarmiento, habló de la necesidad de estudiar los acontecimientos y personajes del federalismo local.

“Para muchos de sus comprovincianos, Romero Sosa era un inadaptado; para otros merecía el calificativo de renegado de las tradiciones”, explicó Canter. ¿Renegado de las tradiciones?, si cuando tenía 17 años Romero Sosa se echó a los caminos de los valles salteños a buscar restos arqueológicos, tradiciones y viejos papeles “*que complementaran el cuadro histórico del pasado salteño*”.

Ese esfuerzo no fue reconocido entonces y cayó en el olvido. El compromiso de Romero Sosa con la historia de Salta no se debilitó por tales ingratitudes ni se diluyó después que dejara Salta y se radicara definitivamente en la Ciudad de Buenos Aires. Salta le debe a Romero Sosa una buena parte de la recuperación del edificio de su Cabildo Histórico.

Fue Romero Sosa quien, siendo secretario y asesor del senador nacional por Salta doctor Carlos Serrey, fundamentó el proyecto de recuperación del Cabildo Histórico, iniciativa aprobada por Ley número 12.345 que lo declaró de utilidad pública y Monumento Nacional. Pero se le debe algo más: el contenido del proyecto para organizar el Museo Histórico Regional del Cabildo de Salta, dependiente de la Comisión Nacional de Museos.

Ese proyecto incluyó una detallada propuesta de distribución y montaje de once salas del futuro Museo en planta baja y planta alta del Cabildo. La propuesta puede leerse también como el plan de un libro de esa historia integral de Salta en la que trabajó Romero Sosa y para la que dejó cientos de eruditos trabajos, dispersos en revistas especializadas, periódicos, folletos y conferencias mecanografiadas, que conserva, preserva y organiza su hijo Carlos María.

La propuesta de Romero Sosa incluyó la sociabilidad en la época colonial y la conquista del Chaco. Uno de los aportes más importantes de Romero Sosa a nuestra

historia es, a la vez, uno de los menos conocidos. Me refiero a su *“Historia de la Provincia de Formosa y sus pueblos (1862-1930)”*, publicada en 1967 en el volumen IV, segunda sección, capítulo XVI de la *“Historia argentina contemporánea”* de la Academia Nacional de la Historia. Buena parte de esta historia de Formosa es un capítulo de la historia de Salta, de un vasto espacio físico y un periodo poco estudiados.

En 1999, como Coordinador de Bibliotecas y Archivos de Salta, le anticipé que propondría que el Archivo Histórico de la Provincia llevara su nombre, respondió: *“Eso es demasiado. No puedo aceptarlo”*. No fingió modestia: la llevó con naturalidad. *“Esta negativa tiene otra razón: no puedo volver a Salta porque antiguos agravios contra mí permanecen intactos”*, añadió con voz quebrada. Nunca explicó esos agravios ni mencionó el nombre de quienes los hicieron.

Años después, el 13 de diciembre de 2008, aniversario de la muerte de Romero Sosa, como secretario de Cultura de la Provincia de Salta asigné el nombre de Carlos Gregorio Romero Sosa a una de las salas de la Casa de la Cultura. Meses más tarde, cuando fui designado Coordinador de Bibliotecas y Archivos, demostrando profunda ignorancia, falta de respeto y haciendo alarde de un estilo propio de dictaduras, las autoridades de Cultura de la Provincia de Salta derogaron esa disposición, y borraron el nombre de Romero Sosa. Nombre que rescaté para denominar la Sala del Tesoro de la Biblioteca Provincial de Salta, donde se conserva parte de la biblioteca privada del doctor Victorino de la Plaza.

Leyendo alguno de sus textos juveniles, encontré la respuesta en esos sedimentados rencores de familias agraviadas, no sólo por la crítica histórica a algún antepasado premiado con estatua ecuestre en la plaza principal, sino porque se atrevió a podar excesivos laureles con los que se adornaron algunas glorias provincianas.

Nacido en Salta el 31 de agosto de 1916, al lado de la Iglesia de La Viña, en su sangre se mezclaban las del último gobernador realista de Salta y la de los primeros argentinos que lucharon para clausurar la presencia española aquí. Tenía años y autoridad para hablar de memorias y olvidos pues conocía como la palma de su mano ese pasado provinciano en el que se internó cuando tenía 15 años.

En esas fechas aún vivían algunos salteños nacidos en los últimos años de la época de Rosas. Más de 80 años tenían los que, en sus mocedades, presenciaron o padecieron el paso de Felipe Varela por las calles de la pequeña Salta. La tradición oral, más que los anaqueles de nuestras bibliotecas y archivos, era la vertiente por donde fluía esa memoria entre selectiva, desvanecida y huidiza.

Su tío Juan Carlos Dávalos le apodó "*gualacate* (quirquincho) *histórico*", desalentando las incursiones poéticas de Romero Sosa, Jaime Dávalos lo definió como "*organizador del polvo y amontonados del olvido*". Sus raíces y los frondosos árboles genealógicos no le impidieron ver más allá de "los estrechos criterios localistas" que se propuso trascender.

Tal vez la temprana influencia del poeta Ricardo Jaimes Freyre, a quien conoció en Tucumán en 1932, le haya ayudado a mirar el bosque. "*El me enseñaba a escribir y a pensar*", recordó. "Fue Jaimes Freyre su mentor literario. Lo estimuló y aconsejó", anotó Juan Canter. Cuando sólo tenía 18 años recorrió el interior salteño dando conferencias sobre temas históricos, buscando tradiciones y documentos.

A partir de 1936 y hasta 1938, Romero Sosa se batió en varios frentes. Estudiando en el Colegio Nacional, un grupo de condiscípulos lo acosaba levantando, en defensa del fascismo de moda, el contundente "*argumento*" del puño y las pistolas. "*A raíz de esas provocaciones un día me presenté en la sede del partido Radical y me afilié, siendo yo de familias conservadoras*".

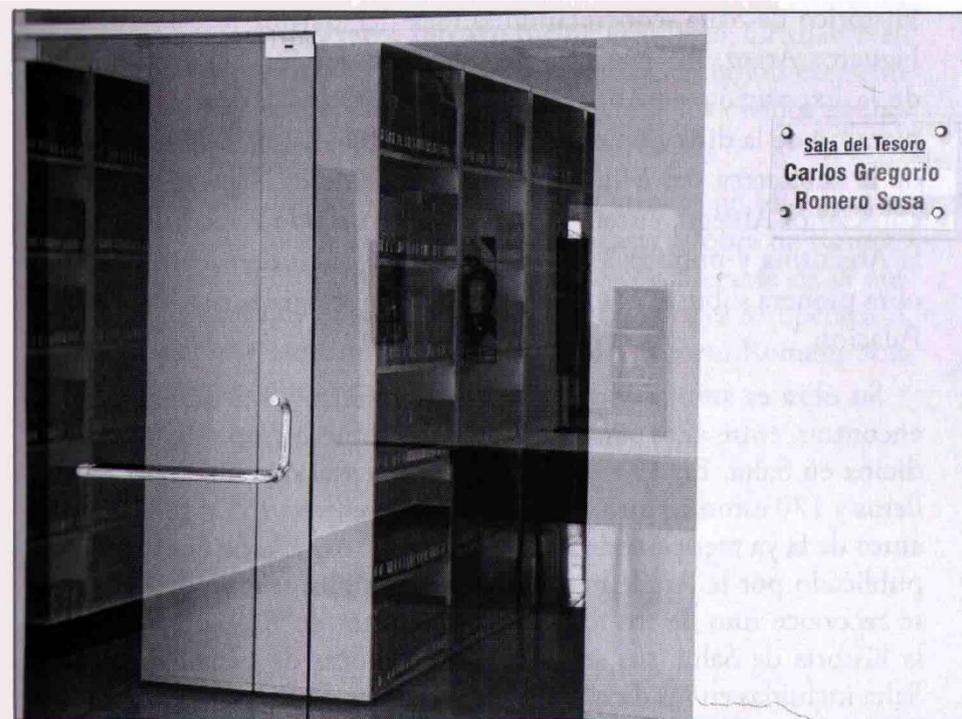
En 1936 trabajó junto a Cristian Nelson, David Peña y Carlos Reyes Gajardo en la consolidación de la Junta de Estudios Históricos "Unión Salteña", fundada en 1916. Como si ese esfuerzo fuera pequeño, ese mismo año Romero Sosa publicó "*Don Juan Martín Leguizamón. Boceto biográfico*" y "*El Gral. Dr. Don José Ignacio de Gorriti. Reseña biográfica*", anunciando la publicación de una serie de 23 biografías de salteños.

Aunque esa serie nunca se editó, Romero Sosa fue desgranando cientos de biografías en artículos del Boletín del Instituto de San Felipe y Santiago y en los mejores diccionarios biográficos argentinos: los de Ricardo Piccirilli y de Vicente Cutolo. En 1938 organizó en Salta la Primera Reunión de Historia del Norte Argentino y fundó el Instituto de Estudios Federalistas del que formó parte José María Rosa.

Sus aportes tenían una visión crítica, “irreverente”. De él dijo Canter: *“Irreverente para la vieja escuela histórica salteña, promovió la perfección de los métodos y, desprovisto de prejuicios, ha realizado una verdadera revisión del pasado de su provincia”*. Su biografía de Gorriti escandalizó: lo presentó como liberal que pregonó la tolerancia, la igualdad ante la ley, el control del poder y el rechazo a la perpetuación de los gobernantes. Le dijeron “sectario”, “socialista”, “disolvente”, “inadaptado”, “renegado”.

Aunque en aquella charla de 1987 no quiso hablar del tema, sus críticas al general Arenales explicarían su definitivo alejamiento de Salta. Señores cuyos monóculos no distinguían matices, le veían como jovenzuelo sospechoso de inclinaciones izquierdistas. Sus lecturas en el Club 20 de Febrero concluyeron cuando le prohibieron acceder a la biblioteca. *“Había gente muy retardataria y aunque mi padre había sido cofundador del nuevo Club me prohibieron entrar a la biblioteca, inventando historias raras”*, recordó.

En los años posteriores a 1930, tema de una conferencia suya en el Museo de Fomento fue el significado del Dogma Socialista de Esteban Echeverría. El Museo funcionaba en el edificio del Consejo de Educación (hoy Museo Arqueológico de Alta Montaña). Cuando Romero Sosa llegó allí, un grupo le cerró el paso para impedir su charla, pues *“un socialista no puede tener cabida en una repartición gubernamental”*.



Sala del Tesoro de la Biblioteca Provincial de Salta.  
-Dr. Victorino de la Plaza-

En 1939, Carlos Serrey, político conservador y senador nacional por Salta, lo nombró secretario privado. Esto le abrió una inesperada puerta para tomar distancia física —más no afectiva— de la chatura de aquella Salta que se alimentaba de murmuraciones, chismes y sórdidas descalificaciones.

Su colaboración con Serrey le permitió constituirse en uno de los más tenaces defensores del rescate del edificio del Cabildo Histórico de Salta, concretando la idea del escritor José Hernán Figueroa Aráoz. En 1942 Romero Sosa confeccionó el Catálogo de la Exposición de Antigüedades Salteñas. Las intrigas lo desplazaron de la dirección del Museo del Cabildo. En 1943 fue jefe de la Biblioteca del Ministerio de Trabajo de la Nación, fundó con Carlos Abregú Virreira, la primera Escuela de Periodismo de la Argentina y publicó *“Tiempo libre y colonias de vacaciones”*, obra pionera sobre el ocio en Mar del Plata, elogiada por Alfredo Palacios.

Su obra es amplia y dispersa. Muchos textos son difíciles de encontrar, entre ellos sus investigaciones sobre historia de la medicina en Salta. En 1945 Juan Canter inventarió veinticinco folletos y 170 estudios históricos, publicados entre 1935 y 1945. Es autor de la ya mencionada *“Historia de la Provincia de Formosa”*, publicado por la Academia Nacional de la Historia. Pocas veces se reconoce uno de los más valiosos aportes de Romero Sosa a la historia de Salta: sus semblanzas biográficas de

personajes de Salta incluidas en los diccionarios biográficos de Ricardo Piccirilli, Diego Abad de Santillán y Vicente Cutolo. Entre 1938 y 2000 publicó doce artículos en los boletines del Instituto de San Felipe y Santiago, al que perteneció.

Entre 1980 y 1999 aparecieron diez trabajos suyos en el Boletín del Instituto Güemesiano. Es autor de diez libros y cientos de artículos. Colaboró en la historia argentina dirigida por Roberto Levillier, en la que volcó sus conocimientos sobre la historia eclesiástica de Salta. A invitación de su amigo Miguel Herrera Figueroa, fundador y rector de la Universidad Kennedy de Buenos Aires, dirigió la Cátedra Libre Martín Güemes.

¿Por qué Salta tiene frágil memoria? *“Le doy algunos ejemplos: Carlos Serrey no tiene una calle en Salta y se olvidó su obra; Juan Martín Leguizamón donó sus sueldos para comprar bancos para escuelas, jamás cobró haberes; Gabriel Puló y otros médicos atendían gratis, tuvo un gran entierro y al poco tiempo se lo olvidó; David Zambrano Caro fue jurista y magistrado de renombre nacional; Alberto Álvarez Tamayo fue un estudioso; Cristian Nelson, un sabio reducido a empleado; Arturo Gambolini excelente periodista, ignorado. La lista es larga”.* Quizás los olvidos deliberados sean una de las formas que asume el rencor.

Este aporte de su hijo Carlos María es un acto no sólo de afecto filial, es un modo digno y justo de rescatar la obra de Romero Sosa lo que significa recuperar una parte considerable de la memoria histórica de Salta, ese bien inmaterial a cuya recuperación, preservación y conocimiento don Carlos Gregorio Romero Sosa consagró su entera, recta y productiva vida.



Carlos Gregorio Romero Sosa despide en el Cementerio de la Recoleta, en nombre del Centro de Residentes Salteños, los restos del Guerrero de la Independencia Teniente General Eustaquio Frías, en marzo de 1963. (Foto del diario *La Prensa*)

### **ARCHIVO PATERNO**

*Guardianes fieles los recuerdos quedan  
si desbordó el amor su contenido.*

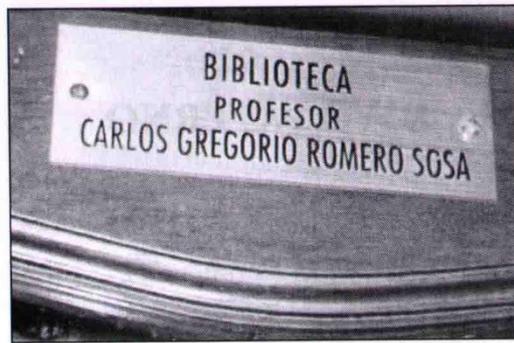
*Tú te jugabas, padre, porque ruedan  
de alma en alma con ecos por sonido.*

*El viento, a veces, los empuja y vuelan  
hasta agotar la fuerza y el sentido:  
constancia de extravíos que remedan  
el adiós decisivo del olvido.*

*Sin pretender ganada la partida  
final al desparramo y la completa  
labor iconoclasta de las llamas,*

*estas cartas de Reyes y Larreta  
y Palacios... Hoy no hojas secas: ramas  
extendidas al mundo de la vida.*

CARLOS MARÍA ROMERO SOSA



Inauguración de la Biblioteca "Prof. Carlos G. Romero Sosa" en el Ateneo Popular de La Boca. 26 de septiembre de 2009.

### **EL ESTÍMULO DE RICARDO JAIMES FREYRE A UN JOVEN POETA**

Al poeta Raúl Pérez Arias le subyugan las novedades estéticas aunque está lejos de caer en actitudes iconoclastas con el pasado. Por el contrario respeta y admira obras y figuras literarias del ayer. Así fue como cierta vez una informal charla sostenida en casa sobre el modernismo literario americano, nos condujo a través de la cita de sus principales referentes, al nombre de Ricardo Jaimes Freyre. Así charlamos toda una tarde sobre el escritor, político y diplomático boliviano nacido

en el consulado del país del Altiplano en Tacna (Perú) -el 12 de mayo de 1868- y con el tiempo amigo y colega de Leopoldo Lugones y de Rubén Darío: Que la América escuche tu noble melodía, le auguró en un soneto alejandrino el nicaragüense. Ambos sabíamos que Jaimes Freyre fue alguien de quien Borges, que quizá valoraba por sobre todo que hubiera introducido la mitología escandinava en la literatura castellana entre wagnerianas referencias al Walhalla y visiones de la Thule lejana - aquella última Thule invocada en la antigüedad por Virgilio en el Libro I de las Georgicas y por Séneca en Medea-, solía poner como modelo de música verbal aquel soneto del libro “*Castalia Bárbara*” prologado por Lugones en 1899, que comienza: *Peregrina paloma imaginaria/ que enardeces los últimos amores;/ alma de luz, de música, de flores,/ peregrina paloma imaginaria.* (Recuerdo bien a Borges recitando el poema en el Club Español).

La curiosidad de Pérez Arias fue en aumento al enterarse que mi padre lo trató en su adolescencia, mientras cursaba en la ciudad de San Miguel de Tucumán su bachillerato en el Colegio Sagrado Corazón a cargo de los padres lourdistas. Y más aún al comprobar que había dejado escritos y publicados sus recuerdos sobre el autor de “*Los sueños son vida*” volumen dado a conocer en Buenos Aires en 1917.

En efecto y como epílogo en prosa a su primer libro de sonetos: “*El cantar del crepúsculo*”; editado en Buenos Aires en 1941 por la Librería y Casa Editora de Jesús Menéndez (volumen que entre paréntesis mereció a poco el espaldarazo de un poema ditirámico –tal su título- de su tío Juan Carlos Dávalos cuyos primeros versos dicen: *Vate crepuscular, kakuy salteño,/ que desgarras la noche con tu grito de espanto,/ un carancho risueño/ aquí se ufana por graznarte un canto*<sup>1</sup>), aparecen las páginas testimoniales y distendidas de *Cómo conocí a Ricardo Jaimes Freyre*.

Cuenta en ellas Romero Sosa que hacia 1931, aquejado por el “*mal metafísico*”, y sospecho yo que sin duda también por un decadentista “*mal du siècle*” adquirido en la lectura en francés de Chateaubriand, borroneaba siendo estudiante del colegio secundario sus primeros versos. Fue así que un día primaveral, encontrándose en plena composición de sus cuartetas amatorias, probablemente malas y cursis, en el salón de un hotel situado frente a la tucumana Plaza

---

<sup>1</sup> (1) El poema "Ditirambos a Carlos Gregorio Romero Sosa (cuando publicó su libro "El cantar del crepúsculo") apareció en *El Intransigente*, Salta, el 26 de abril de 1943.

Independencia y en la misma vereda del “Círculo”, cuyo propietario era un catalán afable; escuchó a su espalda la voz de Jaimes Freyre, por cierto algo familiar ya que solía frecuentar en sus viajes a Salta el hogar de mis abuelos establecido en la calle Alberdi al 400 y es tradición que allí supo estrechar vínculos tanto con el hermano del dueño de casa, Monseñor José Gregorio Romero y Juárez, escritor, orador sagrado y obispo diocesano de Salta y Jujuy que murió en septiembre de 1919, como con el poeta de “*Rimando el dolor*”: Calixto Linares Fowlis (1884-1944) y el médico Juan Pablo Arias Romero (1859-1909), legislador y rector del Colegio Nacional de Salta, en cuyo carácter invitó a visitar el histórico establecimiento al creador boliviano que fuera años después propuesto para ocupar la primera magistratura de su patria.

Lo vio y describió mi padre de gran estatura en la ocasión, de undívaga melena renegrada, de rostro apergaminado, pálido, con facciones de aristócrata, de ojos muy vivos, cuidados bigotes y cejas abundantes. Y lo vio de ese modo, relató luego en ese epílogo, mientras *caminaba pausadamente, con ceremoniosa solemnidad principesca, resaltante aún más dentro del elegante traje negro.*

-*¡Jaimes Freyre!*- le inquirió entonces un señor anciano, en quien alcanzó mi padre a distinguir a su profesor de Historia Americana, el doctor Sixto Terán.

Fue una súbita aparición que lo dejó pensando en tan singular personaje del que se dio a leer y releer sus versos. Hasta que meses después, en 1932, cuando el poeta ejercía funciones de presidente del Consejo Provincial de Educación de Tucumán designado por el gobernador Juan Luis Nougués, según dato que aporta Emilio Carilla en su estudio biográfico del poeta publicado en la colección de *Ediciones Culturales Argentinas* en la ciudad de Buenos Aires en 1962, volvió a encontrarlo en el mismo lugar y también en ocasión de estar llenando sus cuartillas rimadas. Jaimes Freyre entonces con señorial y castizo hablar, propio de quien había cantado a la heroica edad de corazón de acero y se ufanaba en otro verso dodecasílabo del poema *Los antepasados* de tener sangre de los soberbios conquistadores, le preguntó a Romero Sosa qué escribía.

-*Versos, señor,* fue su tímida respuesta.

-*Ah, es usted poeta-*, comentó entonces y a renglón seguido dio por sentado que el interlocutor había leído a los clásicos.

-No señor-, le respondió el interpelado.

*-¡Bien, mi amigo! Usted no debe escribir una línea más sin conocer eso. Yo voy a obsequiarle un volumen de Calixto Oyuela, dictaminó enseguida quien fue el revelador de las leyes de la versificación castellana*

Y destacó a continuación el memorialista, al que además entusiasmaba el socialismo de signo tolstoiano profesado por quien en 1906 vaticinó en el rebelde poema Rusia el fin de la sociedad caduca: *con el sangriento rojo de todos los ponientes, que... Jaimes Freyre fue, desde entonces, mi guía y mi consulta en las letras. Me corregía mis versos. Me obsequiaba libros. Me enseñaba a escribir y a pensar. ¡Cómo agradezco sus indicaciones y el cariñoso afecto con el que me trataba en esa salita pequeña del hotel tucumano, desde cuya ventana se veía el nacarado ensueño de los naranjos de la Plaza Independencia!*

Tal fue el afecto y la admiración que le profesó que también en “*El cantar del crepúsculo*” le dedicó un soneto lleno de signos modernistas:

*Con el niveo blancor de la paloma  
imaginaria que su sueño guiara;  
con la albura de cisnes en la clara  
transparencia del verso del idioma.*

*Con la suave fragancia de una poma  
enjoyara en los labios de Gulnara,  
el hada misteriosa, con su vara,  
dióle el ritmo de luz y el sacro aroma.*

*Transmutado en señor de la pasada  
heroica edad de corazón de acero,  
fue liróforo amante la luna.*

*Ya fuer de trovador y romancero,  
fue afilando sus versos en la espada  
de un antifaz de cielo en la laguna.*

A poco mi padre fue abandonando la poesía para adentrarse en los estudios históricos, en especial de la región del Noroeste Argentino. Sólo que allí también encontró abierta la brecha por Ricardo Jaimes Freyre, autor de magnas obras en la materia como *“Tucumán en 1810: Noticia histórica y documentos inéditos”* (1907), *“El Tucumán del Siglo XVI: bajo el gobierno de Juan Ramírez de Velazco”* (1914) o de la *“Historia del descubrimiento de Tucumán”* (1916). Pero el maestro que con sobrados títulos lo era también en esa disciplina falleció en Buenos Aires el 24 de abril de 1933, circunstancia que impidió al joven salteño sostener con él diálogos en materia histórica, que sin duda habrían apuntalado su temprana disposición por el arte —y ciencia- de Clío.

\*\*\*

Ahora me toca a mí recordar hechos del pasado y personas ausentes; así evoco la habitación del escritorio paterno colmada de libros que lucía un cuadro de aquel preclaro mentor suyo en las letras, obra dibujada a lápiz en 1946 por el artista de origen germano von Scheidt donde se captó bien su mirada de fuego y los característicos bigotes que daban a su rostro un aire mosqueteril.

Y ya por la senda del ensueño, me ilusiona recuperar el eco de lejanas conversaciones mantenidas siendo veinteañero yo, con el escritor y periodista tucumano Eduardo Joubín Colombres muerto en 1988 y autor de un extenso estudio preliminar para la edición de *Claridad* de las *“Poesías Completas”* del boliviano modernista. Me aconsejaba entonces Joubín Colombres, con gravedad provinciana, tomar con el debido respeto mi propia vocación por las letras.

*-Y más vos changuito*, acentuaba proponiéndome la literatura como un desafío a tomar con suma responsabilidad.

*-Sí, Carlos María, mucho más vos, hijo de un discípulo de Ricardo Jaimes Freyre...*

Año del Libertador Gral. San Martín, 1950

RICARDO E. MOLINARI

Miércoles 31/ Mayo

Mi querido Romero Sosa: ¿qué es de Ud.?  
le molesto como a persona útil y em-  
pleado de la Biblioteca del Congreso.  
¿Sabe Ud. dónde se encuentran las cartas  
de Esteban Echeverría a Mariquita Thomson?

Le ruego me dé toda información al  
respecto.

Lo saluda muy afectuosamente su  
amigo  
Ricardito

70. Paraguay, 4508  
92-6944  
Ciudad

Carta de Ricardo Molinari a Carlos G. Romero Sosa<sup>2</sup>

<sup>2</sup> NOTA DEL RECOPIADOR: Dice: "Año del Libertador Gral. San Martín, 1950 - Ricardo E. Molinari - Miércoles 31/ Mayo.

Mi querido Romero Sosa: ¿Qué es de Ud.? Lo molesto como a persona útil y empleado de la Biblioteca del Congreso. ¿Sabe Ud. dónde se encuentran las cartas de Esteban Echeverría a Mariquita Thomson? Le ruego me dé toda información al respecto.  
Lo saluda muy afectuosamente su amigo"

## **JUAN CARLOS DÁVALOS: UN PROYECTO DE LEY DE POLICARPO ROMERO Y UNA PRESENTACIÓN DE DEODORO ROCA**

No por lejanas se desvanecen ciertas vivencias infantiles. Han transcurrido ya más de cincuenta años y sin embargo recuerdo con claridad el momento en que llegó a nuestro hogar porteño la noticia del fallecimiento de Juan Carlos Dávalos. Fue el viernes 6 de noviembre de 1959, cuando mi abuela -prima hermana del poeta- llamó por teléfono a Buenos Aires desde Salta para informar del deceso ocurrido aquel mismo día. Me parece ver de nuevo el gesto paterno demudado por el anuncio y captar además su preocupación ante el tono compungido de Ana María Sosa Dávalos que evidenciaba la marca de una nueva tristeza -reconocible pese a las interferencias propias de las comunicaciones a larga distancia de la época-; otro duelo para ella a sumarse al de su reciente viudez de un mes atrás. Veinte años no será nada para el tango, pero medio siglo es mucho en perspectiva humana, un tiempo más que suficiente para que las emociones tiendan a aligerarse cuando no a desaparecer. No obstante, aquí y ahora, cobra nuevo peso en mi espíritu la íntima remembranza señalada.

Todo escritor está en sus libros, es cierto, pero igualmente se halla presente en la vibración que sus palabras siguen despertando en los lectores; y hasta de un modo particular, por representar una conexión directa con el anónimo mundo de la vida, queda en las marcas de toda especie que esos lectores pudieran intercalar entre las páginas: desde anotaciones varias hasta recortes de diarios o revistas a propósito de algo de lo allí escrito. Así por ejemplo, al abrir hace poco el ejemplar en mí poder del volumen "*Salta*" de Dávalos -que prologó Manuel Gálvez y editó en 1918, en Buenos Aires, la Sociedad Cooperativa Editorial Limitada-, descubrí en su interior cinco cuartillas manuscritas reunidas en un cuadernillo hoy amarillento. Contienen un *Proyecto de ley acordando 3000 pesos a Don Juan Carlos Dávalos para la impresión de sus obras* "La Tierra en armas", "Los gauchos" y "Cuentos". Para mi mayor sorpresa se trata de un texto redactado y suscripto en 1928 por Daniel Policarpo Romero (1871-1959) -mi abuelo paterno-, por entonces diputado provincial por el Departamento de Rivadavia y Vicepresidente de la Cámara.

Mientras descifro su corrida caligrafía de viejo periodista, me pregunto qué fue de ese proyecto elevado entonces a consideración de la Legislatura local y hasta

dado a conocer por el diario *Nueva Época* el 31 de agosto de 1928, de acuerdo al dato que aporta -en la página 53- la “*Bibliografía de Juan Carlos Dávalos*” realizada por Iris Rossi, que publicó en 1966 el Fondo Nacional de las Artes, en la colección *Bibliografía Argentina de Artes y Letras*. Ignoro por qué no tuvo acogida entonces la iniciativa del profesor Romero que subraya en el párrafo final, a propósito del subsidio petitionado, que *...será la primera vez que se le acuerde ayuda a Dávalos para el objeto mencionado, siendo todas las publicaciones que ha hecho fruto de su propio esfuerzo*. Tampoco encuentro referencia alguna a ella en el capítulo pertinente: “*Historia de la publicación*”, incluido como uno de los encabezamientos de las “*Obras Completas*” -en tres tomos- de Juan Carlos Dávalos editadas en 1996 por el Congreso Nacional a instancias del Senador Julio Argentino San Millán y fruto innegable de las gestiones cumplidas en ese sentido desde 1973 por Roberto García Pinto, así como de la recopilación de materiales éditos e inéditos y de los estudios sobre los mismos debidos al señalado crítico y Académico de Letras. Lo cierto es que al menos -quizá- no sería descabellado suponer que el proyecto de 1928 bien pudo servir de antecedente a una norma efectivamente promulgada en 1940 por Ernesto M. Aráoz, Vice Gobernador de la Provincia a cargo del Poder Ejecutivo, que autorizó editar en forma oficial esta vez otra obra de Dávalos: “*Ensayos biológicos*” impresa en 1941.

Destaco por lo actual y sin duda tampoco aplicable únicamente a Juan Carlos Dávalos, algunos conceptos vertidos en los fundamentos de aquel texto original, en mi poder, ya que describen una situación o mejor dicho una condición bastante común a tantos otros creadores. Pienso no sólo en el patriarca de las letras salteñas sino además, por ejemplo en Ricardo Molinari que debió subsistir enfermo y nonagenario por la ayuda de amigos y colegas; en el catamarqueño Luis Franco sumido en la pobreza en su vejez sin deponer ninguno de sus ideales políticos, o en Antonio Di Benedetto que terminó sus días en un pequeño departamento prestado en la calle Laprida al 1900.

*Tenemos poetas y escritores -dice la fundamentación del proyecto legislativo- que pasan por momentos de hondas tristezas y son cuando contemplan en su mesa de trabajo las cuartillas de papel en sus originales producciones sin poderlas enviar a las casas impresoras por falta de los medios necesarios, pues en nuestro*

*ambiente sabido es que el que emplea la mayor parte de su tiempo en el cultivo de las letras, más son las necesidades que lo acompañan que las recompensas que le reportan. Este es el caso de nuestro mimado poeta y escritor Juan Carlos Dávalos que por su obra propia regionalista se ha hecho popular y está consagrado ya como una figura nacional en el mundo de las letras. Y sí, Juan Carlos Dávalos fue reconocido, admirado, era consultada su autoridad intelectual en el medio local y fuera de él, pero debía vérselas a menudo con los sobresaltos económicos, que bien está solía tomar en chiste como que llegó a ironizar en un soneto sobre su “declaración de bienes” presentada para cumplimentar los requisitos de un salvador crédito bancario: Declaración de bienes exigíome un gerente/ para prestarme un ciento de pesos nacionales,/ en fin, hube de hacerle declaración de males/ y resulté un moroso y abominable cliente. Jocosidad aparte, sabía el salteño como el lidio Anacreonte, el cantor del vino, que ignorar los males y el dolor asemeja a los dioses.*

Lejos del acartonamiento de los “*opas solemnes*”, su naturalidad en estado puro resoplaba bohemia en vendaval de trasnochadas literarias amistosas. Poeta siempre, *con su voz ruda y grave, y su esguince travieso, se alumbraba y se riega con los claros jugos de su tierra*, afirmó de él Deodoro Roca (1890-1942), al presentarlo al público cordobés reunido en el Teatro Rivera Indarte de la Ciudad del Suquía, el 24 de junio de 1939 donde Dávalos pronunció una conferencia sobre la que informó luego a sus comprovincianos el diario *El Intransigente* el 6 de julio. (Aparte de la charla en el teatro Rivera Indarte, en octubre del mismo año regresó a la ciudad de Córdoba para participar en calidad de disertante del Segundo Congreso Nacional de Escritores.)

Me detengo en lo de la *voz ruda y grave*, es decir en su lirismo sin afectación, por momentos agobiado en varonil quebranto, pero melodioso, con mucho de la campesina sonoridad de los yuyales con grillos y cigarras. Se cuenta que al escucharlo recitar versos en los boliches, los mozos que servían las mesas y sobre todo llenaban las copas de los parroquianos, pedían respetuoso silencio para el “Poeto” pues les sonaba a femenino, en el machista sentido de “débil”, designarlo con el término “poeta”, ya que nada veían de frágil en su corpulenta figura y en su recio decir de coplas de amor sin renegar de un dejo de dulzura y ternura. No por

casualidad el toro fue uno de los sustantivos más empleados en sus páginas y evidentemente uno de sus símbolos de fuerza y valor predilectos.

Dávalos, bohemio y trasnochador, no era una persona de carácter abúlico, ni un quedado en actitud escéptica, ni se sentía un arrojado en el mundo de acuerdo con la visión existencialista, más allá de asumirse con Heidegger un *“ser para la muerte”* y hasta incorporar la expresión del filósofo alemán como epígrafe de su poema *“Mar de Antofagasta”*, fechado en 1952. Estaba embebido en la tierra carnal: *y afuera los cerros, la noche, la lluvia*, cantó poblando con elementos paisajísticos su mundo interior. Era un activo contemplador de su realidad provinciana, por momentos con perspectiva festiva y crítica, tanto como un esforzado interrogador del misterio, cuando no un iniciado en experiencias de integración. Para muestra basta con estos dos versos de su *“Elegía Cósmica”*: *No soy extraño al vértigo que arrastra/ sol y planetas en espira eterna.*

No en vano Deodoro Roca, el ideólogo de la Reforma Universitaria de 1918, el militante de las causas solidarias y justicieras en la Liga Argentina por los Derechos del Hombre y otras organizaciones humanitarias, el entusiasta difusor de los poetas del exilio español como Rafael Alberti y José Bergamín, el acusador del *“imperialismo invisible”*, el intelectual atento a todas las novedades del arte, la ciencia y la técnica ocurridas en la primera mitad del siglo XX, el compañero en el mejor telurismo, es decir en la tolstoiana concepción de universalidad, de un juvenil Atahualpa Yupanqui -quien lo evocó en su libro *“El canto del viento”*-, en aquella ocasión dedujo de la personalidad de Juan Carlos Dávalos, tan despreocupada de las *“cosas sin fundamento”*, como podría decirse parafraseando a Martín Fierro: *Ni en la ciudad ni en su patria -hasta ahora- ha llegado, no obstante remontadas consagraciones, a significar plenamente, para los otros, lo que en realidad es. Está ausente esa particular y agria acción de presencia. Falta en el ingrediente de su vida -donde late cordial, ancha simpatía humana- ese género de acción, deleznable o no, que aquí suele ser indispensable para que a un hombre de pensamiento lo tengamos presente.*

Por cierto este otro Roca sin zorrerías y con lealtad probada a la causa de la Libertad -no al liberalismo económico-; el mismo que anticipándose en varias décadas a las consignas de los estudiantes franceses del 68 entendió que estaba

*“Prohibido prohibir”* -según el oportuno título bajo el cual su biógrafo Horacio Sanguinetti reunió, anotó y prologó en 1972 parte de sus ensayos-, *“Roca el bueno”* no aludía naturalmente al *“compromiso”* intelectual y del intelectual, auténtico, jugado y sacrificial que exaltaría Sartre, sino a ese manía de los figurones de dar el presente en todas partes; a la tilinguearía de hacerse ver y al afán de hacerse notar. Y es verdad, Juan Carlos Dávalos no dormía de ese lado. Mal podía hacerlo el hombre en quien latía el arte al ritmo de lo esencial. El poeta de resonancias cósmicas que ansiaba la eternidad durmiéndose *a la sombra de un sauce ribereño* desde donde escapar *soñando del tiempo y el dolor*.

Buenos Aires, Abril 30 de 1961.

Señor

Carlos María Romero Sosa

Laprida 2144 – 1° A

Capital

Mi querido Romero Sosa:

Tuve la grata sorpresa de recibir su atenta de marzo 3 con buenas noticias y birimbaos de nuestro dilecto Carlos Reyes M. Gajardo. Al principio me pareció que quién me escribía era su hijito, que también se llama Carlos -como usted sabrá-, pero después comprendí que todavía es muy joven. De todos modos hay en este párrafo cuatro Carlos. (Estos chistes son para reír a largo plazo).

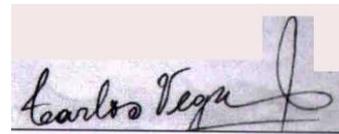
Leí con mucha atención el ensayo de Reyes sobre el birimbao; está muy bien. Yo me limité a mencionarlo en mi libro sobre los instrumentos, en la parte de la clasificación, pero no le dediqué atención entre los instrumentos aborígenes porque parece alógeno puro, sin cambio. Pienso que tendré que reconsiderar este punto. En mis viajes le presté la mayor atención y tengo en el Instituto de Musicología varias grabaciones de birimbao de chaquenses y de araucanos sumamente interesantes. Dos verdaderas joyas se mojaron y destruyeron cuando me hundí con el auto en el río Aluminé.

No veo publicaciones tuyas, pero imagino que estará trabajando en secreto y con eficacia. Vamos a ver.

Cuando le escriba a Reyes le ruego enviarle mis saludos más cordiales y agradecerle el artículo; y contarle esto que le digo y enviarle este recorte, que ya conocerá y mi dirección. Y que cuando venga me hable por teléfono.

Afectuosos saludos para usted y los suyos

Cangallo 1186, 5° "C"  
35/6584

A rectangular stamp containing a handwritten signature in black ink. The signature appears to read 'Carlos Vega' followed by a stylized flourish.

Carta del musicólogo Carlos Vega a Carlos Gregorio Romero Sosa.

## PEDRO HENRIQUEZ UREÑA: INGENIO LITERARIO Y COMPROMISO MORAL<sup>3</sup>

a Sonia Henríquez Ureña de Hlito

Hubo un tiempo en que los escritores abrazaron las letras como una religión. Ello al creer casi por revelación, más incluso que en la virtud de los textos a componer, en la tarea misma de redactarlos, atribuyéndole a esa acción un poder casi santificador.

El compromiso con la literatura es por supuesto condición necesaria para su ejercicio, como que las medias tintas en cuestión de escritura resultan puros borrones, y hasta ciertamente como concluyó Roland Barthes: *escribir es un acto que desborda la obra*. Pero otra cosa resulta la fe ciega en el Arte, la que, en forma paradójica y cualesquiera sean los géneros abordados, deviene al cabo en juego esteticista al no alimentarse la creación con los datos ineludibles del mundo de la vida. Digamos entonces que el esteticismo resulta ser una fe sin obras redentoras de la condición humana.

Como respuesta a esta actitud o superstición purista y preciosista de la literatura, el siglo XX con sus crisis recurrentes aportó una novedad determinante: *el intelectual comprometido*, con conciencia, convicción y voluntad de serlo; de lo cual devino la calificación de sus producciones, según fueren o no instrumentos de militancia y elementos de propaganda no disimulada. Se desechó así de plano la fe artística entendida como don sobrenatural y se privilegió el hecho de creer con humanas dudas y dialécticas contradicciones en la experiencia social con sus idas y venidas. No había pues para las ideologías revolucionarias bienaventurados de las letras en el horizonte sino trabajadores de la escritura esforzados en instaurar valores éticos, de mayor importancia que su expresión en sí y redentores de la tentación elitista e individualista del encierro del escritor en una torre de marfil. Sólo que aquella estimativa, por lo demás, podía y debía manifestarse -superado el realismo socialista por falta de imaginación y de convocatoria-, con imágenes y metáforas disparadas desde y hacia los sentimientos y emociones más universales; al

---

<sup>3</sup> (1) Ponencia del doctor Carlos María Romero Sosa (Argentina) presentada en el Coloquio "Pedro Henríquez Ureña a 60 años de su muerte, presencia, legado y trascendencia", en la Sala Domingo Moreno Jimenes de la Biblioteca Nacional "Pedro Henríquez Ureña" de Santo Domingo (R.D.), el 30 de abril de 2006, durante la IX Feria Internacional del Libro de la República Dominicana. Se publicó más tarde en *País Cultural*, órgano oficial de la República Dominicana

punto que esos recursos de la preceptiva tradicional eran revitalizados ahora en función comunicadora, “empática” y también en calidad de ingeniosos subterfugios para evitar la censura instaurada por los regímenes políticos a combatir pluma y metralleta en mano a la vez, de ser posible.

El resultado de esta visión en lo que hace al sentido último, a la finalidad de las letras, ha sido por supuesto desigual, según el talento de los cultores, en ocasiones magistrales si se piensa en un Jean Paul Sartre, un Albert Camus, un Miguel Hernández, un Pablo Neruda, un Manuel del Cabral, un Nicolás Guillén, y en los argentinos Raúl González Tuñón, José Portogalo —seudónimo de José Ananía-, Francisco Urondo o Juan Gelman.

Hay todavía otra cuestión digna de tenerse en cuenta y que bien puede vincularse con lo dicho: la literatura, la cultura en general, la civilización puesta a prueba como nunca antes en la pasada centuria, se enfrentaron con una realidad desconocida por los autores decimonónicos: la rapidez de los hechos exteriores para acontecer ante la presencia de testigos y la consiguiente prisa del anoticiado por involucrarse con ellos, a veces morbosa y por excepción solidariamente. A medida que avanzaba el siglo XX y con él las técnicas de comunicación, para actuar como orteguiano “espectador” había que hacer un esfuerzo racional de toma de distancia, porque participar de los hechos exteriores era -y es- la consigna de los medios informativos. De allí a tratar de cambiar la realidad de cara a las persecuciones, las segregaciones, el colonialismo explotador y el hambre creciente, hubo un paso. (*Disculpadme, compañeros poetas, este cartel sin poesía, pero hay hambre en el mundo, hambre en las bocas del mundo. Y yo tengo un par de gritos violentos y unas ganas tremendas de vivir*, advertía por ejemplo el ítalo-argentino José Portogalo en el poemario “*Tumulto*” de 1935).

¿Se trató la rebelión del tiro por la culata que recibieron los consorcios internacionales de prensa? ... “*Ignoramus.*”

Como fuere, bajo la presión del apuro generalizado, denunciar con precisión estuvo mejor visto que hacerlo con belleza; llegar a conclusiones implicó un mayor desafío que ordenar las palabras en forma armónica:.... *al escribir* “*Catilina*” (1931) *no me propuse deleitar sino instruir*, confesó en 1945 nuestro Ernesto Palacio. El colofón inevitable: demandó más energía creativa convocar adhesiones o rechazos,

que participar a través de la letra impresa de la silenciosa, anónima y gratuita amistad con el lector. Puede resumirse el espíritu de todo ello con la expresión y casi epitafio fúnebre de Theodor Adorno: *Es imposible escribir poesía después de Auschwitz.*

\* \* \*

Pedro Henríquez Ureña no perteneció a ninguno de ambos bandos en conflicto: no fue un esteticista desentendido de la realidad social de sus compatriotas americanos -su americanismo antes que utópico fue en rigor ucrónico por profético- ni actuó tampoco como un mero propagandista provisto de ingenio y de genio literario. Sin embargo y a riesgo de aparecer hoy como abogado del diablo en la fiesta cultural que significa esta IX Feria Internacional del Libro, debo recordar que don Pedro escribió: *El ideal de la justicia está antes que el ideal de la cultura. Es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual.*

Y también que razonó platónico... *La bondad vale más que la verdad. Aunque, en el cielo de las ideas puras, manen de la misma fuente.*

Quien así se expresaba no era un activista político, ni un inconformista por carácter o esnobismo, ni un escéptico gnoseológico sino un Humanista con mayúscula, despejado el concepto de la carga negativa que le atribuyeron los estructuralistas y la Escuela de Frankfurt.

Entre otros estudiosos, el filósofo argentino Eugenio Pucciarelli ahondó en el análisis de su credo en la materia en un ensayo que comienza por aclarar el significado del término “humanismo”, genérico e impreciso en realidad. *Hay muchos humanismos -recuerda Pucciarelli- : el cristiano, el liberal, el socialista, el existencialista, el integral. Cada uno presupone una idea del hombre y un ideal de cultura, concepciones del arte y normas para configurar la vida del individuo y asegurar la convivencia social.*<sup>4</sup>

Sin embargo, de Henríquez Ureña puede predicarse su credo y saber humanistas debido tanto a su afición a los temas clásicos y a la filología castellana cuando a entender y haber dado testimonio de que esos estudios... *“son fuente de*

---

<sup>4</sup> (2) *Pedro Henríquez Ureña, Humanista.*- Centro de Estudios Filosóficos. Buenos Aires, R.A. 1984.

*disciplina moral. Y que consiguientemente... Acercar a los espíritus a la cultura humanística es empresa que augura salud y paz.”*

Tenía en claro que fue en Grecia donde hace más de dos mil quinientos años nacieron y cobraron sentido y proyección universal conceptos tales como “éthos”, “areté”, “eudemos”, “sophrosyne”, alétheia”, “diké”. También que la pregunta por el hombre conlleva la esencial interrogación por *su hacer* y por *su deber hacer* o *no hacer*, en términos de la deontología kantiana.

Son numerosas las referencias a cuestiones morales que pueden hallarse en las *Obras Completas* de Henríquez Ureña. Así en una página de su ensayo sobre Juan Ruiz de Alarcón, el perfecto conocedor y gran admirador del teatro de Sófocles levanta con el autor de “*Antígona*” la bandera del derecho natural por sobre las leyes positivas. *Las nociones morales no pueden ser derogadas por ningún hombre, aunque sea rey*, escribió anticipatorio en 1914.

Henríquez Ureña persiguió como nuestro José Ingenieros en su momento una moral sin dogmas, sin esquemas *a priori* que distrajeran con aprestos metafísicos la manifestación práctica y autónoma de las conductas. Pensaron así ambos, el dominicano y el argentino, antes del iuspositivismo de Hans Kelsen y previo a que muchos cerebros imaginaran el mundo jurídico más como una lógica cerrada que como una ética abierta a la conciencia del bien, receptora y tributaria de las virtudes de justicia, solidaridad y libertad. Los totalitarismos europeos y las burdas tiranías latinoamericanas de las que fue testigo y víctima dieron vigencia a sus inquietudes humanísticas y humanitarias, cuando tantos intelectuales miraban para otro lado en forma cómplice o comprobaban contrariados que Nietzsche había acertado al anunciar la muerte de Dios, aceptando ese ocaso wagneriano de los superiores principios de convivencia judeo-cristianos a manos de genocidas nazis e intolerantes fanáticos, como un hecho ya imposible de revertir.

Para don Pedro, en cambio, no había causas perdidas si del espíritu se trataba, por eso y porque sabía con Sócrates que la virtud es enseñable fue maestro. Y por eso el agnóstico en materia religiosa bien pudo delante de sus discípulos suscribir con Albert Schweitzer aquello de que el conocimiento decisivo de Dios es el que se experimenta como voluntad ética. Una voluntad dirigida a la superación de las carencias de la condición humana caída y bajo la lupa “narcisista” de las llamadas

ciencias humanas -Michel Foucault dixit-; un impulso hacia la moral heroica de la “megalopsykhía” a materializarse en obras de fraternidad y en demolición de malos entendidos históricos: *Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa, si lo único que hacemos es ofrecer suelo nativo a la explotación del hombre por el hombre (y por desgracia esa hasta ahora nuestra única realidad), si no nos decidimos a que esta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, no tenemos justificación.*

El autor de “*Utopía de América*” buscaba poner en presente la esperanza. Sentía en carne propia como una herida abierta la deserción de la esperanza por parte de los pueblos y habrá sufrido al leer en Hegel que *su América* estaba fuera de la historia en tanto era el *Continente del futuro*. Creer como actividad vital fue su consigna, apreciando la justificación de las existencias individuales y sociales por la virtud de la Justicia que como escribió *y* hemos citado, constituye un valor superior al de la cultura. Sembró esa prédica filantrópica en su patria Dominicana, en México, en Cuba, en los Estados Unidos y en la República Argentina. Impartió ciencia y sabiduría; igualmente conocimientos teóricos y pascalianas razones del corazón. Todo ello con un valor agregado: enseñó a pensar con precisión dentro de la estructura de nuestro idioma y de su buen decir; sin encerrarse en academicismos como que propuso en reiteradas oportunidades -infructuosamente- incorporar nuevas voces de raíz indígena al diccionario de autoridades. Coincidiría así con Wittgenstein en que los límites del lenguaje son los límites del mundo y por eso su afán de expandir la palabra, para hacer más habitable esa heideggeriana *casa del ser* en cambio de retacearla y rebajarla a los lugares comunes y al vacío de las frases hechas.

Como no podía ser de otra manera, asumió estoico el reto de su destino de educador de juventudes. *Yo he trabajado siempre en la tarea más devastadora de la fuerza mental y más enemiga del libre juego de la imaginación y el pensamiento: la enseñanza*, confesó contrariado por la falta de tiempo material para escribir. Y en efecto fue un mártir de la educación pública, como que según es sabido murió en un viaje en tren al dirigirse al Colegio Nacional de la Universidad de La Plata donde debía dictar su cátedra de castellano un 11 de mayo de 1946.

Las enseñanzas no sólo las impartía frente a un curso o en el periodismo, las conferencias, los libros. Veía en el magisterio secundario un elemento de la “Paideia” socializadora y lo ejercía con modestia de sabio, cortesía de aristócrata del pensamiento y vocación pedagógica insoslayable.

Por supuesto que también con ejemplar dedicación y con la grandeza de quien elige dialogar a monologar o a pontificar inapelable. Se afirmaba en el reconocimiento respetuoso y tolerante del “otro” porque era la antítesis del individualista filosófico, del autista psicológico, del enfermo moral de egoísmo y del ególatra banal. Su actitud fue siempre dialoguista antes que polémica. En América ha habido grandes polemistas y pocos hombres de diálogo y buenos componedores. Esto, consecuencia a su vez de fuerzas históricas bullentes en oposición, hizo de nuestro Continente una zona de fractura, de lucha, de controversia y pocas veces de redentora integración.

Sólo con ilusión no ingenua por cierto, o digamos mejor únicamente a fuerza de corazonadas e intuiciones *toda ciencia trascendiendo* en imagen de San Juan de la Cruz, se puede moldear el metal en bruto de las juventudes; saludar con su madre poeta Salomé Ureña, *La gloria del progreso*, el renacer de *Ariel* en el imperio de la razón y el sentimiento que auguró hacia 1900 el uruguayo José Enrique Rodó; y el porvenir de la *raza cósmica* de José de Vasconcelos, de la que fue adelantado Pedro Henríquez Ureña. Alguien que aun herido en ocasiones por la incomprensión y la medianía reinantes no abandonó el desafío de la auto superación ni lograron doblegarlo *las luchas con el mal y con los malos*, combates que quizás deprimieron el ánimo del pedagogo puertorriqueño Eugenio María de Hostos.

\* \* \*

Se contaron por legión sus alumnos y discípulos argentinos. De uno de estos últimos, recupero un testimonio que desconocía hasta hace poco. Se trata de unos versos juveniles de mi padre que conmemoran el día que conoció a don Pedro en el porteño Parque Lezama, paseo tradicional -e inspirador de novelistas y poetas, desde Ernesto Sábato a María Elena Walsh y Néstor Perlongher- de *la ciudad junto al río inmóvil*, en septiembre de 1940. Ocurrió jornadas antes de la partida del maestro -el viernes 13 de septiembre a bordo del vapor “Brazil”- en calidad de profesor invitado

a la Universidad de Harvard. Fue el allí descripto un azaroso encuentro, a no dudarlo algo iniciático, acaecido en el sitio donde por primera vez se fundó la ciudad de Buenos Aires en 1536 por el Adelantado Pedro de Mendoza y a poca distancia de donde se halla emplazado el edificio de estilo italianizante del Museo Histórico Nacional. En rigor de verdad fue un hecho casual que sin embargo echó a rodar la relación discipular de Carlos Gregorio Romero Sosa con Henríquez Ureña y que relaté más en extenso en un artículo que el cordial amigo y colega en las letras Licenciado José Rafael Lantigua, hoy Secretario de Cultura de la República Dominicana, tuvo a bien publicar en Biblioteca, la sección a su cargo en Listín Diario.<sup>5</sup>

Pienso ahora que aquellos octosílabos paternos manuscritos requieren de un epígrafe y hallo por demás oportuna para el caso la frase del propio homenajeado: *Hasta los veinticinco años todos escriben versos, después de los veinticinco años sólo escriben versos los poetas*. Cabe anotar que el autor del poema frisaba los veintitrés para 1940 y que encuadrándose en el precepto antedicho que de seguro desconocía, luego de dar a la imprenta un par de libros de sonetos en 1941 y 1942 respectivamente, orientó su actividad intelectual más hacia el campo de los estudios históricos, genealógicos, folclóricos y el periodismo cultural. Pero lo cierto es que Romero Sosa, entonces, retrató con tono repentista, a un tiempo emocionado y admirativo, la cordialidad que estrenaba para con él Pedro Henríquez Ureña:

*Platicando con las Musas/ de intrincado pensamiento,/*  
*importuné tu camino/ y te distraje, imprudente./ pero tú, noble Maestro,/*  
*en vez de mostrar fastidio/por esa imprudencia mía/ insinuaste una*  
*sonrisa;/*  
*generosa, placentera,/como brisa del Caribe/ y lealtad de buen*  
*amigo.//Platicando con sí mismo/don Pedro Henríquez Ureña/se topó entonces*  
*conmigo,/ allá en el Parque Lezama/ cuando él, con paso pausado,/ iba haciendo*  
*un epigrama./*

---

<sup>5</sup> (3) *Testimonio poético: un encuentro con Pedro Henríquez Ureña*, 21 de julio de 2002.

Descubrí la composición poco después de la muerte de mi padre en diciembre de 2001; y la circunstancia particular en que me fue revelada: mientras revisaba su biblioteca y hacía el duelo tanto por su fallecimiento cuanto por mi país en llamas con varios presidentes sucediéndose en una semana, con cacerolazos, represión policial y confiscación de los ahorros de la población, me inspiró los siguientes versos libres bajo el epígrafe, a su vez, de los antes transcritos y con el previsible título de *Encuentro de un joven escritor de provincia con Pedro Henríquez Ureña*:<sup>6</sup>

*Quizá/ con los años/ daré fe de/ algunas/ circunstancias/ levemente/  
distintas/ sobre nuestro/ encuentro de/ esta tarde/ primavera/ de/ 1940 en el/  
Parque Lezama./ Estarán más abiertos los/ brotes y el/ follaje perenne más/  
tupido;/*

*el surtidor hoy seco/ dibujará un/ interrogante/ sobre los/ enamorados que/  
ocupan los/ bancos;/ será más grave/ la sirena de un/ barco en el/  
Riachuelo;/*

*Usted no llevará luto por la/ Libertad; /mí estandarte provinciano/ tendrá  
signos/ cumplidos/ (lo portaré/ mirando cómo/ emergen uno a uno los/ anillos/*

*arrojados al mar del/ desencanto);/ se mareará San Telma/ en la ronda de/*

*cúpulas de la/ Iglesia Ortodoxa;/ y en las esquinas, / Buenos Aires/ dará de  
nuevo cartas/ marcadas con/ausencias. /”*

*“Don Pedro Henríquez Ureña, /apelo a su /”modo de perfección: la  
generosidad”./Ayúdeme a/ imaginar exactitudes./ Le temo a la/ impostura del/  
recuerdo.*

---

<sup>6</sup> (4)- Se publicó en *Licencias ordinarias* (poemas) Ediciones del Ateneo Popular de la Boca, Buenos Aires, R.A. 2002.

"El Paraíso, abril de 1939  
Mi estimado amigo: Le agradezco sus  
lectureros líneas, que han tenido la virtud de  
remover viejas memorias en mi espíritu, y  
tráslame al tiempo feliz en que me dedi-  
qué a escribir las biografías de los  
poetas gauchescos. Le ruego que, a fin de  
le agradezca a su hijo el envío de "Las Ver-  
dades". He reconocido ya las composiciones que  
forman ese volumen, y felicito al autor  
por la destreza con que armoniza la tradi-  
ción de la forma antigua y la novedad  
de las imágenes originales. Saludo a  
ambos Carlos Masías muy cordialmente  
Manuel Mujica Láinez

Carta de Manuel Mujica Láinez a Carlos G. Romero Sosa

### **MUJICA LÁINEZ, SUS BIOGRAFÍAS DE LOS POETAS GAUCHESCOS Y LAS CONTRIBUCIONES DE CARLOS G. ROMERO SOSA**

Manuel Mujica Láinez con sus estudios sobre los poetas gauchescos dados a conocer en la cuarta década del pasado siglo, evidenció su interés de criollo de vieja estirpe y cultura cosmopolita por el género; un interés que por lo demás mostraron también en diferentes épocas y desde distintas perspectivas estéticas, ideológicas y hasta disciplinarias, entre otros: Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, Jorge Luis Borges, Ezequiel Martínez Estrada, Carlos Alberto Leuman, Rafael Alberto Arrieta, Carlos Astrada, Eleuterio Tiscornia, Carlos Obligado, Ricardo Rodríguez Molas, Roberto de Laferrère, Ángel Battistessa, Elías Carpena, Ismael Moya, Raúl H. Castagnino, Ángela Blanco Amores de Pagella, Juan Carlos Ghiano, Horacio A.

Difrieri, Américo Calí, Julio C. González, Elías S. Giménez Vega, Fermín Chávez, Carlos Paz, Félix Weimberg, Jorge Calvetti, Antonio Pagés Larraya, Tulio Halperín Donghi, Fernando Hugo Casullo, Ángel Héctor Azeves, José Gobello y Fernando Sorrentino, por citar sólo argentinos.

Por cierto que resulta motivo de curiosidad literaria conocer qué fue lo que impulsó a Manucho el abordaje de las biografías de Hilario Ascasubi y Estanislao del Campo, sobre todo del primero, toda vez que en el prólogo de la “*Vida de Anastasio el Pollo*” (1948) ensayó una explicación testimonial al respecto, al indicar que acometió la investigación asumiendo un desafío propuesto en la “décima imaginaria” con la que Álvaro Melián Lafinur saludó -en 1943- las páginas de “*Vida de Aniceto el Gallo*” y que expresa:

*Su libro en que con primor  
Habla de Aniceto el Gallo  
Merece, amigazo, el fallo  
Que le ha dao tan justo honor.  
Yo, deseo con ardor  
Que siga largando el rollo  
Y se acuerde de este criollo,  
Para pintar su figura  
Con la misma galanura.  
Soy de usté, Anastasio el Pollo.*

\* \* \*

Homenajeado por Enrique Larreta quien le dedicara un soneto en “La calle de la vida y de la muerte”, para ese año de 1943 -en lo institucional tan determinante para el país- cuando dio a la imprenta la biografía de Ascasubi, el prestigio de Mujica Láinez estaba ya consolidado en el campo de las letras luego de publicar los libros “*Glosas castellanas*” (1936), “*Don Galaz de Buenos Aires*”(1938), “*Miguel Cané, padre*” (1942) y “*Canto a Buenos Aires*” (1943).

También en los dos indicados ensayos biográficos se pinta de cuerpo entero el esteticista cultor del pasado nacional, el porteño de ley nacido en el año del Centenario comentan que en el solar que ocupa en la actualidad la sede del Automóvil Club Argentino, el memorialista algo barroco capaz en los cuentos de “*Misteriosa Buenos Aires*”, de enfocar y recrear epopeyas cotidianas entre los muros añosos y las calles ciudadanas con ecos de fantasmales transeúntes. Bien provisto de

datos históricos sin asumirse historiador, a Manucho no habría de producirle vértigo alguno la dimensión del pasado patrio en cuyas crónicas le era fácil hallar apellidos de su familia y de su familiaridad desde la niñez; sí en cambio el artista buscó descifrar allí enigmas de existencias olvidadas, muertes desconocidas, vocaciones frustradas, amores, odios y hasta sombras tutelares o siniestras detrás de los encuentros y los desencuentros humanos, todo siempre con fantasía inagotable y estilo inconfundible forjado en el modernismo y condimentado, a menudo, con el valor agregado del humor inteligente, el ingenio incesante y la ironía hija del escepticismo.

Otra cuestión para tomar en cuenta en aquellas semblanzas es su evidente identificación con los poetas gauchescos, con su “*fuego que no se apagará nunca*” según profecía suya.<sup>7</sup> Reconstruyó sus biografías entre las brasas descuidadas por un progreso iconoclasta y por la avalancha inmigratoria -a su criterio algo elitista no fraguada en responsable ciudadanía-; las brasas que reavivaron su nostalgia de una refinada edad de oro, frente a las que bien pudo afirmar como el griego: *aquí también hay dioses*. Para el caso divinidades protectoras de la tradición liberal y el aristocrático multiculturalismo de sus admirados miembros de la Generación del 80. Una tradición sostenida por la clase dirigente de su entorno con decadentista naturalidad, sin chillones colores locales como que en coincidencia con Borges -con quien los emparentaba Juan de Garay, como se ufanaba genealógico- entendió el escritor formado en la adolescencia en exclusivos colegios de París y Londres, que ser extranjerizante constituye una forma de ser argentino.

Estudiar es comprender y hacerlo redundante en *simpatía* por lo que alcanzan a develar intelecto y sentimiento, o el dantesco “*Intelletto d'amore*”. Así esa *simpatía* o *empatía*, a veces en grado de solidaridad, surge nítida de la pluma de Manucho a su turno de apologista de los gauchescos.

Anótese además que la poesía era un género que había abordado el futuro autor de “Bomarzo “ en forma casi simultánea con la redacción de sus biografías, y por ejemplo el poema “*Canto a Buenos Aires*” apareció el mismo año que su estudio sobre Ascasubi. Pero hay algo más: los poetas gauchescos de su enfoque fueron como lo era él mismo, ocasionalmente autores de versos; aparte de que a ellos,

---

<sup>7</sup> (\*) Vida de Aniceto el Gallo

contratiempos como la prisión, el desarraigo y desvelos como la actividad política, la milicia, el periodismo, la función pública y los viajes, llenaron y fatigaron gran parte de sus jornadas en la ajetreada Argentina del período de la Organización Nacional. No había allí para ninguno de los *gauchipolíticos rioplatenses* de la caracterización de Ángel Rama -tampoco pues para los orientales Bartolomé Hidalgo durante las guerras de la Independencia ni para Antonio Lussich cuando despuntaba la inquietud social en el vecino país- posibilidad de asilarse en la inmaterial torre de marfil del Conde Alfredo De Vigny.

En esos espejos se miraría él también, eventual aunque no marginal versificador, mientras escandía sus pareados *caminando de arriba abajo en el patio de La Nación y deteniendo el vaivén de su música para prestar oídos a una burla de Gerchunoff o de Cancela*, tal como lo memoró en su discurso de ingreso a la Academia Argentina de Letras, en 1965. Así fue construyendo las siluetas de esos sus colegas próceres en las letras. Y para hacerlo se documentó con profusión, persiguió referencias, rastreó anécdotas, agotó las bibliografías especializadas e indagó en múltiples fuentes.

En ese sentido tuvo Carlos Gregorio Romero Sosa, la satisfacción de haberle proporcionado numerosos datos para ambas semblanzas.

Copia de una carta suya fechada en Buenos Aires el 12 de mayo de 1943 y conservada en su archivo da cuenta de esa colaboración desinteresada y entusiasta, una colaboración que con honestidad intelectual el beneficiario supo valorar demostrativamente en sus libros. Así en el capítulo *El imprentero en Salta* de la “*Vida de Aniceto el Gallo*” glosa el aporte con reiteradas menciones al aportarte entre las páginas 42 y 43 y transcribe entre comillas buena parte de la epístola de Romero Sosa desde las páginas 43 a 45 en la edición original de Emecé con pie de imprenta en Buenos Aires el 23 de diciembre de 1943.

Ignoro la circunstancia en la cual le solicitó los datos a mi padre, un escritor e investigador a la sazón de veintiséis años entusiasta hernandiano y después revelador de aspectos curiosos del mendocino de lira popular y protogauchesco Juan Gualberto Godoy (1793-1864), el autor de “*El Corro*”, como surge de la clásica obra de Félix Weimberg que destaca, también, en varios pasajes la colaboración paterna. Ignoro asimismo si Manucho conocía de antemano el trabajo sobre “*La Imprenta de*

*la Patria en Salta y un curioso impreso de 1826*"; publicado por el Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades a principios de 1943, ensayo ese donde Romero Sosa alude a la presencia de Ascasubi en la provincia norteña. Lo cierto es que con prontitud le remitió el extenso informe mecanografiado cuyos primeros párrafos dicen:

*Señor y amigo muy estimado: Ha querido usted honrarme con su solicitud de datos acerca de la permanencia de Hilario Ascasubi en Salta durante el gobierno del General Arenales. Mucho placer me da atender a su pedido y contribuir, así, con alguna curiosidad "datística" sin mayor importancia al libro que proyecta en torno al autor del famoso "Santos Vega". Ese su libro será capital en la bibliografía argentina y, como todos los suyos, un modelo estilístico y de captación histórica.*

Ya en tema explica: *La bibliografía éditada sobre Hilario Ascasubi en Salta es escasa y de segunda mano. Toda ella glosa las referencias aportadas por Zinny y las dadas, posteriormente, por Miguel Solá en su ya agotado libro la "Imprenta en Salta". A título informativo diré a Ud. que existen algunos trabajos en los que se habla del asunto.*

Enumera a renglón seguido algunas publicaciones especializadas de Atilio Cornejo, Ernesto Aráoz y Julio Cesar Luzzato. En cuanto a la pregunta que le formulara sin duda en forma verbal Mujica Láinez sobre el tiempo de permanencia en Salta de Ascasubi, lo calcula el remitente en alrededor de dos años, fundándose para ello en el descubrimiento del historiador Miguel Solá de un documento probatorio de que el gobernador Arenales lo "separó" de las actividades en la Imprenta de la Patria en 1825.

Más adelante y luego de dar precisiones bibliográficas de su propio ensayo sobre la Imprenta de la Patria le envía varias coplas festivas atribuidas por la tradición popular al autor de "*Santos Vega o los Mellizos de la Flor*" y recogidas por algunos tradicionalistas del medio salteño como José Dion Soliveréz.

Tan importante juzgó Manucho esa contribución que en julio de 1943, en un acto que pinta de cuerpo entero su fondo humano carente de toda pedantería y su cortesía exquisita, envió a Romero Sosa otra epístola manuscrita que yo conservo ahora enmarcada:

*Mi estimado amigo:*

*De acuerdo con lo prometido, tengo el placer de enviarle el capítulo III de mi libro sobre Ascasubi y que trata acerca de “El imprentero en Salta”. Como le debo tanto a su colaboración generosa, en lo que atañe a ese aspecto de la vida de Aniceto el Gallo, deseo conocer su impresión al respecto y todas las enmiendas que se le ocurran. Devuélvame pronto.*

*Le ruego también que me revise un poco la papelería del Congreso -Juan María Gutiérrez- puede ser que salga algo de interés sobre mi poeta.*

*Un afectuoso saludo de*

*Manuel Mujica Láinez*

Valga aclarar que la referencia a la “papelería del Congreso” sobre Juan María Gutiérrez se debía a que el destinatario, para entonces jefe de la sección *Historia y Documentos* de la *Biblioteca del Congreso de la Nación* se hallaba dedicado a la tarea de fichar la biblioteca y el archivo del polígrafo y ex rector de la Universidad de Buenos Aires.

Finalmente, el 5 de septiembre de 1944, por lo visto ya lanzado el biógrafo a desentrañar la trayectoria de *Anastasio el Pollo*, agradecía al amistoso proveedor de información los detalles que le brindara en nota fechada cuatro días antes, ahora sobre la actuación de Estanislao del Campo como secretario de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, entre 1863 a 1867. Dice la esquila:

*Mi querido Romero: Gracias por el dato de la secretaría de Estanislao del Campo. Es usted invaluable. Le abraza su reconocido Mujica Láinez.*

\*\*\*

Con el tiempo la correspondencia entre Romero Sosa y Mujica Láinez se fue espaciando. Pasarían décadas de silencio entre ambos hasta que, en abril de 1979 y desde El Paraíso, su casa cordobesa hoy museo, le hizo llegar *Manucho* a mi padre

en carta adjunta a una fotografía autografiada su saludo cariñoso. Siguen a esas muestras de afecto benevolentes conceptos sobre mi inicial poemario "Las veredas" y luego las muestras de su satisfacción por tener oportunidad de rememorar, a través de ese reiniciado correo, ...viejas memorias en mi espíritu y trasladarme al tiempo feliz en que me documentaba para escribir las biografías de los poetas gauchescos.

Toda una confidencia en sólo dos líneas y también una invitación para compartir, proustianamente, el íntimo goce por el tiempo recuperado.

Prédito Para la Prédica  
a la Sta Dolia Jimenez Tapiola  
Escribiéndole un libro  
¡Oh, libro mío abierto por delicadas manos,  
pueda, lejos de Salta, tu prisa paladina,  
evocar las siluetas de los montes lejanos  
que dejé para siempre en encanto en la retina.  
Puedan los claros ojos de tu duena, al leer,  
gozar tus alegrías, con tus penas llorar,  
sourire de tus fábulas de pavor y de muerte  
y luego...tus torpezas y errores perdonar.  
Dormirás muchos años en una biblioteca  
junto con otros libros, y tu caracha nunca  
te ofrecerá un nirvana de indefinida paz.  
Pero un día, al conjuro del recuerdo distante,  
la misma mano quizás despertará un instante  
de tus páginas viejas el pasado fugaz.  
Salta, julio 2 de 1916  
Juan Carlos Quiroga

## UN SONETO INÉDITO DE JUAN CARLOS DÁVALOS

Será difícil para el estudioso futuro hallar páginas inéditas de autores consagrados. Sucede que hoy, más incluso que a pedido, suele escribirse en cumplimiento de cláusulas contractuales pactadas con entregas de material en fechas prefijadas. Por supuesto que en la historia de la literatura y el arte en general, no resultan novedosas ni demandas ni ofertas dinerarias de creaciones del espíritu; sí ha de serlo -y a cada requerimiento formulado a los escritores a destajo por los negocios editoriales-, el hecho de sostener sobre los hombros de la profesionalidad, sin que caiga vencida por la fuerza gravitatoria del mercantil prosaísmo, la necesaria cuota de espontaneidad, esa palanca de la imaginación.

Es innegable que décadas atrás el prestigio se cotizaba menos en el plano económico que en el de la respetabilidad social. El reconocimiento público otorgaba un aura aristocrática aunque no llenara bolsillos. Más aun, como escribió Alberto Gerchunoff en texto que recuperó Bernardo Ezequiel Korembliit en un reciente libro sobre aquél: *La literatura no es una faena productiva entre nosotros y obliga al que está destinado por su vocación a las actividades desinteresadas, a vivir del trabajo penoso.*

Hasta ayer no más, los mercados se reservaban para los mercaderes que los fatigaron desde antiguo; y en todo caso constituía una cuestión de suerte “pegarla” con un libro vendible, una rima popularizada o una columna en un diario frecuentada por lectores.

\* \* \*

El salteño Juan Carlos Dávalos (1887-1959), por ejemplo, gozó tanto de prestigio entre los pares en las letras cuanto de pública respetabilidad en el medio local, donde todos tenían motes y los suyos eran “*Tatita San Carlos*” y “*Don San Carlos, santo de la poesía lugareña*”. Ya desde la juventud conoció el calor de esos sentimientos dispensados a su enjundia literaria, como que según propio testimonio sus *aficiones no nacieron en cenáculo alguno de la Capital Federal ni de mi provincia. Comencé a escribir en Salta a los catorce años.* Anótese que no fue ajena al encauzamiento de esa precocidad la figura de José Arturo León Dávalos (1851-

1900), el padre jurista, romanista, político, magistrado, legislador nacional y escritor.

Por cierto que ningún compromiso distrajo a Juan Carlos del juego del repentismo lírico de estirpe juglaresca, trovadoresca *y* de ingenio payadoresco por buscar un antecedente más nativo. Ninguna solemnidad circundante le impidió dejar en los abanicos de las damas, en los álbumes familiares y en los bolsillos de amigos, parientes y discípulos, testimonios poéticos volanderos. Era como si en tales ocasiones improvisara versos en tren de hacerle travesuras o “rabonas” al oficio intelectual, ejercido por atajos bohemios aunque con periódica laboriosidad de jornalero “*pro pane lucrando*”. Era como si se entregara entonces al ocio creador, dando fe con el antiguo romance castellano de que *mi descanso es el pelear*, para el caso con la desafiante hoja de papel en blanco. Y era también una intencionada voluntad de poner entre paréntesis aspectos de su personalidad; así la del publicista requerido en su hora por los más importantes medios de gráficos nacionales como *La Nación* y *La Prensa*. La del autor prologado por Carlos Ibarguren y Manuel Gálvez. La del comediógrafo, -de tono político- en “*Águila renga*”, dramático-histórico en “Don Juan de Viniegra” o epopéyico en “*La tierra en armas*” sobre la gesta de Güemes y sus gauchos. Y asimismo, la del epistológrafo consecuente que remitiera una carta a Miguel de Unamuno -en 1913- donde intuía, como un zahorí, cierta idiosincrasia común entre la ciudad argentina tendida al pie del San Bernardo y el ambiente salmantino tan pueblerinamente universitario en los “*Diálogos latinos*” de Luis de Vives. La del atento lexicógrafo, después miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras o la del observador de la naturaleza a quien, mejorando a Terencio, no le era indiferente no sólo nada humano, como lo revelan los “*Ensayos biológicos*” de su pluma sobre plantas y bichos de Salta.

Una de aquellas rimas, de ocasión e inédita, corresponde a un soneto-dicatoria, “*Enviándole un libro a la señora Delia Giménez Zapiola*”, obrante en el archivo de Carlos Gregorio Romero Sosa, un sobrino del narrador de “*El viento blanco*”, por ser hijo de Ana María Sosa Dávalos de Romero, prima hermana del poeta.

Fecha en Salta el 2 de julio de 1918, un original le fue obsequiado a mi padre por Dávalos en 1945 de acuerdo con lo anotado por aquél debajo del texto que, con uniforme y legible caligrafía de estilo inglés expresa en modernistas versos alejandrinos:

*¡Oh, libro mío abierto por delicadas manos, pueda, lejos de Salta, tu prosa paladina, evocar las siluetas de los montes lejanos que dejan para siempre su encanto en la retina.*

*Puedan los claros ojos de tu dueña, al leerte, gozar tus alegrías, con tus penas llorar; sonreír de tus fábulas de pavos y de muerte y luego... tus torpezas y errores perdonar.*

*Dormirás muchos años en una biblioteca junto con otros libros, y tu covacha hueca te ofrecerá un nirvana de indefinida paz.*

*Pero un día, al conjuro del recuerdo distante, la misma mano amiga despertará un instante de tus páginas viejas el pasado fugaz.*

Sin desmentir su carácter circunstancial, a la derecha de la hoja puede leerse igualmente manuscrito: *Para La Provincia*. Se trataba del periódico vespertino -con el tiempo decano de la prensa salteña- que de acuerdo con los datos aportados por Miguel Solá en la obra *“La imprenta en Salta”* dirigió Ángel Galarreta, administró Arturo Lindozo y tuvo su primera sede en la calle España 876 de la muy hispánica ciudad norteña. Lo había fundado en 1906 mi abuelo paterno el periodista y docente del Colegio Nacional de la Provincia -que fundó Mitre en 1864- Daniel Policarpo Romero Juárez Babiano, como continuador del diario *La Idea* que dirigía desde tiempo atrás. *La Provincia* dejó de aparecer en 1946, da cuenta un ensayo de Carlos Gregorio Romero Sosa y H. R. Villar Saravia titulado “Un educador, periodista y benefactor salteño” aparecido en el Boletín del Instituto San Felipe y Santiago (Nro. 44, Salta, 2000.)

Empero no existe constancia alguna de publicación, en ese medio ni en otro alguno del soneto antes transcrito. De manera provisional, por supuesto, vendría a avalar el carácter de inédito un rastreo efectuado tanto en la bibliografía de Dávalos compilada por Iris Rossi para la serie *Bibliografía Argentina de Artes y Letras del Fondo Nacional de las Artes* (Nro. 23), como en sus *Obras Completas* editadas por el Senado de la Nación en tres tomos entre los años 1996 y 1997.

Aunque iniciado con una interjección admirativa que parece adelantar un ímpetu vocativo, el soneto a poco se hace confidencial y resulta tan carente de grandilocuencia como lo es el resto de la poética de Dávalos; subjetiva, romántica en su particular modernismo, más que de estirpe francesa influenciado saltando los siglos por los clásicos españoles del Siglo de Oro, frecuentación a advertirse en los giros arcaicos de su lenguaje salteño tradicional, enriquecido con regionalismos y sin substratos provenientes de la inmigración. Una poética con aproximaciones sentimentales -y a veces jocosas- al terruño; a sus hechos, historia, leyendas, paisaje, flora, fauna y sobre todo a los pobladores recuperados por Dávalos en sus existencias concretas; de carne y hueso mejor que ideales y arquetípicas en su universalidad antes que meramente características como para el uso y el abuso de la promoción turística.

En cuanto a la destinataria de la composición: Delia Bunge de Giménez Zapiola, nacida en 1879, era una prima hermana de Carlos Octavio y de los otros siete vástagos del magistrado Octavio Bunge y de su esposa María Luisa Arteaga. Delia, hija por su parte de Rodolfo Francisco Bunge -un hermano de Octavio- y de Flora Sinforsosa Carvalho Ortíz, de acuerdo con la información proporcionada por el genealogista Narciso Binayán Carmona. Estaba casada desde 1897 con el doctor Emilio Giménez Zapiola (1877-1930), el primer Interventor Federal de la Provincia de Salta designado en 1918 por Hipólito Yrigoyen, para reemplazar al gobernador Abraham Cornejo. El soneto debe haber acompañado el envío del libro “Salta” al matrimonio Bunge-Giménez Zapiola, precisamente con pie de imprenta en 1918. Casualidad o no encabeza ese volumen una nota prologal de Manuel Gálvez, primo hermano político de la homenajeadada debido a su matrimonio con la escritora Delfina Bunge, una de las dos hijas mujeres del nombrado genearca Octavio Bunge.

Lo cierto es que algunas constantes literarias de Dávalos pueden hallarse también en estos catorce versos. Así la autosatisfacción por su prosa, juzgada aquí “paladina” en sus acepciones de “pública”, “clara”, “patente”. En ese sentido pronto le cantarían en pareados a Celesia Helena, su compañera de vida: *Para ti que eres leal y misericordiosa/ y amas mis malos versos más que mi buena prosa/* (Ausencia).

Así, cierto escepticismo o “docta ignorancia” -que no es lo mismo- cuando se refiere a las “torpezas” y “errores” que habrá de perdonar la lectora, conciencia

relativista que le haría filosofar en otros momentos de inspiración aquello de *Que nunca ha habido una verdad suprema/ sino “verdades” que se hicieron lema/ con cada apóstol valeroso y fuerte/*. (A un católico militante); o bien hacer referencia sin falsa modestia a... *estos pobres versos míos/* (Rima póstuma) y llegar a preguntarse *¿Soy un poeta o soy un mentecato/ cretinoide tal vez* (Escepticismo).

Y así además, la nostalgia animadora e inspiradora del poeta hasta marcar con un acento característico su obra toda. Como manifestación de una toma de distancia emocional, quizá para no perder la noción de conjunto, aunque sin contradecir ni opacar el “envivenciamiento”, la empatía con las cosas del terruño y las cartesianas ideas *claras y distintas* sobre ellas. De allí el recado en la dedicatoria al libro “Salta” para que *lejos* (de ella), *evoque las siluetas de los montes lejanos*.

Por fin cabe subrayar alguna alusión al orientalismo, corriente que había adornado ya con exotismos sensuales, de manos de Darío y Lugones, el movimiento modernista y que dictaría desde otra perspectiva estética las versiones castellanas de Omar Khayyam debidas a Joaquín V. González. Aquí se hace presente a través de la referencia de Juan Carlos Dávalos a un algo heterodoxo Nirvana budista, carente de vacío y pleno *de indefinida paz*; en beatitud apuntalada por el augurio no tanto de un liberador aniquilamiento “nihilista” -en la concepción de Nâgarjuna que expusiera entre nosotros Vicente Fatone-, cuanto de una esperanzada palingenesia *al conjuro del recuerdo distante*.

Todo un mundo bullente equilibrándose con una estructurada cosmovisión creadora, en un poema demasiado delicado y testimonial como para dejarlo dormir *muchos años en una biblioteca*.

## UNA DEDICATORIA DE MONSEÑOR

### RAMÓN ÁNGEL JARA

Cabe añorar en tiempos de exposiciones mediáticas e inconfesables negocios con las imágenes, aun con las más dramáticas, otros años no tan lejanos, cuando obsequiar la propia fotografía implicaba un gesto considerado y por supuesto gratuito. ¡Y qué decir si el regalo era acompañado de una conceptuosa dedicatoria!

Es que si hoy los personajes televisivos se pasean frente al espectador con más pena que gloria, en aquellos otros testimonios fotográficos era registrado alguien -no

algo despersonalizado- al alcance del afecto, la simpatía y hasta la complicidad emotiva del poseedor. Por lo demás, ante la pantalla y su oferta de imágenes superpuestas en presente continuo, se corre el riesgo de perder contacto con la realidad, que transcurre inagotable. En tanto, mirar una foto conocida tentaba y tiente al ejercicio de la memoria para recuperar del pasado, tal vez con nostalgia, seres concretos y circunstancias ciertas.

Pienso estas cosas frente a la galería de retratos que custodian nuestra casa familiar y que, quiéralo o no, me *miran sin ver* como en el poema de Manuel J. Castilla.

Entre todos esos rostros y siluetas de antepasados, parientes y amigos de mis mayores, se destaca la figura del religioso santiaguino Monseñor Ramón Ángel Jara (1852-1917). Este escritor, orador sagrado, quinto Obispo de San Carlos de Ancud, y luego también quinto Obispo de La Serena, en Chile, a quien se llamó por su elocuencia el “Crisóstomo chileno”; fue tenido en su época, con los prelados Bogarín de Paraguay, Nouel de República Dominicana, Cavalcanti de Brasil y Miguel De Andrea de la Argentina, entre las más preclaras jerarquías eclesiásticas de Latinoamérica.

En la fotografía de referencia luce revestido en sus ropas episcopales y esboza una sonrisa que no desentona e incluso afirma la dignidad emanada del inconfundible aspecto de pastor de almas, algo agobiado por las responsabilidades asumidas hasta el sacrificio, fiel a la divisa agustiniana: “*Episcopatus nomen est oneris, non honoris*”.

Al reverso de la estampa hay un texto manuscrito suyo con data en Salta, a guisa de dedicatoria a la señorita María Romero (1875-1937). La breve prosa rica en doctrina cristiana, espontánea y no informal sin embargo, constituye al par que una pieza literaria un documento de su paso por la ciudad norteña extendida al pie del cerro San Bernardo.

Monseñor Jara llevó a cabo esa visita a la tierra de Güemes al conocer que Benedicto XV preconizó a José Gregorio Romero y Juárez Arce (1862-1919), -hermano de la obsequiada y fraterno amigo suyo- Obispo titular de la Diócesis de Salta por fallecimiento de su antecesor Matías Linares. Viajó entonces anticipándose

a la consagración de Romero, efectuada en la Catedral salteña el 24 de febrero de 1915.

En los renglones de la dedicatoria, bendice el prelado chileno el proyecto de vida de servicio que abrazaba por esos días María Romero. Una vida reducida al segundo plano de la organización doméstica, en mucho aquel *negocio de honestidad y limpieza* que elogió Fray Luis de León en “La perfecta casada”. Monseñor Jara estimula y apuntala con el ejemplo de antecedentes bíblicos, la decisión de la dama - una pintora y docente de dibujo reputada en el medio, discípula en su hora de Emilio Caraffa- de instalarse, junto al hermano Obispo, en la residencia episcopal. De allí lo confortante de las frases que siguen:

*¡Feliz el hogar que ha merecido de Dios la honra insigne de contar entre sus miembros a un Príncipe de la Iglesia y sucesor de los Apóstoles! Pero, más feliz aún la cumplida hermana escogida por el cielo para que, a imitación de las santas mujeres del Evangelio, sea la compañera inseparable del dignísimo Pastor de la grey salteña. Como al Maestro Divino, en el Castillo de Bethania, ella le servirá, reuniendo la diligente solicitud de Marta y el recogimiento fervoroso de María.*

*Por el desempeño fiel de esa tan noble misión, bendecirán a Ud. los diocesanos de Salta y Dios la recompensara con altísima gloria; pues a semejanza de María, la hermana amante de Lázaro, ha cabido a Ud. la suerte de “haber escogido la mejor parte”, según la frase de los Libros Santos.*

*Deber mío es afirmar aquí, que al fraternal afecto profesado a mi viejo amigo el Ilmo. Monseñor Romero Obispo de Salta, quedará enlazado en mi alma, para siempre, el recuerdo de su distinguida hermana por cuya felicidad subirán al cielo mis plegarias.*

*Su afm. Capellán*

*Ramón Ángel Jara*

*Obispo de La Serena*

*Salta, 28 de octubre de 1914*

Confluyen en el texto la piedad cristiana propuesta como herramienta de armonía familiar y universal, la ternura como empresa siempre posible del corazón y la valoración de la mujer exaltada a la condición de reina del hogar. No es extraño,

dado que idénticos sentimientos e ideales signaron sus otras dos imperecederas páginas literarias.

Así, el “Retrato de una madre” escrito en 1910 para unos niños, en ocasión de haber recibido hospedaje en el seno de una familia argentina, quizá la pieza más divulgada surgida de su pluma que comienza diciendo:

*Hay una mujer que tiene algo de Dios por la inmensidad de su amor, y mucho de ángel por la incansable solicitud de sus cuidados....*

Y así también, devoción y fraternidad constituyen las ideas fuerza de su discurso en la inauguración del monumento al Cristo Redentor, obra del escultor Mateo Alonso, pronunciado el 13 de marzo de 1904. Una página que conmovió al público que se congregó esa jornada de domingo en la cumbre andina y que escucharon, entre otros presentes —así informó el diario católico porteño El Pueblo en su edición del día siguiente-, los ministros del Poder Ejecutivo de la República Argentina Jorge A. Terry y Wen-ceslao Escalante, el Arzobispo de Buenos Aires Mariano Antonio Espinoza, el Obispo de Cuyo Marcolino Benavente, el sacerdote redentorista Federico Grote, el presidente del Círculo de Obreros Católicos Juan Alcácer, y las numerosas autoridades chilenas encabezadas por el Ministro de Relaciones Exteriores Raimundo Silva Cruz que representaba al presidente del país trasandino Germán Riesco Errázuriz -signatario en 1902 con el presidente Julio Argentino Roca de los Pactos de Mayo-. Embargó a todos en la ocasión un especial sentimiento de hermandad argentino-chilena, y en primer término al orador Jara, que pronunció su oración por ausencia del Arzobispo de Santiago: Monseñor Casanova en razón de su mala salud.

Los hombres de buena voluntad de las dos naciones, tan expuestas en distintos momentos, alguno peligrosamente contemporáneo, al delirio belicista de sus respectivos gobernantes, deberían conservar en su interior y subrayar con atento y exigente civismo las frases encendidas de humanismo cristiano y humanitarismo evangélico del Obispo Jara, vertidas en ese otro *Sermón de la montaña*, séame permitida la relación con el de Cristo a la vista del escenario orográfico desde donde Jara impartió la plegaria:

*El monumento que hoy inauguramos será una condenación perpetua al crimen de la guerra... Y cuando las futuras generaciones suban por estos*

*desfiladeros, conducidas en brazos del vapor, no encontrarán como en las Termópilas, escrito con sangre en las desnudas piedras, aquel testamento de los heroicos espartanos: “Aquí rendimos la vida por defender las patrias leyes”. Antes bien, llegarán a esta cumbre, y en el bronce de este glorioso monumento verán grabada con caracteres de fuego una leyenda sublime: “Se desplomarán primero estas montañas, antes que argentinos y chilenos rompan la paz jurada a los pies del Cristo Redentor”.*

Amigo sincero de nuestro país, su clero y su laicado, Monseñor Ramón Ángel Jara se sumó a la primera peregrinación argentina a Tierra Santa, llevada a cabo en 1908, cuyo itinerario relataron el Canónigo Clodomiro Arce Romero, en un cuaderno inédito que conservo, y el Presbítero Julián Toscano en el libro “De América a Oriente “ editado en Buenos Aires en 1909 y obrante en la biblioteca paterna.



Aunque lejos del Océano Pacífico, bien que se sentiría chileno también entonces, al reconocerse en el Viejo Mundo, y una vez más como en la historia común de ambos pueblos unidos por la Cordillera de los Andes, esperanzado compañero de ruta de los peregrinos de la Argentina.

**“SENDAS”, ALFREDO  
PALACIOS, UN ARTÍCULO Y UNA  
ACLARACIÓN DE BORGES**

*Se divertirán unos meses*, fue el poco auspicioso comentario que en 1903 le sugirió a Paul Groussac la aparición en escena de la revista *Ideas*, de acuerdo con lo relatado por Manuel Gálvez en el libro “Maestros y amigos de mi juventud”: En cambio desconozco si cuatro décadas más tarde, algún otro escritor consagrado retaceó el estímulo o trató con parecida indiferencia a un grupo de jóvenes intelectuales en vías de editar en Buenos Aires, esta vez la bimensual revista *Sendas*, cuyos fundadores y futuros codirectores eran José Andrés Villegas, Carlos Gregorio Romero Sosa, Alfredo S. Osuna y Domingo V. Gallardo.

Sin embargo, la sola lectura de la extensa lista de colaboradores de aquella revista de historia, arte y literatura, como reza el subtítulo, induce a pensar que sí tuvieron espaldarazos en el medio cultural. La nómina, ampliada y cada vez más jerarquizada a medida que se sucedían las entregas, incluía entre otros nombres los de Juan Carlos Dávalos, Enrique de Gandía, el poeta sanjuanino Antonio de la Torre, Augusto Mario Delfino, Juan Carlos García Santillán, Monseñor Miguel Ángel Vergara, Bernardo González Arrilli, Ricardo Victorica, Francisco L. Romay, Carlos Serrey, María Raquel Adler, David Zambrano, Oscar Oñativia —luego también codirector-, Juan R. Sepich, Antonio J. Bucich, Carlos Mastronardi —quien suscribió un enjundioso comentario sobre la novela “Las ratas “ de José Bianco-, Fausto de Tezanos Pinto, Miguel Alfredo Olivera, Humberto Mandelli y el venezolano Manuel García Hernández. Junto a ellos aparecían también las firmas de los para entonces veinteañeros Augusto Raúl Cortazar, Beatriz Guido, César Fernández Moreno, Raúl Aráoz Anzoátegui, Guillermo Orce Remis, Juan Oscar Ponferrada, Osvaldo Svanascini y Raúl T. de Ezeiza Monasterio. Otra figura de nota vinculada con *Sendas* desde sus primeros tiempos fue Alfredo L. Palacios a quien Romero Sosa con la temeridad propia de la juventud le solicitó alguna colaboración. Prontamente recibió las siguientes líneas mecanografiadas, fechadas en Buenos Aires el 27 de diciembre de 1943, que constituyeron un singular estímulo para el destinatario: *Señor Carlos Romero Sosa. Capital. Amigo mío: Accedo gustoso a su pedido. En cuanto aligere*

---

*mi tarea, me será muy grato colaborar en la simpática Revista que Ud. dirige. Le estrecho cordialmente la mano. Alfredo Palacios.*

\* \* \*

El primer número de *Sendas*, correspondiente a noviembre-diciembre de 1943, vio la luz a finales de ese año complejo desde el punto de vista político. Por supuesto que al igual que tantas otras empresas del género lanzadas en el país con igual entusiasmo, la publicación tuvo frecuencia irregular y una corta existencia. Así en la obra “*Revistas Literarias Argentinas*”, compuesta por Héctor René Lafleur, Sergio D. Provenzano y Fernando Pedro Alonso y editada por Ediciones Culturales Argentinas en 1962, se señala la publicación de cuatro números en la primera época, el último de agosto-septiembre de 1944 y sólo uno en su segunda época, correspondiente a los meses de agosto-septiembre de 1945.

En ese número inaugural, Carlos Gregorio Romero Sosa dio a conocer un ensayo referente a *Algunos traductores de los Rubaiyat de Omar Khayyam en la Argentina*. Mereció en noviembre de ese 1943 otra carta manuscrita con un caluroso elogio del doctor Palacios: *Acabo de recibir “Sendas”, magnífica revista que Ud. dirige. Gracias por su gentileza. Su artículo sobre la traducción de los Rubaiyat de Omar Kayyam en la Argentina, me pareció excelente. Le envió mis plácemes con un cordial apretón de manos. Alfredo Palacios.*

El autor de la nota, alumno por entonces de la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires, se desempeñaba como funcionario técnico en la Biblioteca del Congreso de la Nación, cuya comisión legislativa presidía el líder socialista a la sazón senador por la Capital Federal. En ese sector donde llegó a ser jefe de la Sección Historia y Documentos y fichó el archivo del polígrafo Juan María Gutiérrez, confraternizó con el poeta Ricardo Molinari, igualmente funcionario allí, así como con el escritor Arturo Cambours Ocampo y el constitucionalista Segundo V. Linares Quintana que cumplían labores de asesoramiento en la Biblioteca. Con inquietudes por diversas disciplinas, desde la historia argentina en especial de la región del Noroeste Argentino, la genealogía y la heráldica hasta la arqueología, el folclore de Hispanoamérica, la toponimia, la pedagogía y el periodismo cultural y político, en cuanto a las incursiones en los estudios orientalistas venían siendo alentados por sus contertulios Ricardo Victorica, el Emir Emin Arslán, el filósofo

Vicente Fatone y Ricardo Mosquera Eastman, con los años embajador argentino en Indonesia y en la República de la India.

A contramano de las corrientes estéticas de la época, lector algo distraído de Neruda y Milosz, canonizados ya por buena parte de los jóvenes que integrarían la Generación del 40, Romero Sosa, en el plano poético prefirió transitar por cierto decadentismo lírico de fondo rubendariano, santoschocaniano y sobre todo tributario del Ricardo Jaimes Freyre de “Castalia bárbara”, con quien había trabado relación discipular mientras cursaba los primeros ciclos del bachillerato en el Colegio Sagrado Corazón de la ciudad de San Miguel de Tucumán. Dado pues a retrotraerse con métricas formales hasta el quijotismo aventurero que animaba a la España de la conquista y colonización a plasmarse en el Nuevo Mundo en la “Eurindia” mestiza de Ricardo Rojas, en general rehuía el metro libre y blanco. Por momentos oponía una cuerda descriptiva y hasta paisajística en varios sonetos de su primer libro: “El cantar del crepúsculo” al vanguardismo, al neohumanismo y a las inquisiciones psicoanalíticas e introspectivas de sus colegas poetas afirmados sobre la preocupaciones humanitarias suscitadas ante el flagelo de la Segunda Guerra Mundial. Romero Sosa fue más un descubridor de imágenes sensoriales que un combatiente con metáforas atrevidas y alógicas. Cronológico mejor que sociológico y autobiográfico antes que espectador de su circunstancia, su intencionado anacronismo poético llegó a tal punto que su tío Juan Carlos Dávalos lo proclamó *Vate crepuscular, kakuy salteño (y) lírico paje/ que con sonetos graves/ compites con las aves canoras*, en unos “Ditirambos “ publicados en el salteño diario *El Intransigente*, justamente en el año 1943.

Sin duda su opción por lo “raro” —en el sentido que al término dio el autor de “Azul”-, y la tendencia a crear ambientaciones exóticas más afines con la sensualidad que con el vértigo metafísico, con la ilusión tradicionalista antes que con la iluminación surrealista o esotérica —aunque Romero Sosa se permitió dejar heterodoxos resquicios íntimos librados al dominio de enigmas fatalistas, mensajes mediúnicos, palingenesis y potencias irracionales quizá emanadas de frecuentar las “Memorias de un opiómano” de Tomás de Quincey o las más próximas y nativas brumas cosmopolitas y portuarias de Héctor Pedro Blomberg, aparte de sus diálogos sobre fuerzas extrañas con el artista plástico y visionario Benjamín Solari

Parravicini-, le habían inspirado ya los sonetos de factura neomodernista y contenido “eneomático” del poemario *“Ensueños de Kemal”* editado en Buenos Aires en 1942, colección que para Enrique Larreta era *Un hermoso libro de versos*.

Poco después, una paráfrasis suya de Omar Khayyam en alejandrinos rimados recogidos en el desaparecido diario *El Intransigente* (26/XII/1943) y el antedicho trabajo en prosa sobre Khayyam en la Argentina, marcan su fidelidad con un tema por cierto no muy frecuentado aquí por el público lector, cuando faltaba bastante para escribirse y verterse al castellano la ejemplar biografía del persa del norteamericano Harold Lamb.

En cuanto a la nota de Sendas, informa respecto de las versiones castellanas del poeta nacido en Naishapur a mediados del siglo XI y muerto en 1123; dando cuenta de las traducciones de Joaquín V. González, Jorge Borges, Ricardo Victorica, Emilio Villalba Welsh y Abraham de la Vega (h). Incluso aporta datos de primera mano sobre una poco conocida paráfrasis atribuible a Leopoldo Lugones que — según se destaca- publicó en 1928 en “hoja suelta” a sugerencia de Juan Carlos Dávalos el escritor yugoslavo radicado en Salta, Federico Hebert.

Lo más curioso del ensayo es que contiene una perla cual es adjudicar a Jorge Luis Borges una castellanización de la versión inglesa de Edward Fitzgerald, en realidad obra de Jorge Borges padre, publicada en los sucesivos números 5 y 6 de la revista *Proa* correspondientes a los años 1924 y 1925. *La traducción de Borges* — comenta Romero Sosa- *es de grandes méritos literarios...posee exquisitez, altura de estilo...Pero, a veces, la excesiva sensibilidad poética del autor, le lleva a desfigurar conceptos, haciendo de su obra un trabajo personal antes que una traducción exacta.*

Concluye resaltando que, *si carece de una verdadera sujeción a la estricta forma de tres cuartetas de Khayyam vertidas por Fitzgerald, la versión de Borges gana por su estilo impecable.*

El “error in personam” dio lugar a una carta aclaratoria de Jorge Luis Borges, de algún modo exculpatoria de la equivocación toda vez que según sus palabras: *la errónea atribución que señalo es casi inevitable*. Dirigida por correo a la calle Gurruchaga Nro. 2449, segundo piso, donde funcionaba la redacción y administración de *Sendas*, el texto completo de la misiva, por otra parte una

demostración de que Borges se hallaba atento a la actividad cultural y periodística porteña, se hizo pública complaciendo su pedido, en el número 3 de la revista. Expresa:

*Señores Directores de "Sendas":*

*Me han conmovido, en el número primero de la revista, los elogios de Carlos Romero Sosa a una traducción española de las Rubaiyat de Fitzgerald. Me han conmovido, porque no se refieren a mí; porque se refieren a mi padre, que ha muerto y que en 1919 redactó esa versión. A través de la literatura inglesa, era devoto de las literaturas islámicas; era lector de Lang y de Burton, de Palmar y Nicholson.*

*La errónea atribución que señalo es casi inevitable: mi nombre es Jorge Luis Borges; el de mi padre, Jorge Borges.*

*¿Puedo, en las páginas de Sendas corregir ese error?*

*Con anticipada gratitud los saluda*

*Jorge Luis Borges*

*Buenos Aires*

Luego de ese contacto, algo impersonal si se quiere, Borges y Romero Sosa fueron, también ellos, bifurcando sus senderos como los del jardín del cuento. Se encontraron a finales de los años cincuenta en la Plaza San Martín, en un acto público a los guerreros de la Independencia Francisco Suárez y Mariano Necochea, donde en representación del Instituto Argentino-Peruano y de la Asociación Amigos de la Justicia Histórica que presidía el jurista Donato Santiago Criscuolo, mi padre fue uno de los oradores. Más tarde Romero Sosa le remitió una carta fechada el 15 de diciembre de 1960 sugiriendo al entonces director de la Biblioteca Nacional, que arbitrara los medios para que los estudiosos argentinos pudieran consultar en el organismo a su cargo, a la sazón en la antigua sede de la calle México, *al menos una copia* del "Catecismo o Dispertador Patriótico, Cristiano y Político" (SIC), obra contemporánea a la Revolución de Mayo de la que había rastreado la existencia de un ejemplar en el Museo Bibliográfico de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile.

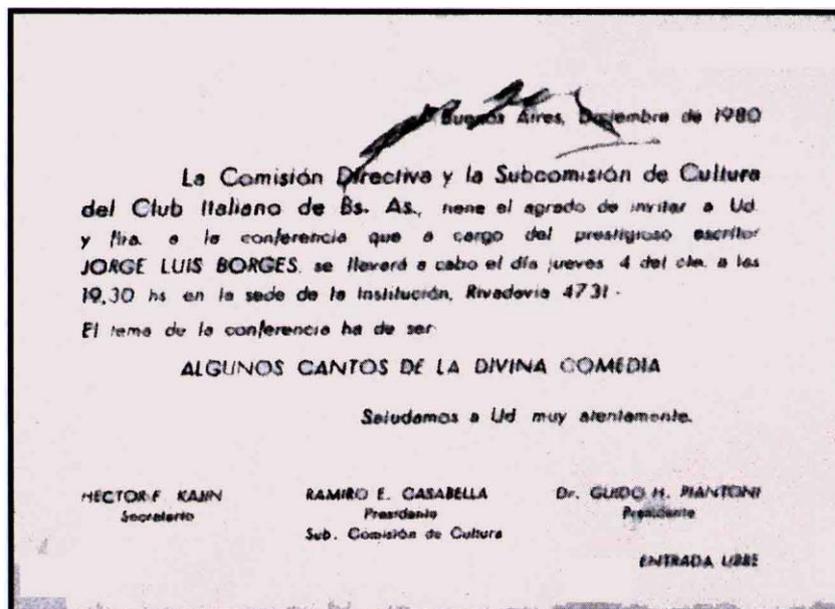
Ya en los tumultuosos años setenta solían encontrarse en las proximidades del domicilio de Borges, cuando la Casa de Salta donde mi padre concurría todas las

tardes para cumplir con sus funciones de asesor “ad honorem” de asuntos históricos del gobierno de Salta se encontraba en la calle Maipú entre Viamonte y Tucumán.

En diciembre de 1980, días después de sostener ambos una charla en la esquina de Córdoba y Florida mechada con evocaciones de los amigos comunes Xul Solar, Arturo Capdevilla y Juan Carlos García Santillán, Borges lo invitó a una conferencia que pronunciaría en el Club Italiano, frente al Parque Rivadavia, sobre “*La Divina Comedia*”. Lo hizo entregándole una tarjeta con su firma autógrafa que conservo.

Por mi parte, en cierta oportunidad, después de alguna otra charla suya me acerqué al creador de “*Ficciones*” y le recordé aquella confusión de 1943 entre él y su casi homónimo progenitor; pero lo rodeaban unas damas en compacto, excluyente y casi infranqueable grupo. Apenas pude hablarle del tema aunque comprobé que lo tenía bien presente y lo evocaba con simpatía.

Eso sí, no logré saber ni entonces ni después, a cuál de los dos Jorge Luis Borges, por él revelados en sus frecuentes juegos literarios de autodesdoblamiento, celaban tanto esas señoras.



La invitación autografiada por Borges que obsequió a Carlos Gregorio Romero Sosa

GRAN ENCICLOPEDIA ARGENTINA  
REDACCIÓN  
EDIAR Soc. Anon. EDITORES  
TUCUMÁN 826 (R. 34)  
Buenos Aires (República Argentina)

Buenos Aires, 8 de mayo de 1956  
Sr. Carlos Gregorio Romero Sosa  
Capital Federal

*De mi mayor estima,*

*le agradezco su carta y sus referencias. Tenía las de su padre, y uno de los motivos que me incitaban a buscarle, perdóneme, era para preguntarle por la fecha del fallecimiento. Conozco, el libro suyo sobre Romero González y algunos trabajos sobre la medicina y la farmacia en el norte argentino. Por eso sabía aun habíamos de coincidir en inquietudes y lamento bien que no hubiese podido contar desde el comienzo de esta aventura con ayudas como la suya, que tiene el sentido de la responsabilidad en las búsquedas.*

*Espero su resumen biográfico argentino. Coincido con usted en que las peregrinaciones religiosas pueden considerarse como orígenes del turismo moderno; cualquier información que pueda usted resumir al respecto será bien acogida. Del padre Juárez no me he olvidado, claro está, pero de Monseñor Vergara no he podido todavía tener más que la bibliografía; me faltan referencias biográficas. De Domingo Vicente Gallardo no tengo información, tampoco de mons. Carlos M. Cortés*

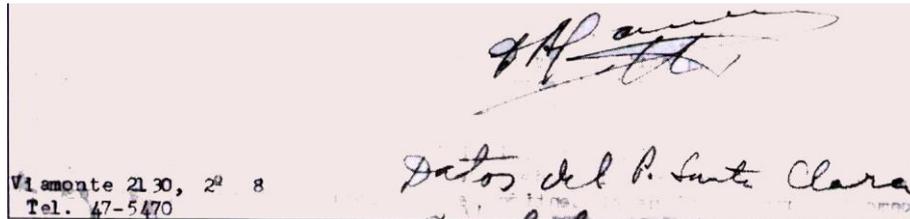
*Compruebo que ha tomado usted a fondo la investigación sobre villancicos y saetas, etc. Todavía no veo cómo podrían darse a la publicidad en libro esos trabajos; en todos estos años me ha circunscripto a la medicina y la cirugía y estoy enteramente desvinculado de los otros aspectos de la vida editorial; pero lo importante es tener el trabajo listo, luego surgen soluciones.*

*Me agradecerá mucho conocer al P. Furlong y al mismo tiempo completar en galera su ficha y eventualmente disponer de un retrato mejor.*

*A propósito de retratos, se me olvidaba pedirle uno suyo y de algunos de sus parientes, de su padre, por ejemplo. Saco copias fotográficas y devuelvo los originales en pocos días.*

*Me falta el lugar y fecha de nacimiento del P. Josa María Blanco, de Salvador (para el apéndice, pues se me pasó en el primer tomo). José Eustaquio Alderete, paisano suyo, que nació en 1860, ha debido morir ya; actuó en la vida periodística y Política de Salta, radical. Trato de averiguar algo sobre sus últimos años.*

*Le llamaré algún viernes, probablemente éste mismo por ver al P. Furlong o combinar una entrevista.*



Carta del dirigente anarquista y polígrafo Diego Abad de Santillán

## **DIEGO ABAD DE SANTILLÁN Y UN COLABORADOR SALTEÑO DE SU “GRAN ENCICLOPEDIA ARGENTINA”**

Que la actividad política goza de poco prestigio —y no sólo en la Argentina— lo dicen las encuestas, los periódicos en sus notas editoriales, los politólogos en las ponencias académicas y hasta lo refleja el lenguaje común de la gente. Respecto a esto último pensemos en los verbos con originaria connotación positiva que modifican su sentido al sustantivarse y utilizarse con acento peyorativo en la jerga política. Así “*componer*” deviene en la odiosa “*componenda*” o “*manejar*” en “*manejo de multitudes*”, operación que siempre suena a espuria.

Esta circunstancia de descrédito político y a toda vista de sospechada oposición entre el ejercicio del poder y el bien común que refleja el habla cotidiana, puede ser ejemplificada también al predicarse de alguien que tiene “*cintura política*”, es decir mezcla de viveza criolla y maquiavelismo para garantizar la vigencia y la permanencia en cargos ejecutivos o electivos, más allá de los forzados cambios y recambios de guardia de los pares. La tal “*cintura*” pues, no representa para la ciudadanía una esperanza de progreso comunitario.

Por eso en estos tiempos, cuando con rédito inmediato tanto se “acuerda” en las “alturas” -también empresariales, eclesiásticas, sindicales, de los medios informativos y otras corporaciones-, será de destacar que décadas atrás alguien como Diego Abad de Santillán -seudónimo del leonés Sinesio García Fernández (1897-1983)-, un político de raza, vocación y principios sustentados en la virtud pública tan alejada fanatismos y pragmatismos, en cambio del “*acuerdismo*” utilitario o del efímero y dirigido consenso posmoderno, haya concordado o disentido con posiciones ajenas pero gratuitamente y sin especulación alguna.

Pese a las décadas vividas aquí, computados los años de su juventud libertaria transcurridos en Santa Fe y Buenos Aires y los posteriores de su largo exilio porteño, apenas se lo recuerda en la Argentina salvo excepciones. Algunas de ellas fueron el panel de oradores reunido en su homenaje -en junio de 1984- y que compartieron Luis Di Filippo, Jacinto Cimazo y Martha Mercader, las reiteradas menciones y citas suyas de Osvaldo Bayer, cierta nota con nuestra firma en *La Capital* de Rosario en octubre de 1984, un informativo artículo en *La Nación* de María Esther Vázquez de mayo de 2002 o la emocionada evocación de Carlos Penelas en su libro “De Espenuca a Barracas al Sur. “

\* \* \*

Diego Abad de Santillán reunió en su persona al activista con el ideólogo y teórico del movimiento anarcosindicalista. Sus brazos levantaron barricadas y su intelecto imaginó consignas y programas de cambio social. Fue corresponsal en Alemania de La Protesta. Soportó prisiones, como la debida a su participación en la huelga general de 1917, en la Cárcel Modelo de Madrid, donde ocupó una celda próxima a la que poco antes había alojado a León Trotski.

El humanista desengañado del científicismo y el positivismo que reinaban en su juventud, más allá de la carrera de medicina que cursó en Berlín, anotó en sus “Memorias” que previamente a elegir esa profesión y siendo aún estudiante de filosofía y letras en la Universidad de Madrid, *...cuando los horarios lo permitían concurría a la cátedra de don Santiago Ramón y Cajal, más por la atracción y la admiración que sentía por el gran investigador que por la histología misma, aunque también ella me interesaba.*

No era un temerario aventurero sino un esforzado revolucionario, un enemigo declarado de todo gobierno hegemónico que cuando alcanzó una cuota de poder de decisión sobre la sociedad al ser designado por Luis Companys Consejero -ministro- de Economía de la Generalitat de Cataluña en plena Guerra Civil Española, no se apoltronó en su despacho oficial ni se amoldó a los usos y costumbres de la burocracia. Unamuniano batallador contra esto y aquello, sus combates dieron razón a los dichos de un compañero de lucha: el argentino José Grunfeld -fallecido casi centenario en junio de 2005-, en cuanto a que: en la Guerra Civil no había frentes; otra forma de decir que eran movibles e inesperados. Abad de Santillán peleó en la contienda española a la vez contra el fascismo de los franquistas y contra los agentes secretos soviéticos de Stalin encaramados en el propio campo de los defensores de la Segunda República. Como Consejero trató de poner en práctica el proyecto de colectividades industriales y agrarias presentado en su obra *“El organismo económico de la revolución”*, verdadera guía hacia la economía socializada y autogestionaria.

Luego, ya emigrado, trajinó como siempre lo había hecho por redacciones, bibliotecas y gabinetes de estudio ejerciendo un periodismo de batalla e ideas, o mejor de ideas batalladoras. Además de obras como *“Por qué perdimos la guerra”*, *“Contribución a la historia del movimiento obrero español”*, *“De Alfonso XIII a Franco”*, *“La F.O.R.A. Ideología y trayectoria”*, escribió en cinco tomos una *“Historia Argentina”* enriquecida por un notable material iconográfico, compuso diccionarios como el ya clásico de argentinismos y monumentales enciclopedias, hizo traducciones, asesoró editoriales y sin descuidar la vida del espíritu cultivó amistades y afectos.

Hombre de paradojas, ha recordado el escritor y periodista José Blanco Amor -en su libro *“Exiliados de memoria”* que José me obsequió con una gentil dedicatoria- al personaje de torbellino, caos y una luz rojinegra allá en el horizonte que era Abad de Santillán, propagandista de huelgas e insurrecciones aunque, por incontenible adicción al trabajo, incapaz de detener el vertiginoso quehacer cotidiano de escritor a destajo, de asalariado del intelecto *“pane lucrando”*: Sin embargo, tal vez su mayor paradoja la represente el hecho de que aquel súbito visitante al mismísimo presidente Manuel Azaña con atuendo de *cowboy* y

amenazadora pistola al cinto —según lo describió el ex presidente en sus “Memorias políticas y de guerra “-, no depuso nunca su sentido de la tolerancia y sus reflejos de respetuosa consideración por el prójimo. En el plano cultural aquellas actitudes se manifestaban en sinceros reconocimientos y admiraciones, sin que hiciera mella en su valoración crítica, literaria o científica, la ideología ni la procedencia de ningún autor. Refiere Arturo Peña Lillo -en sus autobiográficas “*Memorias de papel*”- el asombro que le causó cuando en 1953 Don Diego le expresó su interés por conocer una Historia Argentina que sabía en proceso de gestación: nada menos que la que para entonces escribía el nacionalista católico Ernesto Palacio, tan ajeno a los tópicos de Bakunin, Kropotkin o Malatesta.

\* \* \*

La crónica, ese residuo de la historia según Croce, aun es pasible de soportar una segunda selección: la anécdota. Al respecto, simpáticamente anecdóticas y no por ello menos despojadas de interés general, en tanto dibujan con exactitud el anotado carácter suyo, afable, sin sombra de pedantería y antisectario, resultan ser las cartas enviadas por Diego Abad de Santillán a Carlos Gregorio Romero Sosa, entre abril y mayo de 1956.

La relación entre ambos la inició el segundo de los nombrados, próximo a cumplir cuarenta años de edad y fogueado en la tarea de redactar semblanzas y otros artículos especializados para el “Diccionario Histórico Argentino “ de Piccirilli-Romay-Gianello y el “Diccionario Enciclopédico Universal” de la Editorial Jackson. Se había enterado de la publicación del primer tomo de la “Gran Enciclopedia Argentina” bajo la dirección de Abad de Santillán a través de una elogiosa nota bibliográfica aparecida en el matutino *La Nación*. Entonces le ofreció en una misiva elementos bibliográficos en su poder además de su colaboración personal, la que pronto se concretó, todo ello ... *con el objeto de procurar un mínimo de omisiones* (Sic) en los tomos sucesivos:

Como tengo acopiado mucho material que, quizá, pudiese serle útil, me ofrezco para suministrarle noticias y redactar artículos sobre historia, toponimia, biografías, instituciones, cuestiones eclesiásticas, flora, fauna, folklore, y léxico

regional, como también resúmenes de libros curiosos o famosos de la literatura argentina.

Respondió el español de inmediato, el mismo 15 de abril, lo cual evidencia que la carta a contestar había sido llevada en mano propia por el remitente a la “Sociedad Anónima Editora Ediar”, responsable comercial de la “Gran Enciclopedia “:

Andaba indagando su dirección para completar mis referencias sobre su labor cuando recibo su carta del 15 del corriente. Me agradecería mucho que llegase algún día por mi casa para conversar sobre diversos asuntos vinculados a este esfuerzo. Aprovecho la oportunidad para saludarle muy atte. Diego Abad de Santillán

Poco después, el 8 de mayo, urgido por la corrección de las pruebas del siguiente volumen le dirigió a Romero un nuevo correo. Esta vez en el texto mecanografiado aparece nítida si se quiere otra paradoja: el anarquista otrora de armas llevar -aunque crítico de los expropiadores como Severino Di Giovanni y Miguel Arcángel Roscigna- deseaba vincularse con fines intelectuales con el sabio jesuita Guillermo Furlong, uno de los maestros en los estudios historiográficos del destinatario de la esquila. Precisamente, poco después y en la sede del Colegio del Salvador en la avenida Callao, Romero fue gestor y testigo del encuentro entre el devoto religioso de la orden de San Ignacio y el compañero de ruta del legendario dinamitero de la FAI (Federación Anarquista Ibérica) Buenaventura Durruti, de los ministros anarquistas de Francisco Largo Caballero en su gabinete de guerra Juan García Oliver y Federica Montseny - otra Pasionaria, para el caso del comunismo libertario- y un declarado amigo del ejecutor de Ramón Falcón: Simón Radowitzky, con el que señalaba ...habíamos de compartir diversas contingencias de la vida. Anotemos por nuestra parte que la relación entablada con el padre Furlong fructificó en el asesoramiento que el sacerdote le brindó más tarde para la “Historia Argentina”

De igual manera son de resaltar los párrafos de la carta en que Diego Abad de Santillán menciona las peregrinaciones religiosas de la Edad Media como antecedentes del turismo; se interesa por la hagiografía argentina anunciada por su nuevo amigo o recaba datos biográficos del sacerdote, naturalista y canonista del siglo XVIII Gaspar Juárez o Juárez Babiano -emparentado por rama paterna con el interlocutor postal-; del historiador Monseñor Miguel Ángel Vergara; del salteño

Monseñor Carlos M. Cortés y del antropólogo contradictor de Florentino Ameghino: el jesuita José María Blanco, autor entre otros estudios en la materia del libro “*Antigüedad del hombre y su evolución*”, que el ya colaborador suyo Romero Sosa conservaba dedicado por el padre Blanco en su biblioteca.

Finalmente elogiará la dedicación de Romero Sosa para encarar su ensayo de ciencia folclórica -que dejó inédito- sobre villancicos y saetas populares. Por lo dicho y como testimonio de la seriedad, pasión y método con que trabajaba Diego Abad de Santillán vale la pena transcribir íntegra la pieza epistolar:

*De mí mayor estima:*

*Le agradezco su carta y sus referencias. Tenía las de su padre, y uno de los motivos que me incitaban a buscarle, perdóneme, era para preguntarle por la fecha del fallecimiento. Conozco el libro suyo sobre Romero González y algunos trabajos sobre la medicina y la farmacia en el norte argentino. Por eso sabía que habíamos de coincidir en inquietudes y lamento bien que no hubiese podido contar desde el comienzo de esta aventura con ayudas como la suya, que tiene el sentido de la responsabilidad en las búsquedas. Espero su resumen hagiográfico argentino. Coincido con usted en que las peregrinaciones religiosas pueden considerarse como orígenes del turismo moderno; cualquier información que pueda usted resumir al respecto será bien acogida. Del padre Juárez no me he olvidado, claro está pero de monseñor Vergara no he podido todavía tener más que la bibliografía; me faltan referencias biográficas. De Domingo Vicente Gallardo no tengo información, tampoco de monseñor Carlos M. Cortés.*

*Compruebo que ha tomado usted a fondo la investigación sobre villancicos y saetas, etc. Todavía no veo cómo podrían darse a **publicidad** en libro esos trabajos; en todos estos años me he circunscrito a la medicina y la cirugía y estoy enteramente desvinculado de los otros aspectos de la vida editorial; pero lo importante es tener el trabajo listo, luego surgen soluciones.*

*Me agradará mucho conocer al P. Furlong y al mismo tiempo completar en galera su ficha y eventualmente disponer de un retrato mejor:*

*A propósito de retratos, se me olvidaba pedirle uno suyo y de alguno de sus parientes, de su padre, por ejemplo. Saco copias fotográficas y devuelvo los originales en pocos días.*

*Me falta el lugar y fecha de nacimiento del padre José María Blanco, del Salvador (para el apéndice, pues se me pasó en el primer tomo). José Eustaquio Alderete, paisano suyo, que nació en 1860, ha debido morir ya, actuó en la vida periodística y política de Salta, radical. Trato de averiguar algo sobre sus últimos años.*

*Le llamaré algún viernes, probablemente este mismo, para ver al Padre Furlong o combinar una entrevista.*

*Con mis más cordiales saludos.*

*Diego Abad de Santillán*

Por supuesto que a vuelta de correo le llegó la respuesta con las contribuciones y aclaraciones del caso: el funcionario público, educador, ex Vicepresidente de la Cámara de Diputados de Salta y fundador en 1906 de La Provincia, órgano decano de la prensa salteña, Daniel Policarpo Romero (1871-1959), progenitor del corresponsal, se hallaba vivo para esa época. También le adjuntaba las biografías requeridas: la del catamarqueño Miguel Ángel Vergara -a sazón Vicario General del Arzobispado de Salta- sintetizando su trayectoria de publicista laureado por el ensayo historiográfico “Jujuy bajo el signo federal cofundador con Atilio Cornejo del Instituto de San Felipe y Santiago y del museo conocido como “Casa de los Uriburu” en la ciudad del cerro San Bernardo; la del rosarino Domingo V. Gallardo, el poeta de “*La luz presentida*” y activo periodista nacido en 1917; las de Monseñor Carlos Cortés y de José María Blanco, que en marzo de ese año 1956 había cumplido las bodas de diamante de vida religiosa, ceremonia a la que concurrió Romero quien a menudo dialogaba con él, interesado desde sus tiempos de la Facultad de Filosofía y Letras por las ciencias del hombre bajo la guía del sabio José Imbelloni. En cuanto a los datos de José Eustaquio Alderete, fallecido en 1933, Romero Sosa le resumió su trayectoria educativa en la que alcanzó el cargo de Inspector Nacional de Escuelas, su paso por la Legislatura provincial hacia 1899 y su desempeño como cronista y director del diario local *El Cívico*.

\* \* \*

Volvamos al comienzo: en general la actividad política goza de poco prestigio en el mundo actual. Y en cuanto a otra política: la del espíritu, ni se menciona. Por

eso cabe añorar una figura como la de Diego Abad de Santillán capaz de involucrarse con responsabilidad, condición necesaria de la excelencia, en emprendimientos de índole público o privado. Pensar en su magisterio sabio y generoso, en los ideales justicieros y las empresas filantrópicas que lo movieron, reivindica la jerarquía del hombre de Estado.

**CARLOS VEGA Y LAS TRADICIONES  
SALTEÑAS SOBRE “LA CONDICIÓN”,  
QUE HABRÍA BAILADO MANUEL  
BELGRANO**

Cierta tarde de mediados de los años noventa del siglo pasado, en una confitería de la Avenida Córdoba el profesor Germán Orduna -filólogo, investigador de la literatura medieval española y miembro correspondiente de la Real Academia de la Lengua- comentó sin ocultar la frustración, en rueda de amigos y discípulos, que pocos fueron en verdad los argentinos conocedores del arte trovadoresco. A continuación el autor de la tan elogiada edición crítica del “Rimado de Palacio “ de Pero López de Ayala, guardó un instante de silencio, hasta que con la mirada fija en su pocillo de café siguió diciendo: *A excepción claro está de Carlos Vega, que escribió “El canto de los trovadores en una historia integral de la música” y que llegó a intercambiar criterios sobre el particular con el arabista español Julián Ribera y Tarragó, figura de prestigio internacional a través de obras como “La música de las Cantigas”.*

Tiempo después, uno de los presentes en aquel círculo, al mencionar el admirativo recuerdo de Orduna para Carlos Vega y en razón de haber escuchado hablar de la antigua relación de éste con mi padre, quien le proporcionó informaciones para varios de sus trabajos, solicitó otras precisiones sobre el musicólogo. Tengo presente que le averigüé el año de publicación de *“El canto de los trovadores”* exactamente 1963; también que por diversas razones no tuvimos oportunidad de que el interesado visitara nuestra casa a efectos de recabar más datos. Pasaron los años, en diciembre de 1999 murió Germán Orduna y justo dos años después Carlos Gregorio Romero Sosa. Salvo una nota en el diario *La Nación*, firmada por una antigua alumna de Vega en la UCA, la crítica musical Amalia Suárez

Urtubey -aparecida con motivo de la emisión por el Correo Argentino de un sello postal en su homenaje- y una charla telefónica con don Félix Coluccio que lo evocó con especial cariño, no volví a leer ni a escuchar nada más sobre Carlos Vega en el último quinquenio. Pero como suele ocurrir, ya que el antídoto contra la desmemoria está más a mano de lo que uno piensa, en un anaquel de la biblioteca paterna y sin duda después del paso por allí de un plumero rejuvenecedor de los lomos opacados por el polvo, la prolija intencionalidad del azar destacó el voluminoso tomo de *“Las danzas populares argentinas”*, publicado en 1952 en Buenos Aires, por el Ministerio de Educación de la Nación.

Lo abrí y cuál no sería mi sorpresa al descubrir en la primera página que yo había sido incluido en la dedicatoria del maestro Vega, mencionado cariñosamente en diminutivo: *a Carlitos*, doy por seguro que como un modo de sumarse el autor a la celebración familiar de mi llegada a la vida ocurrida a poco de editarse la obra.

Algo sabía de su espíritu de polemista, de sus discusiones por ejemplo con Augusto Raúl Cortazar y de sus personales opiniones artísticas y tal vez políticas. Ignoro su ideología aunque lo imagino, más allá de la universalidad de sus conocimientos y de miras en las antípodas de los *abrumados por estéticas y éticas ajenas*, al decir de Raúl Scalabrini Ortíz. Por de pronto el gobierno peronista en una acertada medida de política cultural, elevó por Decreto el Gabinete de Musicología Indígena -que había creado Vega en el ámbito del Museo de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia”-, a la categoría de Instituto Nacional de Musicología, autónomo y puesto bajo su dirección. Quizás, no lo sé, esa circunstancia lo alejó de Borges, su amigo de la juventud que al final eludía nombrarlo y habló sólo del “musicólogo” en una conferencia pronunciada en la colombiana Universidad de Antioquia, en 1963; ocasión en que le llamó con cervantina displicencia *un amigo mío de cuyo nombre no quiero acordarme*. Poco en cambio conocía yo del otro Vega, campechano, desafecto a los pedestales académicos -aunque con indiscutible merecimiento fue incorporado al cabo en calidad de miembro de número a la Academia Nacional de Bellas Artes- y capaz de gestos de delicadeza y ternura tales como obsequiar un libro a un recién nacido y dedicárselo con cariño. Debí deducirlo de su condición de poeta lírico, límpido, de inspiración sencilla y vuelo popular, tal cual irrumpió en el mundo de las letras en 1927 con el poemario “Campo” una

colección que precisamente obtuvo enseguida -y en iguales proporciones- la censura y el elogio de Borges quien en un comentario bibliográfico definió al escritor como *hombre de precaria ciencia verbal y de sentimiento frecuente de lo poético*.<sup>8</sup>

Sin abusar de las confidencias, reconozco que me conmovió verme en la aludida dedicatoria suscripta hace más de medio siglo. Tanto que a renglón seguido revisé el archivo de Romero Sosa (padre) en busca de la correspondencia que ambos intercambiaron, sobre todo la de 1952 en adelante. Encontré entre otras varias cartas suyas, la pieza que me permitió entender en parte la ofrenda: una epístola manuscrita por el remitente que en el anverso, con formalidad, menciona y agradece las información sobre tradiciones norteñas del baile *La Condición*, aportadas por el destinatario (Romero Sosa) en un anterior correo: ... *tomo nota de todo y procederé, en consecuencia, a publicar las tradiciones salteñas y tucumanas, se entiende, en muy prieta síntesis...* Para concluir al reverso entre bromas y enhorabuenas por mi nacimiento, “conminando” a mi padre a ponerme de nombre Carlos bajo las siguientes amenazas: *Ud. se llama Carlos; yo también. Le exijo que lo bautice con el nombre de Carlos; si no, publicaré que los salteños jamás conocieron La Condición y que no sabían bailar...*

### **Maestro de musicólogos**

Carlos Vega nació en Cañuelas (Provincia de Buenos Aires) en 1898. Fue una criatura de temperamento montaraz y un muchacho bohemio, aficionado al fútbol y sobre todo, como Don Quijote, *a leer aunque sean los papeles rotos en las calles*. Poeta y músico, tan pronto hábil guitarrero capaz de salir airoso de los desafíos payadorescos en su pago y en otras localidades bonaerenses que gustaba recorrer a caballo, como virtuoso guitarrista intérprete de un repertorio clásico. Poco a poco se orientó, sin por eso dejar de lado la creatividad artística, hacia el campo científico del folclore y sobre todo el inexplorado por aquí de la musicología. Esto último a tal punto que su disertación de ingreso a la Academia Nacional de Bellas Artes -en 1965- versó sobre “La musicología, nueva ciencia’: Tan profunda huella dejó en la disciplina que al organizarse la Facultad de Artes y Ciencias Musicales de la Universidad Católica Argentina en 1959 bajo el rectorado de Monseñor Octavio

---

<sup>8</sup> (2) Jorge Luis Borges: *Textos recobrados (1919-1929)*, Emece, Buenos Aires, 1997.-

Derisi, -señala en otra nota periodística la ya mencionada doctora Suárez Urtubey<sup>9</sup>-, el primer decano, Alberto Ginastera, designó para ocuparse de la investigación musical al uruguayo Lauro Ayestarán. Y concluye la autora que no obstante aceptar el cargo, el publicista de la *“Historia de la música en el Uruguay”* le aclaró a Ginastera que uno de los mayores especialistas en musicología del Continente era Carlos Vega, por lo cual se lo convocó como docente de la nueva carrera y titular de las cátedras de Folclore Musical Argentino, Paleografía Trovadoresca e Introducción a la Musicología.<sup>10</sup>

Era un estudioso profundo y severo que no improvisaba nunca y que antes de suscribir una tesis ejercía la sana crítica y su sagaz hermenéutica. Complementaba sus observaciones de campo, fehacientes siempre y de primera mano, con búsquedas en archivos y bibliotecas no sólo del país. De allí su correspondencia científica con el español Ribera memorada por Orduna. Entre otros méritos, puede anotársele la reivindicación de las expresiones del folclore, *marginado durante varios décadas y distintivo de barbarie en los sectores cultos*, por emplear categorías de Norberto Galasso.<sup>11</sup>

Tan excepcional maestro tuvo la satisfacción de asumirse e imaginarse sin falsas modestias un orientador presente y futuro de las *...generaciones entusiastas y encendidas, adelantando su fervor hacia campos de ensueño que están lejos, más allá de nuestra muerte.*<sup>12</sup>

Tampoco se quedó corto cuando le tocó ser discípulo, así lo fue del antropólogo italiano radicado en la Argentina José Imbelloni, con el que trabajó en calidad de adscrito *“ad honorem”* en la sección Arqueología del Museo de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia”, donde fundó el referido Gabinete de Musicología Indígena. Y sobre todo de Ricardo Rojas, que lo vinculó al Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires bajo su dirección. En ese Instituto tuvo oportunidad de leer obras incunables y analizar códigos coloniales como el del franciscano Fray Gregorio De Zuola, que había

---

<sup>9</sup> (3) Pola Suárez Urtubey: *Alberto Ginastera, creador y maestro*, *La Nación*, domingo 15 de junio de 2003.-

<sup>10</sup> (4) [www.uca.edu.ar/.../artes-cs-musicales](http://www.uca.edu.ar/.../artes-cs-musicales)

<sup>11</sup> (5) Norberto Galasso: *¿Cómo pensar la realidad nacional? Crítica al pensamiento colonizado*. Colihue SRL, Buenos Aires, 2008, página 1132.

<sup>12</sup> (6) Delia Elena Santana de Kiguel: *La pasión creadora. Vigencia y mensaje de dos maestros*, *La Nación*, domingo 4 de enero de 1987.

obsequiado a Rojas el peruano José M. Corbacho; código musical editado y comentado por Vega en su obra *“La música de un código colonial del siglo XVI”*: También allí trabó amistad con el poeta Ismael Moya, con el crítico Antonio Pagés Larraya, con Ángel J. Battistessa y con el músico y musicólogo Jorge Oscar Pickenhayn, cuya tesis doctoral sobre *“El nacionalismo musical europeo y su influencia sobre la canción de cámara argentina”* fue apadrinada por Ricardo Rojas. El maestro Pickenhayn, asimismo, fundó y dirigió la revista *Polifonía* donde a menudo colaboró Carlos Vega.

Su labor escrita, ineludible, continua vigente. Es más, suena a omisión no hallarla referenciada en cualquier publicación de tema folclor lógico y por supuesto musicológico. El Padre Guillermo Furlong en su libro *“Músicos argentinos durante la dominación hispánica”* donde lo cita al menos en seis oportunidades, lo juzgó ya en 1945, *nuestra autoridad máxima en estas materias*.<sup>13</sup>

Falleció el 10 de febrero de 1966 en su departamento de Cangallo -hoy Perón- número 1186. Por su laboriosidad había descuidado o *cuidando su salud hasta donde puede cuidarla un hombre que tiene mucho que hacer*, en palabras de Atahualpa Yupanqui. En 1971 se impuso su nombre al Instituto Nacional de Musicología, patronazgo que también ostenta el Instituto de Investigación Musicológica de la Universidad Católica Argentina depositario de su archivo, de sus investigaciones inéditas y de su biblioteca particular, legados testamentarios suyos a la institución.

### **El baile “La Condición”**

Aunque soy neófito en la ciencia folclórica, avanzo desde la dedicatoria e ingreso de lleno en las casi ochocientas páginas de *“Las danzas populares argentinas”*. Advierto al punto que Carlos Vega era, además de todo, un prosista ameno, reflexivo, didáctico, dueño de una información abundante pero no abrumadora, por lo que su asimilación se hace fácil y a cada línea va ganando el interés del lector. Me detengo en el capítulo dedicado a La Condición, danza del grupo minué-gavota que es a su juicio *de los pocos bailes que todos los centros cultos y populares del país olvidaron definitivamente*.

---

<sup>13</sup> (7) Guillermo Furlong, S.J: *Músicos argentinos durante la dominación hispánica*, Editorial Huarpes, Buenos Aires, 1945.

Observo que se explaya sobre una vieja tradición que refiere que Manuel Belgrano la bailó en Catamarca, para algunos con Elciaria González de Olmos y para otros con Luisa González de la Motta Botello, madre de la primera y esposa de Feliciano de la Motta Botello, Teniente Gobernador de Catamarca desde 1814 hasta 1817. Noto asimismo sus dudas al respecto; en primer lugar ante la falta de constancias documentales sobre que el prócer hubiera estado allí en 1812, 1813 o entre 1816 y 1818. Y desde ya con relación a los detalles de *irrespetuosa fantasía* de la escena en que se realizó la danza: *con la añadidura de una “condición” que habría puesto el General, y la ridícula ocurrencia de que improvisó la coreografía en la sala, ante el público.*

Asegura entonces que trató de corroborar la historia en la misma ciudad de Catamarca y que halló una única fuente: los descendientes de las pretendidas compañeras de baile del General.

Seguidamente desmenuza otra versión, que juzga mucho más creíble y fundamentada. En ese punto entran a tallar los aportes de mi padre: *El brillante historiador Carlos G. Romero Sosa ha recogido por su parte, con afanoso interés, varias tradiciones familiares en boga sobre La Condición en Salta y Tucumán. Allá por los años 1925-26 el joven salteño oyó decir a venerables ancianas de su provincia que el nombre de la danza les era familiar por haber oído a damas de la generación anterior la afirmación de que la bailaron hasta mediados del siglo, todavía en tiempos de Juan Manuel de Rosas; y alguna recordó tradiciones que relacionaban este baile con el General Belgrano. Otros ancianos confirmaron la tradición salteña. Se añade también que Belgrano, instado en cierta ocasión a danzar, pidió a la ejecutante un Minué que le era conocido.*

Sigue Vega: *Pero hay más: aseguran que La Condición fue exhumada en Salta en 1913 con motivo del primer centenario de la batalla homónima, en el festival de beneficencia que organizó la Sociedad Pro-Patria, de la cual era presidenta la señorita Elisa Sosa Dávalos.<sup>14</sup> Fundados en el recuerdo de abuelos, el*

---

<sup>14</sup> (8) Roberto G. Vitry: *Mujeres salteñas*. Editorial Hanna, Salta 2000. En la biografía de la señorita Sosa Dávalos (1878-1944), música y docente salteña que profesó en la juventud como Sor María de la Ascensión en la Orden del Buen Pastor, informa Vitry en base a nuevas constancias que ya en 1906 —y no en 1913— exhumó ella La Condición en Salta, durante una velada patriótica, ejecutando al piano su música y poco después marcando incluso su coreografía. No era extraño que la señorita Sosa Dávalos se interesara por el tema ya que era un poco la memorialista de la familia y gustaba rescatar papeles y documentos descartados en viejos arcones provincianos. Pero su curiosidad por esta danza no era sólo

poeta Calixto Linares Fowlis y la propia señorita Sosa Dávalos, ambos músicos, reconstruyeron *La Condición*. Rediviva y celebrada, la danza fue exhumada posteriormente en 1916 y, después, en ocasión del centenario de Güemes (1921).

Fiel a su método de no quedarse sólo en versiones bien que *respetables por su origen y enteramente verosímiles por su contenido*, concluye: *Confío en que las crónicas de los periódicos salteños coetáneos confirmarán y precisarán esos recuerdos.*

En las páginas sucesivas pasa a revistar los testimonios orales existentes, ahora en Tucumán: *También en Tucumán hay tradiciones familiares referentes a La Condición. Los recuerdos florecieron en 1933 a raíz de un espectáculo teatral de profesionales que incluyó la danza. Oyó entonces Romero Sosa diversas versiones coincidentes en que La Condición se bailó en los salones tucumanos a mediados del siglo y aún antes. Un anciano añadió, concretamente, que, según tradiciones, el General Belgrano bailó La Condición en Tucumán en 1816, con la esposa del gobernador de aquella provincia, el General Bernabé Aráoz, durante el sarao con que se festejó la Jura de la Bandera.*

Destacaré por mi parte que además de las menciones a Romero Sosa en el texto transcrito, con generosidad y honestidad intelectual da cuenta también de sus aportes en las notas finales del capítulo. En verdad no fueron menores los datos que le proporcionó mi padre para redondear la cuestión, porque no hay que olvidar que en una anterior publicación de Vega, “Bailes tradicionales argentinos “ (Ricordi Americana, 1948), ya había tratado con algún detalle *La Condición* -danza que definió como *soberbia, elegante y noble-* y su particular génesis en el Noroeste argentino. Esos datos de mi padre constan en dos extensos informes remitidos a Vega con fechas 6 y 21 de marzo de 1952, el primero de ellos contestado a vuelta de correo por el musicólogo el 18 de marzo de 1952, donde entre otras consideraciones le manifestó: *Lo más interesante y útil de su carta es la exhumación de La Condición en Salta antes que en Catamarca.* Finalmente le encomendó a su interlocutor epistolar, marcando la seriedad con que encaraba sus investigaciones, acometer *...en nombre de la grandeza de Salta, la búsqueda de las crónicas de 1913,*

---

artística o histórica sino además si se quiere afectiva: pese a no haber conocido a su abuelo paterno, el guerrero de la Independencia y hombre público coronel José Manuel de Sosa y Aramburu que recibió el grado de alférez de manos de Belgrano luego de la Batalla de Salta, había oído decir desde la niñez a varios parientes que su antepasado gustaba contar la historia del baile del prócer después del triunfo de 1813.

*o de las otras, pues no es posible que usted y yo, historiadores, nos estemos fundando en las tradiciones orales cuando se trata de sucesos tan recientes y sin duda documentados.*

Fiel al consejo del maestro, un treintañero Romero Sosa, autor a la sazón de varios libros de historia regional y de varios centenares de artículos y comunicaciones científicas y miembro numerario del Instituto de Historia Lingüística y Folklore de la Universidad Nacional de Tucumán y correspondiente de la Asociación Española de Etnología y Folklore de Madrid entre otras membresías vinculadas con la disciplina folclórica, viajó a mitad del año 1952 a Salta -tal como lo hacía de manera periódica- y rastreó en las hemerotecas y archivos locales. Pero antes, ese mismo mes de marzo, despachó cartas con solicitud de datos sobre La Condición dirigidas al historiador Atilio Cornejo, al escritor y ex gobernador de la provincia Ernesto M. Araóz, al publicista y ex senador nacional Carlos Serrey y al abogado y político Francisco M. Uriburu Michel; ello para ser consecuente con su metodología de apelar a una fuente de información alternativa ante la ausencia de otras más directas: *Romero Sosa es uno de los pocos historiadores salteños que utilizó correspondencia privada como fuente documental*, juzgó Gregorio Caro Figueroa.<sup>15</sup> Los cuatro amigos inquiridos le respondieron de inmediato y avalaron con mayor o menor fuerza las tradiciones orales salteñas sobre el baile en sí, la ocasión y el lugar en que se llevó a cabo, en términos que en general poco diferían de lo antes transmitido a Carlos Vega.

*Sobre el baile realizado en 1813, subsiguientemente al día de la batalla, no creo que se lo diera en la casa de Costas, allí era donde se hospedó Tristán y no era lógico suponer que los realistas festejaran su derrota (...) Comparto la opinión del doctor Frías, según quien el baile se realizó en casa de patriotas, dice que en la casa de Araóz..., le explicaba por ejemplo Atilio Cornejo en carta fechada el 24 de marzo de 1952.*

Con esos elementos en la mano, los pareceres verbales de Juan Alfonso Carrizo y del ex gobernador de Tucumán doctor Ernesto E. Padilla, los diálogos con Julián Cáceres Freyre, los registros familiares de Guillermo “Pajarito” Velarde Mors, más algunos documentos de sus mayores que trajo de Salta, a sugerencia

---

<sup>15</sup> (9) Gregorio Caro Figueroa: *Papeles de historia: Carlos Gregorio Romero Sosa: "Tenemos una frágil memoria"*, Todo es Historia, número 420 correspondiente a julio de 2002, páginas 70/73.-

precisamente de Carlos Vega y también de Manuel Gómez Carrillo —sub-director del Instituto Nacional de la Tradición, después de Antropología- con quien venía colaborando desde 1947 en sus estudios sobre la zamba “*López Pereyra*”<sup>16</sup> y las diferentes versiones en el NOA de la “Zamba de Vargas”,<sup>17</sup> Romero Sosa continuó abordando la cuestión. En septiembre de 1954, pronunció una conferencia en el porteño Colegio del Divino Corazón reseñada en forma extensa por el diario La Razón.<sup>18</sup> El título de la disertación: “*La Condición y una decisión de Belgrano en Salta*”. Agregaba allí detalles ausentes en sus anteriores informes a Vega, por ejemplo que la fiesta en celebración del triunfo patriota en Salta se realizó en la casa del cabildante Miguel Francisco Aráoz, situada en la esquina de las actuales calles Buenos Aires y Caseros de la ciudad del cerro San Bernardo, una finca existente todavía alrededor de mil novecientos cincuenta. *No creo que se haya realizado en la casa de Costas por tratarse de una familia realista. Lo que se ha dicho siempre en Salta y yo lo he oído desde niño es que en la casa de Costas cenaron juntos Belgrano y Tristán después de la capitulación invitados por los dueños de casa*, le aclaraba en su respuesta postal fechada el 30 de marzo de 1952 el cultor de las tradiciones históricas en “El diablito del Cabildo” y otras obras doctor Ernesto M. Aráoz, revisando el propio parecer suyo vertido antes en el libro “Al margen del pasado” (1944) y de acuerdo en el punto con Atilio Cornejo.

En conclusión, Romero Sosa proponía establecer como posibilidad que Belgrano haya danzado la pieza con doña Josefa Usandivaras de Fernández Cornejo y de la Corte, en la casa de Aráoz, la residencia supuesta primero por Bernardo Frías en su “Historia de Güemes y de Salta”. Y agregaba más como nota de color que otra cosa, un “chisme” difundido en el siglo XIX, tal vez otra *irrespetuosa fantasía* semejante a la que descartara “in limine” Carlos Vega en su libro: el prócer que estaba prendado de una dama salteña casada, la habría invitado a bailar un minué y ésta, para salir del paso, puso la “condición” de que después bailara una zamba en el convencimiento de que el compañero ignoraría las figuras; aunque valdría la pena

---

<sup>16</sup> (10) Los aportes de Romero Sosa a su amigo el músico santiagueño Manuel Gómez Carrillo, versan en especial sobre ese tema y sobre sus recuerdos personales, los de su padre el profesor Daniel Policarpo Romero y los de su lejano emparentado Canónigo Josué Gorriti, los tres vinculados al autor de la pieza don Artidoro Cresseri. Más datos al respecto se hallan en el libro de José A. Cresseri: “*La zamba López Pereyra. Tiempo y música de Artidoro Cresseri*”. Ediciones Urueña, San. Miguel. de Tucumán, 1973.

<sup>17</sup> (11) Fermín Alfredo Anzalaz: *Folclore Argentino, el sabor de la tierra*. Lerner Editora, Córdoba, 2004. En las paginas 56/9 se recoge la versión recopilada en Salta por C.G Romero Sosa.

<sup>18</sup> (12) Lunes 20 de septiembre de 1954, página 7.

averiguar si la zamba, una danza de origen peruano, era ya popular en Salta hacia 1813.<sup>19</sup>

Claro está que mucho más a tono con el bronce de nuestros héroes, esculpido por la Historia Oficial sin pasiones humanas y magnánimos siempre, era un rumor con el que -previo advertir al auditorio sobre su más que segura falsedad- concluyó la charla Carlos Gregorio Romero Sosa aquella tarde de septiembre de 1954: la presunta “condición” impuesta por Belgrano para concurrir a la casa de los Aráoz, sería que se invitara también a los jefes españoles vencidos en la jornada del 20 de febrero de 1813, encabezados por el mismísimo Pío Tristán, su antiguo conocido de España. Algo en verdad difícil de creer y de digerir, porque una cosa es enterrar a todos los caídos bajo una misma cruz y otra salir de festejos con el enemigo frescos aún tantos cadáveres. En todo caso un “*rumor*” que se fue alimentando de boca en boca, como muy bien lo calificó el disertante que distinguía así esa especie algo antojadiza, propiamente de las leyendas populares, esos *cantos rodados* según la imagen de Alfonso Reyes.

En fin, varias fábulas —hoy diríamos “mitos urbanos”— carentes por su misma naturaleza de todo sustento histórico; y lo que es peor, de la decantada riqueza, la intuición y la sabiduría folclórica que sí habría valorado Carlos Vega

---

<sup>19</sup> (13) Carlos Vega: *Las danzas populares argentinas*, Ministerio de Educación de la Nación, Buenos Aires, 1952. Páginas 411 y siguientes.

B. Am. Dec. 5

Estimado señor

Recibí sus artículos, y se lo agradezco mucho, como le agradezco, desde ahora, los artículos que me anuncia y que le voy a enviar cuando los publique.

Acepto los datos que tiene usted sobre Espinú, pues pueden serme útiles cuando haya que reditar mi libro.

Tuve el gusto de conocer a don Carlos Romero, en Salta, hace muchos años.

Saludos cordiales  
Manuel Gálvez

Santa Fe 3018

Voy a tener el gusto de mandar un último libro, ya que usted me lo encargó.

Carta de Manuel Gálvez a Carlos G. Romero Sosa

## UN IR Y VENIR EPISTOLAR CON MANUEL GÁLVEZ

En poco tiempo no sólo se han ampliado y tecnificado los medios de comunicación, sino también variaron las modalidades y las formalidades para relacionarse entre las personas comunes y ni qué hablar los escritores. Como hoy el correo electrónico suplantó en gran medida a los envíos postales tradicionales, se redactan pocas cartas con el efecto cierto de que se confidencia apenas y se polemiza menos, ya que la correspondencia, debido a su particular condición de representar algo a la vez personal y distante, resulta idónea para intimar y permite al remitente darse tiempo de hallar razones para coincidir o disentir con el destinatario.

Por otra parte, uno de los signos del profesionalismo literario tan bien atado al mercado editorial, es que generalmente los autores consagrados no se gastan en responder las esquelas de sus lectores y a veces ni siquiera las de sus amigos. En un reportaje periodístico, Gabriel García Márquez reconoció que hacía muchos años que no escribía cartas a sus amigos porque estaba seguro de que ellos correrían a venderlas luego. Una confesión hecha al pasar y en tono jocoso que no deja bien parado ni a quien ejercita la avaricia con sus desahogos epistolares ni tampoco a aquellos otros que sólo los reclaman para capitalizarse a futuro.

\* \* \*

Pensar que ayer nomás todo era distinto en este aspecto y no me canso de comprobarlo al revisar el abultado archivo con la correspondencia paterna. ¿Es común al presente que consagrados en las letras, las ciencias o la política se carteen con un joven aprendiz de escritor? No lo creo atendiendo a las premuras actuales y sobre todo a ese papel de corte olímpico con el que los medios suelen envolver a los famosos. A lo mejor, precisamente, radique la respuesta en que ahora hay más personalidades famosas debido a la “consagración mediática “ -advertida por Pierre Bourdieu en su texto “*Homo academicus*”- que en verdad prestigiosas. Y tanto como lo era por ejemplo y por derecho propio hacia 1936 Manuel Gálvez, autor de *abundantísima correspondencia* en concepto de su descendiente Lucía Gálvez que estudió y dio a conocer un gran número de aquellas piezas de su antepasado.

Fue entonces —a finales de 1936- cuando remitió a Carlos Gregorio Romero Sosa, que ese mismo año estrenaba sus primeros veinte de vida, con generosa

dedicatoria su libro aparecido en 1935, *“La noche toca a su fin”*, obra de ficción que narra la historia de arrepentimiento y conversión de Claudio Vidamor, un periodista ateo, durante el Congreso Eucarístico de 1934. Cumplió así con lo anunciado días antes en una carta autógrafa fechada el 5 de diciembre del mismo 36', donde se mostraba cortés e interesado por los datos sobre el Obispo Esquiú ofrecidos en una anterior comunicación por su corresponsal salteño, que había recabado al diario *La Prensa* la dirección de Gálvez en secreto de su padre, Daniel Policarpo Romero, docente jubilado, Secretario del Colegio Nacional y miembro y secretario del Consejo General de Educación de Salta y por ende de antiguo conocimiento con el ex Inspector General de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial que fue Gálvez.

Además de aludir a los posibles aportes bibliográficos sobre el Orador de la Constitución *pues pueden serme útiles cuando haya que reeditar mi libro* -la *“Vida de Fray Mamerto Esquiú”* dada a conocer en 1933 por la Editorial Tor-, le contaba a Romero Sosa que *... tuve el gusto de conocer a Monseñor Romero, en Salta, hace muchos años*, en referencia al diocesano de Salta y Jujuy Monseñor José Gregorio Romero y Juárez, un tío carnal de Romero Sosa, fallecido en 1919 cuando se hablaba con insistencia de su elevación a la púrpura cardenalicia.

El trato en extremo sencillo y hasta como se ve con menciones a familiares directos del joven salteño dispensado por Gálvez en dicha carta, motivó sin duda a Carlos Gregorio a darse a la tarea de divulgar con entusiasmo las obras del consagrado novelista en el medio local y sobre todo entre la juventud lugareña. Redactó con ese fin un opúsculo de veinte páginas que lleva un breve epílogo del magistrado y catedrático de psicología en el Colegio Nacional de Salta, Alberto Álvarez Tamayo, publicado por la Sociedad Provincial de Fomento Unión Salteña en 1937: *“En el mundo de las letras: Ensayo bibliográfico sobre las novelas del doctor Manuel Gálvez”*. Francamente un título algo ampuloso seguido por una dedicatoria bastante ingenua *A la señora doña Delfina Bunge de Gálvez, escritora de renombre, poetisa de delicada sensibilidad y colaboradora de La Prensa*. Todo un esfuerzo desde luego bien intencionado pero que por lo visto en nada satisfizo al homenajeado cuando recibió el trabajo; y tanto es así que aquel folleto pudo dar lugar a un desencuentro entre ambos, como que Gálvez en su respuesta, más allá de las buenas maneras empleadas al comienzo de otra comunicación que no fechó,

evidenció su desagrado de manera tal que fue subiendo el tono de la crítica hasta mostrarse como otros intelectuales de entonces, un tanto despectivo con el interior del país. Un caso curioso tratándose de alguien natural de Paraná, es decir no de un porteño de nacimiento aunque entre el ramaje de su árbol genealógico figurara el mismísimo Juan de Garay:

*Estimado Romero: Iba a escribirle hoy cuando recibí su tarjeta. Gracias por el folletito. Hay algunos errores. Mi mujer (que le agradece la dedicatoria) no colabora en La Prensa sino en La Nación. Además, sea en uno u otro diario, eso no es un título, pues hay varios imbéciles que colaboran en ellos. El artículo de Francheschi (Monseñor Gustavo Franceschi) no se titula “La pornografía en la novela” sino “La castidad en la novela”. Franceschi no ha dicho que mis novelas fueran pornográficas; ha dicho que tenían cosas escabrosas, lo que es muy distinto. No le mando la lista de escritores prometida, porque en la nota de la página 10, me hace usted, con la mejor intención quedar mal. Aparezco yo allí como un hombre que desea que se escriban juicios sobre sus obras; y esto no es digno de un escritor que se estime. La bibliografía existente sobre mi obra no cabría en 30 volúmenes, y quiere usted que me interese por lo que pueda decir de mí un principiante, en una capital de provincia.*

En verdad podría haberse ahorrado esta última frase, un exabrupto que contradice su propia valoración de la ciudad de Salta expresada en 1918 en el prólogo del libro homónimo de Juan Carlos Dávalos, cuando remarcaba que pese a un *absurdo y mal entendido espíritu de modernidad*, al que no hallaba ajena a la ciudad fundada por Hernando de Lerma, *permanece en Salta lo suficiente para que (la) miremos como la más completa y bella imagen del pasado argentino.*

Otra cosa que lo fastidió del ensayo, además de los errores y omisiones que detalló, fue haberse sentido parangonado allí con Gustavo Martínez Zuviría, de algún modo su rival en la aceptación del público lector de novelas de la época; comparación que lo hizo aconsejar a Romero Sosa requerir al respecto el juicio de su valorado amigo Juan Carlos Dávalos, primo hermano de la madre de Carlos Gregorio: *En la página 12, en el párrafo final, hay algo muy gracioso. “La maestra normal », según usted, es digna de figurar al lado de las más popularizadas novelas de Hugo Wast. Yo no puedo comentar eso por escrito. Pero ya que es usted*

sobrino de Juan Carlos Dávalos (escritor de talento y cuya opinión puede ser tomada en cuenta) pregúntele qué opina de eso. Quizá en ese momento tendría en mente las palabras admirativas que Dávalos le escribió años antes: *Manuel Gálvez es sin disputa un artista de la novela. Hay bastante distancia de Verne a Balzac.*

Lo cierto es que tantas durezas podrían haber sido contestadas incluso con impertinencia por un veinteañero rebelde con vocación de polemista y mimado desde sus comienzos en el periodismo, los estudios históricos y las investigaciones genealógicas y heráldicas por varias figuras notorias de la cultura nacional y americana, entre ellos el genealogista Miguel Ángel Martínez Gálvez, inmediato pariente del novelista en cuestión.<sup>20</sup> Sumado a que si bien tradicional y confesionalmente católico y ex alumno de los padres lateranenses en el Colegio Belgrano y antes, en el Colegio del Sagrado Corazón de Tucumán a cargo de los sacerdotes lourdistas, en el plano ideológico el joven y arremetedor Romero Sosa tenía bastante simpatía por el socialismo y el humanitarismo de signo georgista, pensamiento en el que se había interesado ya a partir de una charla en Buenos Aires con Alberto Gerchunoff que le recomendó abreviar en los capítulos de “Progreso y miseria” de Henry George.

Pero sin embargo, en la ocasión, no halló del caso retrucar nada al interlocutor ese muchacho inconformista, que en lo íntimo debía sentirse más próximo al “tolstoiano” Gálvez fundador en 1903 de la revista Ideas, portavoz de una generación donde *todos éramos rebeldes: unos socialistas en diverso gado; y otros anarquistas o anarquizantes*, que al ya maduro y consagrado candidato al premio Nobel que unos años antes del intercambio epistolar escribió en su ensayo sociológico-político: *“Este pueblo necesita...”* (1934) frases admirativas hacia la Italia fascista adjudicándole al pueblo italiano mucha más juventud que al nuestro. O lanzó consignas contra la democracia epilogando convencido *que sólo el régimen fascista, o algo que se le parezca, podrá dar resultado.*

Por su parte aquel *principiante en una capital de provincia*, lector entusiasta de José Ingenieros, de Aníbal Ponce y Alejandro Korn y admirador incondicional de Alfredo L. Palacios con quien poco después trabaría una relación discipular,

---

<sup>20</sup> (1) Tiempo después, en 1948, Romero Sosa fue incorporado como miembro correspondiente en Salta al Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas; ello a iniciativa precisamente de Martínez Gálvez y de sus colegas en la disciplina doctores Atilio Cornejo —su pariente, amigo y guía en los primeros estudios históricos y genealógicos—, Alfredo Díaz de Molina, Raúl Molina y Jorge de Durañona y Vedia

evidenció consideración suma y no temor reverencial por el autor de “Miércoles Santo”: Y a punto tal, que se avino de inmediato a disculparse en cambio de enfadarse y aclarar malentendidos en lugar de ofenderse al sentirse menoscabado en una de sus inaugurales actividades literarias. Se adivina en su nuevo mensaje cierto positivismo biologista y evolucionista en la cita inicial de Pasteur, algo muy a tono con el interés que el redactor de la carta —colaborador en el Museo Provincial de Fomento fundado por el geólogo y antropólogo dinamarqués Christian Nelson— demostraba por las ciencias naturales y las disciplinas del hombre, disciplinas provistas de una metodología empirista. Una inclinación —el positivismo— después exorcizada en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Viamonte al escuchar las clases de Coriolano Alberini, expositor de Bergson y abanderado del retorno a la metafísica y del neokantiano Alfredo Franceschi, un realista crítico al entender de Alberto Caturelli. Así se dirigió entonces Romero Sosa a Gálvez:

*Salta, 18 de marzo de 1937. Señor Doctor Manuel Gálvez: Disculpe ante todo que moleste nuevamente su atención con una carta que, por cierto, no habrá de interesarle ya que dice -y con razón- que no le interesan los juicios de un principiante. Sí, doctor, soy un principiante. Todos lo fueron alguna vez, porque nadie se estrella de golpe... Recuerde de Pasteur y de la generación espontánea”. En mi caso particular yo mismo me he reconocido y reconozco principiante. Y como no hubiera querido que usted se engañase de mi persona, le manifesté en mi carta anterior que sólo tenía veinte años. Por lo mismo, como un simple ensayo (mi padre dice que no crea yo que, por de pronto, haga nada serio o definitivo); como un ensayo, recalco, publiqué ese folletito sobre sus novelas, sin otra pretensión que manifestar la admiración que le profeso y el grande cariño con el que sigo su labor. (...) Hoy, al recibir su carta, he echado al fuego 275 folletos de la publicación “En el mundo de las letras” porque he comprendido que a Ud. no le halagaría que los repartiese. (..) Al hacerle decir a Franceschi aquello de la pornografía no ha sido con el propósito de ofenderle a Ud. Hace tiempo que leí, ocasionalmente, el artículo de referencia y, sin pensar en la gravedad del concepto iotra falta mía!- le di un nombre supuesto. Son gajes del oficio. ¡Nunca volveré a criticar ni alabar a nadie! Me dedicaré sólo a revolver los archivos de la historia local y a sacar a luz documentos inéditos, sin arriesgar juicios personales. En cuando a Wast no quise significar con lo que digo que las novelas de él fuesen superiores a las suyas. No*

*hago parangones. En Salta, las mujeres lo leen más a Wast porque a Ud. no saben interpretarlo y lo juzgan como obsceno. Y yo, al decir esa frase, que hoy considero una simpleza, lo hice sólo con el objeto de que sus novelas entraran también en el elemento femenino. Aquí, aún algunos sacerdotes, critican sus obras de Ud y, en el Círculo de Estudios Religiosos, uno de los profesores ha opinado que “La maestra normal”...no es propia para niñas que se estimen (...) En espera de su disculpa y rogándole quiera presentarla, de mi parte, a su señora esposa por el error garrafal en el que incurrí, le estrecho muy cordialmente su mano.*

Leído a la distancia de más de siete décadas, el descargo escrito a vuelapluma y sin ánimo de hacer costumbrismo, da cuenta sin embargo en sus renglones finales de la existencia de actitudes oscurantistas en la sociedad local, pacata y bajo la influencia de ciertos círculos religiosos de visión inquisitorial. Por otra parte un medio no muy diferente al de la vieja Córdoba que supo pintar en su hora el propio Gálvez en “*La sombra del convento*”, aunque justo es reconocerlo no participaron de intolerancias ni promovieran autos de fe ni el arzobispo de Salta Roberto J. Tavella, ni su secretario y familiar eclesiástico el bondadoso salesiano padre Arsenio Seaje, ni en general los miembros de la comunidad de Canónigos Regulares de Letrán, que por vascos eran antifranquistas acérrimos en la Guerra Civil que se disputaba en España, como que en las celdas de varios padres lateranenses podía verse la fotografía del Lehendakari José Antonio de Aguirre y Lecube.

En ese ambiente pues en extremo tradicional y conservador ya satirizado por el poeta Nicolás López Isasmendi y salvo excepciones superficial y encerrado en sí mismo, por el que pasó sin modificarle la idiosincrasia el empuje progresista y reformista del gobernador Joaquín Castellanos -que debió renunciar en 1921 a dos años de asumir las funciones amenazado por un juicio político- y que en febrero de 1931 vio movilizar a varios de sus referentes para asistir a la inauguración con pompa y circunstancia del monumento al General Güemes por parte del presidente de facto José Félix Uriburu, en un acto caracterizado por la notoria ausencia de descendientes del Caudillo Gaucho perseguidos por su militancia en el partido radical, era lógico que se difundieran novelas de factura directa y tema romántico como “*Flor de durazno*” o “*Novia de vacaciones*” de Hugo Wast. No estaban ni las damas salteñas en general y ni más de un elegante “*clubman*” del aristocrático Club

20 de Febrero, en ánimo de darse a la aventura de desentrañar las claves de “*El mal metafísico*” o abiertos para considerar las tesis -algo preocupantes para el orden social conservador- subyacentes en “*Nacha Regules*”; lecturas es de deducirlo, sin el “*non obstat*” de los censores lugareños más papistas que el Papa y por ello, obras al igual que “La maestra normal “ aludida, objetadas por no ser ...*propia(s) para niñas que se estimen*.

\* \* \*

Casi de inmediato y al contrario de seguir con desagradables idas y venidas, o de dar Gálvez la callada por respuesta desestimando a la otra parte e incluso de replicar con la severidad y hasta la dureza que empleó para con Lugones en reiteradas oportunidades o con Carlos Obligado y Jorge Max Rohde en 1929 -con motivo de haber optado por Ezequiel Martínez Estrada y no por él para el Premio Nacional de Literatura-, envió otra carta a Romero Sosa cuyas líneas resumen cordialidad, buen gusto y trasuntan una grandeza de espíritu inversamente proporcional a su mal genio. Todo un ejemplo de “*suaviter in modo*” como para incluir en una antología sobre las letras en función de las relaciones humanas. Y todo un espaldarazo a una vocación intelectual en ciernes elogiosa de la autenticidad:

*Estimado Romero: Sumamente simpática su carta: modesta, sincera, leal. Son pocos los hombres en este país, capaces de escribir una carta como ésa. Pero no crea que yo me haya molestado por el folletito. Si así fuese no le hubiera contestado; y menos en la forma amable en que lo hice. Y mucho menos puede haberse molestado mi mujer. Si el colaborar en La Prensa no es un título literario, tampoco es un delito. Y nada más. Salude a su padre y a mi viejo amigo Dávalos, a quien desearía ver alguna vez en Buenos Aires. Y a usted las dos manos de Manuel Gálvez.*

Además de seguirse escribiendo no quedó en el plano epistolar el vínculo. Al radicarse Romero Sosa en Buenos Aires en 1939, solían encontrarse en la Biblioteca Nacional, un destino a menudo de ambos. A poco el estudiante salteño de Filosofía y Letras fue invitado por el novelista a visitarlo en su residencia de la Avenida Santa Fe 3018. Años después, en 1947, compartieron junto a Ramón Doll, Rafael Jijena Sánchez, Enrique Lavié, Carlos Obligado -con quien ya habría hecho las paces

Gálvez, Atilio García Mellid, Carlos Abregú Virreira, Luis Trenti Rocamora, entre otros, las candidaturas para miembros de la comisión directiva de la Asociación de Escritores Argentinos (ADEA), en una lista que propiciaba a Arturo Cancela para secretario general y a Arturo Jauretche como revisor de cuentas.

Cierto día de finales de 1960, aún en vida del maestro que falleció en 1962, mi padre supo por boca de Ignacio. B. Anzoátegui, su pariente, amigo y vecino de la porteña calle Laprida del barrio de Recoleta, que el sonetista de “*La rosa y el rocío*” había concluido un libro bio-bibliográfico sobre Manuel Gálvez que publicó poco después el Ministerio de Educación y Justicia en la Biblioteca del Centenario dirigida por el profesor Héctor Blas González, en la serie *Argentinos en las Letras* de las recordables Ediciones Culturales Argentinas. Cuando la obra llegó a casa no sé por mano de quién, se convirtió en una de mis primeras lecturas y fueron esas páginas las que muy pronto me condujeron a las novelas y a los estudios históricos de Gálvez alojados en la biblioteca paterna. De uno de estos últimos, la “*Vida de don Gabriel García Moreno*” nos habló en tono admirativo mientras nos enseñaba la dedicatoria impresa a su persona en la primera página del volumen, el cinco veces presidente constitucional ecuatoriano José María Velasco Ibarra, en alguna de las visitas que le hacíamos durante su último exilio, mi padre y yo en su departamento de Bulnes y Santa Fe.

En cuanto a Carlos Gregorio Romero Sosa solía afirmar siempre que, gracias a aquella carta recriminatoria que ahora hago pública, aprendió a no citar jamás de memoria, a medir cada juicio vertido y sobre todo decidió darse a los desvelos de la investigación histórica antes que soportar los dolores de cabeza sucedáneos al ejercicio de la crítica literaria enfocada en los creadores contemporáneos, a veces y con razón, en extremo celosos del prestigio logrado.

## **UN TESTIMONIO SOBRE LA MUERTE DE RUFINO BLANCO**

**FOMBONA<sup>21</sup>**

El mes de octubre de 1944 trajo noticias como para entretener o preocupar a los argentinos -según las asumieran-, a la sazón regidos por un gobierno militar

---

<sup>21</sup> (\*) Al exhumar estas referencias de Blanco Fombona, debo recordar al generoso amigo venezolano doctor Luis Pastori (1921-2013), notable intelectual y hombre público de ese país quien hizo reproducir el presente artículo en la revista BVC CULTURAL (Año 4, número 13, 2004), órgano del Banco Central de Venezuela del que fue vicepresidente y asesor hasta el final de sus días.

instaurado el 4 de junio del año anterior. Así, el día 4, el vespertino La Razón de Buenos Aires anunciaba la partida al Uruguay, en calidad de autoexiliado, de Alfredo L Palacios luego de renunciar a sus cátedras universitarias. El líder que accedió en 1904 a la diputación nacional, como primer parlamentario socialista de América, optaba por expatriarse ante el tono autoritario con reflejos “fascitoides” que imprimía a sus actos gubernativos el poder *de facto* de turno; un poder colmado de funcionarios oscurantistas aplicados a objetar, por ejemplo, el lenguaje lunfardo en las letras de los tangos: *Arrebatarnos la libertad -decía Palacios- significa renegar de nuestras tradiciones, mendigando en pueblos extraños teorías y procedimientos que esos pueblos padecen como una maldición.*

A poco, el 10 del mismo mes, un conflicto en el ámbito educativo epilogó con la separación del rectorado del histórico Colegio San Carlos -hoy Nacional de Buenos Aires- del filósofo Presbítero Juan R. Sepich, uno de los primeros expositores del pensamiento de Martín Heidegger en castellano.

A la vista de tales hechos y de otros igualmente lamentables y ridículos, como la cesantía en sus cátedras del escritor Bernardo González Arrilli o el silenciamiento radiofónico de la actriz cómica Niní Marshall, Domingo V. Gallardo (1917-2005) un veinteañero periodista de origen rosarino escribía al historiador y poeta salteño radicado en Buenos Aires Carlos Gregorio Romero Sosa, su par generacional con el que para entonces *codirigía* la publicación cultural *Sendas*

*Aprovecho estas líneas para enviarle un recorte dando cuenta de lo ocurrido con el amigo de usted Padre Sepich. Qué suerte van teniendo los colaboradores de Sendas...Don Alfredo Palacios exiliado en Montevideo, voluntariamente, en un gesto digno. Don Juan R. Sepich, separado de su cargo en el San Carlos. Don Juan Carlos García Santillán, separado o “renunciado” de su cargo de Inspector General de Enseñanza Secundaria.*

Hasta allí, pues, sólo comentarios casi ineludibles dados los acontecimientos de dominio público. Empero, a renglón seguido, fue deslizado un interrogante:

*¿Qué le ocurrirá a Blanco-Fombona?*

Claro está que no se refería precisamente a la salud física del venezolano aquí afincado, sino a una posible censura oficial que amenazara su labor de publicista. Y esa inquietud carecería en perspectiva de mayor importancia si por esas cosas de la

vida o de la muerte, el 16 de octubre, es decir seis días después de fechada la carta en cuestión, Rufino Blanco-Fombona no hubiera fallecido a los setenta años de edad en Buenos Aires, donde se encontraba desde varios días atrás instalado en el porteño hotel City.

\* \* \*

Si bien como anota Manuel Gálvez, uno de sus contertulios, Fombona deseaba vivir y seguir escribiendo, se lo sabía decaído y enfermo en palabras también del novelista de *“La sombra del convento”*. No obstante nada hacía suponer un desenlace tan inminente.

Tampoco lo temería Romero Sosa, de estrecho trato con él por ese tiempo y el destinatario de la misiva que hoy rescato de su archivo. A punto tal impresionó a mi padre el deceso, producido luego de la previa y en cierto modo premonitoria referencia epistolar de Gallardo, que estampó de su puño y letra debajo de la firma del remitente Gallardo un testimonio cuya difusión -entiendo- resulta justificada por su tono vivencial y su carácter de documento de primera mano:

*La broma de Gallardo sobre Blanco-Fombona se convirtió en triste realidad. Nuestro gran amigo falleció, en brazos de la esposa de Manolo García Hernández, a consecuencia de una angina cardiaca. Lo velamos toda la noche en el Círculo de la Prensa, puntualmente con un núcleo de mujeres amigas del muerto. Estaban conmigo, los poetas Domingo V Gallardo, Carlos Mastronardi y Joaquín Gómez Bas. Por la tarde, en el mismo Círculo de la Prensa, en nombre de los amigos de Blanco-Fombona recibimos Manolo García Hernández y yo, los saludos de pésame de Manuel Gálvez, el Vizconde de Lascano Tegui, Omar Viñole, José Andrés Villegas, Antonio J. Bucich, Pérez Zelaschi, etc. 19 de octubre de 1944.*

Como se advertirá, las líneas antecedentes remiten a un medio literario por el que circulaban figuras si se quiere poco recordadas a estas alturas del siglo XXI. A excepción, por supuesto, tanto de Adolfo Pérez Zelaschi<sup>22</sup> cuanto de Mastronardi (1900-1976), en rigor más conocido por su amistad con Borges que frecuentada su notable obra poética y ensayística, o de Gálvez (1882-1962), más al alcance de

---

<sup>22</sup> (1) Pérez Zelaschi, falleció el 20 de enero de 2005. Vivía pues a la fecha de redacción y posterior publicación del presente trabajo del que tuvo noticias por mí.

redactores de ponencias académicas que de merodeadores de librerías. Salvo ellos, los demás escritores mencionados como concurrentes al Círculo de la Prensa esa jornada de octubre para velar los restos mortales del escritor caraqueño, representan hoy, apenas un eco de otro momento cultural rico en exponentes bohemios, los más de ellos víctimas del “mal del siglo”, decadentistas rubendarianos, despreocupados por la promoción y el marketing con miras a la posteridad. Así el pensador y humorista, o más bien pensador con cortesías de buen humor Omar Viñole (1904-1967), el pintoresco “*hombre de la vaca*” que Pablo Neruda menciona en sus memorias. El Vizconde de Lascano Tegui (1887-1966), con título nobiliario por seudónimo y mago “*abracadabrante*” de las letras según el saludo augural de Lugones a su primer poemario. Antonio J. Bucich (1903-1976), escritor y periodista católico, historiador del barrio de La Boca del Riachuelo y fundador de instituciones ya tradicionales en la barriada como el Ateneo Popular de La Boca. El poeta Joaquín Gómez Bas (1907-1984), nostálgico novelista en “*Barrio Gris*” y dibujante consumado. Y también el sudamericano Manuel García Hernández (?), periodista que se inició en el Diario de la Marina -de La Habana- y novelista de dilatada actuación aquí más allá de que sus colaboraciones se hacen de difícil rastreo al presente. Uno de sus libros: “*Los ojos del obelisco*” (1938), con referencias a buena parte de la intelectualidad local —un ejemplar del mismo luce dedicado en la biblioteca paterna-, fue tachado por Leónidas Barletta de “*enciclopedia de banalidades*”.

\* \* \*

De igual modo nuestra desmemoria se ha extendido sobre Rufino Blanco-Fombona, por variados motivos. Los sintetizó Gregorio Caro Figueroa en un ensayo publicado en *Todo es Historia* en 1999: *Es posible* —deduce Caro Figueroa— *que su enorme talento para la diatriba, su destreza como polemista, sus feroces estocadas a la vanidad y el rastacuerismo porteños y su crítica despiadada a muchos intelectuales argentinos, (lo hayan convertido) en uno de esos personajes antipáticos que se prefiere olvidar en nuestro país.* Súmese a lo dicho las circunstancias de que otras banderas u otros “*embaderamientos*” encendieron la discusión, en muy distinto tono al arremetedor bolivarismo fomboniano. Y de que

nuevos y otros fueron los enconos, las discordias de carácter político que iban a enfrentar a los argentinos a partir de la realidad del peronismo, movimiento que irrumpió al año siguiente de su muerte.

Lo cierto es que el autor de “Mocedades de Bolívar”; el crítico de *“Letras y letrados de Hispano-América”*, el fundador en Madrid de la Editorial América, el editor de la Biblioteca Ayacucho, el difusor de la mejor cultura del Continente, el antiguo Gobernador Civil de Almería durante los tiempos de la Segunda República Española, el opositor al dictador Juan Vicente Gómez -tan vehemente como lo había sido en el pasado el ecuatoriano de su particular admiración Juan Montalvo con García Moreno-, el novelista de *“El secreto de la felicidad”*, el diplomático que saltaba el protocolo para denunciar *la despiadada, la inicua esclavitud del proletariado indio en toda esa América que blasona de igualitaria*, fue perdiendo presencia aquí por obra de las modas y hasta por qué no decirlo, de los modos militantes de entender la palabra en armas, con menos retórica tropical y más argumentos económicos por parte de las jóvenes camadas intelectuales progresistas.

Eso sí, pese a que los grandes diarios -como *La Nación* que no le perdonaría sus ataques a Mitre- apenas reseñaban sus libros y menos eran recomendados como *“material de lectura obligatoria”*, los llegó a conservar un grupo selecto de lectores. Uno de ellos, Leandro Pita Romero —abogado, ex canciller y embajador ante la Santa Sede de la Segunda República Española y finísimo prosista, que en la expresión del filósofo asturiano José Gaos vivió *“transterrado”* en la Argentina donde murió en 1985-, contaba en su biblioteca particular con varias obras de Blanco-Fombona, doy fe de que releídas y apostilladas con lápiz tal cual era su costumbre. Es más, como don Leandro no dejaba pasar erratas, en especial gramaticales, encuentro correcciones simpáticamente maliciosas en las páginas de *“El espejo de tres fases”*, volumen misceláneo con pie de imprenta en Santiago de Chile, 1937, que al igual que otros de autoría diversa adquirí a los hijos de Pita Romero, mi viejo amigo epistolar.

Verbigracia, allí donde dice el texto: *...En ese sentido fue uno de los que trajo la República*, luce la anotación admirativa: *¡Trajeron, indio!*; junto al error tipográfico *erran*, la corrección *¡Yerran!*; o la nota aclaratoria *Estos no son diarios sino memorias* frente a la referencia de Blanco Fombona al “Diario” de Unamuno.

Por lo visto el polemista venezolano, temido por su pluma capaz de golpear con contundencia al oponente que se le animara, halló un censor estricto de sus distracciones de polígrafo en Pita Romero, renuente a aceptar el brocárdico “*Mala grammatica non vitiat chartam*”.

Finalmente será del caso subrayar, con fundamento en las referencias paternas sobre aquel núcleo de mujeres amigas junto a los restos de Rufino Blanco-Fombona -quien ensayó versos amatorios en “Cancionero del amor infeliz” y en otras colecciones líricas de tono modernista-, que también supo recoger en su muerte junto a los renovados sentimientos de admiración y cariño de colegas y discípulos argentinos, algún llanto femenino para su gloria de poeta.

## JOSÉ MARTÍ Y EL POLÍTICO SALTEÑO MIGUEL TEDÍN

*La niña de Guatemala*, el poema musicalizado que remite a la historia de amor entre José Martí y María García Granados, del que hay una popular versión del cantante mexicano Oscar Chávez, se entonaba como canción de cuna en mi niñez. A la popular cuarteta de los “*Versos Sencillos*” martianos que comienza diciendo *Cultivo una rosa blanca*, me la hicieron memorizar en la escuela primaria. Pasado el tiempo, preferí aventurarme en las letras de molde de “*Ismaelillo*” antes que adquirir el disco de rock de moda o quizá una entrada de cine, resultando entonces ser aquel “*Ismaelillo*” uno de los primeros libros comprados en la adolescencia, en edición rústica de Culturama que aún conservo.

Sin embargo, nunca en los años maduros se instaló en mi espíritu la figura de Martí como una remota y vaga nostalgia de aquella “*única patria del hombre*” que es la infancia, un amable pasaje de la vida escolar o una seducción literaria pasajera. Sin duda porque lo seguí leyendo desde entonces y estudié con interés creciente su vida, ello sumado por supuesto al hecho incontrastable de la vigencia, la influencia y la fascinación que Cuba y todo lo cubano despertaron sobre mi generación rebelde, cuánto más el Padre de la Patria.

Recuerdo así que antes de 1970 y en plena efervescencia revolucionaria prejuvenil disparada a partir de la muerte del Che Guevara en Bolivia en el 67', me enfrasqué en un trabajo de Martí sobre José de San Martín compuesto en su momento para el álbum “*El Porvenir*”; un capítulo *magnífico como literatura (y) muy equivocado como historia* a juicio crítico de Bernardo González Arrilli, pero donde sin embargo, entre otras consideraciones dignas de destacar, hay una elocuente mención al *patriotismo salteño* por parte del apóstol de la libertad cubana.

Como toda lectura conduce a otra y como el azar siempre pone lo suyo para expandir la onda, poco después di con un ejemplar de “*Nuestra América*” con introducción explicativa de Pedro Henríquez Ureña, un libro que recopila varios artículos de Martí sobre figuras y aspectos diversos del Continente con numerosas referencias a nuestro país y a sus hombres más prominentes. Al cabo accedí a otros títulos de su pluma, volví sobre las páginas que le dedicó Rubén Darío en “*Los raros*” y hasta llegó no hace mucho a mis manos la crónica versificada de su trayectoria

compuesta en la actualidad por su compatriota Nieves del Rosario Márquez Hernández y publicada en los Estados Unidos de América en 1998, con prólogo del escritor argentino Carlos Pensa.

Supe también que Martí había representado en Nueva York a la República Argentina -y en forma conjunta al Uruguay y al Paraguay- en calidad de cónsul, hacia 1890. En una ocasión comenté el dato de la actividad consular del héroe de Dos Ríos en una carta dirigida al poeta cubano Eugenio Florit, tan elogiado en su hora por Juan Ramón Jiménez. Buen conocedor de cada segmento de su biografía no habrá representado ese testimonio ningún aporte nuevo para él. Aunque nacido en Madrid, el autor de *“Trópico”* (1930) y varias veces candidato al premio Cervantes, se reivindicó siempre caribeño y vivió en La Habana hasta radicarse en los Estados Unidos alrededor de 1940.

Pero de lo que no tenía idea hasta hace poco era de la amistad entablada entre José Martí y el salteño Miguel Tedín (1849-1923), un ingeniero civil graduado en la Universidad de Buenos Aires. De extensa trayectoria pública, Tedín llegó a ocupar la Dirección General de los Ferrocarriles del Estado, presidió el directorio del Banco Hipotecario Nacional y fue ministro de Obras Públicas de la Nación bajo la presidencia de José Figueroa Alcorta, cartera desde la que impulsó la línea ferroviaria Salta-Antofagasta.

\* \* \*

*Ordenar bibliotecas es ejercer de un modo silencioso y modesto el arte de la crítica*, escribió Borges. La sentencia vale también para mi padre que formó en Buenos Aires la suya de varios miles de volúmenes con sacrificio, dedicación y certero instinto de bibliófilo. Así, en uno de los anaqueles llegó a reunir hoy casi inhallables testimonios impresos de los antes mencionados vínculos entre el antillano y el argentino, vínculos en los que el afecto personal trasciende a gestos de auténtica confraternidad americana.

En efecto, dentro de una carpeta de cartulina blanca que ha impedido que se traspapele su contenido y quedó ubicada entre el *“Martí”* de Andrés de Piedra-Bueno con dedicatoria a Romero Sosa suscripta en 1953 en La Habana y un opúsculo recordatorio del diplomático y escritor cubano Alfonso Hernández Catá firmado por

Alberto Insúa; en esa carpeta, pues, vecina al ensayo “*Martí en Néstor Carbonell*” de Pedro José Cohucelo -un obsequio del embajador argentino Enrique Loudet tan vinculado con Centroamérica y las Antillas- y a un par de títulos de Julián del Casal, un poeta parnasiano de la Isla, obra en copia facsimilar la correspondencia dirigida por Martí a Tedín entre 1889 y 1890. Ella se reprodujo en una publicación especial hecha en 1957 por el Boletín del Archivo Nacional de la República de Cuba bajo la dirección de Félix Lizaso, precedida por la especificación de las circunstancias de la donación -también en 1957- de esas piezas al Archivo Nacional de Cuba por parte de una sobrina del destinatario, doña Josefina C. Tedín de Bravo y de su esposo don Enrique Bravo —padres del historiador Miguel Bravo Tedín, habitual colaborador de la revista “*Todo es historia*”-, quienes conservaban los originales en su hogar de la ciudad de Córdoba. Igualmente se guarda en dicha carpeta la transcripción del artículo titulado José Martí que el propio Miguel Tedín dio a conocer en el diario *La Nación* el 1ero. de diciembre de 1909 y constituye una vivencial semblanza y hasta una aproximación al ideario del prócer que su redactor había conocido en forma personal en 1888: *Llegué a Nueva York en cumplimiento de una misión profesional, y una de mis primeras diligencias fue ir a buscar a Martí cuyas correspondencias a La Nación me habían impresionado vivamente, revelándome un talento superior y un alma eminentemente americana.*

De rastrear en la existencia de Tedín, un miembro temprano de la llamada Generación del Centenario y por tal motivo contemporáneo de sus comprovincianos David Zambrano, Indalecio Gómez, Luis Güemes, Bernardo Frías o el Canónigo Clodomiro Arce Romero, se advertirá que a poco de ese inicial encuentro de principios del año 1888, se afianzó el trato entre ambos, sobre todo con motivo de haber participado los dos del Congreso Monetario Internacional celebrado en Nueva York. A la reunión concurrió Martí en calidad de representante del Uruguay en tanto que Tedín integraba la delegación argentina presidida por Roque Sáenz Peña y de la que formaban parte, además, Manuel Quintana y el después Intendente Municipal porteño Federico Pinedo. Martí, que ya intercambiaba correspondencia con Bartolomé Mitre, tuvo oportunidad de tratar allí a otros dos futuros presidentes de la Argentina. Por su parte, Tedín, fue testigo durante el desarrollo de las sesiones de más de una objeción planteada por el cubano, en los hechos una de las primeras voces de alerta dadas contra el imperialismo norteamericano. Incluso para el

patriota cubano, la Conferencia celebrada por esos días suponía más un medio de defender los intereses de los Estados Unidos *platistas* -o bimetralistas- que de estrechar los vínculos entre las naciones de América. (En USA el patrón oro tuvo ciertos límites hasta 1930 y la Reserva Federal, creada en 1913, debía por ley comprar plata en metálico).

También eran esos tiempos de demarcar zonas de influencia para las grandes potencias y de allí la puesta en guardia de Saénz Peña en los Estados Unidos contra el Panamericanismo y su famosa apelación *Sea la América para la humanidad*; bien que quizá obedeciera la frase a una cosmovisión europeizante antes que propiamente a un ideal de autonomía de todo centro de poder económico extranjero.

En el caso de Martí, además de su genial intuición política y de los tempranos reparos de índole moral y filosófica al mercantilismo capitalista egoísta y utilitario, pesaría para sus juicios adversos sobre los Estados Unidos su poca asimilación a la idiosincrasia yanqui. Con conocimiento de causa y prestando más atención a la sociología de lo cotidiano que a la psicología profunda, dedujo el salteño en el referido artículo de *La Nación: A pesar de los largos años que allí vivió, nunca pudo identificarse con la vida americana, porque su espíritu generoso y desinteresado era refractario a los procedimientos egoístas que constituyen el fondo del carácter de ese pueblo. Desconfiaba de las tendencias imperialistas de esa nación y creía que abrigaba propósitos absorbentes, contra los cuales las repúblicas latinas debieran estar prevenidas. Méjico (Sic), decía, sólo ha podido evitar nuevas desmembraciones merced a una política hábil, en que sin resistir directamente, ha evitado la invasión de intereses americanos.*

Eso sí, pese a tan sagaces enfoques caracterológicos, la posición del comentarista era otra sobre el país del Norte y sus proyectos hegemónicos, a punto tal que lejos de mostrarse también precavido contra los planes de los Estados Unidos como veinte años antes advirtió que lo estaba Martí, demostró en vez -y justo es decirlo- una cierta ingenuidad, tanto más peligrosa por tratarse de un hombre con responsabilidad de gobierno en funciones ministeriales. Por eso, en perspectiva, decepciona su conclusión: *Creo, sin embargo, que sus temores eran infundados a este respecto, como lo ha demostrado la conducta de aquella nación, para terminar la guerra y establecer el gobierno propio de la isla y estoy convencido de que no*

*tienen ambiciones de predominio sobre la América Latina.* Cita a continuación como garantía de neutralidad y de actitud política de no injerencia lo que le expresó en una conversación privada Elihu Root, Secretario de Estado del presidente Teodoro Roosevelt. Claro que por fortuna otros pensaban distinto al sur del Río Bravo. Rubén Darío por ejemplo advertía a los cuatro vientos en un poema sobre el símbolo de *la fácil conquista* que señalaba la antorcha de la Estatua de la Libertad y advertía al cazador Roosevelt: *Tened cuidado ¡Vive la América Española!*. En tanto el argentino Manuel Ugarte, un socialista que ya tenía en imprenta su obra “*El porvenir de América Española*” preparaba su viaje -iniciado en 1911- por el Continente, con su dedo acusador tanto a la Europa colonialista cuanto a la *política del garrote* de los Estados Unidos que ya bien conocían por haberla padecido México y varios países del Caribe.

\* \* \*

Por otros carriles, en cambio, mucho más confidenciales e informales, trascurren dos de las cartas que dirigió Martí a Tedín. La primera de ellas está fechada en Nueva York, el 17 de octubre de 1889. Al comienzo no más elogia el autor la *Historia de San Martín que ha escrito Mitre, y yo pongo sin miedo junto a lo mejor que se ha publicado sobre historia en estos tiempos, y por encima de todo lo que va publicado sobre la de América.* Se excusa a continuación por no haberle escrito antes debido a las muchas tareas periodísticas que lo agobiaban y a los desvelos de Independencia que lo requerían: *Dígame moribundo, y estará en la razón, primero porque lo estoy, por las congojas de adentro y las fealdades de afuera, y luego porque han venido a ayudarme a bien morir los muchos quehaceres de Octubre, que es el mes político de los cubanos, y lo fue más este año por causas que no pueden desatenderse sin delito.* Y luego viene el broche de oro con la impronta de su ética de compromiso con el bien común de su pueblo: *porque cabe apatía en lo que a uno mismo le aprovecha, y es para su bien, pero no en lo que puede preparar el bien de los demás, y les quita peligros de sobre la cabeza.* Consígnese que era habitual que en forma epistolar explicara y hasta contagiara Martí a sus allegados ese ardor patriótico que lo consumía: *Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América (...). A quien me la ama (por Cuba),*

*le digo en un gran grito: ¡hermano! No tengo más hermanos que los que me la aman,* le declaró en una ocasión desde Montecristi al dominicano Federico Henríquez Carvajal.

Renglones más adelante de esa —presunta- primera correspondencia a Tedín, luego de reconocer la afinidad en materia pictórica que existía entre ambos y de confesar que *se da un día de cuadros cada mes, para que me entre el alma en romance y color,* pide a su lector, a la sazón en París, (que) *vea en mi nombre en el Louvre, unos medio puntos que hay allí de Murillo.* Algo se ha escrito ya sobre Martí dibujante. Por de pronto se conservan de él hechos *a vuelapluma y sin retoque alguno* (Sic) autorretratos, estudios varios y un dibujo de Bolívar realizado en 1881 al dorso de una carta dirigida a su esposa Carmen Zayas Bazán, según enseña la periodista cubana Alina Martínez Triay. Algunos de esos ensayos pictóricos u otros que tendría en proyecto, le habrán dictado al héroe esa frase tan poética e ilusionada: *para que me entre el alma en romance y color.*

Al final de la misma carta se vierten interesantes comentarios sobre el Congreso Monetario Internacional y sobre los delegados de la Argentina: *Pinedo...me pareció culto y sagaz: Sáenz Peña me ha ganado la voluntad, con su reserva digna y su fuego callado: Quintana tiene algo de padre y de duque, y es como un jazmín de la vejez.*

Al cabo se lee el nombre y apellido del remitente bajo la manifestación *Su amigo cariñoso;* lo cual no puede entenderse como una formalidad de trato en quien cantó alborozado: *Tiene el leopardo un abrigo/ en su monte seco y pardo:/ yo tengo más que el leopardo,/ porque tengo un buen amigo./.*

En cuanto a la otra carta, dirigida a Buenos Aires donde se hallaba el destinatario, igualmente está datada en Nueva York y tiene fecha 13 de septiembre de 1890. La inicia una declaración: *Mi enfermedad, porque estoy enfermo, es el horror a la tinta.* Sigue un mal recuerdo, es de suponer que de las Canteras de San Lázaro, donde sufrió prisión en 1870; *y se advierten los signos de su padecimiento espiritual frente a la percepción de la inevitable guerra por la independencia de Cuba que se avecinaba, sobre todo luego de entrevistarse en Manhattan con Antonio Maceo que lo participó de su intento de lucha en la región de Oriente. Fiel pues a su divisa La Patria es ara y no pedestal,* le anoticiará a Tedín: *Ni en el otro presidio en*

*que estuve, padecí tanto como en éste. Tengo ganas de meterme en lo hondo del monte, hasta que salga con las barbas verdes.* La sensibilidad humana de Martí, su perfil de sacerdote de la amistad y su carácter algo melancólico saltan aquí a la vista:

*Pero el objeto de estas líneas no es decirle que lo recuerdo con ternura, y que ayer pensaba en Ud. Al pasear, solo, en el Parque, por donde íbamos aquel día en que yo quise saber cómo se pasaba en Buenos Aires el domingo. (Ya entonces los domingos eran tristes).*

Le formula después una particular recomendación, *para que me lo atienda y ayude cómo merece a mi amigo el caballeresco poeta y notable médico de Puerto Rico, Manuel Zeno y Gandía*, publicista que vivió entre 1855 y 1930 y fue autor entre otros títulos del libro “Redenciones” (1922). Habitaba en la capital argentina y parece ser que estaba a punto de radicarse en Nueva York donde buscaba una corresponsalía del diario *La Prensa* fundado por José C. Paz. Al no conocerse ni menos estar publicadas las respuestas que merecieron sendas epístolas por parte de su receptor, las que sin duda existieron, queda la incógnita sobre si pudo satisfacer o no el recado en favor de Zeno y Gandía, aunque es de descontar la diligencia, buena voluntad e influencia del solicitado para llevarla a cabo.

De sobra José Martí sabía ahondar en los seres humanos y por algo halló en Miguel Tedín a un amigo leal en las buenas y en las malas, cuando no era el bullicio lo que me atraía, como también le confidenció. Alguien por quien habría sembrado feliz, y no sólo con humanitaria piedad, la arquetípica rosa blanca del poema que memoricé en la escuela primaria.

## **SALVADOR MAZZA Y OTRO DE SUS PADECIMIENTOS A MANOS DE LA BUROCRACIA**

a Juan Carlos Fustinoni

El Chagas se aprende viajando

Luis Lausi

Allá por el verano del año 1940, el entonces ferrocarril Central Norte -que después de su nacionalización en 1949, paso a llamarse General Belgrano- aunque confortable no era ni mucho menos el Expreso de Oriente con crimen a bordo

incluido. La ausencia de acción dramática allí, a lo Agatha Christie, no quitaba que por momentos se hiciera casi una agonía el viaje de Buenos Aires a Salta.

También en ese tren durante el trayecto y en especial para quienes lo realizaban sin compañía, era de rigor intercambiar diálogos en el coche comedor y darse a la práctica de una sociabilidad hoy declinante. Así se sobrellevaban mejor fatigas y contrariedades: el reflejo eneguedor del sol durante buena parte de las jornadas o el polvo de Santiago del Estero, filtrándose implacable a pesar de las toallas húmedas con que se intentaba sellar las ventanillas.

Es de imaginar que habrá comenzado de manera casual la conversación entre dos pasajeros: porteño uno, de casi cincuenta y cuatro años como que había nacido en Buenos Aires en junio de 1886. Natural de Salta el otro con apenas veintitrés. Sabemos sí por el testimonio del segundo que a poco, el mayor en edad le reveló su condición de médico e investigador del mal de Chagas o tripanosomiasis americana; que amenizó buena parte del trayecto con el anecdotario de sus recuerdos europeos: de Alemania donde estudió las enfermedades infecciosas de las tropas de campaña durante la Primera Guerra Mundial; de Francia y del Instituto Pasteur de París e incluso de los exóticos territorios coloniales africanos de Argelia y Túnez. Y que asimismo, al distenderse la charla salpicada con informales toques de humor, le habló de las satisfacciones y sinsabores provenientes de sus tareas al frente de la Misión de Estudios de Patología Regional Argentina (MEPRA) dependiente de la Universidad de Buenos Aires, con sede en San Salvador de Jujuy.

Por su parte el joven, Carlos Gregorio Romero Sosa, a la sazón estudiante universitario y empleado de la Biblioteca del Congreso de la Nación -mediante designación gestionada por su amigo el Senador Nacional Carlos Serrey-, coincidió con Salvador Mazza, que no otro era su interlocutor, en elogiar la visión constructiva del ex gobernador de Jujuy Benjamín Villafañe que tanto apoyo oficial supo brindar en su hora a los proyectos sanitarios del sabio que tenía enfrente. Lo participó que en fecha reciente había recibido de propias manos de Villafañe los libros *“Cosas de nuestra tierra”*, *“La región de los parias”* y *“Las miserias de una patria rica”*, todos con generosas dedicatorias. Le comentó la relación de su padre con el doctor Guillermo C. Paterson, prohombre de la ciencia médica en el noroeste argentino y que según Jobino Sierra Iglesias -en su estudio *“Salvador Mazza. Su vida. Su obra”*

(1990)-resultó ser quien actuó como inaugural presidente de la primera filial de la Sociedad Argentina de Patología Regional del Norte con sede en Jujuy, fundada por Mazza precisamente.

Seguidamente el joven le transmitió al sabio su vocación por la historia de la medicina, que fructificaría con las décadas en muchos y valiosos trabajos sobre la materia, a punto tal que al inaugurar el Primer Congreso de Historia de la Medicina Argentina -1969- estos fueron mencionados como bibliografía nacional ineludible de la disciplina por el entonces Secretario de Estado de Salud Pública doctor Ezequiel Dago Holmberg.

Romero Sosa reveló a Salvador Mazza que, para los borradores de una historia de la medicina en Salta que tenía en ejecución, le aportaron datos el dermatólogo e investigador de las enfermedades tropicales —en 1956 designado miembro correspondiente de la Academia Nacional de Medicina- doctor Andrés Cornejo, el prestigioso profesional del medio doctor Francisco Javier Arias y el estudiante de la carrera de medicina en la Universidad de Buenos Aires e íntimo amigo suyo Gaspar Solá Figueroa, mucho después: entre 1979 y 1981 Ministro de Bienestar Social de la Provincia de Salta.

Recordó en algún punto de la conversación mientras el ferrocarril devoraba distancias, a los principales referentes de la especialidad y sus mentores en el tema, los doctores Juan Ramón Beltrán y Aníbal Ruiz Moreno, de la Universidad de Buenos Aires; y prontamente memoró a varios médicos humanistas y a otros científicos que lo distinguían con su trato como Nerio Rojas, Osvaldo Loudet, Gregorio Aráoz Alfaro —que tres años después: en 1943 lo invitaría a ocupar la tribuna del Instituto Popular de Conferencias de *La Prensa*-, el cirujano, político y diplomático José Arce, el también político Adolfo Güemes -su pariente y comprovinciano-, el del mismo modo salteño Julio Mendioroz -autor de “*El folklore médico del norte argentino*”, una ponencia presentada en 1933 a la Octava Reunión de la Sociedad Argentina de Patología Regional del Norte que bien conocía Mazza-. Y siguieron los nombres de Washington Álvarez -en ese entonces considerado el decano de los médicos salterios-, del químico Orestes Di Lullo, del dietólogo pionero Pedro Escudero, de Antenor Álvarez -científico integral e inquieto estudioso hasta del meteorito del Chaco-, del urólogo Roberto Rubí, del maestro de la

dermatosifilografía Enrique M. Fariní, del médico filósofo Eugenio Pucciarelli, del médico poeta Hernani Mandolini, tertulio de Romero Sosa en el Ateneo Popular de la Boca y neurólogo algo desengañado del positivismo y buceador del alma humana y sus secretos desde su tesis doctoral de 1917: *“Concepto de la locura moral”* y en sus posteriores libros: *“Los dominadores. Profilaxis de la decrepitud”* y *“La tragedia heroica del genio”*; o los de los galenos y dirigentes socialistas Augusto Bunge, Ángel M. Giménez -autor en 1934 del proyecto legislativo sobre represión del coqueo, que Romero Sosa se empeñó en conocer hasta solicitar y obtener del propio Giménez un ejemplar de ese proyecto impreso por *La Semana Médica-* y Nicolás Repetto, que deferentemente lo sentó en varias oportunidades a su mesa en el restaurante *El Tropezón*, próximo al Congreso Nacional donde el doctor Repetto ejercía la diputación por la Capital Federal. No omitió tampoco referirse a Ricardo Caballero, a José Luis Molinari, a Marcial I. Quiroga, a Osvaldo Fustinoni, al director del Museo de La Plata doctor Joaquín Frengüelli, al antropólogo José Imbelloni, al director del Instituto Nacional Bacteriológico Alfredo Sordelli, descubridor de cierto microorganismo patógeno —bautizado con su nombre- causante de gangrenas mortales, al zoólogo José Liebermann y al bioquímico, historiador de la sanidad en los Ejércitos Patrios y docente de la Universidad del Litoral Francisco Cignoli.

Así fue como entre nombres trascendentes para la cultura científica argentina y paisajes exteriores ora monótonos, ora cambiantes, en un viaje en tren se anudó la amistad que mi padre juzgó siempre honrosa y enriquecedora al extremo de resultarle Don Salvador como le llamaba, alguien que supo inspirarle confianza y fue un frecuente consejero de vida; no sólo un inasible Mazza, o *“ese desconocido”* como en el título de la biografía de Andrés Ivern, publicada en Rosario en 1979.

\* \* \*

Sin embargo, a más de alguna rápida visita a la MEPRA por parte de Romero Sosa, el vínculo se consolidó en forma epistolar. En ese sentido resulta curiosa y aleccionadora una correspondencia que intercambiaron ambos a fines de 1942.

El puntapié inicial lo dio una esquila con el membrete de la Misión de Estudios de Patología Regional Argentina, escrita de puño y letra -el 27 de noviembre- por un nada burocrático Mazza, en la que demostraba su desazón ante la

*máquina de impedir*, bien caricaturizada décadas más tarde con el cuento televisivo del arbolito:

*Estimado amigo Romero Sosa:*

*Lo siento amigo pero siempre tuve particular repugnancia por recurrir a esos oficios. Le remito firmados los dos papeles: que los eleven ellos con la inteligencia que Dios les ha dado: yo no comprendo lo que dicen. Tampoco deseo hacer mayor esfuerzo para entenderlo. Si no aceptan desista completamente en el empeño. Yo creo que es todo chicana falta de claridad e inútil. Para no molestarse tómese únicamente el trabajo de devolverme el pasaporte que me hace falta y de lo demás no se ocupe. Le quedo muy agradecido por toda su buena voluntad pero no estoy en condiciones de salud para ocuparme de cosas que no sean indispensables e importen esfuerzo y desagrado. Afectuosamente Mazza. -*

Aparte de la crítica hacia aquellos mortificantes vicios del papeleo y las chicanas, queda del documento transcrito una enseñanza positiva: el correo funcionaba veloz en ese tiempo, como que llegó prontamente a poder del destinatario quien de inmediato llevó a cabo el trámite encomendado. Consistía en la inscripción, en el Registro de la Propiedad Intelectual, de cierto trabajo científico firmado por el sabio en colaboración con los doctores Germinal y Redento Basso.

La consiguiente respuesta informativa de las peripecias oficinescas soportadas por el amigable gestor del expediente, fue fechada el 2 de diciembre de 1942, y tampoco tiene desperdicio. Aparece por momentos como la síntesis argumental de un enredado sainete criollo. Al fin y al cabo el remitente contaba en su haber literario con una comedia —bien que de asunto histórico— estrenada en 1937 en el salteño Teatro Alberdi y compuesta en colaboración con el periodista Carlos Barbarán Alvarado: “Conmemoración del Pacto de los Cerrillos de 1815 entre Güemes y Rondeau.”

Si, quizá haya tenido la situación mucho de sainete o de algo en el fondo más dramático, cual es la manifestación de la ineficiencia y morosidad de los organismos públicos y de sus funcionarios para atender y satisfacer en término los requerimientos de los ciudadanos. Por lo visto ello ocurría también en la Argentina de la “*Concordancia*”, donde algunos vieron “*opulencia*” y otros, como José Luis Torres, el extenderse a presión contra natura la década iniciada el 6 de setiembre de

1930 a la que bautizó “infame”, y todo ello en tanto el checo Kafka no era todavía material de lectura obligatoria. Cuando aún sin globalización en el horizonte se tenía la certeza con Cadícamo de que *al mundo le falta (ba) un tornillo* y ni qué hablar al país, sujeto a inminentes conmociones por los escándalos sexuales de los cadetes, el negociado político-militar de los terrenos de El Palomar y las noticias de los suicidios de las personalidades más notorias, de Lugones a De La Torre.

Ciertamente el trámite encomendado por Mazza le permitió a Romero Sosa -frecuentador del Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras a cargo de Ricardo Levene y condiscípulo de Gino Germani en algún curso en las aulas de la calle Viamonte 430-, llevar a cabo una suerte de experimental trabajo de campo en la materia. De allí la frase que resalta: *En el fondo me gusta este ajetreo. Así conozco a la fauna humana que ulula en nuestras oficinas.*

Pero además la carta, matizada con recuerdos gratos de aquel viaje en tren donde habían comenzado su trato, da cuenta del carácter del autor, minucioso, disciplinado, maduro, curioso por los datos de la realidad y -demás está decirlo- extremadamente delicado y cumplido en materia de dinero ajeno:

*Admirado y querido amigo:*

*Hasta hoy compartí su opinión sobre las oficinas públicas. Ahora, para colmo, puedo decirle a Ud. que la he superado. Ya no sólo les tengo 'Particular repugnancia', sino miedo, terror y pánico.*

*Los tinterillos de la oficina del Registro de la Propiedad Intelectual son seres que ocasionan más catástrofes que todas las brucellas juntas. ¿No serán ellos los transmisores de la estupidez colectiva que encontramos en toda la Patria?*

*En fin, voy al asunto. Hoy se produjo el parto de los montes, tras largos trámites y chicanas. Resultó que no les pareció bien la forma en que Ud. firmó en los papeles. I; por esa causa, -y a fin de evitar mayores molestias para Ud. - me tomé el atrevimiento de ser yo mismo el solicitante oficial de la inscripción del importante estudio suyo y de los doctores Basso. Ya verá Ud. el recibo que le adjunto.*

*Cuando salía ya, todo airoso por el “éxito” de mi empresa, me llaman los tinterillos y me dicen que es imprescindible registrar todas las publicaciones que*

*aparecen enunciadas en esta última. Quedaron en que le escribirían a Ud. una nota oficial.*

*No se tome mucho trabajo. Por ahora trate de reponer su preciosa salud y de reírse mucho, como en el viaje que hicimos juntos. Más adelante, cuando regrese de su viaje, mándeme si le parece las publicaciones y el dinero respectivo por cada una. Tendré entonces mucho gusto de servirlo.*

*En el fondo me gusta este ajeteo. Así conozco a la fauna humana que ulula en nuestras oficinas.*

*Le vuelvo su pasaporte y la cantidad de \$ 9 de los \$ 10 que me envió.*

*¿Cuándo viene a Buenos Aires? Hágame una seña. Así nos vemos y sacamos el cuero a quienes lo merezcan.*

*Un cordial abrazo y a sus enteras órdenes. Su amigo Carlos Gregorio Romero Sosa.*

Faltaban décadas para que —*“ridendo castigat mores”*— María Elena Walsh compusiera su *“Oda a la burocracia”* y el Cuchi Leguizamón la *“Chacarera del expediente”*. Y muchas más para que en nombre de la eficiencia, la transparencia y la celeridad se atentara contra el Estado, su patrimonio y sus actividades, achacando sólo a las corrupciones y corruptelas de los administradores de turno y a la generalizada desmotivación del personal subalterno -en los hechos sujeto a postergaciones económicas y escalafonarias cuando no a violencias laborales-, representar las condiciones únicas e insalvables de la decadencia argentina.

\* \* \*

También pasó algún tiempo, aunque no tanto, para que el doctor Salvador Mazza falleciera en Monterrey, México, en noviembre de 1946 -el mismo año que Roberto Mariani, aquel revelador literario de las miserias oficinescas con sus víctimas y victimarios-, y para que Carlos Gregorio Romero Sosa organizara y ocupara por concurso la jefatura de la Biblioteca de la entonces Secretaría de Trabajo y Previsión, después Ministerio del área.

En el ejercicio de tales funciones oficiales, que venía llevando adelante desde octubre de 1946 con apoyo de las máximas autoridades de la repartición: el

Secretario y luego Ministro, José María Freire, y el Subsecretario, Julio Claudio Otero, solicitó a la viuda del científico, para destinar a la Biblioteca, los trabajos publicados por la Sociedad Argentina de Patología Regional. Ello tal cual lo hacía con numerosos autores, editoriales y organismos públicos y privados nacionales y extranjeros, según consta en los dos gruesos biblioratos con las copias de las notas suscriptas por mi padre conservados en su archivo particular, junto a las muestras de reconocimiento a su gestión de parte de figuras de la talla de Ramón J. Cárcano, Ernesto Padilla, Atilio Dell' Oro Maini, Segundo V. Linares Quintana, Atilio Cornejo, Ricardo Reimundin o Ataliva Herrera.

El 17 de marzo de 1947, la señora Clorinda Razori de Mazza acompañó con unas líneas mecanografiadas buena parte del material pedido, a la vez que orientó para la posible obtención de otro fuera de su alcance:

*Señor Jefe de la Biblioteca de la Secretaría de Trabajo y Previsión*

*Don Carlos G. Romero Sosa*

*Perú 160*

*Capital*

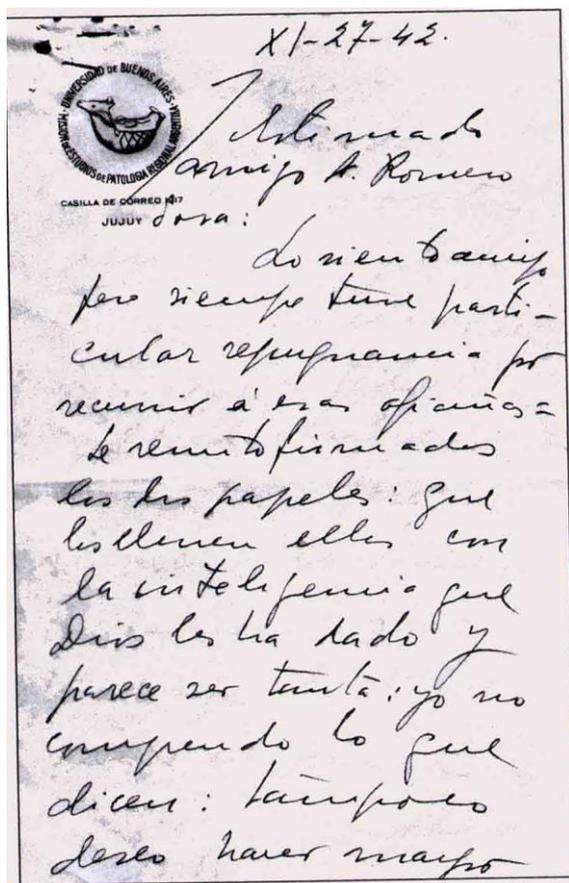
*Tengo el agrado de dirigirme al Sr. Jefe de Biblioteca de la Secretaría de Trabajo y Previsión, Don Carlos G. Romero Sosa agradeciéndole los altos conceptos emitidos sobre mi inolvidable esposo y le adjunta la bibliografía que solicita, así como los apartados de los trabajos publicados en la Sociedad Argentina de Patología Regional; lamentando no poder enviarle los tomos de las nuevas Reuniones por estar agotados.*

*De la Misión de Estudios de Patología Regional Argentina, no me corresponde disponer del material por lo que me permitiría aconsejarle dirigirse a la institución.*

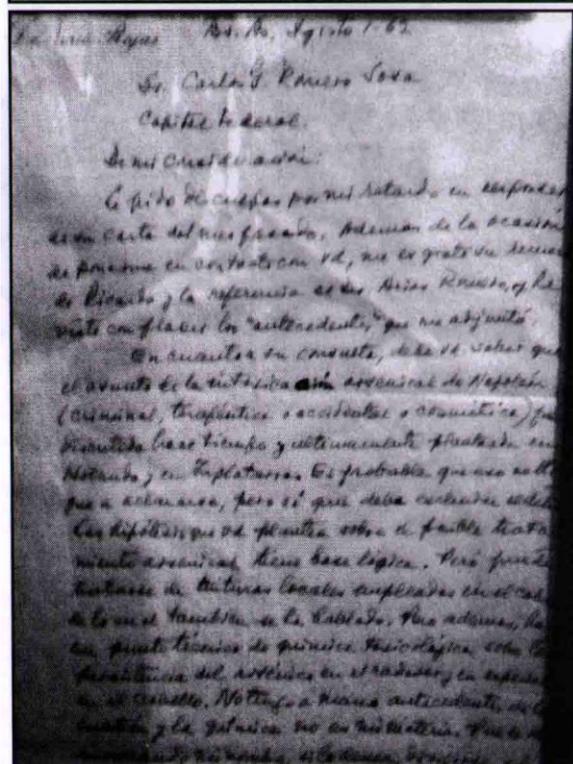
*Salúdalo con mi mayor consideración.*

*Clorinda Razori de Mazza*

\* \* \*



Las dos caras de Jano de la Administración Pública son de reconocer en el texto y el contexto de las sucesivas piezas postales exhumadas ahora. Una, lamentable y de la que en buena medida cualquiera habitante y en cada momento puede ser víctima. Y la otra, de verdadera excelencia a partir de la dedicación, la pericia técnica, la asunción de responsabilidades; en suma del tan desacostumbrado tomarse en serio las obligaciones por parte de los funcionarios. Y también por supuesto de advertir el mismo Estado y la sociedad el *plus* de la capacidad y la idoneidad; sin falsas promesas, campañas de prensa, ni decisiones políticas amparadas en el pretexto-comodín de las *razones de oportunidad, mérito o conveniencia*, como sigue ocurriendo al presente.



Carta del médico Nerio Rojas, vinculada al tema.<sup>23</sup>

## EL POETA ISLANDÉS GUOLAUGSSON Y SHAKESPEARE TRADUCIDOS EN SALTA

Sorprende rastrear la labor intelectual que cumplieron varios extranjeros afincados en Salta. Aunque sobre los inmigrantes a la Provincia -y más allá de alguna reticencia opuesta por Carlos Ibarguren en su libro *“Nuestra tierra”*, publicado de 1917, en el sentido de que *“...La inmigración -avalancha fecunda como gleba aluvial- adolece de los defectos de todo lo adventicio: falta de cohesión y heterogeneidad”*-, hubo

<sup>23</sup> Entre las inquietudes científicas de Romero Sosa se contaron los estudios de historia de la medicina. Perteneció a instituciones dedicadas a la materia.

siempre consenso en destacar tanto su rápida asimilación al medio cuanto en estimar la importancia económica o cultural de muchos de sus emprendimientos.

Claro está que no todos los forasteros alcanzaron en vida la plena valoración de sus contemporáneos; por lo menos de la manera en que fueron reconocidos, entre otros, el humanista alemán Benedicto Luft, de tanta influencia sobre Juan Carlos Dávalos y su grupo; el pintor italiano Aristene Papi, fundador de la primera escuela de dibujo y pintura provincial; el periodista español Ángel Galarreta, director del diario *La Provincia*, decano de la prensa salteña; el misionero redentorista alsaciano Padre Luis María Lorber o el industrial español Ildefonso Fernández, dueño del bazar y tienda “*La Argentina*” emplazada durante décadas en pleno centro de la Ciudad.

Así el propio Juan Carlos Dávalos llegó a lamentarse y hasta hacer “*mea culpa*” al recordar la suerte corrida por Santiago E. Meaney (1852-1913), un astrónomo irlandés que se carteaba con Flammarion y otros científicos ingleses e italianos y fue profesor del Colegio Nacional salteño durante los rectorados de Eliseo F. Outes, Eduardo Figueroa y Juan Pablo Arias Romero. De los dichos de Dávalos se desprende que sus penares en la docencia podrían parangonarse en algo con los que sobrellevó en el Colegio Nacional de Buenos Aires el francés Juan Mariano Larsen, aquel filólogo retratado por Miguel Cané en “*Juvenilia*”, con sus clases interrumpidas por las mofas de los educandos. Lo mismo pues que Larsen, cuenta el evocador Dávalos “...*El gringo Meaney, como le llamaban sus malos alumnos, fue en el Colegio la última víctima de nuestra incultura*”. Y agrega: “*Tocole al pobre gringo -pobre por lo demás sólo por esto- quién sabe por qué azar de su destino, radicarse en Salta y enseñar inglés a treinta hornadas de aldeanos bellacos que veían en el talentoso gentleman, no un profesor, ni menos un amigo, sino un objeto ameno de burlas y chistes de la peor especie*”.<sup>24</sup>

---

<sup>24</sup> (1) "Colegio Nacional de Salta. Publicación recordando el 50 aniversario" Salta, 1926. Imprenta C. Velarde.

Pero hubo también otros personajes foráneos y aquerenciados en Salta a quienes, sino la insolencia y la ignorancia, les tocó sufrir en cambio y además de la inevitable nostalgia por sus patrias de origen, la frustración de no hallar eco en sus proyectos destinados a la comunidad y al cabo presagiar el definitivo ocaso de lo que de esas metas pudo realizarse. Fue el caso del dinamarqués oriundo de Copenhague Christian Nelson (1867-1947).<sup>25</sup> Un episodio infantil que solía memorar con simpatía lo pinta de cuerpo entero: a los doce años huyó de su hogar noble y hasta entroncado con la realeza del Viejo Mundo hacia Groenlandia de donde fue regresado por pescadores al seno familiar, emulando quizá sin saberlo entonces la aventura adolescente de Julio Verne devuelto también a su familia al ser descubierto cuando viajaba como polizón.

*-Aunque la aventura me salió mejor que a Julio Verne embarcado de incógnito como grumete de niño, y al que su padre halló en un puerto francés antes de que el barco cruzara el Atlántico-, contaba risueño.*

Nelson que con el tiempo llegó a ser un científico especializado en geología, en ciencias naturales y en las disciplinas del hombre, había completado su formación en universidades de Europa entre ellas la alemana de Munich y vino a dar a Salta en 1912 cuando era gobernador Avelino Figueroa. Antes recorrió la pampa bonaerense y el Litoral, trabajó como jardinero en Olivos de la provincia de Buenos Aires, actuó en el periodismo santafecino, instaló una farmacia en Rosario, promovió en Esperanza la Unión Agrícola y organizó una de las primeras cooperativas lecheras del país sino la primera.<sup>26</sup> En Salta se ganó la existencia en varias actividades hasta ser designado Subjefe de la Oficina de Estadística con un modesto salario; recién en 1928 su amigo Daniel Policarpo Romero, a la sazón legislador por el Departamento de Rivadavia y Vicepresidente de la Cámara de Diputados, logró que se le asignara al cargo una mejor

---

<sup>25</sup> (2) Al cumplirse el centenario de su nacimiento apareció una breve noticia biográfica publicada en *La Nación*, el 12 de mayo de 1967 (página 12). La redactó Carlos Gregorio Romero Sosa, uno de sus discípulos y su colaborador juvenil en el Museo Provincial de Fomento. Nelson lo inició en el estudio de las ciencias de su especialidad, principalmente en las investigaciones arqueológicas como que con éste realizó trabajos de campo en la zona de Chicoana y luego lo vinculó con el Museo de Gotemburgo (Suecia).

<sup>26</sup> (3) Ricardo Piccirilli, Francisco L. Romay y Leoncio Gianello: *"Diccionario Histórico Argentino"*, Tomo V, página 418/19, Buenos Aires (1954).

remuneración, hecho que el beneficiario agradeció en una carta de su puño y letra donde se advierte cierta contrariedad ante la falta de reconocimiento que había merecido hasta entonces su labor civilizadora: *...el aumento pedido está muy lejos de ser algo extraordinario, por cuanto de ninguna manera recompensa los muchos servicios que con buena voluntad he prestado a esta provincia sin fijarme nunca en remuneraciones equitativas.*<sup>27</sup>

Es de imaginar por otra parte que no debían ser muchos los que advertían su verdadera estatura intelectual, siendo que a la clase dirigente salteña la conformaban para el tiempo de su actuación algunas personas cultas, de buena formación y en casos particulares hasta con cierta erudición, empero las más de ellas ajenas por completo al campo de las inquietudes científicas de Nelson. Apenas transitaron por esas materias el sacerdote Clodomiro Arce Romero (1854-1909) que reunió colecciones entomológicas y arqueológicas en un museo privado instalado en su domicilio de la calle Alberdi al 400 junto a la Iglesia de la Viña, el ingeniero Víctor Arias (1887-1925), descubridor de la llamada “Cultura de la Candelaria” e interlocutor de Eric Boman, más adelante Juan Carlos Dávalos autor del libro *“Ensayos biológicos”* (1941) o el historiador y jurista Atilio Cornejo al que nada de lo humano ni de lo terreno le era indiferente. Sin olvidar por supuesto en el siglo XIX a Juan Martín Leguizamón (1833-1881), mencionado con elogio por Florentino Ameghino. Además, muchos salteños progresistas como Miguel Tedín, un amigo de José Martí,<sup>28</sup> Joaquín Castellanos —Gobernador constitucional que debió renunciar en 1921 amenazado con un juicio político-, los sabios médicos Luis y Adolfo Güemes, Indalecio Gómez, Manuel Alvarado o Carlos Serrey, en general habían buscado otros horizontes o actuaban en la política nacional radicados en Buenos Aires.

De tal modo el dinamarqués Nelson, un socialista utópico, un positivista como correspondía a su formación universitaria decimonónica,

---

<sup>27</sup> (4) Carta de Christian Nelson a Daniel Policarpo Romero. Original en poder del autor.

<sup>28</sup> (5) Carlos María Romero Sosa: *“José Martí y el político salteño Miguel Tedín”*, en la revista *Claves* correspondiente a mayo de 2008. Salta, año XVII, número 169.

un preocupado interrogador de temas esotéricos afecto a la práctica de experimentos psico-físicos y sobre todo un curioso individualista de cosmovisión universalista -amalgama del “hombre rebelde” de Albert Camus y del “hombre desplazado” de Tzvetan Todorov- no del todo a gusto en un medio conservador, cerrado, renuente al cambio y poco permeable a los vientos de movilidad social que soplaban justicieros o amenazadores -según se viera-, recibía en los hechos más consideración personal por sus calidades éticas y su innato señorío que propiamente solidaridad y compañía en sus empeños democratizadoras del conocimiento.

Con el ex Intendente Municipal de la capital salteña Agustín Usandivaras fundó la Unión Salteña, institución cultural cuya labor estudiaron y difundieron Ricardo N. Alonso y Gregorio Caro Figueroa,<sup>29</sup> y que entre otras iniciativas auspició y logró del gobernador Robustiano Patrón Costas la creación del Museo de Fomento que se estableció por decreto número 476 de 16 de junio de 1915 refrendado por el ministro Julio Cornejo. Aunque el texto de la norma -transcripta por Tomás I. Gray en el libro “Noroeste”<sup>30</sup> - no lo menciona, el organismo fue puesto bajo la dirección honoraria de Nelson que con tesón reunió allí colecciones zoológicas, botánicas, arqueológicas, etnológicas. Exhibió en una de las vitrinas una momia indígena que descubrió y trajo en mula desde Olapacato, en la Puna, y numerosas piezas históricas, muchas donadas por su amigo el político Salustiano Sosa Carrillo, así como elementos referentes a las producciones de la Provincia y del Noroeste todo, ya que Nelson fue un visionario promotor de la integración regional del NOA, región que denominó en artículos con su firma la Zona Comercial del Norte.

Este hombre de múltiples inquietudes que se reconocía a sí mismo simplemente como “Organizador”, un título que figuraba impreso bajo su nombre en los papeles de su correspondencia, descubrió el Campo

---

<sup>29</sup> (6) Ricardo N. Alonso y Gregorio Caro Figueroa: "La Unión Salteña", el "Grupo Salta" y un proyecto inconcluso", en *"La Provincia de Salta enfoques y perspectivas"*, CriSol Ediciones, Salta (2004).

<sup>30</sup> (7) Peuser Impresores, Buenos Aires (1944). Hay un capítulo que lleva por título *"Una charla con Nelson"*, páginas 31/39.

Magnético Calchaquí, redactó una Memoria Descriptiva de Salta, reunió seudónimos de escritores locales y él mismo oculto tras el humorístico de “Chimisapagua” ejercitó el aforismo de índole moral no carente de un fondo de utilitarismo protestante o de pragmatismo hasta en su forma de enunciación con números arábigos: “Diez esfuerzos aislados producen 10. Diez esfuerzos unidos producen 100”. En dicho género escribió máximas filosóficas en la línea de Nietzsche o incisivas a lo La Rochefoucauld. Y hasta practicó la poesía breve y celebrante: *¡Oh Salta generosa/ como un panal de miel,/ dichosas tus montañas/ en donde mora Ariel!*

Asimismo al promediar la segunda década del siglo pasado se dio a la tarea de traducir poetas dinamarqueses, noruegos e islandeses, no como un ejercicio de evasión y de vuelo añorante hacia las zonas boreales de la infancia sino con evidente ánimo de divulgar visiones ajenas del mundo y homenajear sensibilidades desconocidas en estas latitudes, dado que más allá de los cuentos infantiles del danés Hans Christian Andersen, de alguna pieza teatral del noruego Ibsen y de las referencias mitológicas nórdicas presentes en “Castalia bárbara” del boliviano modernista radicado en Tucumán Ricardo Jaimes Freyre, pocos se interesaban aquí por las literaturas escandinavas. A excepción quizá del teósofo Leopoldo Lugones que en 1906 realizó un viaje iniciático por los países del Norte de Europa.

Faltaban varios años para que Borges desde sus páginas convocara por igual las sagas y las milongas, los vikingos y los orilleros porteños, a Snorri Sturluson y a Jacinto Chiclana, a Emmanuel Swedemborg y a Evaristo Carriego.

Christian Nelson tradujo al castellano varias obras del poeta y periodista islandés Jónas Guðlaugsson, un representante del neorromanticismo de su patria que se hallaba unida a la Corona danesa hasta independizarse en 1944. De ese movimiento estético-patriótico

también formaron parte Einar Benediktsson, Sigurour Sigurosson, Stefán fra Hvítadal y el dramaturgo Jóhann G. Sigurjónsson.<sup>31</sup>

Guðlaugsson —Nelson escribió Gudlaussón-, fue un lírico evocador de su helada tierra de géiseres y montañas nevadas nacido en 1887 en Stadarhraun (Hitardalur, Myra) y muerto en 1916, a los veintinueve años en Dinamarca, donde estudió agricultura. Era un trotamundos que —sin duda como su propio intérprete al español en los momentos de quebranto— se lamentaba por lo irremediables y fatales que resultaron ser sus impulsos errantes causantes de privarlo de patria y hogar, como expresa el último y amargo verso de *“Recuerdos de Islandia”*. En esa composición, a partir de enumeraciones de accidentes y fenómenos de la naturaleza y descripciones geográficas, todos elementos nacionalistas característicos del *Nyrómantik*, se afila igual que una espada para el duelo mortal la idea angustiosa del desarraigo:

*Blancas montañas, ventisqueros virginales, verdes paraísos en valles encantados, Que altivos conquistan el humano pensar, Con fuerza extraña de divino poder*

*Humo azulado que sube de humildes casitas, Chasquidos de fustas, relinchos caballares*

*Aroma de henos y rumbos de cascadas,*

*Arreboles sobre los cerros y el mar.*

*Noches norteñas con aurora boreal*

*Que tiñe de rojo el mar y las playas,*

*Sueños juveniles con ansias que buscan*

*Los mundos lejanos del cosmos sin fin.*

*Tierra sublime, jamás volveré a ver*

*Tus valles hermosos, tus peñascos de cristal,*

*Porque el destino implacable hizo de mí,*

*Un bardo errante, sin patria, ni hogar.*

---

<sup>31</sup> (8) Mariano González Campo: *“Fausto en Islandia: El Galdra-Loftur de Jóhann Sigurjónsson”*, Universidad de Murcia.

Esta y otras traducciones al castellano las vertió Christian Nelson en forma mecanografiada sobre hojas de papel impresas con el membrete y el emblema de la Unión Salteña, así como sus divisas: “*Organización y Educación*”, en el ángulo izquierdo, y “*Vivir y dejar vivir*”, en el derecho. Preceptos ambos que representan incitaciones al esfuerzo, la tolerancia y el progreso, indelebles sobre un fondo hoy amarillento. Aunque bien legible y practicable...

\* \* \*

Muy diferentes fueron las circunstancias de la extensa residencia en Salta del religioso lateranense Benito J. Larracoechea Aguirrezabala, durante muchos años profesor de inglés en el Colegio Belgrano, fundado en 1900 luego de la llegada un año antes de los primeros miembros de la orden a la diócesis salteña, cuando la gobernaba Monseñor Calixto Linares, por especial gestión de su después sucesor en el episcopado diocesano, José Gregorio Romero y Juárez. Se desempeñó como primer rector del establecimiento educativo el R.P. Eusebio Lardizabal (CRL).

En cuanto al Padre Benito, nació un 24 de junio de 1894 en Zeanuri (Vizcaya) e ingresó en 1907 al Seminario de los Canónigos Regulares de Alsasua. Ordenado como presbítero en Gasteiz (Vitoria) el 22 de diciembre de 1917, entre 1928 y 1936 fue Director de las Escuelas Municipales de Oñati. Durante la Guerra Civil Española fue un antifranquista acérrimo, partidario del *Lehendakari* (Presidente) José Antonio de Aguirre y Lecube -un social cristiano moderado- y del Estatuto de Autonomía del País Vasco aprobado por las Cortes de la República Española en 1936, antecedentes ideológicos que debieron escandalizar bastante a la sociedad conservadora y sectariamente clerical de Salta, jugada en general durante la contienda española por el bando nacionalista y que poco entendía o quería entender de la antigua divisa vascuence “*Dios y Fueros*”. Al salteño Colegio Belgrano llegó destinado por sus superiores en 1941, luego de una larga estada en Inglaterra y de otra más breve en el Uruguay. En virtud de su devoción y de su origen no era

extraño que quien con gran vozarrón entonaba testimonial en las ceremonias el Himno a San Agustín, en la intimidad se entrecortara emocionado al cantar las estrofas del *“Guernikako arbola”* de Iparraguirre.

Este religioso y maestro de alma dueño de un temperamento manso, del innato don didáctico y predispuesto a la actitud persuasiva, nunca adscribió al dudoso método pseudo pedagógico basado en el precepto de que la letra con sangre entra. No en vano al celebrar en 1967 las bodas de oro sacerdotales, participó de la recordación una multitud entre la que se destacaban en primera línea muchos de sus viejos ex alumnos de inglés. Uno de ellos era mi padre al que le había dado clases particulares de ese idioma de su dominio. Carlos Gregorio Romero Sosa, de paso por la Provincia al tiempo de aquel aniversario mantenía más allá de su radicación en Buenos Aires, un estrecho vínculo con su antiguo educador.

El Padre Benito solía visitarlo cada vez que viajaba a la Capital Federal. Entonces Romero Sosa le leía capítulos de su libro *“El Colegio Belgrano de los Padres Lateranenses. Sus orígenes y significado en la cultura de Salta”* y estrofas de su *“Ronda de los sonetos del Colegio”*, labores ambas que permanecen inéditas. Le contaba historias del Obispo Diocesano de Salta y Jujuy Monseñor José Gregorio Romero y Juárez y sus gestiones en Europa –durante el Concilio Plenario Latinoamericano convocado por León XIII en calidad de secretario de Monseñor Linares al que sucedió en el episcopado, para conseguir la llegada de los Lateranenses a la Argentina. Juntos recordaban a otros Canónigos Regulares de Letrán: a los padres Guillermo Anduaga, Ignacio de Beobide, Luis de Mallea -músico y creador del Coro Lagun Onak-, Francisco de Madina, Juan Iñurritegui, Fidel Zuviría, a los Abades Fernando de Urquía y Ubaldo Abalía y al Hermano Domingo Alberdi, la mayoría de ellos vivos aún en la década de los '60.

Un día de 1972 el sacerdote le comentó por carta que se disponía a dejar Salta para trascurrir sus últimos años en la Canónica de Oñati, en

Guipúzcoa. También que llevaría allí entre su escaso equipaje -fiel al desafío franciscano de precisar muy poco de lo poco y de ser tan funcional como aquel sabio griego practicante del “*Omnia mea mecum porto*”- sus traducciones a la lengua euskera de las treinta y siete comedias de Shakespeare: “

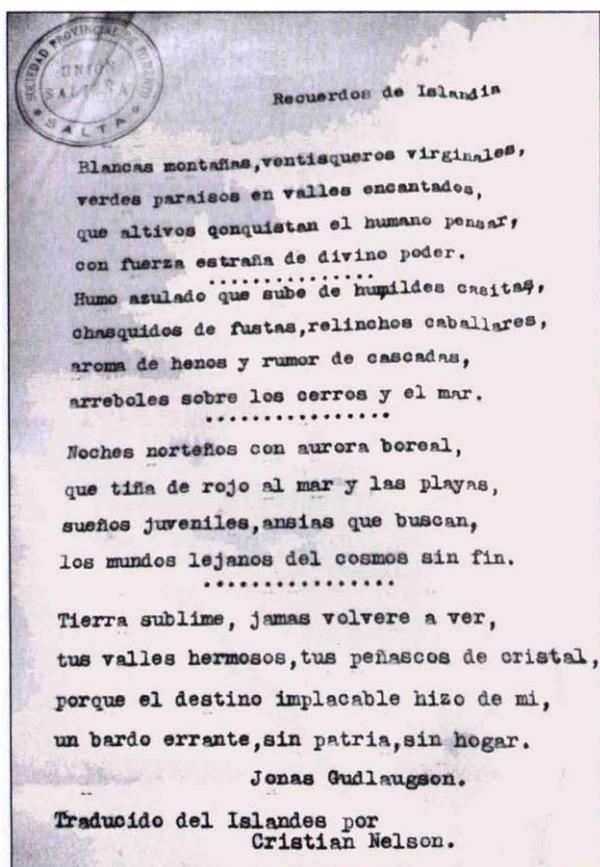
*Se trata de la versión al idioma vasco de toda la creación teatral del gran escritor inglés, 37 obras nada menos que, de publicarse en un solo tomo darían un libro de más de 1200 páginas y justamente debido a ello, los entendidos son de opinión de publicar la obra en tres volúmenes*”, comentaba algo preocupado en esa comunicación epistolar. La génesis de la traducción que emprendió respondía a una tarea patriótica: nada menos que para mantener y revalorizar la lengua materna prohibida por el dictador Franco. Había ido construyendo esas versiones en los ratos libres que le dejaban las actividades de su sagrado ministerio y las obligaciones en la docencia salteña.

Nada más se supo del Padre Benito durante casi un año hasta que un día de enero de mil novecientos setenta y tres, llegó a casa otra carta suya fechada en Oñati el 6 de diciembre del año anterior -respondida por mi padre el 22 de enero- donde comentaba que estaba próxima a entrar en la imprenta aquella traducción suya de las comedias de Shakespeare, en tres tomos que totalizarían más de mil doscientas páginas.

Años después, otra carta enviada desde Salta por el médico Gaspar Solá Figueroa fue portadora de una buena noticia: el Padre Benito vivía más que nonagenario en Oñati y hasta remitía su dirección. Así se reestableció el contacto y en uno de los correos que se intercambiaron con Romero Sosa, el religioso le volvió a hablar de sus traducciones del dramaturgo isabelino elaboradas en Salta y de su todavía postergada publicación la cual se concretó entre 1974 y 1976, de acuerdo con los datos aportados en un resumen biográfico-conmemorativo compuesto por el Padre Manuel Murúa y que a mi pedido rastreó y me remitió el periodista y dirigente católico Roberto V. Casas.

El tributo mayor que el Padre Benito Larracoechea supo rendir tanto al genio de Stratfordupon-Avon cuanto a su Euskalerría, fue reconocido y mereció distinciones conferidas por especialistas en William Shakespeare y también por sus paisanos vascos: entre otros lauros la versión suya al euskera de “*El mercader de Venecia*” recibió un premio en París y él mismo ocupó un sitial académico en la *Euskaltzaindia*, la Real Academia Vasca de la Lengua fundada en 1919 por Alfonso XIII.

Su existencia se apagó en Oñati el 16 de julio de 1990. El *Euskaltegi* local (una escuela de enseñanza de la lengua euskera) lleva su nombre.



## **ALFONSO REYES, MIEMBRO DE LA JUNTA DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA “UNIÓN SALTEÑA”**

“El mexicano Alfonso Reyes (1889-1959) se desempeñó como embajador de su patria en la República Argentina en dos oportunidades: primero entre 1927 y 1929, al otorgar el gobierno del país azteca rango de Embajada a su hasta entonces Legación; y también casi una década más tarde, durante los años 1936 y 1937. En la primera ocasión llegó procedente del Viejo Mundo, donde había residido desde 1913 y ejerció actividades diplomáticas hasta viajar aquí en 1927. En 1936, en tanto, arribó a Buenos Aires trasladado por el presidente Lázaro Cárdenas de su anterior destino en Río de Janeiro. De esa forma le tocó ser testigo de dos momentos distintos de la realidad institucional argentina: uno signado por las prácticas democráticas bajo el aristocraticismo de signo republicano y en muchos aspectos progresista de Marcelo T. de Alvear; y el otro por el fraude que había permitido elevar a la primera magistratura al general Agustín P. Justo a través de una Concordancia de partidos que alguien después, Joaquín Coca -un diputado obrero socialista-, denominó “*Contubernio*”.

Sin embargo y aunque diferentes los avatares políticos locales que coincidieron con sendas estancias de Alfonso Reyes, en lo personal siempre recibió de los intelectuales argentinos muestras de afecto, admiración y solidaridad espiritual. Sentimientos que bien correspondían tributarse al crítico que estudió y valoró con verdadera devoción nuestra literatura, al personaje generoso que dispensó su estima tanto a los autores consagrados cuanto a los jóvenes escritores y al humanista cabal que se identificó sin mime-tizarse demagógicamente con nuestro pueblo y nuestra cultura. Lo hizo con la empatía tan característica suya producto de su alma universalista, esa virtud de profunda y sincera aclimatación mental y afectiva a los países en que vivió el autor de “*Las vísperas de España*”; una actitud opuesta al superficial exotismo de muchos viajeros y colegas en la diplomacia que supo despertar el elogio de Jorge Luis Borges

en un poema en endecasílabos que le dedicó en 1960: In Memoriam A.R, incluido en “El hacedor”:

Dominaba (lo he visto) el oportuno Arte que no logró el ansiado  
Ulises, Que es pasar de un país a otros países Y estar íntegramente en cada  
uno

\* \* \*

Una manera pues de integrarse al medio cultural de Alfonso Reyes, fue el darse a estrechar lazos amistosos con los escritores nativos. Bien es cierto que algunos de ellos, sobre todo los integrantes de las nuevas promociones, se le acercaban con cierto temor reverencial. Sin duda habrá sido éste también el sentimiento que dominó al principio a un veinteañero Carlos Gregorio Romero Sosa cuando, por sugerencia de Macedonio Fernández, decidió remitirle sus iniciales trabajos históricos y sus ensayos poéticos editados.

Para 1937 el salteño Romero Sosa se carteaba ya, entre otras personalidades, con los políticos Alfredo L. Palacios, Manuel de Iriondo, Benjamín Villafañe, Octavio R. Amadeo, Guillermo Korn Villafañe y los comprovincianos Adolfo Güemes, Manuel Alvarado y Carlos Serrey, los tres últimos de antigua vinculación incluso de parentesco con sus mayores. Además intercambiaba correspondencia con los escritores Rafael Alberto Arrieta -”Estimo en cuánto representa como adhesión de un espíritu culto y generoso, su afectuosa carta. Acaso en recoger frutos como ella, poco frecuentes, en verdad, consista el mayor premio a los afanes de una labor intelectual. Acepto y retribuyo, conmovido, la generosa amistad que me ofrece”, le respondía en octubre de ese año 1937 el agudo investigador en “Dickens y Sarmiento “ y futuro crítico en “Estudios en tres literaturas”-; con Manuel Gálvez —”...sumamente simpática su carta: modesta, sincera, leal. Créame: son pocos los hombres en este país, capaces de escribir una carta como ésa.”, le manifestaba por su parte el novelista de “*El Mal Metafísico*”-; con Ricardo Rojas, Alberto Gerchunoff, Ataliva Herrera, César Carrizo, Alvaro Melián Lafi-nur, Carlos Ibarguren,

Ricardo Molinari, el brasileño Pedro Calmon y con una delicada e inspiradísima poeta de fondo místico: María Raquel Adler.

Epistológrafo consecuente mantenía a la vez correo periódico con los historiadores Ricardo Levene, Roberto Levillier —que a la sazón cumplía un destino diplomático en Montevideo—, Enrique de Gandía, Carlos Heras, José Torre Revello, Manuel Lizondo Borda, Emilio Ravignani, Raúl de Lafuente Machain, Jacinto Ya-ben -con quien colaboraba en los últimos toques de las “Biografías Argentinas y Sudamericanas”- o Ramón de Castro Estéves, el documentado historiador de los servicios de correos y telégrafos y presidente del Instituto Argentino de Monumentos y Cultura Histórica que incorporaría a poco a Romero Sosa como miembro. También lo hacía con el pintor Benito Quinquela Martín; con los músicos y musicólogos Manuel Gómez Carrillo y Carlos Vega; con los antropólogos José Imbelloni y Fernando Márquez Miranda; con el arqueólogo Antonio Serrano; con el matemático Fausto Toranzos Juárez, con el naturalista Joaquín Frenguelli; con los médicos Nerio Rojas y Ramón Beltrán; con los arquitectos Martín S. Noel, Mario Buschiazzo y Ángel Guido, con el diplomático Enrique Loudet y con jerarquías eclesiásticas como Monseñor Audino Rodríguez y Olmos, Obispo de Santiago del Estero, con el Arzobispo de Cuyo Monseñor José Américo Orzali, con el titular de la diócesis chilena de La Serena, Monseñor José María Caro o con el Arzobispo de Asunción del Paraguay, Monseñor Juan Sinfiorano Bogarín, aparte del trato cotidiano y paternal que le dispensaba el Arzobispo de Salta Monseñor Roberto J. Tavella al que con las décadas recordó con honda emoción en el extenso epílogo compuesto a pedido del Padre Arsenio Seaje e incorporado en el tercer tomo de su biografía<sup>32</sup> compuesta por el citado sacerdote salesiano.

Romero Sosa venía de participar con ponencias e intervenciones que elogió Juan Canter,<sup>33</sup> en el Primer Congreso de Historia de Cuyo celebrado ese año de 1937 y se hallaba en plena organización de la Primera

---

<sup>32</sup> (1) Arsenio Seaje S.D.B., Tavella Primer Arzobispo de Salta, Escritos.- Salta 1981, páginas 257 a 316.

<sup>33</sup> (2) Estudio Preliminar de Juan Canter, de la Universidad de Buenos Aires, en *Romero González Un Guerrero del Norte Argentino*, libro de Carlos Gregorio Romero Sosa, Buenos Aires, 1946.

Reunión de Historia del Norte Argentino, efectuada a su iniciativa en octubre de 1938 con el auspicio del gobierno de Salta y que contó con la adhesión de la Academia Nacional de la Historia, la Universidad de Tucumán y el Museo Histórico y Colonial de Luján que desde su creación en 1923 dirigía Enrique Udaondo, igualmente interlocutor asiduo de Romero Sosa.

No obstante todo ello, el hecho de escribirle al mexicano cuya despedida en París, en 1927, había presidido Paul Valéry, debió representar una acariciada ilusión y también un evidente desafío emotivo e intelectual para alguien que en esa hora estaba lejos de conocer la frase presente en el *“Discurso por Virgilio”* del hijo ilustre de Monterrey: *“la intercomunicación, la continuidad es la ley de la humanidad moderna”*.

Empero sus pudores frente a tamaña figura cultural y dejándose llevar por el ímpetu de sus pocos años, ideales para imaginar camaraderías y proponerse retos a sí mismo, inició a mediados de 1937 el correo con Alfonso Reyes. Y es de imaginar la emoción que lo embargaría cuando llegó la respuesta a su salteña dirección familiar de Alberdi 423, próxima a la Iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria de la Viña, en una esquela con membrete de la Embajada de México que acompañaba una encomienda con varios libros de autoría del maestro precedidos cada uno por cariñosas dedicatorias. El así obsequiado se enfrascó en su lectura, subrayó y apostilló las obras, las comentó deslumbrado con su tío Juan Carlos Dávalos, con el jujeño Daniel Ovejero, con el jurista David Zambrano (h) y con el médico y crítico literario Roberto García Pinto. Y hasta en un próximo correo se animó a pedirle a Reyes el envío de otro prometido volumen: *“Cuestiones gongorinas”*.

En tanto y en mérito a los ya reconocidos antecedentes de Romero Sosa, la “Unión Salteña” lo incorporó a sus filas en julio de 1937. Se trataba de la institución fundada en 1915 por Agustín Usandivaras, legislador nacional y ex intendente municipal de la ciudad de Salta en la segunda década del siglo XX, por el doctor Abraham Cornejo -después gobernador de la Provincia entre 1916 a 1918 cuando lo sustituyó Emilio

Giménez Zapiola, primer Interventor Federal designado por Hipólito Yrigoyen-, por el médico Antonio De Gregoris, por el educacionista José Eustaquio Alderete, por el científico dinamarqués Cristian Nelson -fundador y director del Museo Provincial de Fomento Agropecuario, obra asimismo promovida por la entidad-, por el ingeniero Nolasco E Cornejo, por el profesor Daniel Policarpo Romero —Secretario del Colegio Nacional creado en 1864 por el presidente Bartolomé Mitre y fundador de “La Provincia”, periódico decano de la prensa salteña-, por el sacerdote franciscano Fray Rafael Gobelli, por el abogado y ex diputado nacional Vicente Arias Romero y por el doctor Arturo S. Torino<sup>34</sup> entre otros “*estudiosos y pensadores interesados en la historia y en el progreso social e intelectual de la provincia*”.<sup>35</sup>

El diploma que lo acreditó como miembro de número de la “*Sección Historia Junta de Estudios Históricos de la Unión Salteña*” (Sic) fue suscripto por Vicente Arias Romero, Santiago Salinas, José Dion Solivérez, Alberto Álvarez Tamayo y el capitán Ramón S. Escala.

Empero el honor de esa membresía y el cargo de presidente que casi de inmediato ocupó no lo apoltronó en su sitial académico ni lo distrajo de sus afanes históricos, genealógicos, arqueológicos, pedagógicos y literarios. Tampoco lo hizo ingrato u olvidadizo para con sus mentores espirituales y con aquellos que le supieron dar espaldarazos. Así entonces en un acto de gratitud y en cierto modo de reciprocidad de atenciones para con la figura de Alfonso Reyes y luego por supuesto de consultar el parecer al respecto del mexicano, lo propuso en calidad de individuo correspondiente de la Junta de la Unión Salteña no bien estrenó la presidencia de la entidad. La respuesta que no se hizo esperar lleva fecha de 11 de agosto de 1937:

Alfonso Reyes saluda atentamente al Sr. Carlos Gregorio Romero, Director de la Junta de Estudios Históricos de Salta y, al acusarle recibo

---

<sup>34</sup> (3) Carlos María Romero Sosa: *Obra científica de un dinamarqués en Salta*, trabajo inédito redactado en 1967 a solicitud del escritor Manuel Peyrou.

<sup>35</sup> (4) Ricardo N. Alonso y Gregorio Caro Figueroa: *La Unión Salteña, el "Grupo Salta" y un proyecto inconcluso*, en *La Provincia de Salta enfoques y perspectivas*, páginas 13 a 21. Cri Sol Ediciones, Salta diciembre de 2004.

de la conferencia del Dr. Toussaint que se ha servido remitirle, se apresura a manifestarle que considerará como un alto honor y con viva complacencia la designación que se sirve proponerle como Miembro Correspondiente de esa Junta de su muy digna dirección.

Reyes aprovecha la ocasión para saludar a Ud. Muy atenta y respetuosamente.

Tal como era de prever la moción de integrar a Reyes a la Junta fue aprobada por unanimidad de votos. Cumplido el trámite y la notificación de rigor al recién designado, el tono de la carta mediante la cual agradeció en la persona de Romero Sosa -y a vuelta de correo- el nombramiento y sus gestiones cumplidas para concretarlo, resulta una vez más demostrativo de la grandeza del espíritu del mexicano universal, que con numerosos galardones y premios de las más altas corporaciones del Continente y Europa, supo valorar en grado sumo la nominación de la provinciana “Unión Salteña”. Sus palabras no suenan por eso formales sino sentidas en extremo. Asimismo es por demás significativa la referencia al General Alonso Antonio Baldrich (1870-1956), aquél esforzado —y silenciado- defensor del petróleo. Por lo visto y de manera coherente con el ideario antiimperialista de Baldrich, el militar argentino era un gran admirador de José Martí, a punto de haber difundido entre sus amigos y simpatizantes entre los que se contaba Carlos Gregorio Romero Sosa, precisamente un discurso de Alfonso Reyes sobre el héroe cubano. Dice el texto mecanografiado de la misiva volcada en papel oficial de la Embajada:

Buenos Aires, 22 de octubre de 1937

Sr. D. Carlos Gregorio Romero

J.B. Alberdi, 423

SALTA (Argentina)

Muy distinguido señor mío:

Por digno conducto le habrá llegado a usted la expresión de mi agradecimiento, que ahora gustoso le reitero, por su iniciativa para

hacerme conferir la honrosa calidad de miembro correspondiente de la Junta de Estudios Históricos de la “Unión Salteña».

Conforme lo solicita su atenta esquila del 15 del actual, ya procuro mis CUESTIONES GONGORINAS que, junto con algunos otros libros míos, los pocos que aún me quedan por aquí, tendré el gusto de enviarle.

Atribuya usted a la conocida generosidad del Sr. General Baldrich, su amable mención de mis palabras sobre José Martí, el gran cubano, que andan en efecto, dispersas en dos o tres lugares de mi obra.

Aprovecho esta grata ocasión para ofrecerme de usted atto. amigos.  
s.s.

Alfonso Reyes  
Arroyo 820

\* \* \*

Pocos días después, el 29 de octubre, volvió a mandar unas líneas a su interlocutor salteño, esta vez escrita de su puño y letra. Allí hará referencia a “Monterrey”, una publicación suya:

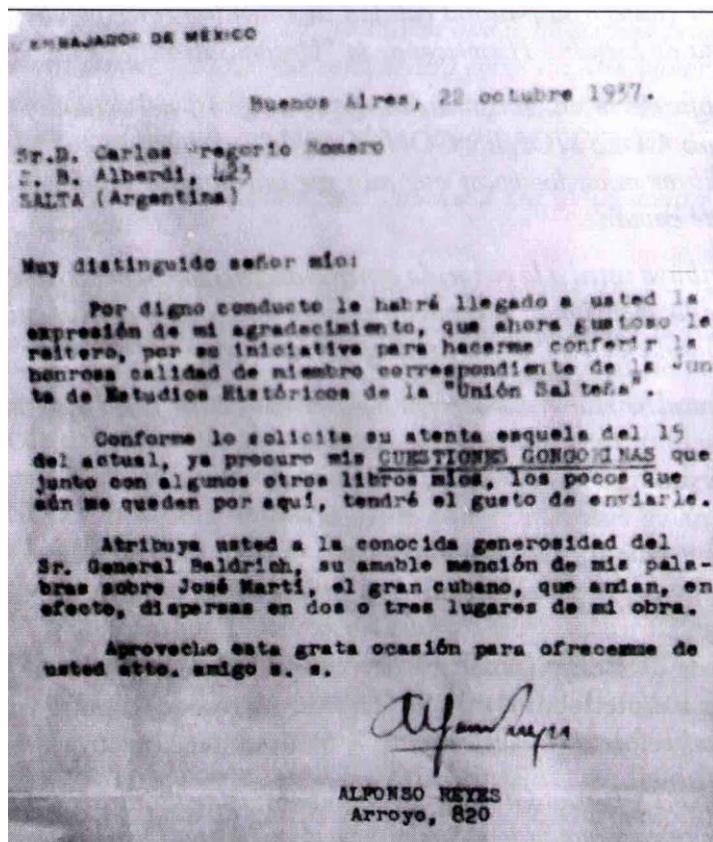
*Amigo D. Carlos Gregorio Romero Sosa: Inmensamente agradecido a su carta y bondadoso comentario de mi libro. Otra vez, le ruego me diga (pues me olvidé de anotarlo) qué cosas mías acabo de enviarle para procurar poco a poco irle completando mis libros. ¿Le envié el número 14 de Monterrey. Muy suyo Alfonso Reyes.*

La alusión final a “Monterrey”, su original “*correo literario*”, una publicación que inició cuando era embajador en el Brasil y que consta de catorce números con tirada para “*una sociedad limitada de amigos y escritores*”,<sup>36</sup> según su divisa, demuestra que en esa comunidad de ideales había ya una cuota de “*affectio societatis*” dispensado por Alfonso Reyes a Carlos Gregorio Romero Sosa. Distinción singular que este último valoró y recordaba siempre; sin duda de manera especial cuando sentado en el

---

<sup>36</sup> (5) Graciela Gliemmo: *Remitente: Alfonso Reyes*, en Clarín, Cultura y Nación, jueves 29 de marzo de 1990.

escritorio de su biblioteca miraba la fotografía dedicada por el humanista que colgaba de la pared.



Carta de Alfonso Reyes a Carlos G. Romero Sosa

## AUGUSTO RAÚL CORTAZAR, EN ALGUNA CORRESPONDENCIA

Como si por algún arcano, se transmitiera más allá de los abismos generacionales la antorcha de la mejor *salteñidad*, el 17 de junio de 1910, cuando se cumplían ochenta y nueve años de la muerte del General Martín Miguel de Güemes, nacía en la capital de la Provincia que custodia el San Bernardo, Augusto Raúl Cortazar, fallecido en Buenos Aires en junio 1974.

Niño aún, se trasladó con su familia a la Capital Federal donde se recibió de bachiller en el Colegio Nacional Central y se graduó como abogado, bibliotecario, profesor en Letras y doctor en Filosofía y Letras en la UBA.

Su árbol genealógico lo enraíza a la tierra natal: a los Lozano Valdez antepasados de doña Inés, su madre, y entroncados con los Gorostiaga e

Isasmendi Gorostiaga, entre paréntesis también mis familiares. Y por la línea paterna a los Arias; en tanto por los Cortazar era primo de Julio, quien agregó un acento al apellido original. De allí que cuando el cronopio mayor ejercía la docencia en la Escuela Normal de Chivilcoy -a partir de 1939-, gustara conversar sobre sus parientes salteños con los colegas profesores y amigos Domingo Zerpa, el poeta jujeño, y José María Gallo Mendoza, novelista tucumano radicado en Salta desde la infancia.

No por casualidad entonces, Augusto Raúl se dio a abrazar en forma rigurosa y apasionada el estudio de la tradición como raíz y esencia del hecho folklórico, que no nace como tal sino que llega a serlo por decantación. En ese convencimiento develó con método las marcas de lo telúrico y supo poner entre paréntesis las coloraturas. Se impuso el objetivo de universalizar hasta la dimensión cósmica los datos culturales locales, las voces y las costumbres nativas que el progreso deshilachó en ecos a captar y recuperar por el investigador. *Estudio metódico de la ciencia folklórica y apasionada vocación que aflora sin duda de estratos ancestrales, soterrados en cuatro o más generaciones de ascendientes salteños, entremezclaron en mi vida sus caudales. A la voz de la sangre sumó acaso la misma tierra su misterioso reclamo. Por algo me conmueve aquel paisaje cerril y sus gentes rústicas hacen fluir de mi corazón una cálida y comprensiva simpatía*, confesó en una disertación pronunciada en 1948 en el Instituto Popular de Conferencias de *La Prensa* sobre el tema “El folklore y su estudio integral”.

Actuaron en el ánimo de Cortazar y decidieron su vocación, tanto esa responsabilidad y no carga por las “*cuatro o más generaciones de ascendientes salteños*”: *Le agradezco en el alma sus alentadoras palabras sobre mi ‘Carnaval...’ y lo buenos recuerdos de su tío, el Canónigo Gorriti; todo se debe a que nos gusta leer cosas del terruño, a las que nuestro cariño por él embellece y mejora* -escribió a Carlos Gregorio Romero Sosa en febrero de 1950, desde su hogar porteño establecido en la calle Doblado 381-, cuanto la íntima nostalgia, nunca apagada, por los cerros al alcance de las correrías infantiles y

adolescentes: *un viaje al Valle Calchaquí* -recordó en aquella misma exposición en *La Prensa*- como *gozosa vacación de bachiller, fue como un reencuentro con otro yo que hubiera estado aguardando mi regreso apegado a las montañas tutelares.*

Fue un pionero en la temática de la “Populalia”, como propuso llamar sin éxito a la disciplina el poeta tucumano Rafael Jijena Sánchez, en ponencia presentada al Congreso Mundial de Folklore reunido en Buenos Aires en 1960, si bien es cierto que ya mucho antes en el país se habían asomado a su estudio Samuel Lafone Quevedo, Juan Bautista Ambrosetti, Adán Quiroga y después Roberto Lehmann Nitsche, Ricardo Rojas, Juan Alfonso Carrizo, Juan Carlos Dávalos, el médico neuquino Gregorio Álvarez, que rastreó la toponimia y las leyendas populares de la región sureña, el novelista jujeño Julio Aramburu, asomado al folklore infantil y el musicólogo Carlos Vega. Pero ciertamente fue Cortazar un adelantado y un forjador de la ciencia folklórica, autónoma de la arqueología y la etnografía. Téngase presente que al iniciar él sus investigaciones no había trascurrido todavía un siglo de acuñado el término “Folklore” por el arqueólogo británico William John Thoms, en 1846. Incluso recién en 1960, según lo registraba *La Nación* de fecha 31 de julio de ese año, la Academia Argentina de Letras presidida por José A. Oría, se expidió sobre dicha palabra, objetada entre otros por Alfredo Poviña, autor de *“Sociología del folklore”* (1945), al manifestar la entidad que no es un neologismo y subrayar que fue empleada en España desde 1881, cuando Antonio Machado fundó una sociedad para la recopilación y estudio del saber y de las tradiciones populares a la que llamó *“El Folklore Español”*, a más de observar que en 1925 la incluyó la Real Academia en la decimoquinta edición del Diccionario de Autoridades. Se asentó igualmente, en la oportunidad, que nada ganaría el vocablo con el cambio de *k* a *c*, pues no se españoliza ni se argentiniza la voz por modificar su escritura, dado que la letra *k* pertenece también a nuestro alfabeto.

De las investigaciones de gabinete y los trabajos de campo llevados a cabo por Augusto Raúl Cortazar —contó algo de las circunstancias de

estos últimos en *“Andanzas de un folklorista”* (1964)-, resultaron sus artículos, opúsculos, comunicaciones académicas y libros tales como *“Bosquejo de una introducción al folklore”* (1942), *“Guía bibliográfica del folklore argentino”* (1942), *“Confluencias culturales en el folklore argentino”* (1944), *“El carnaval en el folklore calchaquí”* (1949), *“Folklore argentino: el Noroeste”* (1950), *“El folklore y sus expresiones en la literatura argentina”* (Tesis doctoral, 1953), *“Qué es el folklore”* (1954), *“Esquema del folklore”* (1960), *“El folklore argentino y los estudios folklóricos: reseña esquemática de su formación y desarrollo”* (1965) y el volumen póstumo: *“Ciencia folklórica aplicada”*, títulos todos ineludibles hoy en la bibliografía especializada. Y qué decir de su labor docente, en especial la cumplida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y en la Facultad de Letras de la Universidad Católica Argentina. En esos y otros centros de estudio, su magisterio formó discípulos que se honraron de serlo, como Horacio Jorge Becco y la profesora Olga Fernández Latour de Botas, principal referente actual de los estudios folklóricos en el país. *Cortazar sabía mucho, enseñaba mejor y era, al mismo tiempo, el amigo franco y cordial incapaz de desconcertarnos con sorpresas o entrelíneas*, escribió Arturo Berenguer Carisomo en “Logos”, revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA fundada por Coriolano Alberini (Nro. 13-14, años 1977-78)

Renglón aparte merece su actuación en el directorio del Fondo Nacional de las Artes. Allí trabajó ajeno a todo conformismo burocrático desechando -sin incumplir los reglamentos- papeleos innecesarios y trabas oficinescas e ingeniándose para sortear la recurrente limitación presupuestaria con el fin de conceder becas y premios que juzgaba merecidos, dando sentido así y no mera inercia administrativa al Organismo autárquico que integraba desde su fundación; lejos estuvo siempre de refugiarse en la torre de marfil y de caer en *“la barbarie del especialismo”* que advirtió Ortega y Gasset en *“La rebelión de las masas”*.

\* \* \*

No lo conocí en forma personal, aunque varias veces atendí de niño sus llamados telefónicos. Lo hacía para comunicarse con mi padre, mientras éste redactaba su obra sobre la Navidad en Salta, extractada más tarde bajo el título *“Cuatro siglos de Navidades en Salta”* como capítulo del libro *“La Navidad y los Pesebres”* que publicó en 1963 la Hermandad del Santo Pesebre presidida por Jijena Sánchez. Hablaban a menudo sobre todo cuando se preparaba el Congreso Mundial de Folklore que se reunió en Buenos Aires en 1960, en conmemoración del Sesquicentenario de la Revolución de Mayo, un evento del que Romero Sosa dejó testimonio en versos repentistas y humorísticos dirigidos a uno de los participantes, el filólogo y escritor ecuatoriano Justino Cornejo, que los publicó como epílogo de su libro *“Animales y plantas en la poesía popular ecuatoriana”* (1970). En algún pasaje de la composición se hace referencia a Cortazar, alma de la reunión: *Pensé que acaso, /”CORNEJO-LALIA”/ tenga más suerte/ que “POPULALIA”. / ¡Perdón si digo/ torpe palabra! /¡Abracadabra/ mi gran señor!/ \_(...) Con mis saludos/ de Navidad; /con los de Becco/ y Cortazar, / recibe el eco! del gran Congreso! de tus amigos! de la Argentina,! donde tu prosa! tan cervantina! por siempre trina! con efusión...*

Algunos años después volvieron a ser habituales los llamados suyos a nuestra casa; fue a partir de encarar el desafío, en su calidad de director literario, de la revista-libro de aparición mensual *Selecciones Folklóricas* editada por Codex, cuyo primer número vio la luz en junio de 1965 y el último -13- en agosto de 1966. Allí colaboraron las más prestigiosas firmas vinculadas con la literatura nativista y la ciencia folklórica. En el número 7, dedicado a la Navidad, aparecieron un par de villancicos de proyección folklórica compuestos por Lía Gómez Langenheim de Romero Sosa.

Lamento que trascurridas tantas décadas, poco registre mi memoria auditiva de su voz grave y cordial adornada por una ligerísima tonada norteña. Sin embargo me basta recorrer la correspondencia que intercambié con mi padre, intensa entre 1949 y 1950 y llena de referencias familiares y recuerdos amistosos del historiador Monseñor Miguel Ángel

Vergara y del Canónigo Josué Gorriti, así como las dedicatorias escritas en los trabajos que le obsequió, para reconocer del todo esa bonhomía propia del hombre superior, intuir tras sus finos trazos caligráficos la inteligencia del corazón captadora del espíritu de los semejantes y, en tanto haber sido la existencia del humanista ajena a cualquier egoísmo intelectual, concluir que la vivió desde su fondo humanitario, dando espaldarazos y comprometiéndose con los afanes ajenos: *Todas las cosas tuyas relacionadas con el folklore me interesan y ya acudiré en procura de datos*, le precisó a Romero Sosa y le anunció en otra carta. En tanto que en el opúsculo “*Panorama y perspectivas de nuestro Folklore*” (1942) anotó el 9 de mayo de 1943: *Al amigo Carlos G. Romero Sosa, agradeciéndole sus palabras e incitándolo a llevar adelante sus ideales*. Mientras que en la primera página de “*Esquema del folklore*”; leo un par de líneas fechadas en diciembre de 1960: *A mi querido amigo y colega Carlos Gregorio, como recuerdo muy cariñoso de nuestro Congreso.-*

Tales muestras de cordialidad y camaradería, a más de su labor científica, releída y anotada según lo advierto al abrir los libros y folletos de Cortazar atesorados por Carlos Gregorio Romero Sosa, siempre despertaron en éste particular afecto y admiración hacia su comprovinciano, sentimientos extensivos a su esposa Celina Sabor, una especialista en literatura española del Siglo de Oro, profesora universitaria y Académica de Letras que murió en 1985, y a las hijas del matrimonio, Laura Isabel y Clara Inés, esta última erudita en música gregoriana y cantante. De allí que si hoy evoco al maestro en el centenario de su nacimiento, estoy seguro de que lo hago cumpliendo un mandato nunca explicitado pero tácito en el ánimo paterno.<sup>37</sup>

---

<sup>37</sup> NOTA DEL RECOPIADOR PARA LOS ESTUDIANTES: Paso a transcribir esta carta del Dr. Cortazar:  
AUGUSTO RAÚL  
CORTAZAR  
ABOGADO  
PROFESOR EN LETRAS  
BIBLIOTECARIO

Buenos Aires, a 23 de noviembre de 1949

Señor  
D. Carlos G. Romero Sosa  
Laprida 2144, 1º “A”  
CAPITAL

AUGUSTO RAÚL CORTAZAR  
ABOGADO  
PROFESOR EN LETRAS  
BIBLIOTECARIO

Buenos Aires, a 23 de noviembre de 1949

Señor  
D. Carlos G. Romero Sosa  
Laprida 2144, 1º, "A"  
CAPITAL

Mi gran amigo:

Un abrazo de gratitud por su afectuosa cartita y mis respetos a Monseñor Vergara, a quien también mamá envía cariñosos recuerdos.

De entre las publicaciones mías que a Ud. le faltan, le remito gustosamente las pocas cositas de las que conservo ejemplares; desgraciadamente en otras que Ud. me pide estoy en cero y apenas cuento con uno o dos ejemplares encuadernados para mi uso. Tal vez "Confluencias..." pueda obtenerse en la misma Institución cultural española que lo publicó; yo compré algunos ejemplares cuando apareció, pero con los años se agotaron.

Del trabajo sobre la fiesta de la Candelaria en Molinos encargué también tiradas aparte de "Relaciones de la Sociedad argentina de antropología", donde apareció, pero por poderosas razones económicas, no fueron numerosas.

Si reconquistó algún ejemplar de manos de alguien a quien no le interese, se lo enviaré encantado.

Retribuyo muy agradecido los saludos de los amigos y le ruego reciba Ud. un cordial apretón de manos de su amigo

AR Cortazar

Doblas 381

Mi gran amigo:

Un abrazo de gratitud por su afectuosa cartita y Mis respetos a Monseñor Vergara, a quien también mamá envía cariñosos recuerdos. De entre las publicaciones mías que a Ud. le faltan, le remito gustosamente las pocas cositas de las que conservo ejemplares; desgraciadamente en otras que Ud. me pide estoy en cero y apenas cuento con uno o dos ejemplares encuadernados para mi uso. Tal vez "Confluencias..." pueda obtenerse en la misma Institución cultural española que lo publicó; yo compré algunos ejemplares cuando apareció pero con los años se agotaron.

Del trabajo sobre la fiesta de la Candelaria en Molinos encargué también tiradas aparte de "Relaciones de la Sociedad argentina de antropología", donde apareció, pero por poderosas razones económicas, no fueron numerosas. Si reconquistó algún ejemplar en manos de alguien a quien no le interese, se lo enviaré encantado. Retribuyo muy agradecido los saludos de los amigos y le ruego reciba Ud. un cordial apretón de manos de su amigo

AR Cortazar

.Doblas 381

**SOBRE UNA PLACA ENVIADA DESDE LA ARGENTINA CON DESTINO A  
LA CATEDRAL DE SANTO DOMINGO  
(Aspectos de la labor diplomática del Embajador  
Enrique Loudet)**

*Mi hermano Enrique había heredado la inteligencia de mi padre y el corazón de mi madre. En la enseñanza, en el periodismo y en la diplomacia puso de manifiesto su vasta cultura y su exquisita sensibilidad. Era un hombre abierto y sincero, sin repliegues ni ocultamientos, que sabía valorar las inquietudes de hombres maduros y de jóvenes entusiastas.*

*Oswaldo Loudet, "Recuerdos de infancia y juventud"*

Bajo el gobierno de Eduardo Duhalde, surgido luego de la crisis de 2001, se filtró en los periódicos la noticia de que el canciller Carlos Ruckauf proyectaba reducir el número de embajadas de la Argentina en el exterior. Incluso llegó a publicarse una presunta lista de las representaciones diplomáticas a suprimir donde figuraba la acreditada en la República Dominicana, a cargo entonces de Carlos Piñeiro Iñiguez.<sup>38</sup> Por fortuna ello no ocurrió y nuestra Embajada en la tierra quisqueyana, que fuera encabezada durante la restauración democrática por Jorge Vázquez -ex vicescanciller del presidente Héctor J. Cámpora- y luego bajo el menemismo por una funcionaria con un entorno familiar cuando menos de dudosa conducta, siguió conservando ese rango, establecido por la ley 12.870 de 9 de octubre de 1946. Era ésta una normativa afín con la política

---

<sup>38</sup> (1) Al conocer la noticia del posible cierre de la embajada argentina en la República Dominicana, envié una carta de lectores a *La Nación*, que no fue publicada, en la que reclamaba por el hecho. En cambio apareció en *Listín Diario*, de Santo Domingo (28 de febrero de 2002, página 2), periódico del que era yo columnista por entonces en la sección cultural "Biblioteca" a cargo del intelectual y académico dominicano, después Secretario y finalmente Ministro de Cultura del Estado, Licenciado José Rafael Lantigua. Sostenía en esa carta que hay ahorros sin previsión de futuro como podría ser una decisión gubernamental semejante. Mencionaba los lazos políticos y culturales tendidos entre los dos pueblos. Recordaba a Hipólito Yrigoyen y sus instrucciones al comandante del crucero 9 de Julio, en 1919, en plena invasión norteamericana a Santo Domingo así como las voces solidarias que alzaron nuestros escritores Manuel Gálvez y Manuel Ugarte en ese entonces. Citaba a ambos Henríquez Ureña, Pedro y Max, de tanta actuación aquí y al poeta y diplomático oriundo de Santiago de los Caballeros Manuel del Cabral, afincado por décadas en la República Dominicana cumplida por el doctor Enrique Loudet. Finalmente mencionaba la iniciativa del profesor Carlos Gregorio Romero Sosa (1916-2001) de colocar una placa de la Catedral de Santo Domingo reconociéndole el carácter de Templo Primado de América, iniciativa que concretó precisamente el embajador Loudet en 1956 como se da cuenta en el presente trabajo.-CMRS

americanista del presidente Juan Domingo Perón y de su ministro de Relaciones Exteriores Atilio Bramuglia y en ese espíritu integrador -a poco de promulgada aquella ley- se designó como primer embajador argentino ante el Estado antillano -por Decreto 15103 de 22 de octubre de 1946-al doctor Oscar Hasperué Becerra (1908-1977). Se trataba de un abogado, profesor universitario y escritor de militancia forjista y antigua extracción radical que después ocuparía iguales funciones en Bolivia y México. Sin duda fue Hasperué Becerra -alguien muy vinculado con Raúl Scalabrini Ortíz- uno de los diplomáticos de mayor brillo con que contó el peronismo, período cuando actuaron en el exterior otras figuras de singular relieve, como el médico cirujano José Arce destinado en las Naciones Unidas cuya Asamblea General presidió en 1948 electo por los Estados miembros, Manuel Ugarte en México, Cuba y Nicaragua, Pedro Juan Vignale en Colombia y Venezuela, Hipólito Paz —Ministro de Relaciones Exteriores y Culto desde agosto de 1949 hasta junio de 1951-en los Estados Unidos, Federico Cantoni, fundador del Partido Bloquista sanjuanino, en la URSS, el ingeniero Carlos Pascali, un antiguo militante socialista y después activista en FORJA, en la República de Panamá y el ex legislador Pablo Manguel en Israel, en 1949, a poco de iniciadas las relaciones diplomáticas y consulares con el Estado Judío.

Pasó el tiempo. Cayó Perón en septiembre de 1955 y el gobierno de la autodenominada Revolución Libertadora envió en funciones plenipotenciarias a Santo Domingo -para entonces rebautizada Ciudad Trujillo por la megalomanía del “Chivo”- al doctor Enrique Loudet (1890-1965). Se trataba de un antiguo miembro del Servicio Exterior de la Nación, jubilado por el peronismo en una desacertada decisión burocrática del Palacio San Martín tomada en perjuicio de quien inició la carrera diplomática durante el gobierno de Marcelo T de Alvear y su ministro de Relaciones Exteriores Ángel Gallardo. Con una brillante foja de servicios, Loudet había tenido una actuación por demás destacada como Encargado de Negocios en Panamá, Costa Rica y Nicaragua, al punto de ser considerado un experto en Centroamérica y el Caribe, regiones que estaban lejos de ser destinos veraniegos para los argentinos

de la época y a las que prestaban poca atención los sectores de privilegio nativos, siempre embelesados por Europa y los Estados Unidos y distantes y ajenos a las problemáticas de la Indoamérica y la Afroamérica.

### **EL AMERICANISTA Y EL COLABORADOR DE JOSÉ LEÓN SUÁREZ**

Enrique Loudet, discípulo y colaborador de José León Suárez; vinculado amical e ideológicamente con Alfredo L. Palacios, con el constitucionalista Carlos Sánchez Viamonte y con Ricardo Rojas, sobre todo en su planteo de la *Eurindia*, apenas doctorado en diplomacia en la Universidad del Litoral se inició en el mundo académico como profesor de Metodología en la Facultad de Ciencias Económicas y fue jefe del Instituto de Geografía Económica de la Universidad de Buenos Aires. Admirador y anfitrión por algunos meses en su domicilio particular de Recoleta -un “Petit Hotel” ubicado en la calle Laprida 1815, entre Peña y French, que habitaba con su esposa, Matilde Frogone Becher, y sus hijas Matilde y Lidia- de José María Velasco Ibarra durante uno de los exilios del cinco veces presidente constitucional ecuatoriano, cuyo ensayo “*Conciencia o barbarie (Exégesis de la política americana)*” prologó en 1938,<sup>39</sup> Loudet era, por sobre todo, un estudioso de la economía política y un especialista en estadísticas sobre la evolución del comercio entre la Argentina y el resto de los Estados americanos; además de publicista en temas de derecho internacional e historia de la disciplina como lo atestiguan sus libros “*Política internacional universitaria*” (1917), “*Apuntes de historia diplomática*” (1918), “*Rufino de Elizalde, Ministro de Relaciones Exteriores*” (1922), “*Ruy Barbosa, diplomático, orador y político*” (1924), “*América Central, bosquejo de conjunto*” (1933), “*Las Naciones Unidas al servicio de la paz y la seguridad de las naciones*” (1950) o “*La diplomacia en la Revolución de Mayo*” (1960). Y hasta fue poeta de tono neomodernista, devoto de Rubén Darío y fraterno amigo de un hijo de éste, el médico, escritor y representante diplomático de Nicaragua en la

---

<sup>39</sup> (2) *Claridad*, Buenos Aires, 1938.

Argentina Rubén Darío (h) -Rubén Darío Contreras-,<sup>40</sup> quien así lo retrató en su libro *“Cerebros y corazones”*:<sup>41</sup>

*Enrique Loudet ha sido siempre y sin remedio un soñador; émulo, pues, de Don Quijote. Pero a él le tocó actuar en siglos más adelantados y por eso encontró armas más modernas y medios que se prestan mejor a convertir en realidades sus quimeras y sueños. Y -para bien o para mal, vaya uno a saberlo- procedió con mayor espíritu práctico que el manchego cervantino.*

Lo cierto es que en su nuevo destino antillano al que llegó en 1956 y en el que permaneció por espacio de dos años: la patria de su largamente frecuentado Pedro Henríquez Ureña, ocupaba por entonces la presidencia formal de la República Héctor Bienvenido Trujillo Molina en tanto que el poder real continuaba y continuaría en manos de Rafael Leonidas Trujillo Molina, el “Jefe”, hasta aquel 30 de mayo de 1961 cuando fue emboscado mientras se dirigía a una de sus residencias de descanso en San Cristóbal. El doctor Loudet buscó afianzar allí los lazos de amistad entre los dos países, lazos que a partir de 1959 se tensarían con la Argentina, con motivo del arribo del ex presidente Perón, procedente de Venezuela luego de caer la dictadura de Pérez Jiménez que le diera asilo.

El diplomático, aunque fiel a las reglas del protocolo, era también un hombre afecto a las tertulias literarias, un mundano y amenísimo “cosseur” inclinado a practicar cierta bohemia intelectual como podrían haberlo certificado el pintor Benito Quinquela Martín, el escultor José Fioravanti, el músico Juan de Dios Filiberto o el historiador Antonio J. Bucich, sus compañeros de sueños, yantares y trasnochadas en restaurantes del Centro porteño y en bares con estaño boquenses de *otra ciudad que también se llamaba Buenos Aires*, para decirlo con un juvenil verso de Borges. De allí que no bien presentó credenciales de plenipotencia buscó vincularse con los escritores y artistas dominicanos. Escuchó sus inquietudes que lo eran no sólo estéticas para esos días,

---

<sup>40</sup> (3) Carlos María Romero Sosa: *“Rubén Darío, el primogénito”*, en *La Capital* (Rosario), sábado 27 de noviembre de 1982.

<sup>41</sup> (4) Editorial Nova, Buenos Aires, 1948.

cuando se comentaba en voz baja el secuestro en Nueva York del intelectual vasco Jesús de Galíndez por agentes de la dictadura de Trujillo, hecho que repercutía de manera especial en la Argentina y del que informaba casi a diario *La Prensa* bajo la dirección de Alberto Gainza Paz, un fraterno amigo de Galíndez.<sup>42</sup> Loudet solía visitar a los colegas antillanos en las letras; paseaba con ellos inaugurando otra bohemia a lo largo de los Malecones; compartía las emociones históricas en el circuito antiguo de la Capital y, sobre todo, se solidarizaba con los afanes de libertad y democracia que le participaban, haciendo equilibrio entre la cómoda neutralidad inherente a sus funciones oficiales y los ideales republicanos que jamás él puso entre paréntesis. Del mismo modo distribuyó por doquier obras de literatura argentina, hasta que coronó ese puente cultural tendido entre el Caribe y el Plata con la publicación en 1957 de su antología *“Letras argentinas en el Caribe”* un libro de más de quinientas páginas que subtítulo *“Labor Diplomática”* y del que por entonces comentó el diario *La Prensa* de Buenos Aires: *Don Enrique Loudet pudo llenar con esta iniciativa útil una de las aspiraciones que han movido siempre sus afanes de diplomático y de representante de nuestro país en otras naciones. Su anhelo de difundir la creación de los poetas y escritores argentinos forma parte de su acción cultural...*

## **UNA PLACA DESDE LA ARGENTINA PARA LA CATEDRAL DE SANTO DOMINGO**

No fue ajena tampoco a sus propósitos integradores la acogida hecha a comienzos de 1956, y su feliz puesta en práctica en octubre de ese año, de una iniciativa americanista de su amigo Carlos Gregorio Romero Sosa presentada a consideración del Primer Congreso Interamericano de Historia y Arte Religiosos reunido en Buenos Aires en 1952. Y es que por cierto y según memoraba Osvaldo Loudet -el hermano médico psiquiatra,

---

<sup>42</sup> (5) Jesús de Galíndez, un abogado, periodista y ex combatiente del bando republicano en la Guerra Civil Española, integrante de las tropas de Euzkadi, fue secuestrado el 12 de marzo de 1956. Su desaparición era a juicio de Germán Arciniegas, otro amigo ilustre de Enrique Loudet, *“Un ‘Yo acuso’ que estremece no sólo a América”*.

escritor y miembro de la Academia Argentina de Letras-, Enrique ...*sabía valorar las inquietudes de hombres maduros y de jóvenes entusiastas.*<sup>43</sup>

Auspiciaba la ponencia del historiador y escritor salteño Romero Sosa la colocación de una placa en los muros de la Basílica de Santa María La Menor, obra del maestro Luis de Moya construida entre 1520 y 1540 por orden del Emperador Carlos V y que el Papa Paulo III erigió en Catedral Metropolitana y Primada de las Indias.<sup>44</sup> Precisamente era un deber de justicia histórica al carácter de Templo Primado de América de *La vieja catedral sin torre como la Victoria de Samotracia sin cabeza*, en palabras de Joaquín Balaguer. Un homenaje a la Catedral en cuyo Presbiterio fueron hallados los restos de Cristóbal Colón el 10 de septiembre de 1877<sup>45</sup> y que desde el punto de vista arquitectónico, *es la más severa y la más pura interpretación que se haya hecho del estilo gótico, con adobos del románico y del renacentista, en tierra americana*, como la sigue describiendo el ex presidente y escritor dominicano Balaguer en su *"Guía Emocional de la Ciudad Romántica"*.

Para llevar a cabo el proyecto, encomendó Loudet al propio Romero Sosa que gestionara ante la Junta de Historia Eclesiástica Argentina del Venerable Episcopado -institución creada el 6 de junio de 1942 por el Cardenal Santiago Luis Copello, Arzobispo de Buenos Aires y Primado de la Argentina, de cuya membresía Romero Sosa formaba parte- su participación protagónica en el tributo de contenido espiritual promovido, de tal modo que consintieran las autoridades de la Junta en asentar el nombre de la entidad en el bronce a descubrir en el exterior del templo. Así lo hizo el requerido en carta fechada el 26 de mayo de 1956 y dirigida a Ángel Oscar Ansaldi, a cargo eventual de la presidencia de la Junta, ya que

---

<sup>43</sup> (6) Osvaldo Loudet: *"Recuerdos de infancia y juventud. Historia de mi casa"*, Edición del autor, Buenos Aires, 1974.-

<sup>44</sup> (7) Joaquín Balaguer: *"Guía emocional de la Ciudad Romántica"*, Cuarta Edición, Santo Domingo. R.D., 1992.

<sup>45</sup> (8) Fernando Arturo Garrido: *"Peregrinaje y descanso del muerto inmortal"*, en *El Faro a Colón*, Nro. 1, páginas 79-100. Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo R.D. 1952.- Carlos Gregorio Romero Sosa: *"Los restos de Colón en la Catedral Dominicana y la auspiciosa reanudación de relaciones argentino-dominicanas"* en *El Faro a Colón*, Nro. 23, páginas 90-104. Editores Pol Hermanos, Ciudad Trujillo R.D. 1959.-

la desempeñaba desde la fundación Monseñor Nicolás Fasolino, primer Arzobispo de Santa Fe:<sup>46</sup>

*En mi carácter de miembro de ese Honorable Cuerpo Académico, me permito dirigirme a Ud. para hacerle partícipe de una iniciativa argentina, de sentido católico y ámbito americanista, concebida por el actual Excelentísimo Señor Embajador de la República Argentina, doctor Enrique Loudet, -recientemente designado por el Superior Gobierno de la Nación-, y por quien esto escribe. (...) Y bien, Señor Presidente, puesto que la Historia de América posee sentido apologético, como que siempre la Fe Cristiana ha estado unida al alma de las hoy distintas patrias hermanas en religión y raza dispersas por el Continente, nada mejor que honrar a las viejas e históricas Catedrales de América con el simbólico título de “Oratorios de la Tradición Americana” puesto que son templos donde se venera la esencia de esa misma tradición, esencialmente católica por española. En este mismo sentido, justamente, conceptuamos con el doctor Loudet, que tal declaratoria debe iniciarse y oficializarse con la Catedral de Santo Domingo, Primada de América, cuyo edificio material se comenzó a construir por gestiones del gran Obispo Geraldini, ex preceptor de los hijos de los Reyes Católicos y asistente a las deliberaciones sobre los planes de Cristóbal Colón, para los que tuvo opinión favorable, razón por la cual, con toda justicia, dicho Obispo fue llamado el Vidente de América.*

---

<sup>46</sup> (9) Paulo VI lo creo Cardenal en junio de 1967. Monseñor Nicolás Fasolino falleció en 1969.

La comunicación obtuvo respuesta postal fechada el 28 de junio. El presidente en ejercicio Ansaldi expresó su conformidad con la solicitud de adhesión formal de la Junta transmitida de parte del embajador Loudet, quien de su peculio ofrecía costear la placa, del mismo modo que en su momento lo hizo con otra que en nombre de la intelectualidad argentina se colocó en la Catedral de León, en Nicaragua, bajo la estatua de San Pablo donde yacen los restos de Rubén Darío:

*Distinguido Señor Don Carlos Gregorio Romero Sosa Miembro de la Junta de Historia Eclesiástica*

*Aplaudo su iniciativa de todo corazón (...) En cuanto a colocar una placa en la Catedral de Santo Domingo no tengo dificultad y comunico a Ud. que he dictado ya las resoluciones necesarias y comunicaciones del caso oficializando su iniciativa. En nota que he dirigido al doctor Loudet he aceptado el generoso ofrecimiento y le he agradecido como corresponde. Además le entregué las credenciales del caso para la solemne ceremonia que él deberá tratar directamente con S.E.R. el Señor Arzobispo de Santo Domingo.(...) Al felicitar a Ud. muy cordialmente por tan simpática como interesante iniciativa, me reitero de Ud. Servidor adictísimo en Cristo.*

*Ángel Osar Ansaldi*

Cumplidas las formalidades y ya oficializado el consentimiento por parte de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina a la iniciativa, acogida con entusiasmo además por el jesuita Guillermo Furlong, uno de sus miembros fundadores, debía acuñarse la tarja en cuestión, tarea que al fin se realizó en la Fábrica de Medallas Constante Rossi situada en la calle Esmeralda 292. Antes de decidirse por esa casa comercial especializada en el trabajo de metales con fines numismáticos, Romero Sosa pensó en la posibilidad de que por medio del General Héctor D' Andrea, a la sazón Subsecretario de Guerra, después embajador en España y amigo y comprovinciano suyo, pudiera hacerlo el Arsenal del Ejército Argentino con un costo tal vez menor. Sin embargo, desde la República Dominicana, Loudet remarcaba en sucesivas cartas a su interlocutor epistolar la

urgencia de concretar el acto, tanto más que veía deteriorarse la salud del octogenario Arzobispo de Santo Domingo y Primado de América Monseñor Ricardo Pittini (1876-1961), particularmente interesado en el asunto y ya casi ciego. De ese modo, la placa que retiró de la referida Casa Constante Rossi un entusiasta Romero Sosa -próximo a cumplir los cuarenta años de edad, viejo discípulo de Pedro Henríquez Ureña, colaborador habitual de la publicación dominicana *El Faro a Colón* que dirigía el militar y escritor Fernando Arturo Garrido y embarcado en la redacción de varios trabajos sobre historia de la Iglesia y de las órdenes religiosas en el Noroeste argentino-,<sup>47</sup> viajó a la República Dominicana en la valija diplomática del Consejero Luis A. Filgueira.

Su develamiento se llevó a cabo el jueves 11 de octubre de 1956 a las cinco de la tarde, según reza la invitación oficial conservada en el archivo paterno.<sup>48</sup> El diario *El Caribe* al día siguiente, informó a dos columnas sobre el acto en el que la banda de música de la Marina de Guerra dominicana ejecutó los himnos nacionales argentino y dominicano. Y destacó el mismo periódico entre otras notas simpáticas, la asistencia de colegialas de las escuelas *Quisqueya, Serafín de Asís, Santa Clara y La Candelaria* trajeadas con uniforme de gala. Enrique Loudet expresó ante autoridades civiles, militares, eclesiásticas y numeroso público lo merecido del homenaje, *simbólico y grato para esta Basílica de Santa María la Menor, donde aparte de haber sido sus muros y su templo testigos de sucesos históricos vinculados a la historia común del Continente, hállanse ligados profundamente a los orígenes mismos de nuestra existencia, desde que en ella descansan los restos venerados de quien dio un Mundo Nuevo a la historia y a la cultura universal.*

Seguidamente agradeció el Arzobispo Ricardo Pittini, quien recordó su particular vínculo con la Argentina *donde estuve en contacto íntimo*

---

<sup>47</sup> (10) Uno de esos trabajos fue tomado como base para la redacción con la colaboración posterior de Monseñor Miguel Ángel Vergara del capítulo "*Historia de la Iglesia y órdenes religiosas en el Tucumán, Chaco y Cuyo (1550-1810)*", incorporado al Tomo II de la *Historia Argentina* dirigida por Roberto Levillier.- Editorial Plaza & Janés. Buenos Aires, 1968.-

<sup>48</sup> (11) Pocos días antes, como también informó *El Caribe* el 6 de octubre de 1956, Loudet inauguró en presencia del Secretario de Educación y Bellas Artes dominicano, Telésforo R. Calderón, en el Parque de la Avenida George Washington esquina Palo Hincado, un busto de Domingo Faustino Sarmiento.

*por 34 años de mi vida.* En efecto, el prelado, un salesiano natural de Tricésimo en Italia, vivió desde 1899 hasta 1927 en el Uruguay. Allí fue inspector y provincial de la orden de Don Bosco y estuvo en permanente contacto con los padres salesianos de la Argentina.<sup>49</sup>

\*\*\*

De no ocurrir en Santo Domingo lo que ha sucedido en Buenos Aires sobre todo en la última década, donde la delincuencia no dejó bronce a salvo en los espacios públicos, cosa que venimos denunciando en reiteradas cartas de lectores, la ofrenda en cuestión debe seguir colocada hoy cerca de la puerta lateral del templo que para Monseñor Carlos Nouel, en sus *Apuntes para la Historia Eclesiástica de Santo Domingo*, sería una imitación, en proporciones reducidas, de la Catedral de Sevilla.

Ahora hay muchos viajeros argentinos a la ciudad capital antillana que se recuesta sobre la desembocadura del río Ozama, aquella población que con el nombre original de Nueva Isabela fundó en 1496 Bartolomé Colón, el hermano del Almirante de la Mar Océana, la que ya rebautizada como Santo Domingo, trasladó Nicolás de Ovando a su actual emplazamiento. Y en virtud entonces del floreciente negocio turístico actual, es posible que algún compatriota ajeno por cierto a la historia aquí narrada, al ir de recorrida por los monumentos coloniales dominicanos, quizá se detenga con curiosidad y hasta le despierte un sentimiento de íntima cercanía espiritual capaz de aliviarlo de la nostalgia y, por un momento, de la premura de su “City Tour”, la lectura de la inscripción imaginada en Buenos Aires hace más de medio siglo:

*A la histórica y cuatro veces centenaria Catedral Primada de Santo Domingo, consagrándola cuna y relicario de los oratorios de la tradición hispanoamericana como homenaje filial de la Junta de Historia Eclesiástica de la Argentina.*

---

<sup>49</sup> (12) Juan Esteban Belza: *El Pastor de los pobres y su mitra de plomo. Semblanza de Monseñor Ricardo Pittini, Arzobispo ciego que sirvió a Santo Domingo en la era de Trujillo*. Talleres Gráficos de ITESA, Santo Domingo, R.D., 1976.



## ENTRE LOS PAPELES DE CELINA SOSA DÁVALOS

Con mi hermana conservamos varias cartas de Celina Sosa Dávalos. Lo hacemos con devoción familiar y nostalgia de otros tiempos, para ambos despreocupados y felices. Es que representaba una alegría en la niñez, recibir la correspondencia de aquella tía abuela salteña que nos hacía sentir importantes cuando deletreábamos primero y leíamos de corrido después nuestros nombres en los sobres. Al abrirlos, hallábamos pequeños dibujos junto a frases llenas de ternura reveladoras de su proximidad espiritual con nosotros, escritas con caligrafía inglesa tan propia de su condición de docente jubilada con actuación en una época en que la buena letra era toda una carta de presentación social en tanto demostraba fineza, cortesía y cultura. Porque hacerse entender en forma clara y elegante era algo inherente al *"suaviter in modo"*, una regla implícita a deducir de las muchas incorporadas al viejo *"Manual de*

*urbanidad y buenas costumbres*” de Vicente Carreño estudiado por generaciones en el bachillerato y el magisterio.

Cierto día comenzó a espaciarse la comunicación que por momentos lograba distraernos de las obligaciones escolares: supimos que Celina estaba enferma. Hasta que a finales de marzo de 1965, un inesperado mensaje telefónico de esos que llegan a horas inoportunas para generar zozobra primero y tristeza luego, nos anotició de su muerte a los setenta y cuatro años de edad, puesto que nació un 27 de febrero de 1891. El primer saludo de pésame llegó de los primos paternos Cornelia y Carlos Arias Castro, después juez federal en Neuquén. De inmediato viajó a Salta nuestro padre, único deudo directo suyo en condiciones de ordenar lo atinente a su entierro y cumplir con sus últimas disposiciones. Le tocó la desagradable tarea de levantar la casa de la calle Alberdi 421 situada junto al hogar de nuestros abuelos donde habitó al enviudar de Ernesto —creo que ese era su nombre de pila- Schabert, un laborioso inmigrante alemán radicado en la ciudad del cerro San Bernardo del que guardo la medalla que lo acreditaba como socio del Club 20 de Febrero.

Han pasado las décadas y no hace mucho descubrí que entre los documentos rescatados entonces, estaba el diploma de maestra graduada en la histórica institución educativa del magisterio de Salta: “la Normal” como se la conoce, inaugurada en 1882. Cuando Celina —o Ascensión Benita Celina, tales sus nombres completos en recuerdo de sus antecesoras- frecuentaba sus aulas se hallaba situada ya en Mitre y Entre Ríos luego de tener su primera sede en la calle España al 600.

En cuanto al diploma, fechado el 23 de junio de 1919, lo suscribieron el Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, José Santos Salinas, el Inspector General de Enseñanza, Valentín Berrondo, el subsecretario de instrucción pública de firma ilegible y el Director de la Escuela Normal de Maestras de Salta, Florentino M. Serrey, político y hermano de Carlos, el varias veces diputado y senador nacional.

Pero había algo más conservado entre esos recuerdos: el original de un telegrama que envió desde la Capital Federal -el 22 de mayo de 1918- al

doctor Emilio Giménez Zapiola, a la sazón recién designado Interventor Federal de la provincia, el dirigente radical riojano Pelagio B. Luna (1867-1919), vicepresidente de la Nación y ocupante desde el día 7 de aquel mes de la titularidad del Poder Ejecutivo en ausencia de Hipólito Yrigoyen, transitoriamente en su establecimiento de campo de la provincia de Buenos Aires, según informaba el diario porteño *La Prensa* de esa fecha. Su texto dice: *Al acusar recibo de su telegrama de fecha 17, me complace comunicarle que su recomendada la señorita Celina Sosa Dávalos ha sido nombrada por ser un pedido justo. Pelagio. B. Luna. Presidente de la Nación.*

En la parte inferior del papel, puede leerse en tinta negra una leyenda aclaratoria escrita por la propia interesada: *Este telegrama lo conservo como un recuerdo de la bondad de la señora Manuela González de Todd, pues ella fue la del empeño ante el Interventor de ésta doctor Giménez Zapiola para que el Presidente me diera la cátedra de Economía Doméstica.*

¡Cuántas cosas invitan a pensar unas y otras líneas transcritas! En primer lugar que los plantones y el destrato como forma de disciplinar a los funcionarios de rango inferior eran inexistentes o al menos poco usuales entonces, al revés de lo que acontece con los usos políticos actuales. Así resultó que la solicitud de Giménez Zapiola fue respondida por la máxima autoridad en ejercicio de la República a los cinco días de receptada. Además, para despejar toda duda de que pudiera actuarse con favoritismo, el responsable de la designación creyó del caso dejar asentado que se complació el pedido por tratarse de algo justo. Ciertamente debió ser de ese modo porque la beneficiaria, una aplicada estudiante como siempre fue tradición en la familia, tendría ya idoneidad suficiente para ingresar en la docencia en la Escuela Profesional de Mujeres de Salta; allí y en otros establecimientos de enseñanza secundaria y especial actuó en forma ininterrumpida hasta obtener la jubilación en 1947. Celina solía manifestar que influyó en la íntima vocación suya por la educación, la impronta de su abuela paterna: Benita Carrillo de Sosa y Aramburu, pese a

no conocerla —murió en 1880-; una discípula durante los años de internado en Buenos Aires del deán Gregorio Funes que de regreso a Salta —cuentan sus biógrafos- fundó la Escuela Privada de Francés y Música y más tarde un centro de primeras letras en San Carlos.

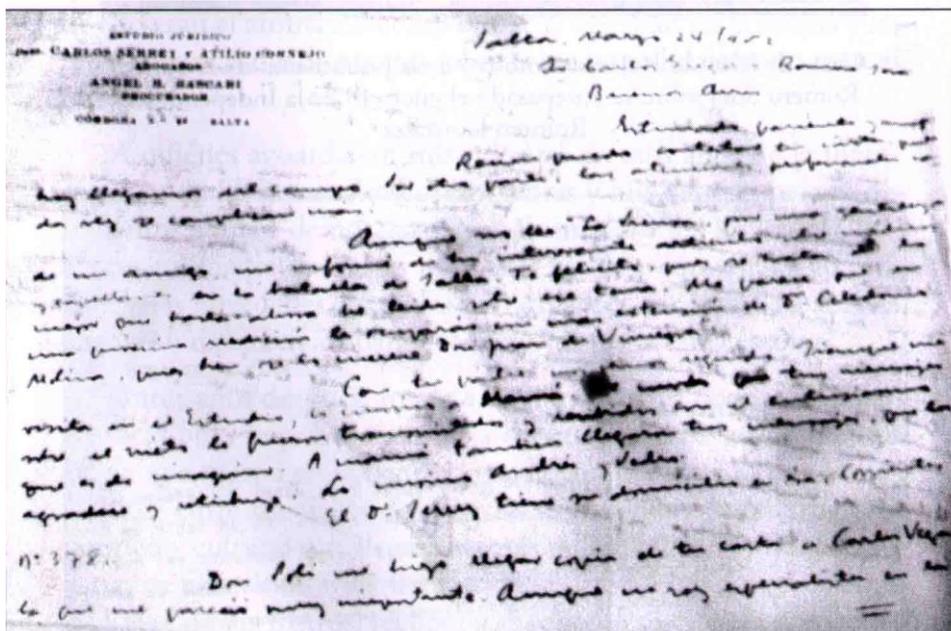
Por otra parte no sería para distraerse que la joven buscaba trabajar hacia 1918. Única hija soltera a ese momento, habitaba en el inmueble solariego de la calle España 649 con sus mayores, Salustiano Sosa Carrillo y Celina Dávalos Isasmendi; pues dos de sus hermanas estaban ya casadas y otra, Elisa, había ingresado en 1916, bajo el nombre Sor María de la Ascensión, a la Congregación de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor que contaba desde tiempo atrás con un convento en Salta. (La orden fundada en Angers por Santa María Eufrosia Pelletier y aprobada por el papa Gregorio XVI en 1835, tenía por misión rehabilitar a las mujeres delincuentes.)

En cuanto a la economía familiar del hogar de Celina se había puesto algo difícil: el padre envejecido y enfermo, ex combatiente contra Felipe Varela en octubre de 1867 y una figura representativa del mitrismo en el norte argentino de dilatada actuación en la segunda mitad del siglo XIX como legislador provincial, presidente del senado, eventual gobernador interino, presidente del Consejo Deliberante, convencional constituyente y presidente en 1889 del Banco de Salta por cuya fundación bregó, había perdido la fortuna llegando a malbaratar la finca heredada de sus mayores en San Carlos de los Valles Calchaquíes. Anota Vicente Osvaldo Cutolo, en el *“Nuevo Diccionario Biográfico Argentino”* que se fundió embarcado en proyectos de bien público como la construcción del primer dispensario antivenéreo de la provincia. Nada extraño, eran tiempos en que la actividad política estaba lejos de ser lucrativa y asegurar opulencia por generaciones.

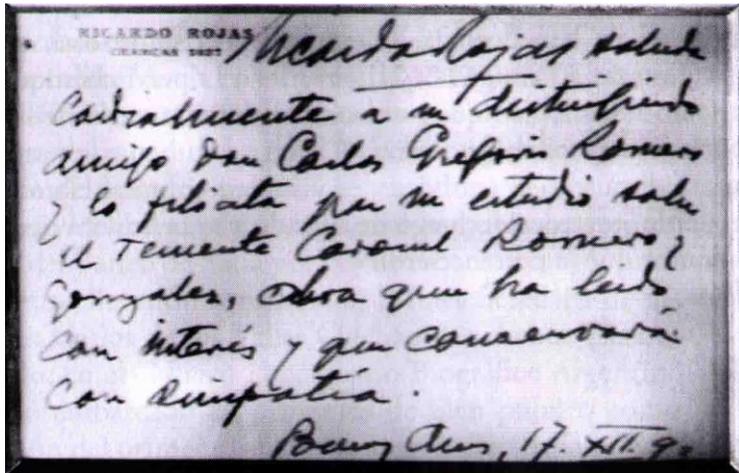
Finalmente cabe subrayar las frases de gratitud hacia Manuela González de Todd, o Manuela González Salverri de Todd, dama de origen jujeño radicada en Salta que murió casi centenaria en 1936 luego de haber presidido la Sociedad de Beneficencia local. Era viuda del coronel José

María Todd, tres veces gobernador de la Provincia, y se caracterizó por realizar gestos bondadosos como el anotado y otros incluso de características filantrópicas y heroicas como cuidar enfermos, con riesgo de su vida, durante la epidemia del cólera que asoló Salta en 1886 durante el gobierno de Martín Gabriel Güemes. También vinculado con aquel flagelo transcribe Roberto G. Vitry, en su diccionario “*Mujeres salteñas*” algunos párrafos del artículo de Zulema Usandivaras de Torino: “*Una dama de dos siglos*” donde la escritora anuncia que doña Manuela con la ayuda de sobrinas y servidoras se dio a la tarea de coser bolsas para recoger los restos de los que caían fulminados por el mal y quedaban insepultos en las calles de la ciudad.

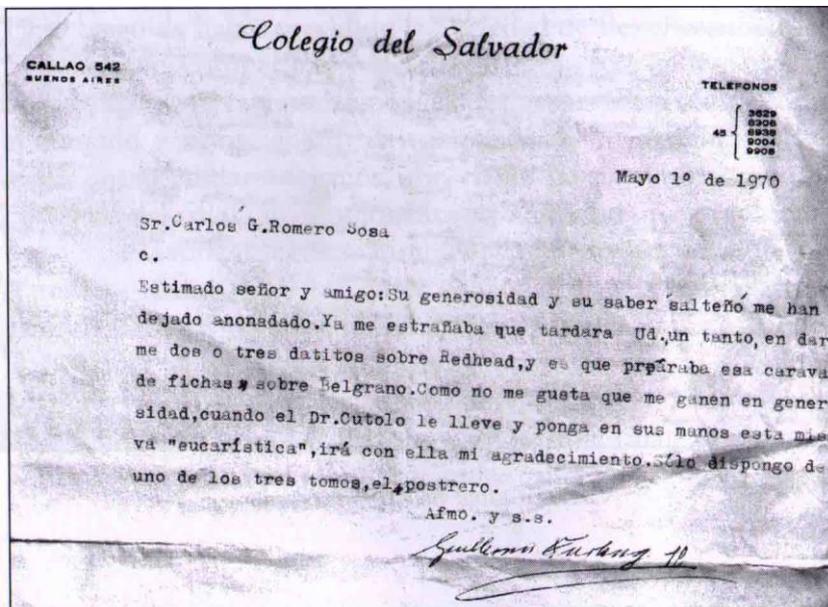
¡Lo que son las cosas de la vida! Un ajado diploma y un telegrama algo borroso resultan ser hoy suficientes testimonios para mensurar el perfil de una existencia adornada por los afectos, la estudiosidad, la beneficencia, la gratitud y la sinceridad, como lo supo destacar su amiga la escritora Elena López Echenique en un artículo necrológico que publicó a su muerte en *El Tribuno*. Memoria feliz entonces la de la tía Celina porque puede resumirse a tanta distancia en esas virtudes y sobrevivir en el claroscuro del recuerdo, reverdecido luego de descubrir aquellos envejecidos documentos que le pertenecieron.



Carta original de Atilio Cornejo



Carta de Ricardo Rojas con motivo de la publicación de la obra de Romero Sosa sobre su antepasado el guerrero de la Independencia Romero González



Carta del R. P. Guillermo Furlong a Carlos G. Romero Sosa

## AQUELLAS HORAS DEL TÉ

Resulta imposible precisar la luminosidad que tuvieron ciertos hechos recuperados por la añoranza. Y lo es, debido a que hay recuerdos que de manera singular hacen brillar el pasado. Sin embargo, puedo asegurar que deben haber estado encendidas las luces de la vieja araña de bronce del comedor de nuestra casa, cada vez que al abrir la puerta, al llegar por la tarde del Colegio San Agustín donde cursé el ciclo primario, advertía que se esperaban *visitas* a tomar el té. Otros signos inconfundibles de ello eran el aroma a *escones* que se horneaban en la

cocina y las tazas de porcelana dispuestas sobre la mesa tendida con un mantel bordado.

¿A quiénes aguardaban mis mayores en esos años de la infancia, cuando las horas transcurrían lentas y mis deberes para el día siguiente podían demorarse hasta el retiro de los invitados? Entonces mi madre, mientras recogía la vajilla y comentaba con mi abuela las novedades charladas un rato antes, me instaba a abrir el cuaderno de ejercicios para enfrentar juntos la tarea escolar.

Tantos años después, frente a la silla que solía ocupar en aquellas ocasiones para beber mi taza de *vascolet* de Nestlé mientras elegía una masita de la bandeja traída como obsequio por los invitados, entre un tejido de noticias de carácter social, religioso, político y cultural que llegaban a mis oídos, evoco la presencia de varias de esas visitas tan queridas. Hasta creo reconocer una a una las líneas de sus rostros, recuperar el tono de sus voces, interpretar el sentido de sus ademanes, con la misma satisfacción del niño que al armar un rompecabezas descubre que la unidad es mejor, mucho mejor que las partes. En forma coincidente también, puede ufanarse alguien que como yo transita por una edad más que mediana, al comprender que su desafío actual consiste no en articular ya dibujos imaginarios, sino en conquistar los espacios del alma que vinculan milagrosamente el idealizado ayer con el presente gris.

Cierro los ojos y... Toca el timbre la doctora María Luisa Ferrer, una abogada y profesora de filosofía de militancia católica y destacada actuación en las huestes de una suerte de feminismo sin agresividad; más una apertura espiritual que una ideología propiamente dicha. Todo un afán que venía dando ya pasos en el país desde principios del siglo XX con miras a la reivindicación del lugar de la mujer en general y la dignificación de su condición en tanto trabajadora. María Luisa -que cuando aprobé la última materia de derecho en la UBA me felicitó calurosamente y me obsequió los cinco tomos encuadernados del Código Civil Comentado de Eduardo Busso-, desde la Dirección Nacional de la Mujer, de la que fue subdirectora, colaboró en la preparación del Estatuto del Servicio

Doméstico. De chico, en esas tertulias amistosas, escuchaba con atención sus comentarios referidos a la Obra Cardenal Ferrari de la que fue asesora jurídica, o sobre Monseñor Miguel de Andrea y su relación con Alfredo Palacios, o las emocionadas confidencias de su padre, el jurista e inventor Joaquín Andrés Ferrer, alguien que adelantándose a nuestro tiempo de “diputruchos” y demás atentados contra el prestigio del Congreso, ideó una máquina registradora de votos para uso legislativo. Sé que en una de sus primeras visitas a la casa de la calle Laprida, recién casados mis padres, trajo datos para que Carlos Gregorio Romero Sosa elaborara la biografía de aquel, la que aparece en el tomo tercero del “Diccionario Histórico Argentino” editado bajo la dirección de Ricardo Piccirilli, Leoncio Gianello y Francisco Luis Romay.

-Adelante, María Teresa Álvarez Escalada. Y gracias por el regalo de los bonetes y serpentinas sobrevivientes de una fiesta del cruce del ecuador que tenían grabados el nombre del trasatlántico en que realizó uno de sus frecuentes viajes a Europa.

La vida de esta sobrina de José S. Álvarez: “Fray Mocho”, fue por demás interesante. Criada en la abundancia, en plena juventud se alejó del mundo e ingresó en Francia a un convento donde llegó a profesar como Hermana de Caridad. Pero al enfermar su padre, Fernando Álvarez, un médico graduado en 1889 junto con mi abuelo materno y en la misma promoción de Cecilia Grierson y de otro amigo común: Narciso Maltea, padre del novelista de *“La bahía del silencio”*, pidió la reducción al estado laical para atenderlo. Cultísima, traducía de la lengua francesa que dominaba libros religiosos. En esas ceremonias del té que memoro, uno de los temas de rigor eran sus recuerdos de Pio XII al que conoció y las esperanzas puestas en un pontífice a poco entronizado en la Cátedra de San Pedro: Juan XXIII.

Mi madre, de formación religiosa algo estricta y prima de sacerdotes y obispos, trataba de no hacer coincidir sus visitas con las de Isabel Creus, que había sido tesorera de la Liga Nacional de Librepensadoras fundada en 1909, institución de la que la médica y

sufragista Julieta Lanterí fue secretaria general y la intelectual española antimonárquica Belén Sárraga presidenta honoraria. Isabel, periodista jubilada del diario *La Razón* -donde creó y dirigió la página de la mujer- así como colaboradora de varias otras publicaciones, tal la desaparecida revista *Estampa*, y escritora de intuitivo vuelo sociológico, era afecta a la quiromancia y la astrología. Se la conoció como “doctora Creus” tras su paso por la Facultad de Filosofía y Letras, incluso así apareció en el diario *La Prensa* la noticia de su fallecimiento acaecido en octubre 1960. Había algo secreto y misterioso en su personalidad, cordial y reservada a la vez. En una ocasión me pareció verla emocionada al mencionarse el nombre del doctor José A. Cortejarena, el fundador de aquel periódico vespertino donde ella hizo carrera; una muestra de sensibilidad que no desentonaba con su combativa posición feminista. Decía leer la borra de café, aunque en casa se conformaba con interpretar las líneas de las manos ya que la herencia británica de mi abuela imponía el té de las cinco.

-Tome asiento, profesora Julia Bustos, y recítenos alguna escena de sus obras teatrales infantiles como “*El fabricante de alegría*” (1963) o algunos de los romances y de las cuartetos de sus libros “*El país de los niñitos buenos*” (1939) y “*Juan sin miedo*” (1964), el volumen que nos dedicó en la edición ilustrada en sepia por Juan Hohmann que mi hermana, algo traviesa, gustaba colorear con sus lápices de crayón. ¡Lástima que no haya piano para agregarle música de fondo! Y bien que con agrado ejecutaría allí la concertista mendocina María del Castillo, otra asidua visitante.

Me arrimo a la ventana al oír que alguien está estacionando: es Elcira Rivara Ferrando, amiga y contemporánea de mi madre, que muy oportunamente podrá deleitarnos con el bello poema a Beethoven presente en su libro “*Reincidencia*” de 1946 que memoricé en la infancia.

Humea la tetera todavía al levantarse su tapa. Menos mal, porque hay que aguardar la llegada de Clotilde de Barrera, que viene en tranvía desde Belgrano. Y de María Carmen Planas, que lo hace desde su estancia próxima a la Capital a bordo de un Ford último modelo conducido por un

chofer. Y de Emma Mercedes Alter Atucha, viuda del director de orquesta Alejo Albino Lotti Gallardo. Y hasta quizá del salteño Juan Manuel de los Ríos Usandivaras, si es que anda de paso por Buenos Aires siempre en busca de ver “*al fondo de la calle un cerro*”, como canta la zamba “*La nostálgica*” en la letra de Jaime Dávalos. Según costumbre suya, dejará en la entrada su sombrero de felpa verde, dispondrá sobre la mesa sus últimas publicaciones de carácter histórico destinadas a nutrir la biblioteca paterna y transmitirá los saludos de Atilio Cornejo, de Monseñor Miguel Ángel Vergara, del ingeniero Rafael P. Sosa, de Carlos Durand Cornejo y de otros colegas en el campo de la investigación del pasado del Noroeste Argentino.

¡Cuánto calor de hogar hay en el comedor a toda luz! Tanto que pasa inadvertido sobre el aparador, el rubí del sahumero encendido. Pero huelo su perfume que me inunda hoy decisivo y purificador desde la lejana niñez.

## **MIGUEL HERERA FIGUEROA, FILÓSOFO DEL DERECHO Y HOMBRE DE CORAZÓN**

Salta, junio de 1913. Era Intendente Municipal de la ciudad extendida al pie del San Bernardo Agustín Usandivaras y gobernaba la provincia Robustiano Patrón Costas, un conservador con alguna visión industrialista y no enemistado con las manifestaciones del progreso que llevaban al Régimen, ese año, a inaugurar por ejemplo en Buenos Aires la primera línea subterránea. Mientras tanto, en la Europa con conformación mental y configuración política aún decimonónica y regida en general por monarquías turbadas por atentados anarquistas, se demoraba la plena instalación en el que sería el luctuoso siglo XX. Era en general un buen momento para llegar a la vida en el parsimonioso noroeste argentino, sobre todo en el seno de familias tradicionales y del sector dirigente de la sociedad. Sólo que no estaría nunca en el ánimo de Miguel Herrera Figueroa acogerse a facilidad o privilegio alguno. En cambio asumió responsabilidades desde la primera juventud, disciplinada por el deporte

practicado en la primera división del Club de Gimnasia y Tiro y más tarde por el rigor castrense durante su permanencia en el Colegio Militar de la Nación sin duda en la tradición de su padre, un teniente coronel de caballería natural de Santiago del Estero.

Pero como nada hay perdido para el espíritu, ni siquiera las vocaciones pospuestas o abandonadas por atender otros llamados, el después jurista, iusfilósofo, sociólogo, politólogo, catedrático, rector universitario y magistrado, ha de haber recordado sus lejanos tiempos de jugador de fútbol mientras redactaba los capítulos de su *Sociología del espectáculo*, publicada en 1974; un seguimiento de la dinámica de incorporación del espectador al juego -concepto ese de *espectador* que jerarquizó Ortega y Gasset en su hora-, juzgada como una revalorización del “*homo ludens*” en un enfoque del deporte de masas a la luz de la novedosa aplicación de la psicología de los roles por la cual se asigna a los espectadores, jugadores y árbitros el protagonismo inconsciente en algo así como una nueva versión del teatro griego.

O habrá revivido Herrera Figueroa sus fajinas de cadete del ejército vividas allá por 1932, al meditar en plena Guerra Fría, sin prejuicios de hombre civil ni tampoco autoritario complejo militarista a lo Lugones de “*La hora de la espada*” y los posteriores nacionalistas clericales, la temática de la guerra moderna y la disuasión por el terror que implicaban las armas nucleares, ello desde su perspectiva humanística y humanitaria, siempre en la búsqueda del hombre como supremo elemento armónico de la humanidad según palabras en su elogio del general Alberto Marini.

Tal vez lo antedicho pueda dar una idea de su amplia, estructurada y no cerrada cosmovisión, traducida en creativos abordajes a lo Biocriminológico, a la *Psicosociología a la Economía-político-social jurídica* o a la *Triplomacia*, que no es precisamente el banal mundo de las embajadas tan bien novelado por Roger Peyrefitte.

Sucede que el de Miguel Herrera Figueroa resulta ser un pensamiento original, rico, analítico, complejo, expresado en numerosos libros, así “*La ciencia del derecho*”, “*Justicia y Sentido*”, “*Sociología del*

*derecho*”, “*Psicología y criminología*”, “*Enfoques triversitarios*”, “*Vocablos biocriminológicos*”, “*Estimativa iuspolítica*”, “*Principios de política*”, “*Vocablos intrivitriales*”, “*Filosofía de los valores*” y en gran cantidad de opúsculos, artículos y comunicaciones académicas. Un pensamiento integrador que hace desprender lo axiológico de lo ontológico -puesto que en su exposición los valores precedidos por el supremo valor de la justicia emergen del fondo de la existencia humana temporal, de cada existencia particular, dialogante y cronológica sin implicancias relativistas; la del único ser que ve dentro de sí mismo al decir de Heidegger y comparte significados en el *Yo-Tu* de Buber-. Para Herrera Figueroa, contradiciendo al propio Hans Kelsen, el “*deber ser*” se desprende del “*ser*”.

Así es la suya una meditación que deduce la norma jurídica de la conducta porque de acuerdo con su axioma el *Derecho es siempre axiología*, pero sin desconocer tampoco el juicio lógico más que de valor primariamente que representa la norma, un concepto del “*deber ser*” que se conecta sí y de manera necesaria con el juicio de valor, trascendiendo el positivismo.

En forma novedosa se afirman y se afilan sus razonamientos desde una visión antropológica o antropoaxiológica trialista o *intrivitrial*; para captar los valores desde el presupuesto metafísico de la libertad que no entraña carga ni condena y que comporta el fundamento de la responsabilidad. Valores que no son conceptos lógicos sino *imágenes*, motores dinámicos de la superación del existente humano *proyectado* siempre, aunque lejos de repetir con Sartre que el ser hombre es ser lo que no es, y entendiéndolo estructurado en los planos vital ecotímico o disposicional, teorético cognoscitivo sociopersonalitario y espiritual valorativo.

Sabedor sin duda con Virgilio que Dios ama el número impar, Herrera Figueroa con la intuición de aquella tríada, arma intelectual en manifestación y no metáfora del “*Trinus et unus*” teologal, se batiría contra los monismos -idealistas o materialistas- y los dualismos

cualesquiera fueran, modeladores del individualismo y su correlato: el retiro del campo filosófico de la inquietud por el hombre concreto, *de carne y hueso* exclamaría Unamuno. Y lo haría Herrera, instalado en su tiempo y su país, en procura de hallar soluciones para el desvalimiento social y económico de sus conciudadanos, porque estaba de acuerdo con Marx en su premisa de que no se trata sólo de interpretar el mundo sino de cambiarlo. De allí su rastreo de antecedentes en la materia, incluso en la escolástica presentados en el ensayo *Horizonte de la justicia social tomista* (1952). Y de allí también el afán de emprenderla lanza en ristre contra aquel mismo individualismo formulado con una lógica imbricada en el método dialéctico, menos apta para apuntar a lo óntico-ontológico que para verificar procesos -evoluciones e involuciones sociales- como que es la *costumbre de los hombres pensar dialécticamente antes de saber qué es la dialéctica, del mismo modo que hablaban en prosa antes de conocer este término*, al advertir de Federico Engels.

Por eso su teoría general, manifestación de un *existencialismo cristiano* o de un *cristianismo que limita en todas partes su existencialismo y su anti-esencialismo*, según la caracterización del maestro Werner Goldschmidt, deriva en propia confesión herreriana en una *actitud de combate contra los dualismos que vienen perturbando a lo ancho de las disciplinas humanísticas, cuya principal vocación integrativa también se ve obstruida en ocasiones por la persistencia en querer dicotomizar todo el renuente individualismo en trance de periclitación*. (“Vocablos intrivitriales”, 1977)

Anótese otra característica suya: el arduo lenguaje empleado y reiterado en cada obra, con terminología técnica propia disparada a través de neologismos, lo que exige una lectura en extremo atenta.

Lo cierto es que el antiguo profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad Nacional de Tucumán -ya prestigiada por Manuel García Morente, Risieri y Silvio Frondizi y Alberto Rougés-y heredero allí de la cátedra de Renato Treves, consideró del caso sustituir conceptos, por ejemplo, el unidimensional del derecho por el multidimensional del

mundo jurídico; la idea abstracta de individuo por la de *intrivitrío* -un alguien singular, personalizado siguiendo a Mounier, y como ya se ha dicho con interactuadas dimensiones biológicas o mejor vitales, cognoscitivas y valorativas-; la de hermenéutica revalorizada después por Gadamer o Habermas en sus enfoques de la acción comunicativa, por la más profunda de “*sentido*”: *en la dirección del proyecto vital y en el saber del rumbo*, tal explicaba la acepción en su libro de 1955 *Justicia y sentido*.

Herrera Figueroa que se había asomado a la especulación filosófica desde la perspectiva jurídica, jurídico penal y criminológica, pronto salió del campo algo estrecho de la filosofía del derecho o esa disciplina le exigió miradas más amplias, para dedicarse al cabo a hacer filosofía a secas, para introducirse de lleno en la teoría de los valores y en su estimativa, partiendo con Rodolfo Mondolfo de la *problematicidad historicista* y la indigencia del hombre como sujeto y objeto de la atención filosófica, antes que participando de la ilusión hegeliana del sistema cerrado.

Al no ser su meditación una fenomenología de segunda mano ni un neocriticismo recogido en sí mismo escéptico en cuanto a su formulación y elitista en sus objetivos, se tradujo con naturalidad en *paideia* y abarcó dominios de la pedagogía y de la organización universitaria, de acuerdo con su vocabulario adecuado a objetivos igualmente integrativos de la actividad *triversitaria*. Actividad a la que bien le cabe la insignia que imaginó para la ideal casa de altos estudios: *Vita, spiritus et societas... emblema de una universidad trival, vale decir, de aquella orientada hacia algún remoto parentesco con el trinomio “imperium, sacerdotium et studium”, con el que iniciara sus pasos la “universitas”*. (Universidad y educación triversitaria”, 1981)

Claro que tampoco quedó su quehacer cultural en grado de pura teoría, materializándose en la renovadora por departamentalizada Universidad Argentina John E Kennedy, su gran creación institucional con fecha de fundación en 1964 y a la que jerarquizó un cuerpo docente y académico donde figuraron Miguel Ángel Cárcano, Enrique de Gandía,

Ricardo Levene (h), Werner Goldschmidt, Rodolfo Tesera del Franco, Juan Cuatrecasas, Mariano Castex, Martín Alberto Noel, Alfredo Casey...

Por supuesto que como todo logro verdadero y valedero fue alcanzado también éste con esfuerzo, desvelos y decisión irrefrenable del impulsor, allí donde coinciden al decir de Bacon, ciencia y potencia.

Es de subrayar que no fue ajena a esa organización administrativa y curricular de la Universidad Kennedy su propia experiencia en la Universidad Nacional de Tucumán durante el rectorado del visionario hombre de ciencia Horacio Descole en la segunda mitad de la pasada centuria, como que el nombrado naturalista, al tanto del funcionamiento de las casas de altos estudios anglosajonas, había sustituido las facultades por escuelas y departamentos, desburocratizados, más funcionales para la investigación y más aptos para la cooperación interdisciplinaria.

\* \* \*

Pero aparte del estudioso, del hombre de gabinete, del eficiente organizador, la personalidad del doctor Miguel Herrera Figueroa ofrece otros brillos quizá menos públicos. En primer lugar la fortaleza en su vertiente o aspecto de *“sustinere”* en conceptualización de Santo Tomás; fortaleza para soportar las pruebas y aflicciones, una virtud en su caso más próxima a la paciencia aprendida en el Libro del Consuelo: *“Militia est vita hominis supra terram”*, que a la estoica *“ataraxia.”*

Si a ninguna edad es sencillo comenzar de nuevo, mucho menos lo es cuando se ha formado una familia. Él debió acometerlo en varias oportunidades víctima de decisiones políticas revanchistas. Eso sí estaba algo ejercitado en mudanzas por haber llevado desde joven una carrera judicial y profesional a través de varias provincias argentinas. Así la inició como fiscal en Santiago del Estero donde contrajo matrimonio con María Cristina Filas -una escritora elogiada por Camilo José Cela- y tuvo oportunidad de forjar una constructiva amistad con Bernardo Canal Feijóo. Luego fue procurador general fiscal y juez federal en Tucumán. Después abogado en ejercicio en Rosario de Santa Fe y al cabo camarista

en el Fuero Comercial en la Capital Federal. Pero entre ese “*cursus honorum*” debió sufrir y asumir alejamientos y cesantías: con la Revolución de 1955, de su cargo judicial y de sus cátedras universitarias donde era colega del pedagogo español y republicano Lorenzo Luzuriaga, de Rodolfo Mondolfo, de Risieri y de Silvio Frondizi, de Carlos Cossio, de Diego Pro, de Manuel Gonzalo Casas, de Werner Goldschmidt... Y en 1976 por decisión del tristemente célebre Proceso quedó cesante en sus funciones de juez de cámara. Como sabía vivir filosóficamente no se dejó ganar por el resentimiento o la frustración. Al contrario, recurriendo a la enseñanza de Severino Boecio, halló consuelo en la especulación filosófica. Además contaba con admiraciones movilizadoras: Cossio y su teoría egológica, Goldschmidt y su trialismo, Reale y su tridimensionalismo, Quiles y su insistencialismo, Jerome Hall y su integrativismo, Sampay y su teoría del Estado, Francisco Romero y su teoría del hombre, Orgaz y su ciencia sociológica, Alberini y su antipositivismo, Casares, Derisi, Pico, Raffo Magnasco y sus aproximaciones al tomismo.

Otra faceta suya fue la generosidad en todo sentido, incluso intelectual. Un sentimiento poco común y al ponerse en acción una actitud bastante desusada hoy, cuando prevalece *el principio abstracto del interés egoísta, núcleo central de la ideología central del liberalismo*, que remarcó Max Horkheimer en su *Crítica de la razón instrumental*.

Herrera Figueroa alcanzó la categoría de maestro en la valoración de los alumnos de antaño que subiendo un escalón se consideraron orgullosos discípulos suyos, tal el caso del jurista Pedro David o el psicólogo y experto en relaciones humanas Juan Carlos Iglesias. Además fue un verdadero por bien probado amigo de muchos compañeros de la niñez y juventud. Al respecto es de subrayar cómo a uno de ellos le dio especiales muestras de solidaridad y afecto fraternal. Así en diciembre de 1949 le escribía desde San Miguel de Tucumán a Buenos Aires, donde aquél se hallaba radicado y se desempeñaba en el Ministerio de Trabajo cuya biblioteca especializada en temas de seguridad social y derecho

laboral había organizado y dirigido durante el comienzo de la gestión de José María Freire, Secretario y después Ministro de Trabajo.

Herrera Figueroa proponía en breves líneas a ese comprovinciano y lejano pariente suyo que pensara en la posibilidad de afincarse en Tucumán e incorporarse de lleno a la rica vida cultural lugareña y a las tareas universitarias, ya que conocía que el destinatario formaba parte desde 1940- de la Universidad fundada por Juan B. Terán en su carácter de miembro del Instituto de Historia, Lingüística y Folclore dirigido por Manuel Lizondo Borda y del que era secretario el historiador y jurista Humberto Mandelli. Puntualizaba entonces: *Oscar Oñativia está en esa y él personalmente quedó en que iba a afinar condiciones... En realidad lo que hay es que te estamos necesitando mucho en ésta. Tu alto espíritu, culto y punzante tendría acá amplias posibilidades de desarrollo. Nosotros desde luego -concluía- haremos lo que a nuestro alcance esté por ponerte el hombro.*

Empero Carlos Gregorio Romero Sosa, no otro era el destinatario de la oferta, con proyectos entre manos al cabo frustrados como un acariciado destino diplomático para el que fuera avalado por el Cardenal Santiago Copello, no se decidió a dar ese salto al interior como tampoco lo hizo poco antes, cuando el sacerdote y filósofo Juan R. Sepich, interventor de la Universidad de Cuyo, le ofreció participar como docente en ese claustro. Para bien o para mal decidió quedarse definitivamente en la Capital de la República donde había llegado en calidad de secretario privado del senador Carlos Serrey una década atrás.

Más tarde llevó a Romero Sosa a colaborar en la revista *Norte y* lo vinculó con Horacio Raya, decano de Filosofía y Letras de la UNT, insistiéndole, esta vez vía el procesalista Ricardo Reimundín en el anterior ofrecimiento.

Por su parte, producida la Revolución Libertadora y el consiguiente desplazamiento de Herrera Figueroa de sus cargos, un agradecido Romero Sosa le transmitió, en carta fechada el 6 de abril de 1956 y cuya copia obra en su archivo particular, el testimonio de admiración a su probada altura

moral: *Me alegra infinito verte contento. Eres un gran hombre. Te alejaste de la cátedra universitaria y de la judicatura pero, filosóficamente, tomas la vida sin amargura. En verdad, te envidio. Con sana envidia desde luego. Y admiro tu superioridad de espíritu.*

Algunos años después mi padre requirió sus servicios profesionales, que don Miguel se avino a prestar en forma gratuita asesorándole en el trámite de compra de la vivienda familiar de la calle Laprida -donde habitó hasta su muerte- por medio de un crédito del Banco Hipotecario.

Luego, en la década del 70, al crearse la Cátedra Libre Martín Miguel de Güemes en la Universidad Kennedy, mi padre quedó a cargo de ella con gran satisfacción del rector y cuando a poco mi hermana María Graciela se decidió a estudiar allí psicología, tanto Herrera Figueroa como el vicerrector, el abogado comercialista doctor Pablo A. Baccaro, le hicieron otorgar una beca durante toda la carrera.

Asimismo, con amabilidad y hasta familiaridad que no empañaba su natural señorío me recibió en varias oportunidades en el rectorado de la Universidad Kennedy, en el Colegio Central de Bartolomé Mitre número 1411, obsequiándome sus libros y orientándome sobre la bibliografía a consultar en materia de culpabilidad en el derecho penal, tema entonces de mi interés con miras a la confección de una tesis doctoral.

Digno, sensible, generoso, comprensivo, solidario hasta llegar a identificarse con el prójimo en cualquier situación, ningún elevado sentimiento humano le fue ajeno a Miguel Herrera Figueroa, el hidalgo salteño fallecido en 1999 y el pensador del que su obra para orgullo de Salta y del país, sigue vigente por supuesto.

*Fernando de la Rúa*

Buenos Aires, 28 JUN 1985

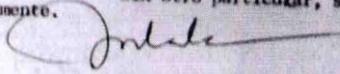
Prof.  
Carlos G. Romero Sosa  
Laprida 2144, 1<sup>º</sup>A<sup>º</sup>  
(1425) CAPITAL FEDERAL

De mi mayor consideración:

Tengo el agrado de dirigirme a Ud. a fin de agradecerle el envío del ejemplar de su autoría "Ancestro, niñez y adolescencia de un salteño hidalgo: Miguel Herrera Figueron"

Dicha obra que estoy leyendo actualmente es digna de todo mi elogio y reconocimiento. Felicito a Ud. por la importante labor que ha llevado a cabo.

Sin otro particular, saludo a Ud. muy atentamente.



FERNANDO DE LA RUA  
SENADOR NACIONAL

ANTONIO SAGARNA

Saluda con alta consideración  
al estimado historiador Dr.  
César Gregorio Romero Sosa  
, reiterándole el agradecimien-  
to que personalmente le formo  
lo por el cheque que se su obra  
"Fabrejas, Mellivado", la felicita

por una labor investigativa  
literaria que aporta a la  
historia de La Plata un incesor  
valioso elemento de cultura  
que, con razón y autoridad,  
refiere a los señores Sr. Roberto  
Savella, y otras distinguidas  
personas. Buenos Aires, 1º/1944

## EL JUICIO POLÍTICO A ANTONIO SAGARNA

El 11 octubre de 2014 se cumplieron ciento cuarenta años del nacimiento -en la entrerriana localidad de Nogoyá- del doctor Antonio Sagarna, jurista, historiador, docente universitario y miembro de las Academias Nacionales de la Historia y de Derecho y Ciencias Sociales. En su provincia se afilió al partido radical a poco de concluir el bachillerato en el Colegio del Uruguay, instituto que fundó Urquiza y dirigieron figuras de

la talla de Alberto Larroque o José Benjamín Zubiaur. En 1914, fue ministro de gobierno de Miguel Laurencena. Años más tarde Marcelo T. de Alvear lo designó interventor de la Universidad de Córdoba y poco después, en reemplazo de Ireneo C. Marcó, desempeñó la cartera de Justicia e Instrucción Pública. También representó al país como embajador ante la República del Perú y desde 1928 integró la Corte Suprema de Justicia de la Nación.

A pesar de esa extensa trayectoria pública, al pronunciarse su nombre se lo asocia al juicio político que le entabló el peronismo en 1946, junto a los otros miembros del Alto Tribunal: Benito Nazar Anchorena y Roberto Repetto y al Procurador General Juan Álvarez.

Vale la pena recordar aquellos hechos en el presente, cuando con tanta facilidad se intenta desde el poder aplicar ese remedio constitucional extremo para amedrentar o directamente castigar a ciertos magistrados. Bien lo había anticipado Thomas Jefferson al destacar cuando se discutió la constitución de Filadelfia, que el juicio político puede representar una máquina formidable en manos de la fracción política dominante. (Más allá de que durante su gestión presidencial se lo promovió contra el juez Samuel Caza y que el propio Padre Fundador de los Estados Unidos de América pretendió enjuiciar por traición a la patria al vicepresidente Burr.)

Le cupo al socialista Alfredo L. Palacios actuar como defensor del acusado Sagarna, finalmente destituido del cargo. La labor del tribuno quedó plasmada en el libro *La Corte Suprema ante el Tribunal del Senado* (Buenos Aires, 1947), donde en algún pasaje elogió con hidalguía al senador peronista Pablo Ramella, el constitucionalista y escritor sanjuanino. Una frase sin embargo de Palacios, tal vez no registrada en la obra y sí en los periódicos de la época proferida después de que bajo amenaza de ser desalojado por la fuerza pública debió abandonar el lugar desde donde articulaba su defensa, da cuenta del ambiente en que se desarrolló aquel proceso: *cuando los acusadores son enemigos del*

*acusado, no hay tribunal ni hay justicia*, exclamó a viva voz el primer diputado socialista de América.

No obstante las reprochables e indecorosas medidas que el oficialismo desplegó en la ocasión impidiendo la comparecencia de testigos y obstaculizando la labor del defensor, las que viciaron el proceso; con ecuanimidad deberá reconocerse hoy, y ello al alcanzar la ciudadanía alguna madurez democrática fruto de su ejercicio sin interrupciones desde 1983, que la famosa acordada de la Corte Suprema de fecha 10 de septiembre de 1930 que legitimó el poder “de facto” del dictador Uriburu mediante artilugios del tenor de *cualquiera que pueda ser el vicio o deficiencia de sus nombramientos o de su elección, fundándose en razones de policía y necesidad, o de que el gobierno provisional que acaba de constituirse en el país, es pues, un gobierno de facto, cuyo título no puede ser judicialmente discutido con éxito por las personas en cuanto ejercita la función administrativa y política derivada de su posesión de fuerza como resorte de orden y seguridad social*, abrió la caja de Pandora de buena parte de los males de la Argentina. En rigor no sólo de índole político como que el genocidio de los años setenta fue una cuestión moral antes que política. Esa objetable tesis de aceptar como hecho consumado *por razones de policía y necesidad* la interrupción institucional -fundamento de la acusación de 1946- representó un baldón para la República y en especial para la credibilidad de la justicia que lejos de encaminarse hacia el arte de lo bueno y lo equitativo en la clásica definición del romano Juvencio Celso, se transformó en la salvaguarda de los dictadores.

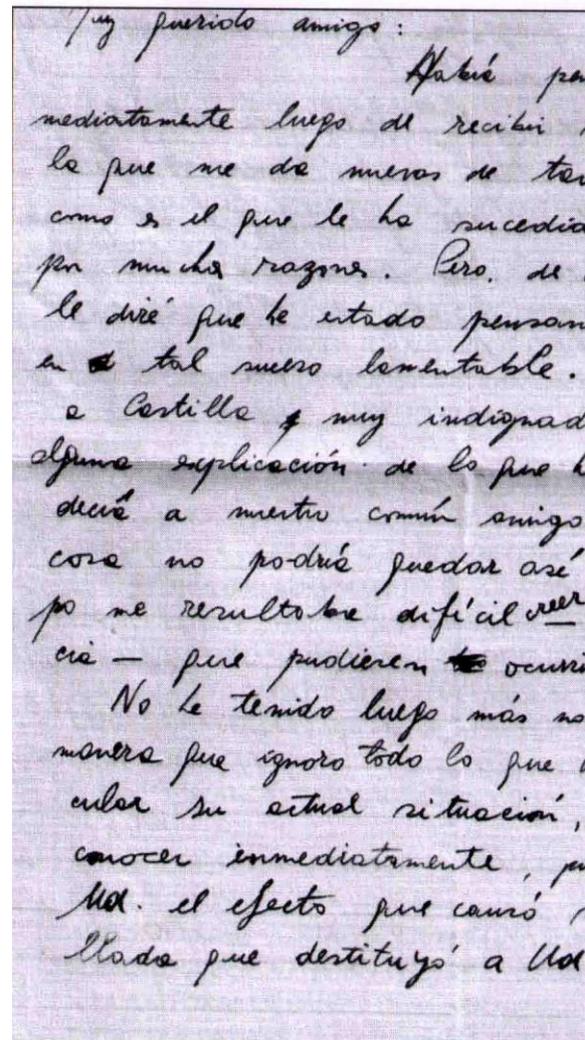
Por lo mismo, mirándolo en perspectiva histórica, es de lamentar la participación en la confección de ese instrumento de alguien carente de perfiles autoritarios y reaccionarios como Antonio Sagarna; máxime si nos remontamos a su tesis doctoral que versó, demostrando su espíritu progresista, sobre la inconstitucionalidad de la ley de extrañamiento de extranjeros por motivos políticos. Además este hijo de un trabajador rural del que *suen a sarcasmo, llamarle representante de la oligarquía o*

*amigo del privilegio*, como enfatizó su defensor Palacios, demostró una probada vocación latinoamericanista según da cuenta su ensayo *La América Latina frente a sí misma*, un opúsculo que publicó la Universidad del Litoral en 1943 y escribió cuando pocos en el país miraban hacia el interior del Continente. También sostuvo un ideario imbuido en la mejor tradición federalista, la que supo exaltar en sus estudios históricos sobre la efímera República de Entre Ríos proclamada por el caudillo Francisco Ramírez y disuelta en 1821 con la llegada del gobernador Lucio Mansilla. Y por si fuera poco estuvo consubstanciado con las ideas solidarias del cooperativismo propuesto por el economista Charles Gide. Por eso quizá sea menester coincidir en que *el gobierno que lo acusó en un juicio político y lo destituyó, podría haber encontrado buena recepción en temas sociales por parte de este honorable juez*, como escribió Héctor José Tanzi en su *Historia ideológica de la Corte Suprema de Justicia de la Nación (1930-1947)*. Y finalmente admitir que resultó ser peor el remedio que la enfermedad, porque si bien el pedido de juicio político que presentó el diputado Rodolfo Decker pudo tener razonabilidad en cuanto a que la Corte Suprema de Justicia no estuvo a la altura de las circunstancias frente a los golpes de Estado de 1930 y 1943, el proceso que siguió fue espurio y malintencionado como se desprende del fundado alegato de Palacios. Así pues, error a error en materia institucional o peor aún violación a violación del estado de Derecho se desquiciaron en el país los valores republicanos.

Antonio Sagarna murió en Buenos el 28 de junio de 1949. Para concluir anotaré que he hallado en el archivo paterno varias cartas suyas fechadas a partir de 1943, demostrativas todas ellas de la generosidad intelectual y la sencillez de quien más allá de desempeñar en esos tiempos la más alta magistratura judicial, se aplicaba solícito a responder de su puño y letra y elogiar los primeros ensayos historiográficos surgidos de la pluma de su -para ese tiempo- veinteañero interlocutor epistolar.

---

---



Muy querido amigo: Habré pasado  
mediatamente luego de recibir  
la que me da nuevas de tener  
como es el que le ha sucedido  
por mucha razón. Pero, de  
le diré que he estado pensando  
en tal nuevo lamentable.  
a Castilla y muy indignada  
alguna explicación de lo que le  
debe a muerte común amigos  
cosa no podrá quedar así  
po me resultó difícil re-  
cia — que pudieren ~~te~~ ocurrir  
No le temo luego más no  
manera que ignora todo lo que  
cular su actual situación,  
conocer inmediatamente, por  
Hoy. el efecto que causó,  
llado que destituyó a Hoy

Fragmento de una carta del poeta Joaquín Gianuzzi a Carlos G. Romero Sosa

## ÍNDICE DEL AUTOR

Prólogo por Gregorio A. Caro Figueroa	7
EL ESTÍMULO DE RICARDO JAIMES FREYRE A UN JOVEN POETA	19
JUAN CARLOS DÁVALOS: UN PROYECTO DE LEY DE POLICARPO ROMERO Y UNA PRESENTACIÓN DE DEODORO ROCA	25
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: INGENIO LITERARIO Y COMPROMISO MORAL	31
MUJICA LÁINEZ, SUS BIOGRAFÍAS DE LOS POETAS GAUCHESCOS Y LAS CONTRIBUCIONES DE CARLOS G. ROMERO SOSA	41
UN SONETO INÉDITO DE JUAN CARLOS DÁVALOS	49
UNA DEDICATORIA DE MONSEÑOR RAMÓN ÁNGEL JARA	55
LA REVISTA "SENDAS", ALFREDO PALACIOS, UN ARTÍCULO	

Y UNA ACLARACIÓN DE BORGES	61
DIEGO ABAD DE SANTILLÁN Y UN COLABORADOR SALTEÑO DE SU “GRAN ENCICLOPEDIA ARGENTINA”	69
CARLOS VEGA Y LAS TRADICIONES SALTEÑAS SOBRE “LA CONDICIÓN”, QUE HABRÍA BAILADO MANUEL BELGRANO	77
UN IR Y VENIR EPISTOLAR CON MANUEL GÁLVEZ	89
UN TESTIMONIO SOBRE LA MUERTE DE RUFINO BLANCO-FOMBONA	99
JOSÉ MARTÍN/ EL POLÍTICO SALTEÑO MIGUEL TEDÍN	105
SALVADOR MAZZA Y OTRO DE SUS PADECIMIENTOS A MANOS DE LA BUROCRACIA	113
EL POETA ISLANDÉS GUOLAUGSSON Y SHAKESPEARE TRADUCIDOS EN SALTA	123
ALFONSO REYES, MIEMBRO DE LA JUNTA DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA “UNIÓN SALTEÑA”	133
AUGUSTO RAÚL CORTAZAR, EN ALGUNA CORRESPONDENCIA SOBRE UNA PLACA ENVIADA DESDE LA ARGENTINA CON DESTINO A LA CATEDRAL DE SANTO DOMINGO	141 147
ENTRE LOS PAPELES DE CELINA SOSA DÁVALOS	159
AQUELLAS HORAS DEL TÉ	165
MIGUEL HERERA FIGUEROA, FILÓSOFO DEL DERECHO Y HOMBRE DE CORAZÓN	169
EL JUICIO POLÍTICO A ANTONIO SAGARNA	179

Laus Deo

*“Papeles con mi Padre”* de Carlos María Romero Sosa

Se terminó de imprimir en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina,  
el 6 de enero de 2016, celebración de la Epifanía del Señor.

Amerian S.R.L. (011) 4815 6031 / 0448

[info@ameriangraf.com.ar](mailto:info@ameriangraf.com.ar)

Consta en la solapa de la contratapa:

Carlos Gregorio Romero Sosa, nació en la ciudad de Salta, la tierra de sus antepasados, el 31 de agosto de 1916. Cursó los estudios secundarios en Tucumán y en el Colegio Nacional de Salta y los universitarios en la Facultad de Filosofía y

Letras de la UBA. Radicado en la Capital Federal desde 1939, fue secretario privado del senador nacional Carlos Serrey. Funcionario en su juventud de la 'Biblioteca del Congreso de la Nación donde se desempeñó como jefe de la Sección Historia y Documentos, fichó la biblioteca del polígrafo Juan María Gutiérrez. De regreso a su provincia fundó y dirigió por breve tiempo el Museo Histórico Nacional de Salta instalado en el histórico Cabildo de esa ciudad. De nuevo en Buenos Aires organizó y dirigió la biblioteca de la entonces Secretaría de Trabajo y luego Ministerio de Trabajo y Previsión. Ejerció la docencia media y universitaria y participó en la fundación de la Escuela Argentina de Periodismo, uno de los primeros centros de estudio de esa disciplina en el país. Su labor como publicista abarca en varios libros, decenas de opúsculos y más de un millar de notas, artículos, comunicaciones científicas y ponencias en congresos de las especialidades, los estudios históricos en especial de la zona del NOA; y de genealogía, heráldica religiosa, arqueología, folclore, lingüística, pedagogía, crítica literaria y pictórica y temas sociales. Fue autor además de un par de libros de poesía y coautor de la obra teatral de tema histórico: "El pacto de Cerrillos", estrenada en Salta. Ejerció el periodismo cultural y dirigió varias publicaciones y como orador ocupó las más prestigiosas tribunas del país. Se desempeñó en el Poder Judicial de la Nación durante décadas y obtuvo su jubilación como jefe de la biblioteca de la Cámara Nacional en lo Penal Económico. Casado con la escritora porteña Lía Gómez Langenheim, falleció el 13 de diciembre de 2001.

El profesor Carlos G. Romero Sosa fue además un fecundo epistológrafo que intercambió correspondencia con notables figuras de la cultura y la ciencia argentina y americana abarcando su archivo varios millares de piezas. Algunas de ellas dieron origen a los capítulos del presente libro.

En la solapa de la tapa constan los antecedentes del autor:

Carlos María Romero Sosa, nació y vive en Buenos Aires. Es abogado y escribano y cursó doctorados en derecho en la Universidad Nacional de Buenos Aires y Complutense de Madrid, en ésta última becado por el Centro de Cooperación Iberoamericano. Asimismo entre los años 1979 y 1980 estudió filología española en la referida universidad española.

Es autor de los siguientes libros de poesía: "*Las veredas*" (1975), "*Las voces del viento*" (1981), "*Hileras*" (1982), "*La vara y el reptil*" (1988), "*Línea de flotación*" (1995), "*Alijo*" (1996), "*Lista de esperas*" (1998), "*Licencias ordinarias*" (2002), "*Pueyrredón y Las Heras y adyacencias en tono menor*" (2005), "*Otrosí digo*" (2008), "*Fanales opacados*" (2010), "*Destiempo de tranvías*" (2012), "*Esquina sin vuelta*" (2014).

Publicó también dos volúmenes de ensayos breves: *“Evocaciones de dos mundos”* (1985) y *“Cenizas de muchos fuegos”* (2000), varios opúsculos y centenares de artículos y notas de crítica literaria. Ejerce la docencia universitaria.

Los capítulos de *“Papeles con mi padre”* fueron anticipados en primera versión, sin las notas agregadas para la presente publicación, en los siguientes medios: *“Ápices”* (Buenos Aires), *“Proa”* (Buenos Aires), *“Claves”* (Salta), *“Salta Libre”* (Salta) y *“País Cultural”* (R.D.).



## ÍNDICE ALFABÉTICO

### A

Abad de Santillán, Diego (Sinesio García Fernández)	11
16, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77	
Abad Fernando de Urquía	134
Abad Ubaldo Abalía	134
Abalía, Ubaldo (Abad)	134
Abregú Virreira, Carlos	15, 99
Academia Argentina de Letras	45, 51, 149, 161
Academia Nacional de la Historia	11, 16, 140
Adelantado Juan de Garay	44, 93
Adelantado Pedro de Mendoza	38
Adler, María Raquel	60, 139
Adorno, Theodor Ludwig Wiesengrund	34
Agatha Christie (Agatha Mary Clarissa Miller)	114
Aguirre y Lecube, José Antonio de	97, 132
Alberdi, Domingo	134
Alberdi, Juan Bautista	21, 118, 127, 134, 141, 144, 168
Alberini, Coriolano	96, 150, 186
Alberti, Rafael	29
Alderete, José Eustaquio	68, 76, 77, 142
Almirante Cristóbal Colón	161, 163
Alonso, Fernando Pedro	58, 61, 129, 142, 143
Alonso, Ricardo N.	129, 142
Alvarado, Manuel	128, 138
Álvarez de Arenales, Juan Antonio	14, 46, 47
Álvarez Escalada, María Teresa	176
Álvarez José Sixto ( <i>Fray Mocho</i> )	176
Álvarez Tamayo, Alberto	9, 17, 92, 142
Álvarez, Antenor	116
Álvarez, Fernando	176
Álvarez, Gregorio	148
Álvarez, Juan	191
Álvarez, Washington	116
Alvear, Marcelo Torcuato de	137, 191
Ambrosetti, Juan Bautista	148
Ameghino, Florentino	75, 128
Amor, José Blanco	71
Anacreonte	28
Ananía José ( <i>José Portogalo</i> )	33
Anchorena, Benito Nazar	191
Andersen, Hans Christian	130
Andrea, Miguel de (Obispo)	175
Anduaga, Guillermo (Sacerdote)	134
Ansaldi, Ángel Oscar	162, 163, 164
Anzalaz, Fermín Alfredo	87
Ápices, diario	198
Aramburu, Julio	148
Aráoz Alfaro, Gregorio	116
Aráoz Anzoátegui, Raúl	60
Aráoz, Bernabé	85
Aráoz, Ernesto Miguel	27, 88
Aráoz, Miguel Francisco	87
Arce Romero, Clodomiro (Sacerdote)	59, 109, 127
Arce, José	116, 156
Archivo Histórico de la Provincia de Salta	11
Archivo Nacional de Cuba	108
Arciniegas, Germán	160
Arenales, Juan Antonio Álvarez de	14, 46, 47
Arias Castro Vieras, Cornelia	168
Arias Romero, Juan Pablo	21, 125
Arias Romero, Vicente	9, 142
Arias, Carlos Ramón	168
Arias, Francisco Javier	115
Arias, Víctor	127
Arrieta, Rafael Alberto	42, 138
Arslán, Emir Emin	62
Arteaga, María Luisa	53
Ascasubi, Hilario	42, 43, 44, 46, 47
Asociación de Escritores Argentinos (ADEA)	99
Astrada, Carlos	42
Atahualpa Yupanqui	30, 83
Ateneo Popular de la Boca	40, 116
Ayestarán, Lauro	81
Azaña, Manuel	71
Azeves, Ángel Héctor	42
<b>B</b>	
Baccaro, Pablo A.	188
Bacon, Francis	184
Balaguer, Joaquín	161
Baldrich Alonso Antonio	143, 144
Balzac, Honoré de	94
Banco Hipotecario Nacional	107
Barbarán Alvarado, Carlos	118
Barbosa, Ruy	158
Barletta, Leónidas	103
Barrera, Clotilde de	178
Barthes, Roland	32
Basílica de Santa María La Menor	161
Basso, Germinal	118
Basso, Redento	118
Battistessa, Ángel	42, 82
Bayer, Osvaldo	69
Becco, Horacio Jorge	150, 151
Belgrano, Manuel	83, 84, 85, 87, 88, 95, 113, 132, 133, 178
Beltrán, Juan Ramón	115
Benediktsson, Einar	130
Beobide, Ignacio de	134
Berenguer Carisomo, Arturo	150
Bergamín, José	29
Bergson, Henri	96
Berrondo, Valentín	169
Bianco, José	60
Bibliografía Argentina de Artes y Letras	27, 53
Biblioteca del Centenario	99
Biblioteca del Congreso de la Nación	47, 114, 197
Biblioteca del Ministerio de Trabajo de la Nación	15

Biblioteca Nacional <i>Pedro Henríquez Ureña</i>	32	Carlos V	31, 78, 80, 82, 83, 86, 87, 88, 89, 139, 148, 161
Binayán Carmona, Narciso	53	Caro Figueroa, Gregorio A.	9, 86, 103, 129, 142, 195
Blanco Amores de Pagella, Ángela	42	Carpena, Elías	42
Blanco Fombona, Rufino	100, 101, 102, 103, 104, 105	Carreño, Vicente	168
BLANCO FOMBONA, Rufino	100, 196	Carriego, Evaristo	130
Blanco, José María (Sacerdote Jesuita)	75, 76, 77	Carrillo de Sosa y Aramburu, Benita	170
Blomberg, Héctor Pedro	63	Carrizo, Juan Alfonso	87, 139, 148
Boecio, Anicio Manlio Torcuato Severino	185	Carta del día 26 de mayo de 1956	162
Bogarín, Juan Sinfiorano (Obispo)	55, 140	Casa de la Cultura de Salta	11
Boletín del Instituto de San Felipe y Santiago	13	Casa de los Aráoz	86, 88
Boman, Eric	127	Casa de <i>los Gorostiaga</i>	147
Borges, Jorge Luis	20, 41, 44, 63, 64, 65, 66, 79, 80, 102, 107, 130, 138, 159	Casa de <i>los Isasmendi Gorostiaga</i>	147
BORGES, Jorge Luis	3, 59, 196	Casa de <i>los Lozano Valdez</i>	147
Bourdieu, Pierre	91	Casal y de la Lastra, Julián del	108
Bramuglia, Atilio	155	Casares, Tomás Darío	186
Bravo Tedín, Miguel	108	Casas, Manuel Gonzalo	185
Bravo, Enrique	108	Casas, Roberto V.	135
Bravo, Josefina C. Tedín de	108	Casey, Alfredo	184
Bronstein, Lev Davidovich (Lev Trotski)	70	Castagnino, Raúl Héctor	42
Buber, Martín	181	Castellanos, Joaquín	97, 128
Bucich, Antonio J.	60, 102, 103, 159	Castex, Mariano Rafael	184
Bunge, Augusto	116	Castilla, Manuel José	55
Bunge, Delfina	54, 93	Castillo, María del	177
Bunge, Octavio	53	Casullo, Fernando Hugo	42
Bunge, Rodolfo Francisco	53	Catálogo de la Exposición de Antigüedades Salteñas	15
Burr, Aaron	192	Cátedra Libre Martín Güemes	16
Busso, Eduardo	175	Catedral de León	163

## C

Caballero, Ricardo	74, 117	Catarelli, Alberto	96
Cabildante Miguel Francisco Aráoz	87	Cavalcanti, Joaquim Arcoverde Albuquerque (Obispo)	56
Cabildo Histórico de Salta	10, 15	Caza, Samuel	191
Cadicamo, Enrique	119	Cela, Camilo José	185
Calderón, Telésforo R.	165	Celesia, Helena	54
Calí, Américo	42	Celso, Juvencio	193
Calvetti, Jorge	42		
Cambours Ocampo, Arturo	62		
Campero y Aráoz, Julio (Obispo)	9		
Campo, Estanislao del	42, 48		
Cámpora, Héctor José	155		
Camus, Albert	33, 128		
Canal Feijóo, Bernardo	185		
Cancela, Arturo	45, 99		
Cané, Miguel	43, 125		
Canónigos Regulares de Letrán	97, 134		
Canter, Juan	9, 10, 13, 16, 140		
Cantoni, Federico	156		
Capdevilla, Arturo	65		
Capitán Ramón S. Escala	142		
Caraffa, Emilio	56		
Cárcano, Miguel Ángel	184		
Cárcano, Ramón José	121, 184		
Cárcel Modelo de Madrid	70		
Cardenal Andrés Carlos Ferrari	175		
Cardenal Santiago Luis Copello	162, 187		
Cárdenas del Río, Lázaro	137		
Carilla, Emilio	22		

## Ch

Chateaubriand, François René	21
Chávez, Fermín	42, 106
Chávez, Oscar	106
Chiclana, Jacinto	130

## C

Cignoli, Francisco	117
Cimazo, Jacinto	69
Círculo de Estudios Religiosos	97
Círculo de la Prensa	102, 103
<i>Claves</i> , diario	128, 198
Club 20 de Febrero	14, 98, 168
Club de Gimnasia y Tiro	179
Club Español	20
Club Italiano	66
Coca, Joaquín	137
Cohucelo, Pedro José	108
Colegio del Divino Corazón	87
Colegio del Sagrado Corazón de Tucumán	95



Derisi, Octavio Nicolás (Arzobispo)	81, 186	Diario <i>La Provincia</i>	52, 76, 125, 129, 142
Descole, Horacio Raúl	184	Diario <i>La Razón</i>	87, 100, 177
Di Benedetto, Antonio	28	Diario <i>Listín</i> de Santo Domingo	39, 155
Di Filippo, Luis	69	diario <i>Nueva Época</i>	27
Di Giovanni, Severino	74	Diario <i>Salta Libre</i>	198
Di Lullo, Orestes	116	Díaz de Molina, Alfredo	95
Día 2 de julio de 1918	52	Diego Abad de Santillán (Sinesio Baudilio García Fernández)	16, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77
Día 6 de junio de 1942	162	Difrieri, Horacio A.	42
Día 10 de marzo de 1946	5	Dion Soliverez, José	47
Día 11 de agosto de 1937	143	Diputado Alfredo Lorenzo Palacios	16, 18, 60, 61, 95, 100, 101, 138, 157, 175, 192, 193
Día 11 de mayo de 1946	37	Diputado Daniel Policarpo Romero	26, 52, 76, 87, 92, 127, 142
Día 12 de mayo de 1868	20	Diputado Nacional Nicolás Repetto	117, 191
Día 13 de diciembre de 2001	197	Diputado Rodolfo Decker	194
Día 13 de diciembre de 2008	11	Dirección Nacional de la Mujer	175
Día 13 de septiembre de 1890	112	Director de la Escuela Normal de Maestras Florentino M. Serrey	169
Día 15 de diciembre de 1960	65	Director Supremo José Casimiro Rondeau	118
Día 16 de julio de 1990	136	Dogma Socialista de Esteban Echeverría	14
Día 16 de junio de 1915	129	Doll, Ramón	99
Día 17 de junio de 1910	146	Don Diego Abad de Santillán (Sinesio Baudilio García Fernández)	72
Día 17 de marzo de 1947	122	<i>don Pedro</i> Henríquez Ureña	34, 36, 38, 39
Día 2 de diciembre de 1942	118	Dr. Antonio Sagarna	190, 192, 193, 194
Día 2 de febrero de 1938	6	Dr. Arturo Enrique Sampay	185
Día 21 de julio de 2002	39	Dr. Arturo Orgaz	185
Día 22 de diciembre de 1917	132	Dr. Augusto Raúl Cortazar	60, 79, 146, 147, 148, 149, 151, 152, 153
Día 22 de enero de 1973	135	Dr. Carlos Sánchez Viamonte	157
Día 22 de mayo de 1918	169	Dr. Eduardo Busso	175
Día 23 de diciembre de 1943	45	Dr. Eugenio Pucciarelli	34, 116
Día 23 de junio de 1919	169	Dr. Germinal Basso	118
Día 24 de abril de 1933	23	Dr. Hans Kelsen	35, 181
Día 24 de diciembre de 2001	5	Dr. Hernani Mandolini	116
Día 24 de febrero de 1915	56	Dr. Joaquín Andrés Ferrer	176
Día 24 de junio de 1894	132	Dr. Juan Bautista Alberdi	21, 118, 127, 134, 141, 144, 168
Día 27 de febrero de 1891	168	Dr. Martín Buber	181
Día 27 de noviembre de 1942	117, 158	Dr. Martín Heidegger	29, 101, 180
Día 28 de junio de 1949	194	Dr. Miguel Herrera Figueroa	16, 179, 180, 181, 183, 184, 186, 187, 188, 189
Día 28 de octubre de 1914	57	Dr. Pablo Marcelo Baccaro	188
Día 30 de abril de 2006	32	Dr. Pablo Ramella	192
Día 30 de marzo de 1952	87	Dr. Pedro Rubens David	186
Día 30 de mayo de 1961	159	Dr. Redento Basso	118
Día 31 de agosto de 1916	12, 197	Dr. Renato Treves	182
Día 31 de julio de 1960	149	Dr. Ricardo Alfredo Reimundín	187
Día 5 de diciembre de 1936	92	Dr. Ricardo Levene	119, 139, 184
Día 6 de abril de 1956	188	Dr. Vicente Arias Romero	9, 142
Día 6 de diciembre de 1972	135	Dr. Werner Goldschmidt	182, 184, 185
Día 6 de setiembre de 1930	119	Dra. María Luisa Ferrer	175
Día 9 de mayo de 1943	152	Durand Cornejo, Carlos	178
Día jueves 11 de octubre de 1956	165	Durañona y Vedia, Jorge de	95
Diario <i>Ápices</i>	198	Durruti, Buenaventura	74
Diario <i>Claves</i>	128, 198		
Diario <i>El Caribe</i>	165		
Diario <i>El Cívico</i>	77		
diario <i>El Intransigente</i>	20, 28, 63		
Diario <i>El Tribuno</i>	172		
Diario <i>La Capital</i>	69, 158		
Diario <i>La Nación</i>	5, 44, 51, 69, 73, 78, 81, 93, 104, 108, 110, 126, 149, 155		
Diario <i>La Prensa</i>	17, 51, 92, 93, 98, 113, 116, 147, 148, 159, 169, 177		
Diario <i>La Protesta</i>	70		

**E**

Echeverría, Esteban	14, 25
<i>Ediar</i> , Sociedad Anónima Editora	73
Ediciones Culturales Argentinas	22, 61, 99
<i>El Caribe</i> , diario	165
<i>El Cívico</i> , diario	77
<i>El Intransigente</i> , diario	20, 28, 63
<i>El Tribuno</i> , diario	172
Embajador Carlos Pascali,	156
Embajador Carlos Piñeiro Iñiguez	155
Embajador Enrique Loudet	4, 108, 116, 140, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165
Embajador Jorge Vázquez	155
Embajador José Arce	116, 156
Embajador Manuel Ugarte	110, 155, 156
Embajador Oscar E. Oscar Hasperué Becerra	156
Embajador Pedro Juan Vignale	156
Emperador Carlos V	31, 78, 80, 82, 83, 86, 87, 88, 89, 139, 148, 161
Engels, Friedrich	182
Escala, Ramón S.	142
Escudero, Pedro	116
Escuela de Periodismo de la Argentina	15
Esquiú, Mamerto de la Ascensión	92
<i>Estampa</i> , revista	177
Estatuto de Autonomía del País Vasco	132
Estatuto del Servicio Doméstico	175
Exposición de Antigüedades Salteñas	15

**F**

Facultad de Artes y Ciencias Musicales	81
Facultad de Ciencias Económicas	157
Facultad de Filosofía y Letras	77, 82, 96, 119, 149, 177, 197
Facultad de Letras de la Universidad Católica Argentina	150
FAI (Federación Anarquista Ibérica)	74
Falcón, Ramón	74
Fariní, Enrique M.	116
Fasolino, Nicolás (Obispo)	162
Fatone, Vicente	55, 62
Fernández Cornejo y de la Corte, Josefa Usandivaras de	88
Fernández Latour de Botas, Olga	150
Fernández Moreno, César	60
Fernández, Ildefonso	125
Ferrari, Andrés Carlos (Cardenal)	175
Ferrer, Joaquín Andrés	176
Ferrer, María Luisa	175
Figuroa Alcorta, José	107
Figuroa Aráoz, José Hernán	15
Figuroa, Avelino	126
Figuroa, Eduardo	125
Filantrópica Cecilia Grierson	176
Filas de Herrera, María Cristina	185
Filgueira, Luis A.	165
Filiberto, Juan de Dios	159

Fioravanti, José	159
Fitzgerald, Edward	64
Flammarion, Nicolás Camile	125
Florit, Eugenio	107
Fondo Nacional de las Artes	27, 53, 150
Foucault, Paul Michel	36
Franceschi, Gustavo (Obispo)	93, 96
Franciscano Fray Gregorio De Zuola	82
Franco, Luis	28
Freire, José María	121, 186
Frenzüelli, Joaquín	7, 117, 139
Freyre, Ricardo Jaimes	12, 20, 21, 22, 23, 24, 62, 87, 130
FREYRE, Ricardo Jaimes	3, 19, 195
Frías, Bernardo	88, 109
Frogone Becher de Loudet, Matilde E.	157
Frondizi, Risieri	182
Frondizi, Silvio	182, 185
Funes, Gregorio	170
Furlong, Guillermo (Sacerdote Jesuita)	67, 68, 74, 76, 82, 164, 174
Fustinoni, Osvaldo	113, 117

**G**

Gadamer, Hans-Georg	183
Gainza Paz, Alberto	159
Galarreta, Ángel	52, 125
Galasso, Norberto	81
Galíndez, Jesús de	159, 160
Gallardo, Ángel	157
Gallardo, Domingo V.	60, 67, 75, 77, 101, 102, 157, 178
Gallo Mendoza, José María	147
Gálvez, Lucía	91
Gálvez, Manuel	26, 51, 54, 59, 90, 91, 92, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 102, 139, 155
Gambolini, Arturo	17
Gandía, Enrique de	60, 113, 139, 184
Gaos, José	104
Garay, Juan de	44, 93
García Fernández, Sinesio (Diego Abad de Santillán)	69
García Fernández, Sinesio Baudilio (Diego Abad de Santillán)	16, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77
García Granados, María	106
García Hernández, Manuel	60, 102, 103
García Mellid, Atilio	99
García Moreno, Gabriel	99, 104
García Oliver, Juan	74
García Pinto, Roberto	27, 141
García Santillán, Juan Carlos	60, 66, 101
Garrido, Fernando Arturo	161, 164
Gelman, Juan	33
General Alonso Antonio Baldrich	143, 144
General Agustín Pedro Justo	137
General Alberto Marini	180
General Bernabé Aráoz	85
General Francisco Ramírez	193
General George Washington	116, 165
General Héctor D' Andrea	164

General José Casimiro Rondeau	118	González, Héctor Blas	99
General José Ignacio de Gorriti	13, 14, 87, 148, 152	González, Joaquín V.	54, 63
General Juan Domingo Perón	155	González, Julio C.	42
General Juan Pío de Tristán y Moscoso	88	Gorriti, José Ignacio de	13, 14, 87, 148, 152
General Lázaro Cárdenas del Río	137	Gorriti, Josué (Sacerdote)	87, 151
General Lucio Victorio Mansilla	193	Gorriti, Juan Ignacio (Sacerdote)	148
General Manuel Belgrano	83, 84, 85, 87, 88, 95, 113, 132, 133, 178	Gregorio XVI, Papa	171
General Marcos Evangelista Pérez Jiménez	159	Grierson, Cecilia	176
General Martín Miguel de Güemes	5, 9, 16, 51, 56, 85, 88, 98, 109, 116, 118, 128, 138, 146, 172, 188	Groussac, Paul-François	59
George, Henry	95	Grunfeld, José	70
Geraldini, Alejandro (Obispo)	163	Guðlaugsson, Jónas	130, 131
Gerchunoff, Alberto	44, 50, 95, 139	Güemes, Adolfo	116, 128, 138
Germani, Gino	119	Güemes, Luis	109, 128
Ghiano, Juan Carlos	42	Güemes, Martín Gabriel	172
Gianuzzi, Joaquín	195	Güemes, Martín Miguel de	5, 9, 16, 51, 56, 85, 88, 98, 109, 116, 118, 128, 138, 146, 172, 188
Gide, Charles	193	Guerra Civil Española	70, 132, 160
Giménez Vega, Elías S.	42	Guido, Beatriz	60
Giménez Zapiola, Delia	51, 53, 141, 169, 170	Guillén, Nicolás	33
Giménez Zapiola, Emilio	53, 141, 169	Gutiérrez, Juan María	47, 62, 197
Giménez, Ángel M.	116		
Ginastera, Alberto Evaristo	81	<b>H</b>	
Gliemmo, Graciela	145	Habermas, Jürgen	183
Gobelli, Rafel (Sacerdote Franciscano)	142	Hall, Jerome	185
Gobello, José	42	Halperín Donghi, Tulio	42
Gobernador Abraham Cornejo	53, 141	Hasperué Becerra, Oscar Eduardo	156
Gobernador Avelino Figueroa	126	Hebert, Federico	64
Gobernador Bartolomé Mitre	52, 104, 109, 111, 142, 168, 188	Heidegger, Martín	29, 101, 180
Gobernador Benjamín Villafañe	114, 138	Henríquez Ureña de Hlito, Sonia	32
Gobernador Bernabé Aráoz	85	Henríquez Ureña, Max	155
Gobernador Celestino Marcó	191	Henríquez Ureña, Pedro	32, 34, 35, 38, 39, 40, 106, 155, 158, 164
Gobernador Federico Cantoni	156	Hernández Catá, Alfonso	108
Gobernador Héctor D' Andrea	164	Hernández, Miguel	33
Gobernador Hernando de Lerma	94	Herrera Figueroa, Miguel	16, 179, 180, 181, 183, 184, 186, 187, 188, 189
Gobernador José María Todd	171	Herrera, Ataliva	121, 139
Gobernador Juan Antonio Álvarez de Arenales	14, 46, 47	Herrera, María Cristina Filas de	185
Gobernador Juan de Garay	44, 93	Hidalgo, Bartolomé	44
Gobernador Juan Ignacio Gorriti	148	Historia de la Provincia de Formosa	11, 16
Gobernador Juan Luis Nougués	22	Historiador Atilio Cornejo	46, 53, 77, 86, 88, 95, 115, 121, 128, 129, 141, 151, 173, 178
Gobernador Juan Ramírez de Velazco	23	Historiador Guillermo Furlong	67, 68, 74, 76, 82, 164, 174
Gobernador Lucio Victorio Mansilla	193	Historiador Roberto G. Vitry	84, 172
Gobernador Martín Gabriel Güemes	172	Historiador Roberto Levillier	16, 139, 165
Gobernador Miguel Laurencena	191	Historiador Vicente Osvaldo Cutolo	13, 16, 171
Gobernador Robustiano Patrón Costas	129, 179	Hlito, Sonia Henríquez Ureña de	32
Godoy, Juan Gualberto	46	Hohmann, Juan	177
Goldschmidt, Werner	182, 184, 185	Horkheimer, Max	186
Gómez Bas, Joaquín	102, 103	Hostos, Eugenio María de	38
Gómez Carrillo, Manuel	87, 139	Hvítadal, Stefán fra	130
Gómez Chacón, Juan Vicente	104		
Gómez Langenheim de Romero Sosa, Lía	151, 197	<b>I</b>	
Gómez, Indalecio	109, 128	Ibarguren, Carlos	51, 124, 139
González Arrilli, Bernardo	60, 101, 106	<i>Ideas</i> , revista	59, 95
González de la Motta Botello, Luisa	83	Iglesia de La Viña	12
González de Olmos, Elciaria	83		
González Salverri de Todd, Manuela	169, 171		
González Tuñón, Raúl	33		

Iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria de la Viña		Korembilit, Bernardo Ezequiel	50
	141	Korn, Alejandro	95, 138
Iglesias, Juan Carlos	186		
Imbelloni, José	77, 81, 117, 139	<b>L</b>	
Ingenieros, José	35, 95		
Inspector General de Enseñanza Valentín Berrondo		<i>La Capital</i> , diario	69, 158
	169	<i>La Nación</i> , diario	5, 44, 51, 69, 73, 78, 81, 93, 104, 108, 110, 126, 149, 155
Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas	94	<i>La Prensa</i> , diario	17, 51, 92, 93, 98, 113, 116, 147, 148, 159, 169, 177
Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades	46	<i>La Protesta</i> , diario	70
Instituto de Geografía Económica de la UBA	157	<i>La Provincia</i> , diario	52, 76, 125, 129, 142
Instituto de Historia, Lingüística y Folclore	187	<i>La Razón</i> , diario	87, 100, 177
Instituto de Literatura Argentina	82	La Rochefoucauld, François de	130
Instituto de San Felipe y Santiago	13, 16, 77	<i>La Viña</i> , Iglesia de	12
Instituto de Sociología	119	Laferrère, Roberto de	42
Instituto Güemesiano	16	Lafleur, Héctor René	61
Instituto Nacional de Musicología	79, 83	Lafone Quevedo, Samuel	148
Instituto Popular de Conferencias de <i>La Prensa</i>	116, 147	Lamb, Harold	63
Insúa, Alberto	108	Lanterí, Julieta	177
Intendente Federico Pinedo	109	Lantigua, José Rafael	38, 155
Interventor Federal Emilio Giménez Zapiola	53, 141, 169	Lardizabal, Eusebio	132
Inventor Joaquín Andrés Ferrer	176	Largo Caballero, Francisco	74
Iñurrítegui y Gastañaga, Juan (Sacerdote)	134	Larracochea Aguirrezabala, Benito J.	132, 133, 135
Iparraguirre, José María	133	Larracochea Aguirrezabala, Benito J. (Sacerdote)	132
Ivern, Andrés	117	Larreta, Enrique (Rodríguez Larreta)	18, 43, 63
		Larroque, Alberto	191
<b>J</b>		Larsen, Juan Mariano	125
Jacinto Chiclana	130	Lascano Tegui, Emilio	102, 103
Jara Ramón Ángel (Obispo)	55, 56, 57, 58	Laurencena, Miguel	191
Jauretche, Arturo	99	Lavié, Enrique	99
Jefe de Policía Ramón Falcón	74	Leguizamón, Juan Martín	13, 16, 128
Jefferson, Thomas	191	Lehendakari José Antonio de Aguirre y Lecube	97, 132
Jesuita Guillermo Furlong	67, 68, 74, 76, 82, 164, 174	Lehmann Nitsche, Roberto	148
Jesuita José María Blanco	75, 76, 77	León XIII, Papa	134
Jijena Sánchez, Rafael	99, 148, 150	Lerma, Hernando de Lerma	94
Jiménez, Juan Ramón	107	Leuman, Carlos Alberto	41
Joubín Colombres, Eduardo	24	Levene, Ricardo	119, 139, 184
Juan XXIII, Papa	176	Levillier, Roberto	16, 139, 165
Juárez Babiano, Gaspar	74	Ley 12.345	10
Juez Carlos Ramón Arias	168	Liebermann, José	117
Juez de la CSJ Antonio Sagarna	190, 192, 193, 194	Liga Argentina por los Derechos del Hombre	29
Juez de la CSJ Benito Nazar Anchorena	191	Liga Nacional de Librepensadoras	177
Juez de la CSJ Celestino Marcó	191	Linares Quintana, Segundo V.	62, 121
Juez de la CSJ de Salta Ricardo Reimundin	121	Linares y Sanzetenea, Matías (Obispo)	21, 56, 62, 84, 121, 132, 134
Juez de la CSJ Roberto Repetto	191	Lindoza, Arturo	52
Juez Juan Benjamín Terán	187	<i>Listín</i> Diario	39, 155
Julio Verne (Jules Gabriel Verne)	94, 126	<i>Listín</i> , diario de Santo Domingo	39, 155
Junta de Estudios Históricos	13	Lizaso González, Félix	108
Junta de Historia Eclesiástica Argentina	161, 164	Lizondo Borda, Manuel	139, 187
Justo, Agustín Pedro	137	Imbelloni, José	6
		<i>Logos</i> , revista	150
<b>K</b>		López de Ayala, Pero	78
Kelsen, Hans	35, 181	López Isasmendi, Nicolás	97
Kennedy, John Fitzgerald	16, 183, 184, 188	López Toussaint, Germán	143
Khayyam, Omar	54, 61, 63, 64	Lorber, Luis María	125
		Lotti Gallardo, Alejo Albino	178

Loudet, Enrique	4, 108, 116, 140, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165
Loudet, Lidia	157
Loudet, Matilde	157
Loudet, Matilde E. Frogone Becher de	157
Loudet, Osvaldo	116, 154, 160, 161
Luft, Benedicto	125
Lugones, Leopoldo	20, 41, 54, 64, 98, 103, 119, 130, 180
Luna, Pelagio B.	169
Lussich, Antonio	44
Luzuriaga Medina, Lorenzo	185
Luzzato, Julio Cesar	46

## M

Madina Igarzábal, Francisco de (Sacerdote)	134
Mallea, Luis de	134
Maltea, Narciso	176
Mandelli, Humberto A.	60, 187
Mandolini, Hernani	116
Manguel, Pablo	156
Mansilla, Lucio Victorio	193
<i>Manucho</i> (Manuel Mujica Láinez)	42, 43, 44, 46, 47, 48
Marcó, Celestino	191
María Elena Walsh	38, 120
Mariani, Roberto	121
Marini, Alberto	180
Márquez Hernández, Nieves del Rosario	107
Marshall, Niní	101
Martí Pérez, José Julián	106, 107, 108, 113, 128, 144
Martí, Carmen Zayas Bazán de	112
Martínez Estrada, Ezequiel	41, 98
Martínez Gálvez Velar, Miguel Ángel	94
Martínez Triay, Alina	112
Martínez von Scheidt, Marcelo	24
Martínez Zuviría, Gustavo	94
Mastronardi, Carlos	60, 102
Mazza, Clorinda Razori de	122
Mazza, Salvador	114, 115, 116, 117, 118, 119, 121, 122
Meaney, Santiago E.	125
Melián Lafinur, Álvaro	5, 42
Mendioroz, Julio	116
Mendoza, Pedro de	38
Menéndez, Jesús	20
Mercader, Martha	69
Miller, Agatha Mary Clarissa (Agatha Christie)	114
Ministerio de Educación de la Nación	79, 88
Ministerio de Trabajo de la Nación	15
Ministro Ángel Gallardo	157
Ministro Atilio Bramuglia	155
Ministro Celestino Marcó	191
Ministro de Cultura José Rafael Lantigua	38, 155
Ministro de Justicia e Instrucción Pública José Santos Salinas	169
Ministro Hipólito Jesús Paz	156
Ministro José María Freire	121, 186
Ministro Julio Cornejo	129
Ministro Miguel Tedín	107, 108, 113, 128
Ministro Monseñor Lluís Companys iJover	70

Ministro Rufino Jacinto de Elizalde	158
Ministro Ruy Barbosa	158
Misión de Estudios de Patología Regional Argentina	114, 117, 122
Mitre, Bartolomé	52, 104, 109, 111, 142, 168, 188
Molina, Raúl	95
Molinari, José Luis	117
Molinari, Ricardo E.	25, 27, 62, 117, 139
Mondolfo, Rodolfo	183, 185
Monseñor Adolfo Alejandro Nouel	55, 166
Monseñor Alejandro Geraldini	163
Monseñor Carlos M. Cortés	67, 74, 75, 77
Monseñor Gustavo Franceschi	93, 96
Monseñor Joaquim Arcoverde Albuquerque Cavalcanti	55
Monseñor José Gregorio Romero y Juárez	21, 56, 92, 132, 133
Monseñor Juan Sinfiriano Bogarín	55, 140
Monseñor Julio Campero y Aráoz	9
Monseñor Matías Linares y Sanzetenea	21, 56, 62, 84, 121, 132, 134
Monseñor Miguel Ángel Vergara	60, 67, 74, 75, 76, 151, 153, 164, 178
Monseñor Miguel de Andrea	175
Monseñor Miguel De Andrea	56
Monseñor Nicolás Fasolino	162
Monseñor Octavio Nicolás Derisi	81, 186
Monseñor Ramón Ángel Jara	55, 56, 57, 58
Monseñor Ricardo Pittini	164, 165, 166
Monseñor Roberto José Tavella	97, 140
Montalvo, Juan	104
Montseny, Federica	74
Moreno Jimenes, Domingo	32
Morente, Manuel	182
Mosquera Eastman, Ricardo	62
Mounier, Emmanuel	182
Moya Ismael	42, 82
Moya, Luis de	161
Mujica Láinez, Manuel ( <i>Manucho</i> )	41, 42, 43, 44, 46, 47, 48
Murillo, Bartolomé Esteban	111
Murúa, Manuel (Sacerdote)	135
Museo Arqueológico de Alta Montaña	14
Museo <i>Casa de los Uriburu</i>	77
Museo de Ciencias Naturales	79, 82
Museo de Fomento	14, 129
Museo de Gotemburgo	126
Museo del Cabildo de Salta	15
Museo Histórico Nacional	38, 197
Museo Histórico Regional del Cabildo de Salta	11
Museo Provincial de Fomento	96, 126, 142

## N

Neruda, Pablo ( <i>Neftali Ricardo Reyes Basoalto</i> )	33, 62, 103
Nietzsche, Friedrich	36, 129
Noel, Martín Alberto	184
<i>Norte</i> , revista	187

Noel, Adolfo Alejandro (Obispo)	55, 166
Nougués, Juan Luis	22
Nuestra Señora de la Candelaria de la Viña	141
<i>Nueva Época</i> , diario	27

## O

Obligado, Carlos	42, 98, 99
Octava Reunión de la Sociedad Argentina de Patología	116
Olivera, Miguel Alfredo	60
Olmos, Elciaria González de	83
Oñativia, Oscar	60, 187
Oratorios de la Tradición Americana	162
Orce Remis, Guillermo	60
Orduna, Germán	78, 81
Orgaz, Arturo	185
Oría, José A.	149
Ortega y Gasset, José	150, 179
Osuna, Alfredo S.	60
Otero, Julio Claudio	121
Outes, Eliseo F.	125
Ovando y Cáceres, Nicolás de	166
Oyuela, Calixto	22

## P

Padilla, Ernesto	87, 121
Padre Benito Larracochea Aguirrezabala	132, 133, 135
Padre Fidel Zuviría	134
Padre Franciscano Rafael Gobelli	142
Padre Francisco de Madina Igarzábal	134
Padre Guillermo Anduaga	134
Padre Josué Gorriti	87, 151
Padre Juan Ignacio Gorriti	148
Padre Juan Inurrítegui y Gastañaga	134
Padre Manuel Murúa	135
Pagella, Ángela Blanco Amores de	42
Pagés Larraya, Antonio	42, 82
Palacio, Ernesto	34, 72
Palacios, Alfredo Lorenzo	16, 18, 60, 61, 95, 100, 101, 138, 157, 175, 192, 193
<i>Pancho</i> , Francisco Ramírez	193
Papa Gregorio XVI	171
Papa Juan XXIII	176
Papa León XIII	134
Papa Paulo III	161
Papa Paulo VI	162
Papa Pio XII	176
Papí, Aristene	125
Parque Lezama	38, 39, 40
Pascali, Carlos	156
Pasteur, Louis	96, 114
Paterson, Guillermo Cleland	115
Patrón Costas, Robustiano	129, 179
Paulo III Papa	161
Paulo VI Papa	162
Paz, Carlos	42
Paz, Hipólito Jesús	156

Paz, José Camilo	113
Pelletier, María Eufrasia (Santa)	171
Penelas, Carlos	69
Pensa, Carlos	107
Peña Lillo, Arturo	72
Peña, David	13
Pérez Arias, Raúl	19, 20
Pérez Jiménez, Marcos Evangelista	159
Pérez Zelaschi, Adolfo	102
Perlongher, Néstor	38
Perón, Juan Domingo	155
Peyrefitte, Roger	180
Peyrou, Manuel	142
Piccirilli, Ricardo	13, 16, 73, 127, 176
Pickenhayn, Jorge Oscar	82
Pico, Della Mirandola	186
Piedra-Bueno, Andrés de	108
Pinedo, Federico	109
Piñeiro Iñiguez, Carlos	155
Pio XII, Papa	176
Pita Romero, Leandro	104, 105
Pittini, Ricardo (Obispo)	164, 165, 166
Planas, María Carmen	178
<i>Polifonía</i> , revista	82
Ponce, Aníbal	95
Ponferrada, Juan Oscar	60
Portogalo, José ( <i>José Ananía</i> )	33
Poviña, Alfredo	149
Premio Nacional de Literatura	98
Presidente Agustín Pedro Justo	137
Presidente Bartolomé Mitre	52, 104, 109, 111, 142, 168, 188
Presidente de EE.UU. John Fitzgerald Kennedy	16, 183, 184, 188
Presidente de EE.UU. Thomas Jefferson	191
Presidente <i>de facto</i> Marcos Evangelista Pérez Jiménez	159
Presidente de la Junta de Historia Eclesiástica Ángel O. Ansaldi	162, 163, 164
Presidente Domingo Faustino Sarmiento	165
Presidente <i>formal</i> Héctor Bienvenido Trujillo Molina	159
Presidente George Washington	116, 165
Presidente Héctor José Cámpora	155
Presidente Hipólito Yrigoyen	53, 142, 155, 169
Presidente José Félix Uriburu	77, 86, 98, 192
Presidente José Figueroa Alcorta	107
Presidente Juan Domingo Perón	155
Presidente Lázaro Cárdenas del Río	137
Presidente Manuel Azaña	71
Presidente Manuel Quintana	109
Presidente Marcelo Torcuato de Alvear	137, 191
Presidente Rafael Leonidas Trujillo Molina	159
Presidente Roque Sáenz Peña	109, 112
Presidente Teodoro Roosevelt	110
Presidente Victorino de la Plaza	12
Primer Congreso de Historia de la Medicina Argentina	115

Primer Congreso Interamericano de Historia y Arte Religiosos	160
Primera Reunión de Historia del Norte Argentino	13, 140
Pro, Diego	185
<i>Proa</i> , revista	64, 198
Procurador General de la CSJ Juan Álvarez	191
Profesor José Benjamín Zubiaur	191
Profesor Sixto Terán	21
Profesora María Luisa Ferrer	175
Provenzano, Sergio D.	61
Pucciarelli, Eugenio	34, 116
Puló, Gabriel	16

## Q

Quiles, Ismael	185
Quincey, Thomas de	63
Quinquela Martín, Benito	139, 159
Quintana, Manuel	109
Quiroga, Adán	148
Quiroga, Marcial I.	117, 148

## R

Radowitzky, Simón	74
Raffo Magnasco, Benito R.	186
Rama, Ángel	44
Ramella, Pablo	192
Ramírez de Velazco, Juan	23
Ramírez, Francisco	193
Raya, Horacio	187
Razori de Mazza, Clorinda	122
Reale, Miguel	185
Reforma Universitaria de 1918	29
Registro de la Propiedad Intelectual	118, 119
Reimundin Ricardo	121
Reimundín, Ricardo Alfredo	187
Repetto, Nicolás	117, 191
Repetto, Roberto	191
República de Entre Ríos	193
República Dominicana	32, 38, 55, 155, 164
Revista <i>Estampa</i>	177
Revista <i>Ideas</i>	59, 95
Revista <i>Logos</i>	150
Revista <i>Norte</i>	187
Revista <i>Polifonía</i>	82
Revista <i>Proa</i>	64, 198
Revista <i>Sendas</i>	59, 60, 61, 63, 64, 65, 101
Revista <i>Todo es Historia</i>	86, 103
Reyes Católicos	163
Reyes Gajardo, Carlos	9, 13
Reyes, Alfonso	9, 13, 18, 31, 89, 137, 138, 141, 143, 144, 145, 146, 163
Ribera y Tarragó, Julián	78
Ríos Usandivaras, Juan Manuel de los	178
Rivadavia, Bernardino	79, 82
Rivara Ferrando, Elcira	178
Rivera Indarte, José	28

Roca, Deodoro	28, 29, 30
Rodó, José Enrique	37
Rodríguez Larreta, Enrique	18, 43, 63
Rodríguez Molas, Ricardo	42
Rohde, Jorge Max	98
Rojas, Nerio	116, 124, 139
Rojas, Ricardo	41, 62, 82, 139, 148, 157, 173
Romay, Francisco L.	60, 73, 127, 176
Romero Juárez, Daniel Policarpo	52
Romero Sosa, Carlos Gregorio	3, 5, 6, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 20, 21, 22, 25, 31, 32, 38, 39, 45, 46, 47, 48, 51, 52, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 67, 72, 75, 77, 78, 80, 84, 85, 86, 87, 88, 90, 92, 94, 95, 96, 98, 99, 100, 101, 102, 108, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 124, 126, 128, 133, 135, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 145, 146, 148, 151, 152, 153, 155, 158, 160, 161, 163, 164, 173, 174, 176, 187, 195, 196, 197, 198
ROMERO SOSA, Carlos Gregorio	3, 18, 41, 195
Romero Sosa, Carlos María	3, 11, 17, 24, 31, 32, 128, 142, 158, 196, 198
ROMERO SOSA, Carlos María	18
Romero Sosa, fundador de la primera Escuela de Periodismo	15
Romero Sosa, Lía Gómez Langenheim de	151, 197
Romero Sosa, María Graciela	5, 188
Romero y Juárez, José Gregorio (Obispo)	21, 56, 92, 132, 133
Romero, Ana María Sosa Dávalos de	26, 51, 84, 167, 169
Romero, Daniel Policarpo	26, 52, 76, 87, 92, 127, 142
Romero, Francisco	185
Romero, María	3, 31, 32, 56, 128, 142, 158, 196, 198
Rondeau, José Casimiro	118
Roosvelt, Teodoro	110
Root, Elihu	110
Rosa, José María	13
Roscigna, Miguel Arcángel	74
Rossi, Iris	27, 53
Rougés, Alberto	182
Rubén Darío (Félix Rubén García Sarmiento)	20, 107, 110, 158, 163
Rubí, Roberto	116
Ruiz de Alarcón, Juan	35
Ruiz Moreno, Aníbal	115

## S

Sábado, Ernesto	38
Sabor de Cortazar, Celina	152
Sacerdote Clodomiro Arce Romero	59, 109, 127
Sacerdote Juan Ramón Sepich	60, 100, 101, 187
Sacerdote Salesiano Arsenio Seaje	97, 140
sacerdotes lourdistas	95
Sáenz Peña, Roque	109, 112
Sagarna, Antonio	190, 192, 193, 194
Sala <i>Carlos Gregorio Romero Sosa</i> de la Casa de Cultura	11
Sala <i>Carlos Gregorio Romero Sosa</i> del Tesoro de la Biblioteca Provincial	12

Salinas, José Santos	169	Sosa Dávalos de Schabert, Ascensión Benita Celina	167, 169
Salinas, Santiago	142	Sosa Dávalos, Elisa	84
<i>Salta Libre</i> , diario	198	Sosa y Aramburu, Benita Carrillo de	170
Sampay, Arturo Enrique	185	Sosa y Aramburu, José Manuel	84, 170
San Juan de la Cruz	37	Sosa, Rafael P.	178
San Miguel de Tucumán	20, 62, 186	Sturluson, Snorri	130
San Millán, Julio Argentino	27	Suárez Urtubey, Amalia	78, 81
San Pablo	163	Suárez, José León	157
Sánchez Viamonte, Carlos	157	Svanascini, Osvaldo	60
Sanguinetti, Horacio	30	Swedemborg, Emmanuel	130
Santa María Eufrasia Pelletier	171		
Santillán, Diego Abad de (Sinesio García Fernández)	16, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77	<b>T</b>	
Santo Tomás de Aquino	184	Tanzi, Héctor José	194
Santos Vega	46, 47	Tavella, Roberto José (Obispo de Salta)	97, 140
Sarmiento, Domingo Faustino	165	Teatro Alberdi	118
Sárraga, Belén	177	Tedín de Bravo, Josefina C.	108
Sartre, Jean Paul Charles Aymard	30, 33, 181	Tedín, Miguel	107, 108, 113, 128
Scalabrini Ortíz, Raúl	79, 156	Templo Primado de América, Catedral de Santo Domingo	155, 161
Schabert, Ascensión Benita Celina Sosa Dávalos de	167, 169	Teniente Gobernador Feliciano de la Motta Botello	83
Schabert, Ernesto	168	Terán, Juan Benjamín	186
Scheidt, Marcelo Martínez von	23	Terán, Sixto	21
Schweitzer, Albert	36	Tesera del Franco, Rodolfo	184
Seaje, Arsenio (Sacerdote Salesiano) s	97, 140	Tezanos, Pinto Fausto de	60
Secretaría de Trabajo y Previsión	121, 122	Tiscornia, Eleuterio	42
Secretario de Educación Telésforo R. Calderón	165	Todd, José María	171
Secretario de Estado Elihu Root	110	Todd, Manuela González Salverri de	169, 171
Secretario de Estado Ezequiel Dago Holmberg	115	<i>Todo es Historia</i> , revista	86, 103
Segunda República Española	71, 104	Torino, Arturo S.	142
Senador Nacional Julio Argentino San Millán	27	Torre, Antonio de la	60
Senador Nacional Lisandro De La Torre	119	Torres, José Luis	119
Senador Nacional Pablo Ramella	192	Trenti Rocamora, Luis	99
<i>Sendas</i> , revista	59, 60, 61, 63, 64, 65, 101	Treves, Renato	182
Séneca, Lucio Anneo	20	Tristán y Moscoso, Juan Pío de	88
Sepich, Juan Ramón (Sacerdote)	60, 100, 101, 187	Trotsky, León (Lev Davidovich Bronstein)	70
Serrey, Carlos	10, 15, 16, 60, 86, 114, 128, 138, 169, 187, 197	Trujillo Molina, Héctor Bienvenido	159
Serrey, Florentino M.	169	Trujillo Molina, Rafael Leonidas	159
Sierra Iglesias, Jobino	115		
Sigurjónsson, Jóhann G.	130	<b>U</b>	
Sigurosson, Sigurour	130	Ugarte, Manuel	110, 155, 156
Sociedad Anónima Editora Ediar	73	Unamuno y Jugo, Miguel de	51, 105, 181
Sociedad Argentina de Patología Regional del Norte	115, 116, 121, 122	Unión Agrícola	127
Sociedad Cooperativa Editorial Limitada	26	Unión Salteña	93, 128, 129, 131, 141, 142, 143, 144
Sófocles	35	Universidad Católica Argentina	81, 83, 150
Solá Figueroa, Gaspar	115, 135	Universidad de Antioquia	79
Solá, Miguel	46, 47, 52, 115, 135	Universidad de Buenos Aires	48, 61, 82, 107, 114, 115, 116, 140, 149, 157
Solari Parravicini, Benjamín	63	Universidad de Córdoba	191
Soliverez, José Dion	47	Universidad de Cuyo	187
Soliverez, José Dion	142	Universidad de Murcia	130
Sordelli, Alfredo	117	Universidad del Litoral	117, 157, 193
Sorrentino, Fernando	42	Universidad Kennedy	16, 184, 188
Sosa Carrillo, Celina Dávalos Isasmendi de	170	Universidad Nacional de Tucumán	86, 182, 184
Sosa Carrillo, Salustiano	129, 170	Ureña, Salomé	37
Sosa Dávalos de Romero, Ana María	26, 51, 84, 167, 169	Uriburu, José Félix	77, 86, 98, 192
		Urondo, Francisco	33

Urquía, Fernando de (Abad)	134
Usandivaras de Fernández Cornejo y de la Corte, Josefa	88
Usandivaras, Agustín	88, 128, 141, 172, 178, 179

## V

Valéry, Ambroise-Paul-Toussaint-Jules	140
Varela, Felipe	12, 171
Vasconcelos Calderón, José de	38
Vázquez, Jorge	155
Vázquez, María Esther	69
Vega, Abraham de la (h)	64
Vega, Carlos	31, 78, 80, 82, 83, 86, 87, 88, 89, 139, 148
Vega, Santos	46, 47
Velasco Ibarra, José María	100, 157
Vergara, Miguel Ángel (Obispo)	60, 67, 74, 75, 76, 151, 153, 164, 178
Verne, Jules Gabriel	94, 126
Vicecanciller Jorge Vázquez	155
Vicegobernador Ernesto M. Aráoz	27, 88
Vicepresidente de los EE.UU. Aaron Burr	192
Victorica, Ricardo	60, 62, 63
Vidamor, Claudio	92
Vignale, Pedro Juan	156
Vigny, Alfred	44
Villafañe, Benjamín	114, 138
Villalba Welsh, Emilio	63
Villegas, José Andrés	60, 102
Viñole, Omar	102, 103
Virgilio	20, 141, 181

Vitry, Roberto G.	84, 172
Vives, Juan Luis	51
Vizconde de Lascano Tegui	102, 103
von Scheidt, Marcelo Martínez	23

## W

Walsh, María Elena	38, 120
Washington, George	116, 165
Weimberg, Félix	42, 46
Wittgenstein, Ludwig	37

## X

Xul Solar (Oscar Agustín Alejandro Schulz Solari)	65
---	----

## Y

Yrigoyen, Hipólito	53, 142, 155, 169
Yupanqui, Atahualpa	30, 83

## Z

Zambrano Caro, David	17, 60, 109, 141
Zambrano, David (h)	17, 60, 109, 141
Zayas Bazán de Martí, Carmen	112
Zeno y Gandía, Manuel	113
Zerpa, Domingo	147
Zinny, Antonio	46
Zubiaur, José Benjamín	191
Zuviría, Fidel (Sacerdote)	134